

LUIS DELGADO

La fragata *Sirena*

ACCIONES ESPAÑOLAS EN TOLÓN

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A



Francisco Leñanza retorna de las Américas, y se recupera en su residencia murciana de los estragos sufridos en su última y accidentada misión. Esta vez es el Mediterráneo, en plena Revolución Francesa, el centro de la acción. Enfrentada la Convención a toda Europa, se crea una inesperada alianza hispano-británica en apoyo de los realistas franceses sitiados en la ciudad portuaria de Tolón, punto neurálgico de la marina gala en el Mediterráneo. Leñanza embarca en la fragata Santa Casilda como segundo comandante rumbo a Cerdeña. Tras los combates de Tolón marinará la fragata francesa apresada, Helène, que toma el nombre de Sirena para servir a nuestra Armada.



Luis M. Delgado Bañon

La fragata «Sirena»

Una saga marinera española - 06

ePub r1.1

Titivillus 01.10.15

Título original: *La fragata Sirena*
Luis M. Delgado Bañon, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Al cuarto, al cuarto, señores marineros de buena parte; al cuarto, al cuarto en buena hora la guardia, señor piloto, que ya es hora: leva, leva, leva...

Voces que daban los pajes a medianoche, a bordo de los galeones, para llamar a los que debían velar el cuarto de allí a la mañana.

Tú, que dispones de cielo y mar, y haces la calma y la tempestad, ten de nosotros, Señor, piedad. ¡Piedad, Señor! ¡Señor, piedad!

Oración que se canta en los buques de la Armada al ocaso.

Nota

Para Esperanza López, José Manuel Valdés y Salvador Gutiérrez, del Archivo Histórico de la Armada en Cartagena, así como mi buena amiga Carmen Zamarrón, del Museo Naval de Madrid, por su constante apoyo documental, tan necesario para esta serie de novela histórica naval.

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

Prólogo

Con esta nueva entrega, en cuyo título aparece una fragata con el atrayente nombre de la ninfa marina que aturdí los sentidos de tantos navegantes voluptuosos, culmino la primera media docena de volúmenes publicados en mi serie de novela histórica naval, Una Saga Marinera Española. Entiendo que cruzo con esfuerzo una especie de barrera invisible, un incierto umbral en la bruma de nuestro riquísimo acontecer naval, o así lo siento yo bien dentro. Se trata, quizás, del imprescindible listón para que el conjunto alumbrado hasta el momento adquiriera un tamaño mínimo necesario y, de esta forma, creer en el proyecto trazado en un principio con tan generosa ambición.

Les aseguro que la simple visión de estos primeros tomos, apilados en formal y geométrica lomoteca, así como la generosa crítica de expertos, compañeros y lectores, me anima a continuar la alargada empresa con más fuerza cada día. Y a pesar de las preguntas recibidas en tal sentido, no puedo asegurar hasta dónde llegaré, que son muchos los factores a tener en consideración, pero pueden estar seguros de mi decisión y entrega a proseguir la tarea. Si es posible y alcanza el andar, espero abordar en su momento el volumen final de la serie, cuyo foco histórico será la Guerra Civil que sufrimos hace más de medio siglo. Y si tienen en cuenta que navego en este volumen por el año 1793, es fácil calcular que la colección completa, si cumplo el programa tal y como espero, podría sobrepasar el tamaño lineal de cualquier frondoso diccionario.

Como en las anteriores entregas, intento que cada obra de la serie conforme un mundo propio y particular para poder ser leído con independencia, aunque se recuerden, de forma inevitable, momentos vividos en las etapas precedentes, que ofrecen importantes perspectivas a cada nueva obra.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos vividos en los cinco ejemplares anteriores. De esta forma, el lector que acomete un nuevo volumen sin experiencias previas en la colección, puede hacerse una idea general de la serie.

En la obra inicial, La galera «Santa Bárbara», el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano de tierra adentro, que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos y conocer parajes desconocidos, como tantos españoles que, presos de este ardor aventurero, perdido por desgracia en nuestros días, engrandecieron su patria y su nombre.

Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia es condenado, por

interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en aquella época, seis años como forzado a galeras; a bogar encadenado en aquellos terribles buques de la Real Armada que, sin embargo, tanta gloria y miseria encerraron entre sus cuadernas. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible crear una familia y enriquecer su hacienda.

En la segunda obra, *La cañonera 23*, el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera sufrido por su progenitor a temprana edad, esa especial llamada de la mar a la que sucumbieron tantos recios hombres de secano, hasta alcanzar algunos de ellos los más altos empleos en la Armada. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar el necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna.

Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, un noble personaje bien distinto al humilde joven que abandona su pueblo, para recibir la necesaria instrucción y aprendizaje de caballero en la Corte.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, Pecas, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, *La flotante «San Cristóbal»*, basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes, cascos de viejos mercantes acondicionados con las ideas del inventor francés *monsieur* D'Arcon. Gigante consigue embarcar en una de ellas, bajo el mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tan alargada fama alcanzaría con el paso de los años.

Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, las desafortunadas vacilaciones del teniente general Córdoba al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero Pecas, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la

época.

En la cuarta entrega, El jabeque «Murciano», tomo como foco histórico de referencia las jornadas de Argel, para abordar, en forma particular, la acometida en el verano de 1784, que cimentó las bases de la paz acordada con la Regencia argelina, santo y seña de la piratería berberisca que tanto dañaba las costas y comercio mediterráneos. Nuestro protagonista, el ya alférez de navío Francisco Leñanza, Gigante para nosotros, se recupera de las heridas sufridas en la jornada de las flotantes, una vez contraído matrimonio con la hermana del gran amigo.

Repuesto de cuerpo y alma, amansados sus amores y extrañando la mar desde la dehesa extremeña, Gigante sigue los consejos de su admirado general Barceló y embarca en el jabeque Murciano, unidad entroncada en la escuadra que, bajo el mando del bravo marino mallorquín, se dirige a la bahía de Argel para castigar la ciudad, sus defensas y fuerzas navales.

Como fue diario acaecer en los buques de la Real Armada, asistimos en este volumen a encarnizados combates, duros temporales y alguna de las sorpresas, épicas muchas de ellas, que siempre la mar y la guerra acechan en sus aguas a cualquier embarcación.

En el quinto volumen, La Fragata «Princesa», llevo a cabo un brusco cambio en el escenario geográfico, trasladando al ya teniente de fragata Leñanza a las Indias, al departamento marítimo de San Blas, en la costa mejicana actual. Como foco histórico principal he tomado los últimos descubrimientos y exploraciones llevados a cabo en la costa americana del Pacífico, cuando nuestra Armada redondea el círculo mágico del descubrimiento americano en sus costas del noroeste.

Tras un azaroso y alargado viaje por los mares del Norte y del Sur, Gigante arriba al apostadero de San Blas, para tomar el mando de su departamento marítimo y dirigir las expediciones hacia el Norte, embarcado en la fragata Princesa, con la decisiva intención de posesionar, fortificar y poblar nuevas tierras para España. Y es precisamente en las islas Nutka, donde surgen los problemas con los intereses británicos y los buques destacados a tal efecto, que llevaron a las dos poderosas naciones a una situación cercana al rompimiento de hostilidades.

Y por fin, en este nuevo volumen que llega a sus manos, me adentro en esa página tan importante de la Historia como fue la Revolución francesa. Enfrentada la Convención a toda Europa, se alza el telón de la guerra para España por mar y tierra. Tras la desusada alianza hispano-británica y azarosas experiencias preliminares, con presencia de nuestro personaje en aguas de Cerdeña en apoyo del rey sardo, llegaremos a las acciones conjuntas de las escuadras española y británica, secularmente enemigas, en apoyo de los realistas franceses sitiados en la ciudad portuaria de Tolón, punto neurálgico de la marina gala en el Mediterráneo. Creo que se trata de un claro ejemplo de las operaciones llevadas a cabo por la Armada en tierra, que no sólo guerreaban los marinos en la mar.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de

estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos, pero de trascendental importancia, en nuestra Historia Naval y, por lo tanto, de España. Como siempre he preconizado con absoluta sinceridad, mantengo la obligada premisa de ofrecer el máximo rigor histórico en mis narraciones, porque no considero permisible frivolar con temas tan serios como la Historia.

Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector. Mi querido personaje, el segundo de los Gigante, luce ya el empleo de teniente de navío y adquiere protagonismos acordes a sus cargos y experiencias. De esta forma y aunque parezca doliente balbuceo, siento un especial orgullo al comprobar el progreso en su carrera de aquel joven guardiamarina que nació de mis manos, como si se tratara de observar el paso por la vida de un hijo propio con abierto orgullo.

Y como pueden suponer, mi cerebro se mueve con decisión hacia el séptimo volumen, que lucirá en su título un poderoso navío de dos puentes y 74 cañones, el Triunfante, para rematar la guerra contra la Convención francesa emprendida en el volumen anterior, que llegará a su fin con la paz de Basilea. A continuación, y como norma habitual en el siglo XVIII, volveremos a guerrear contra el inglés, con lo que entraré en momentos decisivos para nuestra Armada. Y me seduce esa etapa que comenzaré en el volumen octavo, donde mi personaje se encontrará inmerso en verdaderos combates de escuadra, batallas navales trascendentales, aunque sean de luctuosa memoria para nuestras armas. Pero no debo adelantar más acontecimientos, que ya arribará a puerto la embarcación.

Luis M. Delgado Bañón

1. Marino en tierra

Mar y campo, dos sencillas palabras tan alejadas entre sí, según creencia común de los mortales, pero amadrinadas por corto en mi cerebro, al punto de conformar los ejes mágicos sobre los que, en dulce o áspera alternancia, se deslizó mi larga y azarosa vida durante tantos años, que no sólo en las aguas encuentra el navegante surgidero salvador o restinga de alivio. Y no estimen esta afirmación como fruto de la avanzada edad a la que escribo estos recuerdos o producto de mente agostada por sensaciones de todo tipo, grabadas con miel o sal sobre la piel de mi alma, sino a la sabiduría que las largas encalmadas y recios temporales depositan lentamente en el corazón del marino, aunque a veces no sea consciente de haber recibido tal don.

Ya deben saber los que conocen de mis historias personales, por haber leído algunos cuadernillos que llegaran a sus manos en oportunidad, esa permanente tendencia mía a ejercer como marino de campo entre períodos turbulentos, con necesidad de curar el alma o el cuerpo, aunque parezca pensamiento de inicial contrasentido y difícil comprensión. Sé que existe ese otro marino de popular caricatura, de ciudad amurallada, buscón de bullangas y tabernero de profesión alternativa, quien entre sucesivas recaladas deriva por calles angostas y espacios rocosos que parecen revivir día a día lejanas singladuras en parajes con derroteros inciertos. Pero no estimen como norma habitual o característica la del navegante necesitado del bullicio callejero, tras duras experiencias vividas con olas monstruosas, nada más lejos de la realidad. Por el contrario, muchos hombres de mar necesitan del campo abierto en longitud infinita, como el mismo horizonte del que provienen, para recomponer el alma en sosiego, ese deseado descanso, y añorar pronto, sin embargo, la cubierta del buque en permanente movimiento.

Vienen al caso estos pensamientos que brotan de muy dentro, porque sobre estas prendas navegaba mi alma en aquellos primeros días, calurosos y húmedos, del mes de abril del año del Señor de 1793, momentos de tensión habituales antes de entrar en campaña. Nos encontrábamos preparados para zarpar de Cartagena en la escuadra del Mediterráneo, comandada por el teniente general don Francisco de Borja y Borja, marqués de los Camachos, y atacar a los que levantaban banderas bajo el signo de la sangre y la negación absoluta de toda creencia, cuando ya vivíamos meses de revolución sangrienta en nuestro vecino del norte, y permanente aliado a lo largo del siglo que agonizaba.

Mucho nos sorprendió conocer el tratado provisional de alianza suscrito entre Su Majestad Católica y el Rey de la Gran Bretaña, con motivo de los sucesos acaecidos en la ya denominada como República francesa y sus acciones por diferentes teatros europeos, así como el pactado poco después con el Reino de Portugal en similares términos. Esta situación nos llevaría a una coalición sorprendente e inesperada para los que, como yo, guerreamos a muerte con el inglés durante tanto tiempo. El

sempiterno enemigo se trocaba en compañero de naipes de la noche a la mañana, lo que nos hizo recomponer el espíritu y entrar en acciones inesperadas años atrás, que pienso narrarles en estos nuevos cuadernillos, si nuestro Señor se aviene a mantenerme en situación.

Pero antes de adentrarme en esta nueva aventura, debo explicarles en suave resumen lo ocurrido desde nuestra llegada a España a bordo del navío San Sebastián el 15 de abril de 1790, tras mi larga experiencia americana, recién inaugurado el reinado de nuestro nuevo señor don Carlos IV. Como debo rellenar un hueco en la historia de mi vida cercano a los tres años, de los que suelo denominar como de secano y tiempo entablado a un largo sin sobresaltos, lo correré a elevada velocidad antes de volver al momento en el que mi vida retornaba a la guerra y a la mar, esa pareja de factores indisolubles para bien o para mal. De todas formas, puedo adelantarles que no es tarea fácil transcribir en palabras sentimientos tan distintos y encontrados, padecidos tras el arribo a España, con momentos en los que sufrí alegrías y tormentos casi simultáneos, con las tripas en extraña mezclanza de paisajes hermosos y ruinas infernales.

Aquella travesía desde el puerto de Veracruz hasta el de Cádiz, con escala de carga y pasaje en el puerto de la Habana, nuestra perla antillana, puede ser calificada como viaje de puro encantamiento celestial, ése que sueñan los jóvenes que buscan la aventura de la navegación por parajes exóticos e islas perfumadas, aunque después la mar les muestre otra cara bien distinta y real en más de una ocasión. Disfrutamos durante muchos días con permanente regodeo de horizontes abiertos en azul y vientos bonancibles, sin que las aguas mostraran ese rostro negro tan conocido por los que en ellas hemos transitado en larga permanencia, y sin obviar alguna encalmada de lomos, que nunca falta sobre las aguas y aparece al gusto del trapo^[1] para su descanso. Para colmo del disfrute terrenal, el navío de dos puentes San Sebastián, donde embarcamos en transporte, aunque construido en Pasajes allá por 1783, mostraba hechuras de madero joven sin destetar, con su aparejo abierto en plumas que los alisos de tornaviaje acariciaban como amante galana.

Sin embargo, la plácida quietud de la navegación se trocó en implacable nerviosismo nada más largar el ferro^[2] en la incomparable bahía gaditana, de donde partiera para las Indias más de dos años atrás. Como repentina y veraz revelación, comprendí en pocos segundos el retorno a la realidad, que no es otra cosa plantar el pie en tierra firme. Mi mundo propio y particular abría página nueva, que debía rellenar por lo llano y sin borrones a la vista. Al tiempo, esa impaciencia tan embutida en mi sangre desde la más tierna infancia, se desató como presa abierta en tronera, de forma que me movía a norte y sur en repetida alternancia, como marino con el rumbo perdido en locura de sal y tinieblas.

Por fortuna, Setum, mi negro y fiel africano al que tantas vidas debía ya en repetida maniobra, entró en verdadera función de secretario y amigo, para recomponer el alma que se desataba a borbotones.

—Es normal, señor, que desee alcanzar la hacienda y abrazar a la familia tras separación alargada en el tiempo. Pero entrará en inminente locura como no sosiegue los pensamientos y actúe en conveniencia, que salta de un objetivo a otro como movido por monstruos de ese infierno cristiano tan temido.

—Setum, eres sabio y brujo reconocido, que pruebas me has dado en abundancia. Es mucho lo que has almacenado en el pliego de mi vida a tu favor, pero un musulmán no debería darme lecciones de infiernos y cielos.

—Todas las religiones tienen su común, señor, y bien lo sabe por experiencias corridas en primera persona. Pero volviendo al tema que nos ocupa, aunque no le atraiga ni de lejos, debería aclarar su situación con la Armada y la estadía de licencia por enfermedad y pérdida de miembro corporal que le corresponde —bajó la voz, al tiempo que dirigía su mirada hacia la mano de madera que adornaba mi extremidad izquierda, carne propia abandonada en mares lejanos—. De esa forma, podríamos partir hacia la hacienda sin pérdida de tiempo.

Como de costumbre, Setum tenía razón sobrada y sus palabras me lanzaron por la senda correcta una vez más. Con el pensamiento abierto en luces pasé a la acción inmediata, recuperado el raciocinio a nivel de cubierta. De esta forma, al día siguiente tomamos carruaje para trasladarnos hasta la Dirección General de la Armada, situada en la isla de León^[3], donde debía llevar a cabo mi formal presentación y entrega del reglamentario informe, tras la comisión llevada a cabo en ultramar. Y aquí lució mi buena estrella una vez más, bien lo sabe Dios, porque con infinita fortuna tropecé en los pasillos de la jefatura con el capitán de fragata don Jaime de Escach y Calabuig, quien actuara como inseparable ayudante del general Barceló en el sitio de Gibraltar, y al que me unía una larga relación de amistad y trabajo en común. Debo reconocer que fue él quien me descubrió por los pasillos de lejos, alcanzándome al trote hasta embutirme en un fuerte abrazo sin mayor protocolo.

En pocos minutos repasamos nuestras vidas desde que actuáramos en la sangrienta jornada de las flotantes y saliera por mi parte gravemente malparado, felicitándonos por nuestros respectivos ascensos desde aquellos lejanos días. Y la primera sorpresa en andanada de grueso la recibí al tener noticia de mi recientísima promoción al inmediato empleo de teniente de navío, dulce e inesperada alegría que no esperaba ni en sueños en tan corto espacio de tiempo. Por lo visto, las propuestas en tal sentido que partían de los virreyes americanos actuaban como imparable rueda de molino, y ya se había otorgado mi patente por Su Majestad sin conocimiento de mi parte.

Y para mayor sorpresa, no sólo andaba Escach al día de mi nuevo empleo, sino también de las aventuras corridas por el noroeste americano, en especial el conflicto acaecido con los buques ingleses en las islas de Nutka, cuyos rastros todavía se dejaban sentir en la política española por largo. La abierta noticia se debía al informe elevado a la Secretaría por el capitán de navío de la Bodega y Quadra, que ya me adelantara en persona durante mi convalecencia sufrida en el hospital del Apostadero

de San Blas.

Tras una conversación de media mañana, que era mucha la tajada informativa a rebañar, debimos cortar por necesidad del servicio o habríamos cerrado los despachos en blanco. Sin embargo, todo el papeleo que las autoridades nos hacen sufrir sin desmayo y en rigor, que no es marejada a desdeñar, quedó resuelto a mi favor en pocos minutos, como requerimiento de teniente general con mando de escuadra. Por suerte, el mismo Escach se ocupó de ello al encontrarse de servicio en la secretaría de personal, puesto obligado del que renegaba en ascuas de continuo, pero necesario para mantener su ya alargada familia. Los tiempos de paz no eran buenos para tantos oficiales sin destino, muchos de ellos en situación de cuartel y escasas monedas con las que sobrevivir.

Con la felicidad estibada en cuadras y el ánimo abierto a la rosa de los vientos, abandoné la Dirección General de la Armada en situación de licencia reglamentaria, por mutilación corporal y necesaria recuperación. Debo reconocer, sin embargo, que aparte de la mano artificial, tallada por Setum en rica madera mejicana y cubierta por guante de gamuza que conseguía ocultar la merma, mi salud era de hierro y dispuesto para cubrir millas a la primera orden.

No crean que la pérdida de la extremidad sufrida en aquel terrible temporal corrido por altas latitudes, dejara cicatriz moral en mi espíritu, más bien al contrario. Ya me manejaba con suficiente soltura en todo momento, salvo los engarces del uniforme, y hasta suponía cierto orgullo personal la mutilación sufrida, como venera de especial atención insertada en el cuerpo y a la vista con cualquier indumento. Pero no venía mal disponer de algunos meses para recomponer mi vida y dedicar algún tiempo a la familia, que siempre las comisiones a Indias dejan sus rescoldos más o menos profundos en el alma, con el bien y el mal aparejados a un mismo palo. Además, la situación de teórica paz que se vivía en España por aquellos días, no propiciaba conseguir un destino a flote con facilidad.

Sin embargo, durante el trayecto de regreso a Cádiz, no se apartaba de mi cabeza una idea que ofrecía la más dulce de las satisfacciones. Ya era todo un teniente de navío de la Real Armada, el empleo más importante y decisivo en nuestra carrera, según repetían a diario los generales de mar, con veinticinco años recién cumplidos. Aunque conocedor de mi propuesta de ascenso, esperaba que tal condición se ralentizara en el tiempo como tantas veces, porque las peticiones elevadas por los mandos en tal sentido se diluían en las secretarías como azucarillos en el agua.

Fue entonces cuando comprendí, como mágica revelación, que las noticias de mis peripecias americanas debían haber llegado incorporadas en el informe elevado por el capitán de navío don Juan Francisco de la Bodega y Quadra a la Secretaría de Marina e Indias, con suficiente anterioridad a mi arribada a España, por lo que, posiblemente, ya le habría alcanzado la onda a mi cuñado, compañero e inseparable amigo, Pecas, y, por dicho camino, a mi familia. Me apartó de estos pensamientos, y de los nervios que comenzaban a recorrer las venas en prevención de combate interno, la voz de

Setum.

—Señor, deberá cambiar rápidamente de uniforme, que ya no es ése su empleo — se le notaba un tinte de alegría y orgullo en el rostro, cual padre amoroso que comprueba el ascenso del hijo más querido—. Como le vaticiné hace tiempo, más pronto que tarde le veré bien alumbrado con un orden de bordado en las vueltas^[4] y...

—No corras tanto, amigo mío, porque son muchas las millas en demanda y siempre dependemos del viento. Además, con este ascenso no mudaré charreteras, que deberé mantener una en cada hombro como en el empleo anterior^[5].

—Esa es cuestión menor. Pronto incorporará galones en los puños —volvió a sonreír hasta quedar en repentina seriedad, como si hubiese recordado un dato importante—. Pues si ese buen señor Escach, al que recuerdo de aquellos días terribles en Algeciras, cuando buscaba su cuerpo entre las cenizas chamuscadas de las flotantes, sabía de sus hazañas por aguas americanas y embarque en el navío San Sebastián, don Santiago estará al quite, sin duda, que su compañero no pierde una.

—Era justo lo que pensaba en estos momentos. Seguro que mi cuñado ha tenido noticia de mi próximo arribo a Cádiz, por lo que saldremos para la hacienda de Santa Rosalía a revientacaballos en cuanto tengamos listo el equipaje.

—Esa decisión me alegra, señor. También yo deseo saludar a la señora y cabalgar por la hacienda en libertad. Debemos desalar la piel durante algún tiempo, antes de regresar a la faena marinera.

—Y volver a tu pasión por la caza —golpeé su brazo con afecto.

—En efecto, señor. Lástima que no pudiéramos traer con nosotros la cuerna con puntas romas de aquel extraño venado, que abatí en las latitudes frías de las Altas Californias. Habría sido especial decoración del pabellón de caza.

—Y a su lado mi mano izquierda disecada, junto a la hachuela con que la cortaste.

—Tiene razón. Pocos pabellones podrían mostrar tan extraordinario trofeo.

Reímos con abierta alegría, entrados en momentos felices, mientras pensábamos en el dulce camino que nos esperaba por la proa cercana. Y como los nervios abren el apetito a fondo, almorzamos con generosidad en una venta por fuera de las Puertas de Tierra conocida como La Gaditana, con buen puchero y caldos de fuerza, donde brindamos por mi reciente ascenso en recogida intimidad. Por fin, alcanzamos la posada donde nos trasladáramos desde el navío San Sebastián, un destartalado edificio al que llamaban El Portalón, utilizado normalmente por oficiales de la Armada en comisión de tránsito y situada en pleno corazón gaditano, a medio camino del bullicioso callejón del Tinte.

Pero para ahondar aún más la bolsa, pudimos comprobar que las sorpresas no nos habían abandonado todavía en aquella tarde. En el rosetón de entrada de la fonda pudimos observar un magnífico carruaje, cuya simple visión hizo vibrar a martillo mis cuerdas. Setum fue el primero en señalar con alegría.

—¡El carruaje del señor!

En efecto, el carruaje que Pecas nos regalara años atrás y que lucía las armas de mi casa en las portezuelas, se mantenía parado entre columnas de forma majestuosa, con el viejo Simón atendiendo las necesidades del tiro. Pronto advirtió nuestra presencia y ya se abrazaba a Setum, con quien le unía una alargada amistad, antes de responder a mis nerviosas preguntas.

—¿Qué haces aquí, Simón? ¿Cómo supiste de nuestra llegada? ¿Quién te ordenó trasladarte a esta plaza? ¿Cómo se encuentra la señora y los hijos? ¿Cómo...?

Ante mi serie indagatoria en andanada interminable, con Simón en respetuosa espera, entró Setum para serenar las aguas.

—Señor, más le valdría dejar que Simón pueda responder alguna de sus preguntas.

Aunque dirigí una furibunda mirada a mi fiel africano, comprendí la razón de sus palabras. De esta forma, Simón se atrevió, por fin, a entrar en vereda.

—Don Santiago envió urgente recado desde la Corte a la hacienda de Santa Rosalía, en el que avisaba a la señora de su próximo arribo desde las Indias. Pocas horas después me ponía en marcha con la orden expresa de no dar descanso a los tiros hasta llegar a esta ciudad departamental. Debía presentarme en el navío San Sebastián si se encontraba fondeado en el puerto, o aguardar su llegada al mismo. Pero usted se adelantó a nuestros deseos por dos días. En el buque me dieron razón de su permanencia en esta fonda, y ya temía que cruzáramos caminos cuando me aseguraron que todavía no habían abandonado la ciudad. Bendito sea Dios, que le devuelve con salud de cuerpo y alma. No parece haber sufrido de los males y tribulaciones que tanto se anuncian, a los que pasan años por aquellas tierras tan apartadas de España.

—Olvídate de mi salud, que anda por derecho —corté por lo llano y con presteza—. Dame noticias de la familia sin perder tiempo.

—Puede estar tranquilo, que todo se movió por flores y sin malas noticias en Santa Rosalía, salvo la muerte de nuestro Señor don Carlos III, cuyo luto y ceremonial seguimos con extremo rigor. La señora y los tres niños mantienen salud de casta y hierro. Desde que el señor abandonó aquella tierra hacia las Indias, no se movieron de la casa, salvo en los meses de calor en verano, que mudamos hacia la hacienda El Bergantín, aunque también allí se sufrieran los rigores de las altas temperaturas. Por otro lado, don Santiago...

—¿Tres niños? ¿De qué niños hablas?

Simón me miró desconcertado, hasta que pareció caer en la cuenta.

—Perdone el señor, que ahora comprendo su ignorancia y mi escasa diplomacia. Al poco de partir con don Santiago hacia el sur, y con la tristeza entablada en humos por la casa, conocimos el nuevo estado de gestación en la señora, con regocijo general. En su tiempo preciso y con bendición dio a luz un precioso niño, bien gordo y relleno de carnes, al que ofrecieron las primeras aguas bajo la advocación de San

Francisco, en su honor. Ya gatea el pequeño por las estancias y pasillos con fuerza, tragando todo lo que entra por su boca sin descanso —volvió a sonreír, como si hablara de hijo propio—. Sus hermanos mayores, salvo las fiebres normales que sufren los niños a temprana edad, se desarrollan bien, especialmente el pequeño Santiago, que lleva loco al personal de servicio con sus tretas y jugarretas.

Quedé impresionado por la noticia y mi ignorancia como padre en ejercicio. ¿Por qué no me habría narrado Cristina en su primera y única carta recibida en San Blas tal circunstancia? Pero comprendí que en la fecha marcada en el recado familiar debía encontrarse pronta al parto, y no desearía aumentar mis preocupaciones. Sentí una nueva punzada de cariño hacia ella, así como el inmediato deseo de tenerla a mi lado y estrecharla entre los brazos. Pero ya Simón continuaba.

—Don Santiago regresó hace seis meses de las Américas y emparejado con mujer propia, aunque nos extrañara a todos por lo inesperado de la noticia. Pasó en la hacienda dos meses de descanso, antes de trasladarse a la Corte. Y el mes pasado volvieron de visita un par de semanas. La señora María Antonia es una gran dama, de singular belleza y extrema bondad, que ha conseguido con rapidez el cariño de todos.

—Demasiadas nuevas en tan corto espacio de tiempo —intentaba asimilar las palabras de Simón con rapidez—. Bueno, dejemos las historias aparte, que el viento corre en aceleración. Prepárese para salir de inmediato hacia la hacienda.

—Es posible que los animales necesiten... —Setum interrumpió su frase al comprobar mi gesto.

—Nada de descanso de animales. Rematemos el equipaje sin miramientos y salgamos en vuelo hacia Santa Rosalía. Y si revientan, que revienten.

—No se preocupe por los animales, señor. Ya sabe que tomo las órdenes con cierta medida —elevó una sonrisa de complicidad—, y no abrí sus cueros a la venida. Además, anoche descansaron por largo y en blando, con buen arrimo de pienso.

—Mejor que mejor. Vamos, Setum, despierta y aligera la maniobra.

—Se gana tiempo si las prisas son cortas, señor —murmuró Setum, fiel a sus habituales refranes, los más de ellos inventados sobre la marcha.

En pocos minutos abandonábamos la ciudad de Cádiz por las Puertas de Tierra, sin mirar hacia atrás una sola vez. Un conjunto de pensamientos, dulces los más de ellos, se mezclaban en mi cerebro a trompicones. Veía en borrosas imágenes al pequeño Francisco Leñanza, como si lo tuviera en mis brazos, recordando de forma inevitable y cariñosa al otro Francisco que me dio el ser y habría gozado sobremanera con las noticias recibidas. Pero también en el trémolo cerebral se abrían paso los pequeños Santiago y Rosalía, así como la figura de Cristina, vestida de blanco, como siempre la llevé enganchada en mi recuerdo.

Pero he de ser sincero y no puedo obviar que también en el cuadro mágico, como prendas desteñidas por la distancia, aparecía el collar de perlas y el negro que atravesaba el alma en culpa, por mucho que deseara desterrarlos a machetazos. Como si una lejana voz se abriera paso con fuerza en mi cerebro, pude ver la figura del

gobernador de California, don Pedro de Fages, al pronunciar aquellas palabras que no eran fáciles de olvidar:

—Ofrézcale estas perlas a..., creo que se llama Cristina, de mi parte. Estoy en deuda con ella, aunque no pueda comprenderlo. Una ignorancia, por cierto, en la que debería permanecer por siempre. No debemos ofrecer dolor gratuito a los seres queridos. Y éste es mi último consejo paterno, amigo mío.

Intenté borrar estas palabras de mi cerebro, como si jamás hubiesen sido pronunciadas, por el especial significado que amadrinaban en firme. Me revolví inquieto en el asiento, mientras exclamaba con fuerza en dirección a Setum.

—Que jalee Simón a los animales con más energía. Parece que marchemos de paseo al tranco, por vereda de corte en festival. Hemos de alcanzar Santa Rosalía como llevados por el rayo.

El africano me miró a los ojos. Como tantas otras veces, el brujo adivinaba al detalle mis pensamientos. En vez de trasladar la orden, deslizó con especial suavidad sus palabras.

—El señor debe borrar de su cabeza lo que no merece ser recordado, y entrar de nuevo en su verdadera vida. Le esperan la señora y sus hijos. Esa es la única cuestión importante, porque todo lo demás se disuelve en el agua con extrema facilidad.

Como tantas otras veces, sus palabras consiguieron relajar mis sentidos. El blanco desplazó al negro de mi cerebro, lo que me causó especial tranquilidad de ánimo. Y en estado de paz cerré los ojos, mientras imaginaba los picachos de entrada a la hacienda y una sonrisa de felicidad se abría en mi boca.

2. Santa Rosalía

Comenzaba a declinar la tarde cuando abandonamos el camino de Cehegín y tomamos la conocida vereda hacia nuestro destino. No tuve que esperar mucho tiempo para observar la entrada, repetida en mi cerebro más de mil veces durante las últimas horas. Habríamos recorrido unos cinco minutos cuando la senda se abrió entre dos enormes columnas de fábrica, semejantes a viejos mojones del reino, tachonadas en su parte alta por un enrejado de forja en el que podía leerse claramente la clave esperada: Santa Rosalía. Aunque los músculos me dolían en redondo por el alargado viaje, con escaso descanso de cuerpo y alma, sentí bien dentro los mismos nervios que años atrás, cuando de guardiamarina penetré por primera vez en aquella tierra.

Recorrimos un largo trecho, subiendo y bajando vertientes, a cuyos lados se abrían tablas de cereal, viñedos y, por fin, un profuso campo de olivos. Pero fue al descender una loma más abierta y pronunciada, cuando se apareció la celestial visión. Allí abajo, donde el río Quipar dibujaba al natural una caprichosa y pronunciada curva, quedaba abrazado El Castillo de Santa Rosalía, donde me esperaba esa segunda vida que mantienen los hombres de mar muy dentro de su alma, la de cubierta seca y fondeada^[6] en firme con dos ferros.

Por fin, el carruaje embocó el sendero de grava frente a la fachada principal, donde diferentes parterres de flores formaban caprichosos dibujos en combinación de colores. Y antes de alcanzar el destino final, la emoción se alzó hasta la galleta del palo mayor como disparo de bombardas. Parada ante la escalera de dos fuentes, observé a Cristina con un vestido blanco de grandes vuelos. No era casualidad, estaba seguro, que la estampa se asemejara al ciento a aquella otra del 22 de diciembre de 1781, cuando la había visto por primera vez en inolvidable explosión de blancura y belleza.

Como era normal en la hacienda cuando se mantenía situación de espera, debían haber destacado algún zagal con montura ligera de cascos hacia el montículo que llamaban El Vigía, para avisar de nuestra llegada con suficiente antelación, razón por la que ya se encontraba mi familia en conocimiento.

Sin embargo, en esta ocasión Cristina no acudía en forma alocada y juvenil a saludar, como me ofrecía aquel lejano cuadro grabado en el cerebro, sino que se mantenía en quietud y con una abierta sonrisa en su rostro, destilando felicidad por todos los poros de su piel. Además, a sus costados se movían inquietos tres pequeños, con movimientos difíciles de dominar, esas extensiones de nuestros cuerpos que forman los hijos y cuya visión nos emociona hasta el mas allá. Como nunca supe esconder los sentimientos, me sentí cercano a la más profunda congoja cuando el carruaje se detuvo a su lado, y pueden estar seguros que se trataba de congoja abierta en inmensa felicidad.

Como acción repentina e inesperada, enlacé a Cristina allí mismo entre mis brazos y con fuerza, un alargado abrazo de los que jamás se olvidan, sintiendo poco a poco cómo las lágrimas rodaban en silencio por sus mejillas hasta humedecer las mías. Por fin, me separé lo suficiente para observar a los pequeños, que ya mostraban signos de diferencia. Santiago, el primogénito y tercero que portaba el apodo de Gigante en la familia, cercano a cumplir seis años, se apretaba con fuerza a mis piernas, mostrando su sangre pareja a aquellos Leñanza que trabajaban el campo de sol a sol en Fuentelahiguera de Albatages, esa otra vida olvidada en los recuerdos. Rosalía, de cuatro años, lloraba agarrada a las faldas de su madre, aunque ya se le auguraba una belleza pareja. Y por fin conocí al pequeño Francisco, cuya visión me hizo sonreír al comprobar que era mi amigo Pecas en diminutivo, aunque más ancho de pecho. Y rodeado por todos en amorosa cohorte, entré en la casa como teniente general en recibo de palacio. Es fácil comprender mi felicidad, al comprobar que una nueva y alargada singladura de campo daba comienzo en mi vida.

Los siguientes días a la llegada, el regreso de las Indias al hogar tras alargada ausencia, me alcanzan la memoria con gran facilidad tantos años después, grabados con exactitud y sin posible error, que los momentos de extrema ventura son fáciles de entroncar al cerebro en permanencia. Debo reconocer en estos momentos, cuando aboco el alma por escrito y con total sinceridad, que mi corazón temía el reencuentro y, en forma especial, la primera mirada de Cristina, por aquellas cuestiones de culpa que debían permanecer en el lado oscuro de la memoria. Sin embargo, una vez más reconocí la inteligencia y el amor de aquella mujer extraordinaria, entregada a mí por entero sin buscar rastros que debían quedar a puerta cerrada.

De todas formas, y aunque se trate tan sólo de una sospecha, estoy seguro que Cristina leyó con claridad mi alma al entregarle aquel collar de perlas en nombre del gobernador de California, esas perlas de las islas Nitinat que siempre se mantendrían unidas a la historia de la familia, al negro en memoria cerrada, y a la extremidad perdida. Corrimos un velo de gasa en mutuo acuerdo, sin un ligero reproche, como si reconociéramos que todo libro mantiene páginas que deben mantenerse sin abrir.

Y los días comenzaron a correr en abanico y por senda propia. Me convertí en marino campero con gran facilidad, dedicando el tiempo a mi familia, a la narración de las aventuras americanas, a la caza y el buen yantar. Ni siquiera la mano de madera produjo efectos negativos o de conmiseración, sino de orgullo en todos, especialmente en Cristina que la tomaba entre las suyas como si lograra sentir la sangre, donde sólo la veta de madera mejicana podía surgir.

Un mes después, siguiendo la norma habitual y sin previo aviso, apareció en Santa Rosalía el carruaje con las armas de la casa Montefrío. Cuando me dieron recado, andaba por los riscos del Garbanzal con Setum en empresa cinegética, un esperado aguardo de macho montés, por lo que salí picando espuelas hacia la casa. Y allí andaba ya mi gran amigo y compañero de armas, a quien quería como el más amado de los hermanos, pavoneando sus alas como perdiz en celo.

No necesito explicar la alegría de ambos al encontrarnos tanto tiempo después, así como la necesidad de comenzar a narrar nuestras respectivas historias desde que, más de dos años atrás, separáramos nuestros caminos en la ciudad de Panamá. Pero antes hube de saludar a la actual duquesa de Montefrío, María Antonia de los Gavilanes, encinta de varios meses, cuya visión me hizo recordar la figura de aquel noble aventurero que muriera en mis brazos a bordo del jabeque Murciano. Por su parte y con la necesaria discreción sin ajenas escuchas, me agradeció que le hiciera llegar en su momento el anillo de don Álvaro de Galdomar, aunque ya eran historias del pasado que no movían mayores recuerdos, porque a la joven se la veía feliz en su nueva vida familiar con mi cuñado.

Les puedo resumir que las aventuras de Pecas por las costas americanas del sur también llevaron aparejadas hazañas de gloria y recibo, con peligrosas navegaciones por los canales patagónicos, todavía levantados al pulso, de esas que erizan la piel a los navegantes más curtidos, segundo a segundo. Y en especial era de destacar su arriesgada misión a las islas de Juan Fernández en persecución de corsarios, con pérdida de la goleta bajo su mando tras terrible temporal corrido, y estancia de dos meses en la isla de Más a Fuera, en cuyas costas consiguió sobrevivir milagrosamente. Por aquellos hechos, el Virrey lo había ascendido al empleo de teniente de navío, con varios meses de anterioridad al mío, razón por la que me ganaba en antigüedad, una cualidad que no dejaba de repetir para chufla de todos. Parecíamos haber sido paridos en la Armada de la misma carnada, porque nuestras carreras seguían caminos parejos en hazañas y ascensos.

En la ciudad de Lima había conocido a María Antonia, quien disfrutaba de unos meses de estancia en casa de su tío, el gobernador de El Callao, tras haber quedado huérfana de padres en forma trágica y dolorosa. Semanas después de conocerse y cuando ya se contaban sus vidas con cierta familiaridad, comprendieron la casualidad que los unía al comentar el detalle de la entrega del anillo, llevado a cabo por mi parte como último deseo del caballero aventurero, así como la relación familiar que me unía con Pecas, lo que pareció aumentar la amistad entablada. Y como era de esperar, mi compañero de armas cayó enamorado a muerte como tantas otras veces, aunque ahora sin remisión ni rescate posible. De esta forma, meses después se celebraba en la catedral de Lima la ceremonia que los unía para siempre.

Pecas, por su parte, tras las duras peripecias sufridas en las islas de Juan Fernández, regresó a El Callao con la salud quebrantada, por lo que estimaron conveniente su traslado a España. Pero ya andaba el figurín de Corte en forma guerrera, con el rostro de niño y sus artimañas habituales de hechos y palabras en permanente despliegue.

Además de las historias comunes, gracias a Pecas me mantuve al día de los avatares que acaecían a nuestra Armada y la propia nación durante aquellos meses de secano, porque en la hacienda andábamos huérfanos de reseñas. Aunque sin destino de número, se dejaba caer de vez en cuando por la Secretaría de Marina e Indias, con

lo que andaba al punto de interesantes noticias. Nadie conocía tan hábil como él para obtener información pública o reservada, que me fue traspasando en sus periódicos viajes a Santa Rosalía, donde María Antonia dio a luz a su primer hijo en octubre de aquel año de 1790.

En cuanto a las nuevas recibidas, me caló muy hondo y en negativo los acuerdos firmados por el conde de Floridablanca en nombre de Su Majestad, intentando resolver el problema creado por mi actuación en las islas Nutka, aunque mejor debería decir por la actitud ofensiva y grosera de mister Colnett a bordo de la fragata Princesa. Aunque sea difícil de creer, los términos parecían cambiarse para vergonzoso beneficio del inglés, que pasaba como por encanto de ofensor a ofendido. A tal punto llegó la indigna debilidad de nuestro gobierno ante las presiones del británico, rayana en el más absoluto y vergonzoso descrédito, que se reconoció como insolencia española lo que en realidad era agravio recibido, y aunque se alcanzaron preparativos de guerra y armamento de escuadras, se continuó cediendo en humillación sin límites, con clara mengua de los derechos de la Corona, hasta llegar a admitir el comercio inglés en el norte de América y las pesquerías en el sur.

Además, se procedió a una larga lista de compensaciones vejatorias para el orgullo patrio, como lo fue indemnizar con 200 000 pesos en especie a la compañía comercial por las pérdidas sufridas con la detención en Nutka del paquebote Argonauta, restituir los edificios y terrenos en el surgidero de San Lorenzo, al tiempo que se demolía el presidio de San Miguel donde tanta ilusión depositara mi alma en aquellos lejanos días. Recordé con tristeza y cerrada vergüenza las palabras dirigidas con innegable orgullo a mister Colnett, durante la discusión que propició el incidente: Este puerto de Santa Cruz de Nutka es y seguirá siendo español por los siglos de los siglos, y ese pabellón izado en el mástil del presidio de San Miguel se mantendrá en su sitio como corresponde, cueste lo que cueste.

No sabía entonces la deshonrosa actitud que pueden llegar a adoptar de forma deliberada ministros y reyes. De esta forma, se procedía a pagar indemnizaciones por acciones legítimas y en prenda de ley, al tiempo que se otorgaba la libre entrada de súbditos ingleses en nuestros puertos, y un sinfín de desafueros donde ni la justicia ni la equidad salían bien paradas. Se evitaba una guerra, desde luego, pero la mancha del descrédito y la vergüenza bañaban a nuestro Señor don Carlos, unas acciones que nada bueno auspiciaban en las primeras millas corridas de su reinado, al tiempo que tendían al conde de Floridablanca hacia la más absoluta oscuridad.

Y para finalizar el trabajo emprendido por navegantes españoles años atrás, entre los que me incluyo, en la importante expedición científica de las corbetas Descubierta y Atrevida, bajo el mando de los capitanes de fragata Alejandro Malaspina y José Bustamante, se acabó por comprobar la inexistencia del famoso Paso del Noroeste, en el final de su expedición entre hielos y parajes de peligrosa navegación. Y aunque no quedara duda alguna, el nuevo Virrey, conde de Revillagigedo, despachó desde San Blas a las goletas Sutil y Mejicana, al mando de los capitanes de fragata Dionisio

Alcalá Galiano y Cayetano Valdés, para que con mayor detalle repitieran el registro de senos y ríos, especialmente el estrecho de Juan de Fuca, en cuyas cercanías quedara mi mano izquierda para siempre en homenaje. Una vez más, la Armada llevaba a cabo expediciones científicas y descubridoras al más alto nivel que, como en tantas ocasiones precedentes, quedarían empañadas por el desconocimiento y la usurpación posterior de otras naciones, que descubrieron lo ya descubierto por marinos españoles.

Pero de regreso a la política europea, volvieron a sonar campanas de conflicto en el norte de África, que nunca las calamidades ni el descrédito vienen en solitario, sino como plaga de fácil contagio. Por desgracia, murió en los primeros meses de 1790 Sidi Mohamed, el príncipe más ilustrado de Marruecos y gran amigo de España. Su hijo y sucesor, Muley Yacid, cría cambiada a la mala de sangre pareja, reunió tropas y artillería con las que cercó la plaza de Ceuta. Y no habría sido mayor problema este acto, con inmediata respuesta española de refuerzos desde Algeciras, si no se amadrinara un infernal efecto en el tiempo, que también se dejó sentir en nuestra tierra.

El 8 de octubre de aquel año sentimos vibrar las lámparas en Santa Rosalía, como buque entrado en marejada gruesa, claro anuncio de terremoto. Aunque se trataba de circunstancia bastante normal y repetida en aquellas tierras, remitió en escasos minutos para favor de las mujeres, que ya creían abrirse la tierra en pocos segundos. Sin embargo, la ciudad que sufrió de verdad la conmoción terrestre en orden de altura, fue la plaza española de Orán. En pocos minutos, la catedral, murallas, cuarteles, alcazaba, almacenes y casas se derrumbaron como castillo de papel, sepultando entre sus escombros a gran cantidad de personas, entre ellas el gobernador español y toda su familia.

Y a la natural catástrofe se hubo de añadir la producida por los hombres, que siempre aparece cabra mestiza con intento de pescar en río revuelto. Las acciones del príncipe marroquí habían excitado a otras tribus guerreras de la Berbería, por lo que algunas partidas argelinas englobadas bajo el pabellón general de su Dey, truhán en ejercicio que renegaba de los tratados suscritos años atrás, acometieron con inesperada fuerza contra la destrozada plaza de Orán, desasistida de murallas y fuerzas.

No obstante, se defendieron nuestros hombres con bravura y sacrificio, sacando fuerzas de donde no restaban, hasta la llegada de los refuerzos solicitados en apremio a Cartagena. Pero para sorpresa de muchos, en pocos días se concluyeron las negociaciones entre el Dey argelino, Hassán Bajá, y el conde de Floridablanca, por las que España abandonaba y cedía las plazas de Orán y Mazalquivir al truhán, a cambio de fantásticas e ilusorias ventajas comerciales que nunca se llegaron a percibir. Un gravísimo error, inconcebible en don José Moñino que, sin embargo, marcaba el camino por el que España se deslizaría desde que nuestro Señor don Carlos IV ciñera la Corona, y no me habría atrevido en aquellos momentos a expresar

en público tales comentarios, sino que la sinceridad de la vejez me impulsa a exponer tal consideración.

Al menos, la evacuación de la plaza africana se llevó a cabo con orden y sin estampidas de horror, dirigida con sumo acierto por el brigadier don Federico Gravina, que por tal acción fue ascendido al empleo de jefe de escuadra. Bien es cierto que no podía ser considerado hecho glorioso de armas lo que, en verdad, ofrecía rostro de la más ignominiosa derrota.

Pecas me largaba estas tristes y vergonzosas noticias en sus periódicas visitas al campo, donde permanecía María Antonia con el precioso niño, nacido en el Castillo de Santa Rosalía en el mes de septiembre, y al que bautizaron bajo la advocación de San Francisco, en mi honor, y que apadrinamos en las primeras aguas Cristina y yo. Pero ya el comezón de la mar lejana comenzaba a roer en las entrañas, por lo que llevé a cabo algunos viajes a Cartagena, capital del departamento marítimo, acompañado de mi inseparable Setum, para olfatear posibilidades al alcance de la mano. Sin embargo, les aseguro que la cuesta abajo se dejaba sentir en todo lugar y momento, y no me crean exagerado por motivos personales ni especial inquina a quienes alcanzaron puestos en nuestro gobierno, que nunca deberían haber detentado.

Debo explicarles que nuestro Señor don Carlos IV había heredado una Real Armada como jamás España había conocido y como, por desgracia, no creo llegue a poseer en muchos años, si la empresa discurre como en estos días de negro futuro en los que escribo mis recuerdos. La Armada en aquel año de 1790 contaba con más de 300 buques a flote, de los cuales 76 eran poderosos navíos de línea y 51 fragatas de orden. Sin embargo, el muelle de desarmo^[7] en el arsenal cartagenero se veía más nutrido que nunca, al tiempo que la construcción naval decrecía a la vista, punto principal del camino negativo. Las gradas se poblaban de unidades menores y a ritmo de tortuga, mientras los diques de carenar^[8] nadaban en agua con pocos meses de bombeo.

Como dato significativo puedo exponer que de los 79 navíos que disponía la Armada en aquellos días, debido a la situación de paz que se disfrutaba, tan sólo se mantenían armados y listos para salir a la mar en comisión de armas dos en Cádiz, uno en Ferrol y otros dos en Cartagena, un total de cinco, aunque pueda parecer noticia de imposible explicación. Y de las 54 fragatas, 20 en situación de armamento. Y así continuaba la lista con las unidades menores. Esa fue la norma que nos hizo pequeños y mediocres, porque los buques han de ser marinados por profesionales, y no por muñecos tomados al viento en precipitación.

De esta forma, no conseguí algún embarque de oportunidad en todo el año de 1791, recibiendo tan sólo un ofrecimiento para purgar expedientes en la Mayoría General por quien fuera mi comandante en el jabeque Murciano, el ya capitán de navío don José Girón, que me dispensaba especial aprecio. Sin embargo, deseché la oferta en provecho de algunos compañeros que malvivían con sueldos de miseria y llegada de los mismos en alargado retraso.

He de reconocer, sin embargo, que perdí una oportunidad de oro cuando el general Barceló pasó por Cartagena de camino hacia Algeciras, donde debía tomar el mando de las fuerzas navales que habrían de castigar a los marroquíes levantados. Y aunque llevaba escasos meses de licencia, me habría unido a él de tener conocimiento, sin dudarle un solo segundo. Por desgracia, la orden recibida por nuestro gran general fue inmediata y de acción repentina, con lo que al llegarme la noticia y cuando ya pensaba en tomar el carruaje para dirigirme hacia el escenario de guerra que tan bien conocía, se habían suspendido las acciones por el acuerdo llegado con el ladino Sultán.

Entré en el nuevo año de 1792 con escasas esperanzas de regresar pronto a la mar, aunque mucho lo deseara. Los buques en activo sesteaban a la grana y se cocían en los arsenales las corridas de mucho remo y poca vela, como solíamos comentar en los corrillos de oficiales. Sin embargo, afrontábamos los últimos días del mes de enero cuando, tras ímprobos esfuerzos en la Mayoría General del departamento marítimo de Cartagena, recibí la agradable sorpresa de haber sido designado como comandante del bergantín Descubridor, con 14 cañones de porte, construido en Cartagena dos años atrás.

Ya pueden imaginar la alegría que sentí al conocer el Real nombramiento, al punto de percibir esas conocidas vibraciones en las venas que me eran difíciles de recordar. Aunque la noticia entristeció al personal de la casa, especialmente a mi querida Cristina, que lo veía venir de lejos sin un solo reproche, me hizo entrar en zafarrancho mental y agitación de cuerpo que Setum compartía con sonrisa abierta, porque mi secretario africano también añoraba el piso en movimiento. Me veía con el gallardete de mando ondeando a los vientos en la mar y desplegando alas en un buque cuya maniobra conocía a fondo, situación de mando no repetida desde que, de joven guardiamarina, apresara aquel bergantín britano en el puerto de Tinsuf. Sin embargo, fue flor de un día y un jarro de agua helada lanzado contra mi rostro, del que me costó recuperarme en confianza.

Cuando llegué, vestido con mis mejores galas, a la secretaría de personal del departamento, para recoger la documentación que me autorizaba a tomar el mando, fue el capitán de navío Girón, a quien tanto persiguiera para conseguir destino, quien me bajara el ánimo de la cofa a cubierta en pocos segundos, aunque intentara emplear dulces palabras. No se trataba de mando alguno en la mar, sino de comandante en muelle de desarmo, con una dotación reducida a un alférez de navío y un contador, peleando con los diferentes ramos en el arsenal por si se recibía la orden de alistamiento que, en verdad, no se esperaba. De esta forma, decliné el destino con corrección, que debía entregarse a otro oficial más necesitado de caudal, aunque tal mando no conllevara primas de mesa ni otras de las que permiten mantener una vida más decente al oficial. Sin embargo, agradecí a mi antiguo comandante el detalle, al tiempo que le explicaba mi desahogada posición económica personal. Comprendió y alabó mis motivos, quedando en avisarme cuando saltara alguna vacante en buque de

condición.

Regresé a Santa Rosalía dos días después con el rabo entre las piernas, entristecido por mi persona y por la Armada, a la que tanto quería, porque no eran formas aquellas de mantener un mínimo de dignidad. Y me costó recuperar la confianza en la carrera y la propia estima, sufriendo durante algún tiempo, metido en las negras profundidades. Por primera vez oteaba el horizonte en negativo, sin una pequeña raya de esperanza. Pero era la visión de oficiales destinados a cuartel y con media paga, recorriendo los pasillos de la Mayoría General en busca de destino, la que me deprimió más todavía. Fue en esos días cuando tuve conocimiento que diversos compañeros, algunos en el empleo de capitán de navío o brigadier, se veían obligados a ejercer como profesores en casas de ricos acomodados con hijos a los que educar, para mantener la familia y cierta dignidad en el vestir, con deudas imposibles de pagar.

Y de esta forma entramos en los últimos meses de aquel nefasto año de 1792, y me refiero a la vida profesional, que la familia andaba a un largo y sin contratiempos dignos de señalar. Sin embargo y aunque no lo supiera entonces, se encontraba cercano el punto de inflexión, porque los dos años largos transcurridos desde mi llegada de América eran los más tristes y negativos en mi carrera, desde el ingreso en la Escuela Naval. Pero ya se cocía un potaje de altura, donde habría que despabilar entendederas y afilar los sables.

Antes de pasar a las nuevas y arriesgadas experiencias que viví a partir de 1793, he de narrarles un suceso que me volteó el alma a pique, ahondando la herida abierta. Y lo entenderán al conocer que la injusticia ejercida por la más alta magistratura era dirigida contra el más bravo general que pisó cubierta en aquel siglo de guerra, quien nos apadrinara a Pecas y a mí en nuestra carrera naval desde el primer momento. Me refiero, como ya supondrán, al teniente general don Antonio Barceló, por quien sentíamos la máxima admiración y aprecio. Mucho sufrió nuestro gran marino mallorquín, sin merecerlo, con las idas y venidas del pensamiento regio, una historia que expone a las claras el talante de nuestros gobernantes. Pero esta historia merece un punto y aparte en mis recuerdos.

3. El último mando de don Antonio Barceló

Tuve conocimiento exacto de los padecimientos sufridos por el general Barceló gracias a Pecas, en uno de sus periódicos viajes a Santa Rosalía, cuando ya entraban los vientos fríos por los Riscos y las hojas doradas de los árboles alfombraban los caminos, cercano el invierno de 1792. Acababa de bajar del carruaje y tras los saludos habituales que cruzábamos en frases de chanza y amistad, entré en requerimientos sobre las últimas noticias corridas en la Secretaría. Sin embargo, mi compañero reventó pronto en duras exclamaciones, como si hubiesen triturado su honor en abierta disputa.

—No creerás como posible lo que ha llegado a mis oídos y paso a contarte. ¡Jamás se ha producido peor felonía que la llevada a cabo contra nuestro general!

Paseábamos por los jardines cuando largó en látigo aquellas palabras.

—Supongo que te refieres a don Antonio Barceló. ¿Qué mal le ha sucedido? —pregunté extrañado, estimando como posible haber sufrido peligrosas enfermedades, o repetición de los males de vientre que le atacaban con machacona periodicidad.

—Ha sido una maniobra sucia y vergonzosa llevada a cabo poco a poco, con el paso del tiempo, más propia de bigardos y sacamantecas que por personas de alta magistratura.

—Suéltalo de una vez, por favor. No sé de qué me hablas —como siempre, a Pecas le costaba entrar en materia directa.

—Recordarás que, con el general Barceló retirado en su querida isla mallorquina, Su Majestad le confirió el mando de las fuerzas navales congregadas en Algeciras, que debían castigar a los rebeldes marroquíes que amenazaban nuestras plazas africanas. Para tal efecto se envió en urgencia a la fragata Santa Florentina, que lo recogió el 19 de noviembre de 1790 en Palma de Mallorca, y navegó, lleno de orgullo y con su entusiasmo normal por entrar en combate, hasta el apostadero algecireño. Y no debemos olvidar que nuestro general calzaba ya los 73 años por aquellos días, con el buche apretado al fajín.

—Y pasó por Cartagena sin conocimiento de mi parte, que debías haberme avisado con tiempo suficiente, razón por la que no pude ponerme bajo sus órdenes. Pero, según tengo entendido, las acciones previstas de castigo no se llevaron a cabo, por alcanzarse acuerdo en las conversaciones del delegado del Sultán en Madrid.

—Esa es una parte del todo. Barceló arribó a la bahía de Algeciras, a causa de los vientos contrarios, el 7 de diciembre, cuando ya se había acordado la suspensión de hostilidades entre el comandante militar de Ceuta y el cabecilla de las tropas marroquíes, al tiempo que se anunciaba el envío de embajadores a Madrid por parte del Sultán felón. Por esta razón, el Secretario Valdés^[9] le comunicó al general que, no debiendo tomarse acciones contra los marruecos de momento, permaneciese en Algeciras sin tomar el mando de las fuerzas asignadas hasta que recibiese nuevas

órdenes.

—Norma habitual en estos días —alegué con tono pesimista—. Mano blanda que a nada conduce con esos desalmados.

—Desde luego, que don Carlos III habría tronado el tambor sin esperar un día más. Pero ya conoces al general Barceló y sus métodos. Como no puede estar inactivo y considera apropiado mantenerse informado al punto de la situación, solicitó permiso a la Corte para trasladarse a Ceuta y reconocer la plaza, así como la disposición de las fuerzas enemigas, por si acaso fuese necesario actuar en conveniencia más adelante.

—Y cruzó a Ceuta sin perder un minuto.

—En efecto. Izó su insignia a bordo del jabeque San Blas, una de esas unidades en las que tanto gusta navegar todavía, a pesar de su avanzada edad, y en ella cruzó el estrecho. Y sin más dilaciones inspeccionó las defensas y artes enemigos con todo detalle. Una vez regresado a Algeciras, el 18 de enero de 1791 elevó a Su Majestad su opinión sobre lo que estimaba como necesaria destrucción a llevar a cabo en las defensas enemigas, así como arrebatarles los morteros y cañones de los que disponen sin que puedan impedirlo, como mensaje de advertencia, para lo que solicitaba solamente las lanchas a disposición y los voluntarios que quisieran seguirle.

—Típica expresión suya —sonreí, recordando la figura del general—. No pasan los años por él.

—Y así morirá, posiblemente a bordo de algún jabeque o una lancha cañonera. Barceló aseguraba a nuestro Señor que la paz acordada no podría subsistir, por la poca fe que se debe depositar en los moros del Marruecos. Y añadía, que sólo con las lanchas espero dar una victoria muy completa y gloriosa, mediante el favor de Dios, porque como inventor de ellas, nadie sabrá darles el valor que tienen mejor que yo, al tiempo que apetezco el puesto más arriesgado como he demostrado en repetidas ocasiones, en servicio de S.M. y honor de la nación.

—Conducta habitual en don Antonio, que no esconde nunca la vanguardia. Pero seguro que le contestaron que se estuviera quieto.

—Ya veo que vas conociendo los nuevos aires que se respiran en la Corte, para nuestra desgracia. Como respuesta, recibió recado de Floridablanca, dando el enterado a su proyecto. Al tiempo, se le aseguraba que no era necesario llevar a cabo acciones de guerra por el momento, ya que se esperaba conciliar la paz en forma duradera con el nuevo Sultán.

—Y, sin embargo, los moros volvieron a las andadas en la siguiente esquina.

—Deja de adelantarte a mis comentarios y escucha con atención —Pecas gesticuló con fuerza—. Ni siquiera las conversaciones en Madrid llegaron a feliz término porque, como veían los ciegos y oían los sordos, no buscaban otra cosa los moros que dilatar las frases y añadir tiempo para prepararse a fondo, gracias a las armas que reciben en flagrante contrabando por parte de unidades inglesas, cuyas salidas de Gibraltar también propuso Barceló impedir por la fuerza y el necesario

bloqueo, lo que se le impidió de forma tajante por no mover a la mala las buenas relaciones actuales con los butanos. Y pocos meses después, los marroquíes sitiaron nuestras plazas principales con nuevas y apretadas fuerzas, mejor armadas.

—¿Y se decidieron a actuar por fin? —Preguntaba con semblanza de duda.

—Se declaró formalmente la guerra al Sultán de Marruecos. Y aquí llega la primera y gran sorpresa, porque el mando de las fuerzas navales congregadas en Algeciras, así como la Jefatura del Apostadero, no se le otorgan a don Antonio Barceló, que había sido llevado desde Mallorca hasta ese escenario para tal misión. Con generalizada sorpresa de amigos y enemigos, Su Majestad decidió que recayera el mando en el teniente general don Francisco Javier Morales de los Ríos.

El gesto de mi cara denotaba la sorpresa e indignación que la noticia producía. Costaba creer las palabras de Pecas, aunque no dudaba de ellas, que sus fuentes solían ser de primera mano y validez al ciento.

—No lo puedo creer. ¿Le entregan el mando al general Morales, con don Antonio Barceló en Algeciras?

—Aunque ya sea vejatorio que no se le conceda el mando a quien allí se encuentra para tal efecto, es peor el caso de que se escogiera a ese pájaro desplumado en lugar de a Barceló. ¿Sabes quién es Morales?

—Creo que andaba al mando de las Fuerzas Navales en el Mediterráneo, que serán escasas en importancia y despliegue en estos días.

—Así es y, como dices, se trata de un cargo de muy poca relevancia. Pero puedo asegurarte, con la reserva que nos ocupa, que es conocido en algunos círculos como Morales el Cobardón.

—Es muy fuerte esa palabra para endosársela a un teniente general.

—Vamos, amigo mío, que no es el primero en dicho empleo que esconde el bulto al primer cañonazo, por mucho que nos avergüence reconocerlo. Y tú lo has sufrido en las carnes, durante el sitio de Gibraltar. Aunque de nobilísima familia y con fuertes apoyos en la Corte, la hoja de servicios de Morales se encuentra bien rellena de acciones poco edificantes, por no emplear palabras más fuertes. Ya de subalterno tomó parte en un combate contra embarcaciones berberiscas, en el que quedó tan lastimado el lustre de nuestras armas, que se le formó causa a todos los oficiales del buque, siendo suspendido de empleo y sueldo por un alargado periodo. Reintegrado al servicio y como segundo comandante de la fragata Hermiona, fue apresada por los ingleses al regreso de América, captura que se consideró indigna y deshonrosa para nuestro pabellón, siendo degradado el comandante mientras Morales, con más influencias en las alturas, era inhabilitado de nuevo por dos años, que debía cumplir como aventurero en los jabeques.

—Ignominioso proceder debió demostrar para ser condenado a los jabeques como aventurero. Debe andar escaso de bizarría.

—La condena fue mucho menor de lo que merecía, porque su conducta poco decorosa era ya cuestión repetida. Pero a pesar de estas y otras historias poco dignas

de tan valeroso y cabal personaje, fue ascendiendo de forma sucesiva, hasta alcanzar el empleo de teniente general el primero de marzo de 1791. ¡Así funciona nuestra Real Armada! No aprenderemos nunca, que es reincidente nuestra Institución en ascender hasta las alturas a quien no lo merece ni de cerca.

—He de reconocer que llevas razón. Pero no es ése un pecado a endosar al nuevo Monarca en solitario, que don Carlos el tercero también prodigaba los ascensos sin merecimiento. Recuerda los habidos tras el combate del cabo Santa María.

—Estoy de acuerdo contigo, aunque ahora el mal se multiplica y con peores formas. Este Morales habría sido fusilado varias veces de servir en la Marina británica. Bueno, es posible que ni siquiera hubiese alcanzado el empleo de guardiamarina —Pecas continuaba gesticulando con fuerza y extremado acaloramiento—. Para colmo de ultrajes, es ocho años más moderno que Barceló, sin contar la diferencia de valor que pueden atestiguar sus respectivas hojas de servicio. Es inaudito. ¡Escoger a Morales en detrimento de Barceló! Como atestiguan muchos, las intrigas de palacio alcanzan cotas en nuestra Secretaría jamás imaginadas.

—¿Qué hizo don Antonio? No creo que se mantuviera en silencio.

—Nada de eso, que ya sabes cómo las gasta. Reclamó con energía en tres declaraciones, dirigidas a Su Majestad y a los Secretarios de Guerra y Marina. En verdad que se trataba de ofensa por menoscabo flagrante de graduación y méritos de nuestro general, que en el mismo rostro lleva grabados los servicios prestados. A nuestro Señor don Carlos, entre otras consideraciones le decía, y creo que lo recuerdo al pie de la letra: No puedo persuadirme, Señor, a que sea la intención de V. M. de tenerme aquí en inacción y al frente del enemigo, sufriendo un desaire que se hace muy notable, y que a la verdad, no creo merecen mi buen celo y amor al mejor servicio de V. M., como tengo bien acreditado en mis más de cincuenta años de servicios y guerra en la mar.

—¿Qué le contestaron? —Mi indignación aumentaba por momentos.

—Palabrería cortesana de ceñida y buenos deseos para el futuro. Sin embargo, y también es difícil de comprender, se le ordenaba que permaneciese en Algeciras, por si saltaba la liebre.

—¿Qué liebre?

—No seas zopenco, Gigante. Esto ya es de mi propia cosecha, pero creo que le obligaron a permanecer por si Morales daba la blanda.

—¿Por si cobardeaba?

—Pues claro. Y así sucedió.

—¿Recuperó el mando Barceló?

—Eso tuvo lugar pocos meses después. Este Morales, fiel a su carrera, tomó las riendas del asunto, pero nada hacía la escuadra bajo su mando. La falta de acción en sus unidades llegó a tal punto, que recibió orden tajante de la Corte para bombardear la plaza de Tánger a la mayor brevedad. Morales, tras reunir junta de jefes, típica maniobra de quien intenta repartir responsabilidades indignas, acordó que el ataque a

dicha plaza era imposible. El día que llegó este comunicado a la Corte, se firmó su relevo por don Antonio Barceló.

—¡Qué vergüenza! Prefiero no escuchar estas historias, que bastante negativo veo el futuro.

—Lo más triste —Pecas continuaba, inmutable—, porque ya no sé que adjetivos endosarle, viene a continuación. En la orden para tomar el mando, se le comunica a Barceló que la actuación del general Morales ha recibido la Real Aprobación, y que lleve a cabo el detallado plan que a éste se le había ordenado.

—¿Real aprobación? Buenas agarraderas ha de disponer este Morales en la Corte. De todas formas, supongo que don Antonio pasó a la acción.

—No tuvo tiempo de ello. En primer lugar, necesitó de dos semanas para que Morales le entregara los planes del ataque, aunque él ya andaba por camino propio. Y lo primero que hizo tras tomar el mando, fue comunicar a Valdés el desastre que dejó Morales en las fuerzas navales, donde cada negocio andaba por mangas y capirotos, o como exponía el propio Barceló:...me ha sido preciso empezar la obra de raíz, y extraño que el general Morales intentara el bombardeo sin tener cosa con cosa. Pero cuando ya había reunido a los prácticos y ordenado a las lanchas aprestarse para la acción, recibe nueva orden de Valdés en ese baile infernal de dudas. No debe llevar a cabo el ataque todavía, aunque deba mantenerse en disposición y que los moros lo teman como preparado para atacar en cualquier momento.

—Qué desastrosa dirección en las operaciones. ¿Ha perdido nuestro Secretario Valdés o el ministro Floridablanca la razón?

—Más bien deberíamos decir que la perdió nuestro Señor don Carlos, que coarta las acciones de sus subordinados en forma directa, con sus figurines de Corte en consejo privado —Pecas me miró con seriedad a los ojos, un gesto muy poco habitual en él.

—No deberías decir algo así de Su Majestad —temía las palabras de Pecas.

—Vamos, Gigante, baja a cubierta que no parece entender lo que se bracea por la Corte. Valdés y Floridablanca son las mismas personas, aunque con un Monarca que entra en demasiados detalles y al capricho estúpido, influido por personajillos de quien nunca debería dejarse aconsejar. Pero ya te contaré en otro momento los comentarios que corren en la Corte sobre nuestro Señor y familia, que te costará creer como ciertos. El caso es que el general Barceló continuó aprestando las unidades bajo su mando, al tiempo que ordenaba la vigilancia en la bahía y puertos para impedir el contrabando de armas que llegaba de forma incesante al norte de África, casi siempre en unidades británicas, incluso en algunas propias de la Royal Navy. Barceló comunica a la Corte esta conducta inadmisibles en nuestros nuevos aliados, por lo que estima no sería de extrañar algún encuentro inamistoso con buques basados en Gibraltar, lo que nuevamente se le prohíbe desde Madrid en orden urgente y de forma tajante.

—Debíamos bloquear esa plaza para siempre. Y a todo esto, las operaciones

continuaban sin decidirse.

—En efecto. A ello se sumó la muerte del joven Sultán en los primeros días de marzo de este año de 1792, en combate con su hermano, con lo que disminuyó la presión de las fuerzas marroquíes sobre nuestras plazas. Se creyó zanjada la cuestión y una vez establecidas las conversaciones con los emisarios, nueva tomadura de pelo, el Secretario de Marina comunicó a Barceló que disolviera las fuerzas establecidas en Algeciras, dejando en dicho apostadero tan sólo unos pocos jabeques. También se le ordena su embarque en las fuerzas que regresan a Cartagena, pudiendo pasar a Mallorca si es su deseo. El 28 de julio arribó a Palma, entristecido y asqueado por los vaivenes de la política.

—Lo siento por nuestro general, que no merecía este final en su carrera.

—Pues es peor lo que te queda por oír, que no alcancé el final de la triste historia. Pocas semanas después, vuelven los moros a las andadas, como vaticinaba Barceló en sus informes, y se ordena formar nueva escuadra. Y para colmo de disparates, se concede el mando de la misma al general Morales.

—¿Al general Morales otra vez? ¿Después de su extraordinaria actuación anterior? Pero, por todas las barraganas de Argel, ¿nadie piensa en la Corte con un mínimo juicio?

—Como lo oyes. Según dicen, tiene grandes influencias en la cámara de la Reina María Luisa, que allí nacen las órdenes principales de ascensos y nombramientos. Y hace pocos meses, el general Morales salió a la mar con la escuadra bajo su mando y bombardeó Tánger, lanzando sobre la plaza un total de 280 balas. ¡Terrorífica acción! ¡Tremendo arrojo y valor personal del bizarro general! —Pecas clamaba en chanza—. Si a eso llaman verdadero castigo, que bajen las rabizonas de Estambul a comprobarlo. Para colmo, sufrió serios descalabros en algunos de sus buques y muchas bajas entre el personal.

—Con ese bombardeo de 280 balas, molestaría solamente a los pájaros de pico corto.

—Puede que ni los pájaros salieran volando ante tal castigo. Recuerda nuestros bombardeos sobre Argel bajo el mando de Barceló en el verano de 1784, con mayor oposición del enemigo y miles de balas disparadas sobre sus fortificaciones, ciudad y fuerzas navales. Pero prepárate para la siguiente información, que es más difícil de creer todavía. Tras las referidas y arriesgadas operaciones llevadas a cabo por el valeroso general sobre la plaza de Tánger, un glorioso día de bombardeo —el tono de voz de Pecas no podía ser más sarcástico—, Su Majestad, en atención a la calidad y buenos servicios del general Morales, le concedió la merced de título de Castilla con la denominación de conde Morales de los Ríos.

—¿Un condado por ese raquíico bombardeo?

—Increíble pero cierto. Una vergüenza para la nobleza en general.

—Es difícil de creer.

—Según tengo entendido —Pecas entonó con tristeza—, mucho dolió a Barceló

que no fuese escogido para liderar las fuerzas por él preparadas.

—Un condado para el general Morales —no podía apartar esa noticia de la cabeza y dar como ciertas las palabras de mi amigo—. Y Barceló sin título nobiliario, después de lo que ha hecho en su carrera; medio siglo guerreando en la mar, desde patrón de jabeque a teniente general, con todos sus ascensos ganados al cañón. En pura y simple comparación, como ya has dicho, sólo con tener en cuenta las miles de bombas disparadas sobre Argel en los veranos del 83 y 84, con gran oposición de unidades navales y castillos en tierra, merecía un ducado de ley. Deben haberse vuelto locos en la Corte.

—No son buenos los tiempos que corren, Gigante, y no me refiero solamente a la Francia revolucionaria, donde anda todo trastocado de sitio y razón, sino a los problemas de casa. Como recordarás, en febrero pasado cayó Floridablanca, exonerado del Ministerio con ruidos, siendo sustituido por Aranda en forma más o menos interina.

—¿Vuelve el conde de Aranda? Pero si ese hombre debe estar a las puertas del Altísimo.

—En efecto. Según comentarios de la Corte, andaba el pobre anciano con mal aspecto, desorientado y sin arraigo en tierra patria tras alargado alejamiento —Pecas pareció titubear unos segundos, como si dudara en ofrecer la siguiente frase—. Pero si mis fuentes no fallan, que no suelen hacerlo, Aranda será tan sólo el puente de plata para que la indignidad alcance cotas nunca marcadas en nuestra Monarquía.

—No te comprendo —temía su continuación, que poco gustaba de la crítica a la más alta magistratura—. ¿Qué quieres decir?

—Desde luego, Gigante, aquí en el campo te mantienes en la inopia más absoluta, amigo mío. Sé que no te gustará lo que vas a escuchar, pero es cierto sin posible error. Te hablo de la pasión desahogada de una mujer sin juicio ni un mínimo decoro, a la vez que esposa de Su Majestad. Ese advenedizo de Manuel Godoy, quien desde simple guardia de Corps alcanzó en pocos años el empleo de teniente general, con los únicos méritos contraídos en el lecho de doña María Luisa nuestra Señora, de quien era su secretario, bendecido con el ducado de Alcudia y el Toisón de Oro, será nombrado en pocos días a la cabeza del Ministerio en sustitución de Aranda, si son ciertas las noticias que escuché cuando partía hacia estas tierras.

—No debes hablar así, Pecas, y dar pábulo a las habladurías que tanto corren sobre nuestra Reina.

—¿Habladurías, dices? Por favor, Gigante, bien se nota que no los has visto en persona, que en poco esconden sus miradas, juegos y arrumacos. Es sencillamente vergonzoso pensar que ese ablandahigos bonito y semental de Corte vaya a dirigir nuestra política, que no parece don Carlos IV con energía suficiente para pararle los pies a su esposa ni a la ambición del valido. Y a todo esto, la Francia alborotada y en declaración de hostilidades al mundo entero. Pero Godoy ha prometido neutralidad a esos asesinos, a cambio de la libertad del Rey Luis XVI, al punto de suspender los

armamentos que ya se anunciaban de mar y tierra.

—¿Se preparan armamentos? ¿Hay posibilidad de guerra? ¿Cómo es eso?

—Pronto guerrearemos con el francés, no lo dudes. El mundo se vuelve del revés y nuestra Corona flaquea en las bandas. Creo que no superaremos esta etapa de vertiginosa caída al descrédito y el deshonor.

—No seas tan derrotista —intentaba animarlo aunque estaba de acuerdo con sus palabras—. De todas formas, suena rara esa alianza con britanos que se anuncia como posible. No me imagino en combate a su lado.

—Se firmará tarde o temprano y mejor nos irá, que poca ayuda recibimos de los vecinos del norte durante muchos años. Y así, de paso, podríamos copiar algunos de los sistemas que utiliza el inglés en la mar, como el adiestramiento diario en tiempos de paz, o el trato que ofrecen a quien no demuestra el valor que se le supone, sea grumete o general.

Aunque habíamos derivado del tema inicial, mis pensamientos volvieron a nuestro querido general Barceló, quien había abierto nuestras carreras años atrás y al que tanto debíamos.

—No se merecía don Antonio Barceló un final como éste —entoné en voz queda y tono entristecido.

—Desde luego que no. Su último mando en la mar, a los 75 años de edad, ha supuesto, según dicen, una ofensa que no esperaba. Al menos, ha debido disfrutar de largo al embarcar en los jabeques por el estrecho, como despedida de su alargada y brillante carrera. Parece mentira que pueda desplegar tal actividad a sus años, que todavía es capaz de comer medio cordero, regado con unas frascas de vino, sin que le tiemble el pulso. Y de haber tenido que bombardear Tánger, lo habría hecho en la cañonera que abriera camino en la vanguardia, y no retrepado a popa en el buque insignia.

—Deberíamos enviarle un recado, poniéndonos a su servicio.

—Escríbelo tú, que eres especialista en recibos de pluma. Y estamparemos nuestros sellos.

—De acuerdo.

Nos mantuvimos en silencio durante unos pocos segundos. Pecas, por fin, se dirigió a mí con seriedad marcada en el rostro.

—¿Qué piensas hacer, Gigante?

—No lo sé. Don José Girón quedó en enviarme aviso, si se ordenaba formar escuadra, lo que se esperaba de un momento a otro, tras las declaraciones de la Convención francesa. Pero dudo que se llegue a tal situación.

—Ya se encuentran los convencionalistas en guerra con Austria, Prusia y Cerdeña. Y muy pronto la declararán a Gran Bretaña y Holanda, si no se adelantan estos dos países, aliados por las ofensas. Y detrás nos tocará a nosotros, a pesar de los esfuerzos de don Manuel Godoy. Los armamentos previstos deben seguir su curso, a no ser que la ceguera se entable en permanencia.

—¿Qué armamentos se ordenaron en un principio?

—El ejército de Cataluña, a cargo del capitán general don Antonio Ricardos, para invadir el Rosellón, según dicen, y recuperar esa tierra española perdida el siglo pasado. El ejército de Guipúzcoa y Navarra, para cubrir los Pirineos occidentales, bajo el mando del teniente general don Ventura Caro. Y por último, el ejército de Aragón, con el teniente general don Carlos Sangro, príncipe de Castilfranco, a la cabeza, para cubrir el alto Aragón y enlazar con los anteriores en caso de necesidad.

—¿Y por mar?

—La escuadra del Mediterráneo, que es la del departamento reforzada en conveniencia, cuyo mando recaerá en el teniente general don Francisco de Borja, marqués de los Camachos. Debería encontrarse preparada para actuar sobre Nápoles o Cerdeña, según escuché en un despacho. No debe ser malo este marqués, porque navegó mucho en jabeques de forma voluntaria, y eso deja madre de altura.

—¿Y la escuadra del Océano?

—Quedará bajo el mando del teniente general don Juan de Lángara, cuyo cargo ya detenta. Se cree que esta última apoyará las acciones del general Ricardos en aguas de Cataluña, si se deciden las operaciones sobre el Rosellón. Y por último, la escuadra de América septentrional, bajo el mando del teniente general don Gabriel de Aristizábal, deberá alistarse para operar contra posesiones antillanas francesas.

—En ese caso, se deben estar armando todos los buques de la Armada. Debo marchar a Cartagena y preguntar, que las listas se cierran con los avisados.

—También yo pensaba marchar mañana a Cartagena, para ofrecerme en tal sentido. Tengo algunos buenos contactos allí. Según parece, y a pesar de las esperanzas de Godoy, la guerra con Francia es inminente, por lo que se necesitarán dotaciones, con las prisas de costumbre que a nada bueno conducen. Un conjunto de marineros de secano, recién alistados en levas ignominiosas que tardan meses en hacerse a la mar.

—Tienes toda la razón —quedé pensativo unos segundos—. Mañana podemos salir hacia Cartagena.

—De acuerdo. Si no me equivoco, Gigante, pronto estaremos oliendo a salazones y rociones de mar —Pecas golpeó mi hombro con una sonrisa en sus labios—. Se acaba el estío.

—Dios te oiga.

4. La Convención en guerra con el mundo

Tal y como me había comunicado Pecas en escandaloso comentario, que corría por la Corte como reguero de pólvora, don Manuel Godoy, el joven y atractivo Guardia de Corps favorecido y elevado a las más altas magistraturas por la reina María Luisa, con inadmisibles bochornos generales y en detrimento de los más y mejores, recibió el cargo de Ministro el 15 de noviembre de 1792. Pero no contentos los Reyes con tal distinción, incluido el blando monarca, por no usar términos más castizos y reveladores, a los pocos días se le concedió la Orden insigne del Toisón de Oro y el nombramiento de Secretario de la Reina, un cargo este último que ofreció nuevas alas a las crecientes comidillas en la Corte sobre los escándalos y corrupción de costumbres en torno a nuestra Señora. Este orgulloso personaje, aunque cauto e inteligente en sus primeras gestiones de Estado, y con poca suerte por el decisivo momento histórico que debió afrontar, acabó por ser nefasto para España en su conjunto, y en particular para la Real Armada, como comprobarán en el discurrir de estos pliegos aparejados en sinceridad y sin recibo de venganza.

Cerramos el año de 1792 en familia y al completo, con los dos matrimonios y cuatro niños aparejados a la vera que crecían sanos y fuertes, aunque destacara entre la batahola general el pequeño Gigante, por sus continuas diabluras y marcada fortaleza corporal. Las fiestas navideñas nos trajeron el recuerdo de los que se habían ido, unos al descubierto y otros en tapado como bien saben, al tiempo que celebrábamos esos entrañables días con alegría y optimismo. Y entre los obsequios que intercambiábamos para celebrar la Natividad del Señor, sorprendió el detalle de mi cuñada María Antonia al entregarme el sello con las armas de don Álvaro de Galdomar. En mi interior elevé un rezo en memoria del caballero aventurero, que cruzara nuestros destinos en trágico episodio, cuyo anillo pasó a formar parte de mi colección de recuerdos personales en alta estima.

De todas formas, la entrada en el nuevo año de 1793 marcaba una invisible frontera en los ánimos de todos, porque ya corrían en bocas y mentideros las noticias de próximos armamentos y preparación de fuerzas contra la Francia revolucionaria, aunque no se hubiese decretado medida alguna en forma oficial, ni se movilizaran fondos en tal sentido, de acuerdo a la atonía que presidía las acciones gubernamentales. Ya en los primeros días de diciembre había conversado con mi antiguo comandante, el capitán de navío don José Girón, quien me aseguró un próximo embarque en la escuadra departamental o del Mediterráneo, en fase de armamento y mantenida con escaso personal hasta el momento. Recibí con la natural alegría la noticia, al tiempo que, como es lógico, también intercedía con voluntad en provecho de Pecas, que anhelaba el mismo fin. Por fortuna, recibí la misma promesa y compromiso cerrado.

En aquellos momentos, la política en Francia quedaba marcada por la Convención

Nacional, una acepción copiada de la revolución inglesa de 1688, que ni siquiera fueron capaces los desalmados de otorgar nombre propio y original al sistema empleado. Con unos poderes ilimitados, en septiembre del año anterior habían iniciado sus tareas, aboliendo en su primer decreto la monarquía con el apoyo de girondinos, diputados de París y exaltados. De esta forma, se proclamaba la República francesa, única e indivisible, el 25 de septiembre de 1792. En el mes de diciembre fue juzgado el depuesto Rey Luis XVI, siendo condenado a muerte y ejecutado el 21 de enero de 1793, provocando la indignación de las potencias europeas y el fin definitivo, en cuanto a las posibilidades de mantener la paz en nuestra nación.

Aunque no tuviéramos noticias ciertas todavía de la terrible suerte corrida por el monarca francés en aquellos albores de 1793, salvo grises comentarios mantenidos en boca cerrada, fue en esos días cuando Pecas regresó de Cartagena a la hacienda de Santa Rosalía. Por mi parte, me mantenía en cama con unas tercianas diagnosticadas por el galeno familiar, aunque la fiebre alta no remitiese en los primeros días ni reincidiera cada tres, como prescriben los tratados. Poco confiaba en el afamado doctor, bien lo sabe Dios, por lo que me entregué a las sabias manos de Setum sin dudarle un segundo, cuyos brebajes consiguieron mejorar la salud y recobrar las fuerzas con rapidez.

Por razón de las calenturas no pude acompañar a mi amigo a Cartagena, en indagatoria precisa de nuestro cercano futuro, aunque ya la fiebre amagara en llano y con lumbre de quedar en salud por ambas bandas. Sin embargo, esperaba el regreso de Pecas con cierta inquietud, que siempre la incertidumbre levanta algas en el estómago, más todavía en mi situación de enfermo en cama, por mucho que los músculos se quejaban del obligado reposo.

Por fin regresó el buen amigo al tercer día, cuando ya mis nervios se desataban al tranco y llegaba a pensar que el muy ladino navegaba a un largo sin aviso de confianza. Y no tuve más que observar el rostro de mi compañero de armas, para convencerme de que la época de sesteo campero tocaba a su fin para los dos, lo que ya deseábamos a muerte, porque era mucho el palo seco arbolado durante casi tres años.

Pecas, manteniéndose a cierta distancia del lecho, dada su aversión a las enfermedades y temores permanentes de contagio, me espetó con fuerza, al tiempo que una sonrisa se abría en su boca.

—¿Vas a morir de una vez o te recuperarás para guerrear con el francés? —Se desplazaba por el dormitorio sin acercarse una sola pulgada—. Deberías testar en condición si no lo has hecho todavía, que tu rostro no muestra signos de recuperación alguna y has aumentado la familia.

—Vete al diablo, enano del infierno. Ya estoy casi recuperado, gracias a que desterré esos potingues preparados por tu amigo el galeno de Cehegín, y cambié a las hierbas de Setum.

—Ese africano te matará algún día con sus pócimas, más propias de brujería pagana.

—Pues bien que nos ha salvado la vida en más de una ocasión. Si no fuera por sus manos, serías un enano cojo si es que no...

—Está bien —alzó las manos para detener mis argumentos—. Nunca sabes cuando hablo en serio, gigantón de San Juan de Berbio. Pero deberás reconocer que ese fiel secretario, al que tanto admiras, te cortó la mano izquierda —volvió a sonreír, divertido—. Mi hermana casada con un manco. Qué vergüenza para la casa de Montefrío.

—Y gracias a ese bendito corte, salvó mi vida una vez más, rabizón malparido.

—No hables como marinero de taberna portuaria —Pecas disfrutaba provocando mis más innobles expresiones—, que perteneces a la nobleza, aunque no lo parezca.

—Deja las chanzas para otro momento y entremos en faena. Dada tu apariencia feliz y con excelente humor, debo suponer que aparejas buenas noticias de la Mayoría General del departamento marítimo. Desembucha la saca de una vez. Por tus nerviosos movimientos, deduzco que ya se han concretado las esperadas noticias.

—Siempre debo llevar a cabo las gestiones en tu favor. Ya sería hora de que...

—¡Calla la boca! —interrumpí su discurso, al tiempo que me incorporaba en la cama—. En esta ocasión, figurín de Corte, si consigues embarcar en alguna unidad será gracias a mi labor de zapa, que abogué por tu causa ante mi antiguo comandante.

—No te alteres que puede empeorar tu situación enfermiza, ya mala de por sí —elevó sus manos en mi dirección—. He de reconocer que en esta ocasión me han fallado los contactos, porque no es mi especialidad correr por pasillos departamentales. Conseguí presentarme ante don José Girón, persona que tanto te aprecia y consiguió tu ascenso a teniente de fragata. Un personaje un tanto avinagrado, es verdad, pero enérgico y resolutivo. Por cierto, que el bullicio en el arsenal y oficinas del departamento marítimo es incesante, clara señal de lo que se nos viene encima.

—Deja de dar rodeos de una santa vez, enano. ¿Se forma escuadra?

—Tal y como te adelanté, se forman tres escuadras, una de ellas la del Mediterráneo, bajo el mando del teniente general don Francisco de Borja. Los generales subalternos serán los jefes de escuadra don Fernando Daoiz y don Francisco Melgarejo. En total, ocho navíos de Cádiz, seis de Ferrol y diez de Cartagena.

—¿Veinticuatro navíos? —Mi asombro era real.

—Buena cifra, ¿verdad? —Sonreía, feliz, como siempre que me informaba de lo necesario—. Y tres de ellos embridados con tres puentes^[10]. Según parece, el general izará su insignia en el Real Carlos, de 112 cañones —amagó con un gesto de contrariedad, que no supe comprender todavía—. Y hay que sumar cuatro fragatas más de Cartagena. El conjunto de la escuadra deberá encontrarse alistada al punto, con los buques de los tres departamentos marítimos que todavía no han arribado a

este puerto, en cuatro semanas, plazo que se prevé necesario para que tome el mando don Francisco de Borja.

—¿Ha habido declaración de guerra?

—No, pero se espera en cualquier momento. Son bastantes las acciones que se suceden en tal sentido por ambas partes, como el apresamiento llevado a cabo por el teniente de navío Topete, al mando del bergantín Ligerero, del corsario francés Zorro, y un mercante con elevado cargo de pólvora. Además, nuestra Corte ha recordado a la Convención francesa nuestro Tratado de 1752 de alianza defensiva entre Su Majestad Católica, la Emperatriz Reina de Hungría y el Rey de Cerdeña, un pacto que se sacan de la manga en ocasión y por necesidad, para demostrar dignidad propia, porque se sospecha que los franceses tomen la citada isla en cualquier momento. Pero el aspecto principal para nuestras carreras y servicio, es que deberemos llevar a cabo nuestra presentación el día primero del próximo mes de febrero. He dejado las órdenes de embarco en mi escritorio.

Pecas llevó a cabo un gesto de naturalidad con sus manos, como si hubiese pronunciado una frase trivial, a sabiendas que largaba la guinda en el pastel.

—¿Presentación? ¿Dónde? ¿En qué buque? —Me encontraba a punto de saltar de la cama y retorcer el gaznate de mi cuñado—. Habla de una vez o te abrazo y escupo en el rostro para contagiarte las fiebres.

—No seas asqueroso, conde de Tarfí —hizo un gesto de repugnancia, como si hubiese llevado a cabo la amenaza—. Has tenido más suerte que yo, he de reconocerlo, gracias a tus ascendientes con ese jefe de personal. Deberás presentarte a bordo de la fragata Santa Casilda, esa perla construida por el gran ingeniero don José Romero y Fernández de Landa en el arsenal de Cartagena.

—¿La fragata Santa Casilda? —Era fácil reconocer en mi rostro la alegría que tal noticia producía—. Dios bendiga al capitán de navío Girón y su descendencia por varias generaciones. Le pedí embarcar en una fragata de las ligeras y lo ha conseguido. Pero, continúa. ¿Qué unidad te han asignado?

Pecas demoró la respuesta, aunque no era felicidad lo que mostraba su rostro.

—Para desgracia mía, que no era ése mi deseo, deberé embarcar en el navío Real Carlos.

—¿El buque insignia del comandante general de la escuadra? —No pude esconder una sonora carcajada, entrados en broma a muerte y con venganza—. Qué suerte has tenido. Debería emocionarte embarcar en uno de los doce navíos de tres puentes de los que dispone la Real Armada, y uno de los buenos. Podrás oler los aromas caribeños, que fue construido en La Habana con maderas tropicales bajo planos de Romero Landa. Acabarás por llevarle una taza de caldo al teniente general don Francisco de Borja y Borja, cuando descanse por las noches, que es mucha y alargada su Mayoría General.

—Espero que las toninas te coman los intestinos cuando caigas al mar herido por astillazo francés —Pecas me señaló con el dedo, como si deseara dispararme al pecho

—. También yo deseaba una fragata o buque menor, pero no fue posible, a pesar de que desplegara todas mis artimañas y argucias palaciegas. Ese capitán de navío Girón es piedra dura de roer, y serpiente maldita de cocer desde su infame nacimiento. También insistí en que si era necesario mi embarque en navío, prefería alguno de dos puentes, el Galicia o, mejor todavía, el San Agustín, donde conozco al segundo comandante. Pero la cruz estaba marcada y las órdenes firmadas. Reniego de mi suerte por primera vez, he de reconocerlo. Un joven teniente de navío como yo a bordo del buque insignia, es como una abeja zanganeando en enorme panal.

—El capitán de navío Girón es una excelente persona y aguerrido oficial, que destina a cada uno donde debe, de acuerdo a sus merecimientos —volví a reír con fuerza, al tiempo que me sentía pleno de satisfacción por la noticia recibida—. Me encanta embarcar en esa fragata de la que tanto se hablaba hace pocos años.

—Pero sólo monta 34 cañones, que no es de las más armadas.

—Pero ligera de alas, con su obra viva forrada de cobre y rápida como un delfín. Prefiero ese porte reducido a los 112 cañones que monta el buque insignia.

—Espero que te pudras en el fondo del mar Mediterráneo con ella.

—Pero, dime. ¿Se espera guerrear pronto con el francés? ¿Dónde?

—Nada hay seguro, que todo anda en danza de demonios por la Corte. Se confirma que Su Majestad Luis XVI ha sido ejecutado por los revolucionarios.

—¡Qué horror! Será el fin de esos asesinos. Todas las potencias europeas les declararán la guerra.

—Pues esos desalmados no se detienen en barras. Ya viste que es la propia Convención la que se ha adelantado a declarar la guerra a diversas naciones y ofende a casi todas las demás. Pero estoy de acuerdo contigo en que será su final, porque no podrá oponerse al conjunto de las potencias europeas. Navegan con farol apagado y siguiendo aguas en tinieblas. Pero, con el Rey Luis bajo tierra, será el conde de Artois^[11] quien ciña la Corona, una vez amansadas las aguas.

—¿El conde de Artois como Rey de Francia? ¿Ha muerto el Delfín?

—También se rumorea que los regicidas están decididos a dar muerte a toda la familia Real, que permanece en Francia. Artois fue listo y salió al galope con los primeros tumultos.

—¡Panda de bandidos y asesinos! No deberá ser dura la faena contra los revolucionarios. Se asegura que los oficiales abandonaron sus puestos o fueron pasados por las armas.

—Eso dicen. La disciplina brilla por su ausencia en los buques, con los destinos de los oficiales cubiertos por contramaestres, pilotos del comercio, corsarios y, aunque parezca difícil de creer, galeotes de los arsenales redimidos. Y para colmo de males, puestos bajo el mando igualitario de almirantes improvisados, normalmente oficiales subalternos renegados de su origen y del asesinato de los compañeros de armas.

—Siempre aparece la carroña y el deshonor en los momentos de trance.

—Hasta el nuevo ministro de Marina, Jean Dalbarade, es un antiguo corsario, según sus propias palabras, aunque aseguran quienes bien lo conocen, que sus acciones en la mar se encontraban más cerca de la pura piratería. A tal punto llegan los despropósitos en la marina revolucionaria, que alguno de sus buques ha optado por acogerse al pabellón español.

—¿Buques franceses acogiéndose a nuestro pabellón? ¿Qué quieres decir?

—Los saqueos y asesinatos de la revolución llegaron a estaciones alejadas del continente, donde el control de sus dirigentes es bien escaso. Me han asegurado que el marqués de Duquesne, comandante del navío Ferme, de servicio en las Antillas, al tener conocimiento de los disturbios y horrores padecidos por sus compañeros, se dirigió sin pensarlo dos veces al puerto de la Habana. Una vez allí, se presentó al gobernador español, entregando su buque y solicitando pasar con todos sus oficiales al servicio de España, solicitud que le fue concedida. Como otros sigan su camino, se incrementará de forma notable nuestra lista de buques sin costo de arsenal. Y no vendría mal tal medida, que el ritmo en las construcciones navales ha decrecido de forma notable.

—No creo que opongan mucha resistencia esa banda de truhanes mal nacidos a los buques de las potencias europeas, si se decide operar sobre ellos.

—Esa es la opinión general.

Pecas continuaba su incansable paseo por la alcoba, encantado en su papel de transmisor de confidencias. Tras observarlo con detenimiento, llegué una vez más a la conclusión de que, a pesar de ostentar el empleo de teniente de navío y haber sido ungido con la responsabilidad familiar, seguía siendo para mí el pequeño guardiamarina a quien debía proteger. Pero no debía olvidar mis propias necesidades, por lo que entré en urgencia de acción inmediata.

—Bueno, dejemos las disquisiciones políticas que nos resbalan como el viento. Volviendo a nuestro negocio, quedan pocos días para la fecha de embarque. Menos mal que ya me encuentro recuperado.

Presa de los nervios, comencé a incorporarme, al tiempo que accionaba el llamador para avisar a Setum. Pecas alzó las manos en mi dirección, alarmado como si se llevara el diablo su alma.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? Dijo el doctor Menéndez que debías permanecer una semana más en cama. Sólo conseguirás contagiarnos el mal al resto de la familia. Debes recordar que no todos poseemos tu corpulencia y resistencia a las enfermedades, más propia de animales salvajes. Además, con esa mano de madera no podrás vestirte solo. Espero que en esta guerra te corten la derecha y acabes como caballero mutilado total —ahora reía a batientes.

—Vete al cuerno, enano. Deberías perder tú las dos piernas en combate, requerirlas de madera y con mayor longitud para que realcen esa corta alzada.

Ahora reímos los dos, aunque Pecas mantenía la distancia de seguridad.

—No aguanto un minuto más inactivo. Además, es mucho lo que hemos de

preparar.

De esta forma y prácticamente recuperado en pocos días del rescoldo febril, comenzamos los preparativos para afrontar la nueva etapa que se abría en nuestras vidas, aunque ya los años y la experiencia sentaran al capricho las emociones. De nuevo a la mar y, como siempre, con el peligro en acecho, bien por andanadas enemigas o los propios elementos de ese mundo en permanente movimiento, que atrae el cerebro del marino como el canto de una sirena.

Creo que es el momento oportuno para exponer aquí mi situación personal y familiar, al desnudo y sin tapados, esos sentimientos tan particulares que se llevan muy dentro de las tripas, incapaces de ser comentados con cualquier persona, como una parte secreta de nuestro corazón que debe mantenerse en el rincón más oculto y apartado. Aunque siempre me precié de ser sincero a muerte con Cristina, los seres humanos disponemos de sueños, pensamientos y deseos que jamás deben abandonar nuestro cerebro, porque algunos pasan sin voluntad propia y prendidos de la mano del más feroz enemigo.

En esta ocasión, en la antesala de una nueva separación familiar por mor de mi carrera en la Armada, pude comprobar con cierto alivio, cómo el paso de los años asienta las emociones y ofrece nuevas perspectivas a los sentimientos, que amainan la marea de la sangre en proporción. Y no quiero decir con esto que desapareciera el dolor de la despedida, que éste siempre se mantiene en vivo y en caliente, pero ese desgarró de cuerpo y alma tan característico, que siempre intentamos evitar, se desmochaba en jirones más fáciles de soportar.

También es cierto que, tras la experiencia americana, de futuro incierto y periodo alargado en años sin una mínima concreción, aquellas operaciones que se preveían en la concreta esfera del mar Mediterráneo contra una marina desarbolada por la revolución, podía considerarse partida de caza en hacienda cercana. Como es fácil comprender, éstas eran las alegaciones que otorgábamos Pecas y yo ante las mujeres para rebajar la emoción, incluso entrando en chanzas divertidas sobre los corsarios franceses, como llamábamos en forma despectiva a sus oficiales. Pero los dos éramos conscientes de que en la mar todo es posible para bien o para mal, aunque se navegue en tiempo de luces y paz, con tres puentes a disposición.

Setum, por su parte, había dejado de lado su pasión cinegética, en la que se había convertido como extraordinario pistero, fabricante de aguardos y tirador de altura, para lanzarse a la preparación de nuestro próximo embarque. Incluso dejó de lado sus visitas nocturnas a la cabaña de la Mariana, opulenta viuda con necesidades de todo tipo, que mantenía la guarda en los riscos del Garbanzal, aunque fuera detalle mantenido entre algodones y, por fortuna, sin haber ofrecido frutos a la vista, que serían difíciles de ocultar en colores. Pero como comprenderán quienes ya conocen perdidos retazos de mi vida, no pensaba dar un paso sin el buen africano, acoderado por corto a mis bandas. Estaba seguro que, tarde o temprano, volvería a defenderme y

salvar la vida alguna vez más a lo largo de mi carrera en la mar. Así estaban echadas las cartas, cuando aprestábamos espíritus y bagajes para la acción.

De acuerdo a las disposiciones recibidas, el penúltimo día del mes de enero, con viento muy frío y pequeños copos de nieve que no llegaban a cuajar en manto, nos despedimos de la hacienda de Santa Rosalía, con Sebastián a las riendas y Setum mostrando rostro de mar. El pequeño Gigante recibió permiso para acompañarnos hasta el portón de los picachos, enganchado a la montura de Manuel, el viejo guarda que adoraba al pequeño como si se tratara de un pequeño dios. Y no crean que lloraba por nuestra partida el cachorro sino que, al contrario, nos exigía trofeos de guerra y algún sable francés tras la victoria que nos auguraba en la batalla. En verdad que aumentaba mi orgullo al observar cómo se desarrollaba el caballerete, a quien auguraba un brillante porvenir en la Armada, una cuestión que se daba por sentada en casa, aunque Cristina torciera la vista en diagonal cuando salía el tema a relucir.

Pecas y yo regresamos, de esta forma, a nuestras conversaciones en solitario, una escena que me hacía recordar años perdidos en la memoria, cuando embarcamos en las cañoneras y largábamos nuestras cuitas y recelos por las noches, esperando para entrar en combate por primera vez. Ahora afrontábamos una nueva etapa que, como suele acontecer en toda contienda de mar, presentaría su cara blanca y negra, que los azules aparecen solamente en los cuadros.

5. La fragata Santa Casilda

Una vez presentados en la Mayoría General del departamento marítimo, que todavía actuaba como propia de la escuadra a formar, y refrendadas en presencia nuestras órdenes de embarco, Pecas y yo arrumbamos hacia el arsenal en el carruaje, atiborrado con nuestros equipajes respectivos. Y si necesitamos de tiempo añadido, fue para conseguir el embarco de Setum como criado personal a mi servicio en la fragata Santa Casilda, cuyo papeleo se alargó en el tiempo, como cualquier gestión que se intenta en oficina de pliego y recibo.

Aunque ya se acostumbraran nuestros sentimientos a estos vaivenes de mutaciones temporales y embarques, tan habituales en nuestra carrera, siempre se producía en nuestro interior una especial agitación al abordar un nuevo ser, que eso era en realidad cada buque capaz de gobernar y dominar la mar sobre las olas. Ya he incidido en otras ocasiones sobre la vida propia que disfrutan o penan esos gloriosos artefactos que, salidos de la nada en pura creación, con ensamblaje de ideas, planos, maderas, forros y clavazón, acaban por alumbrarse en clamorosa plenitud, hasta llegar al mundo de los vivos en el momento de ser posados sobre las aguas por primera vez. A partir de ahí, como niño desamparado y sin destetar, comienza su propia andadura, con diferentes actos personales, manías, lenguaje, muecas y movimientos, nunca parejos en dos de ellos aunque fueran paridos con gálibos^[12] de perfecta igualdad. Un ser humano, en resumen, con nacimiento, vida y muerte.

Cruzamos la puerta del gran establecimiento naval cartagenero embutidos en mágico y respetuoso silencio, como si traspasáramos el umbral de una nueva existencia. Para la ocasión vestíamos el uniforme grande, reglamentario en presentaciones de nuevo destino, mientras nuestros pensamientos se anudaban en firme a las velas de la esperanza. Fue Pecas quien rompió los sueños en esta ocasión, con tono ligeramente apagado.

—Nos separamos una vez más, Gigante. Pero ése es el destino del hombre de mar, un conjunto de despedidas tristes y felices reencuentros, que no son pocos los calzados a la mochila.

—Así es, aunque en este caso no será por tan alargado tiempo como en la última ocasión, allá por tierras americanas, cuando bebías los vientos por la primera jovencita que andará a la vista, rendido en amores por veloz progresión. Has entrado en la estadía de hombre casado, formal y con familia a mantener y respetable, por lo que se acabaron tus continuos galanteos y enamoramientos en requiebro.

—No digas sandeces, Gigante, que me parece escuchar voz de párroco en púlpito —ofreció su típica sonrisa, plena de picardía y travesura—. Mi amor por María Antonia, que no admite duda alguna, no elimina otros posibles lances de mutua atracción que salten en el horizonte. Ya sabes que mi corazón es capaz de amar a más de una mujer a la vez.

—Creía desterrada esa vieja teoría tuya y supongo que es una de tus bromas, Pecas del demonio. Te creía domesticado por la familia.

—No se pueden poner puertas estancas a los sentimientos. Y no creo ser una extraordinaria excepción del género humano. Supongo que también tú caerías en alguna red femenina, durante los años corridos por el virreinato de Nueva España. Dicen que, por aquellas tierras, las criollas son de especial belleza.

Al comprobar la sonrisa y el inconfundible gesto de mi compañero, comprendí que se encontraba al corriente y en detalle de todo aquello que estimaba encastrado en el lado oscuro de mi alma, una reseña que jamás debería salir a flote. Pero recordé que si alguien era capaz de obtener información precisa de todo lo divino y humano, ése era Pecas. Sin quererlo, sentí un ligero calor en las mejillas, al tiempo que los nervios me atacaban en garfio, como niño prendido en tenebrosa falta. Pero ya andaba el enano entre risas.

—Nunca mantuvimos secretos entre nosotros, Gigante, y así deberíamos continuar por los siglos de los siglos. Pero no temas. Aunque el tema afecte de forma directa a mi querida hermana, sé mantener a puerta cerrada lo que es necesario. Antes que cuñado, soy buen amigo y compañero. Pero algún día deberás narrarme algunos aspectos de tu vida en el departamento marítimo de San Blas, y hasta el último detalle. Ya sabes de mi impenitente curiosidad.

Intenté cambiar la derrota de la conversación con rapidez.

—Podremos vernos antes de la salida de la escuadra, si es que tal condición llega a producirse. Como nos ha dicho el brigadier Torrellano, no está decidida fecha ni operaciones de tipo alguno.

—Ya veo que deseas cambiar de tema, amigo mío —ahora reía el enano a batientes—. Pero lo atacaré de nuevo en ocasión propicia, no lo dudes. En cuanto a la salida a la mar de la escuadra del Mediterráneo, se producirá tarde o temprano. Esos revolucionarios decidirán correrse por la costa mediterránea, y será necesario pararles los pies antes de lo que estiman. Y cuando la escuadra de Lángara se encuentre en cooperación con el ejército por costas de Cataluña, seremos nosotros los llamados al segundo frente. Pero nos veremos antes de la salida definitiva.

—Por supuesto. Si es posible, me acercaré a visitarte en el navío San Carlos, que nunca pisé la cubierta de un tres puentes. Y si necesito algún remolque desde la fragata, te mandaré señal por banderas a la capitana.

—Envía mejor una buena frasca de vino y alguna paletilla bien curada.

—Esas ya las has estibado en tu equipaje, que se huelen desde aquí.

Tras bordear el jardín botánico, joya verde del arsenal que lo asemejaba a una pura estampa tropical, con árboles y plantas traídas de los cinco continentes, embocamos el muelle de levante, donde se encontraba el navío Real Carlos atracado bajo la gigantesca machina^[13], en maniobra de masteleros y armamento. Y era faena de admirar con embeleso, el mastodonte de tres puentes recibiendo nuevas extensiones en el palo mayor, como si quisiera alcanzar el cielo.

Allí tocaba a su fin el trayecto de mi amigo mientras que, por mi parte, necesitaba el pertinente barqueo para incorporarme a la fragata Santa Casilda, fondeada en la dársena del puerto frente a las murallas. Detenidos a la altura del afilado bauprés^[14] del navío, para evitar el peligro de la cabria gigantesca en vacilante movimiento sobre nuestras cabezas, nos despedimos mientras comenzaban a trasegar el abultado equipaje de mi compañero, con carnes y caldos en abundancia, fiel a su costumbre.

—No hagas locuras, Pecas, y sírvele bien caliente el caldo al general.

—Y tú ráscale la badana baja al sangrador, maldita rata culebrona.

Nos abrazamos entre risas, quedando en salir a tierra a la primera oportunidad.

Poco después embarcábamos Setum y yo en el Moscardón, viejo y destartado lanchón que se encontraba en barqueo permanente por el arsenal. Aunque podía haber esperado la falúa de la fragata para ejercer empleo con mayor solemnidad, no lo creí necesario, porque era corta la maniobra y ya deseaba atacar el paso definitivo. De esta forma, salimos de la dársena del Mandarache que forma aguas al arsenal y embocamos el puerto, acariciados por un nordeste flojo pero muy frío, viento raro e inestable en la zona, por mucho que los rayos del sol intentaran aliviar la baja temperatura.

Barajábamos la batería artillera que, como última defensa del arsenal, se desliza desde el Cuartel de Presidarios y Moros hasta la punta sudeste de la dársena, cuando divisé la silueta de dos fragatas y un bergantín fondeados a escasa distancia de las murallas y tendidos a levante, como si desearan descargar enfermos a través de la poterna de acceso al Real Hospital de Marina o de Antiguones, grandioso y moderno edificio de nuestra esplendorosa Sanidad Naval, ejemplo en su clase ofrecido al mundo entero.

Intentaba reconocer las unidades que se balanceaban sobre las aguas en capricho, haciendo pantalla ante mis ojos con las manos, cuando escuché la voz de un joven contador que había tomado el lanchón al tiempo.

—Las dos fragatas son la Perla y la Santa Casilda, señor, esta última recién carenada en el dique pequeño. El bergantín, mi buque, es el Descubridor, construido hace tres años en este arsenal y ligero como las plumas en el viento.

—Gracias por la información. Tiene suerte de embarcar en buque tan maniobrero como ése, capaz de costear el viento^[15] al palmo. Siempre recuerdo esa estampa de los dos palos, desde que navegué en el Hércules por el estrecho de Gibraltar.

—¿El Hércules? Ese bergantín fue apresado a los ingleses por unos guardiamarinas, según me contó un comandante —movió la cabeza en signo de evidente incredulidad—. Aunque aquella historia más parecía cuento de guerra que pura realidad.

—Puede creer en ella sin dudarle, y al pie de la letra —le hablé con centrada seriedad ante su sonrisa descreída—, porque fui yo quien lo tomó al inglés en el puerto africano de Tinsuf, marinándolo en presa hasta la bahía de Algeciras.

El joven quedó desconcertado, como si hubiese cometido el peor de los pecados,

al tiempo que el rubor marcaba sus mejillas. Pero intervine para bajar las olas en oportunidad.

—No se preocupe por su observación, que yo tampoco habría creído esa historia de no haberla vivido en mis carnes.

—¿Embarca usted en una de las fragatas? —Parecía recobrar la sonrisa.

—En efecto. La Santa Casilda es mi destino.

Ya se distinguían con claridad las siluetas de los buques, mecidos por las olas en perezoso movimiento. Los cascos, aparejos y portes de las dos fragatas se mostraban similares en alto grado, aunque brillara de forma notable la reciente pintura en la Casilda, nombre reducido que se solía utilizar en conversación profesional. De acuerdo con la última instrucción de la Secretaría de Marina, los costados y arboladuras de todos los buques debían exhibir un amarillo ligeramente desteñido, al que llamaban colonial, y tan sólo las portas bautizadas en negro ofrecían el característico contraste de los buques de la Real Armada. Pero se la veía airosa, de líneas finas y maderas brillantes de proa a popa, como si acabara de ser parida en las gradas.

Alcanzamos el portalón de la Casilda, momento en el que me despedí del animoso contador, así como de un alférez de fragata asignado a la fragata Perla. Llamó mi atención con especial afecto este último, joven y añado oficial con brillante charretera al hombro, cuyos flecos en movimiento ejercían tan poderosa atracción a sus ojos que no ofrecían duda de su reciente promoción^[16].

En la meseta del portalón me esperaba un guardiamarina de servicio extremadamente joven, más cerca de la teta materna y carreras con rongigatas por el jardín de su casa que de utilizar sable y pistola en sangriento abordaje. Además, el hecho de utilizar un casacón de una talla muy superior a la suya, confería a su pequeña figura un aspecto un tanto cómico que bien me guardé de aparentar. Pero de inmediato, al comprobar su perfecta uniformidad, llegué a la conclusión de que no se permitían a bordo relajaciones inapropiadas, tan en uso en nuestros buques. Con rapidez y más soltura de la esperada, aunque su voz delatara los escasos años, se puso a mis órdenes, al tiempo que se ofreció a acompañarme a presencia del comandante. Su apellido me hizo preguntar.

—¿Ha dicho usted que se llama Federico Barceló, caballero^[17]? No será pariente del general.

—No, señor, aunque ya me gustaría. Soy mallorquín como nuestro gran marino, pero mi padre es coronel del Ejército y no nos une parentesco alguno.

—Bueno, también habrá disfrutado méritos de orden en su casa.

Mientras circulábamos por cubierta, no perdía detalle de todo lo que mi vista abarcaba en mirada de vuelo. Recibí una primera y rápida impresión sobre el material a mi alrededor, magnífica en general, aunque la vestimenta de la marinería, esa asignatura pendiente en la Armada durante siglos, mostrase todavía un largo trecho por andar. Pero lo que habría deseado preguntar al pequeño oficial y no llevé a cabo

por ese falso orgullo tan a modo, era si se encontraba asignado el teniente de navío segundo comandante, idea que no se apartaba de mi cabeza en la última semana.

Entre las fragatas de primera y segunda clase, aparte el porte asignado de 40 y 34 cañones respectivamente y diferentes calibres en ellos, existían algunas diferencias en su dotación, mínimas en su conjunto, de acuerdo con el reglamento general de guarniciones y tripulaciones en los buques de la Armada. Y como punto principal a tener en cuenta para mi futuro trabajo, la disparidad aparecía en los oficiales de guerra. Mientras en las de primera clase, tras el comandante, capitán de fragata, aparecían dos tenientes de navío, en las de segunda era un único teniente de navío el adjudicado que, automáticamente, se convertía en el segundo comandante a bordo, escalón inmediato a quien disponía de vidas y almas de todos los hombres, y llamado a sustituirle por enfermedad o baja en combate.

Bajo estas premisas, debería ser yo el segundo, como se denominaba en común el cargo, de la Casilda, sin lugar a dudas. Sin embargo, no siempre se seguían a bordo los reglamentos con exquisita escrupulosidad, por lo que era habitual la presencia de dos tenientes de navío en las fragatas de segunda, en detrimento de uno de los dos tenientes de fragata que le correspondían. Dicho con claridad, la exactitud en la distribución a bordo de empleos y cargos bailaba en demasía, anormalidad aceptada por todos. Y por esta razón quería saber de la posible presencia de otro teniente de navío, posiblemente de mayor antigüedad a la mía, que ocupara el deseado puesto de segundo.

Pero cuando estos pensamientos recorrían mi cabeza en danza, alcanzamos la puerta de la cámara del comandante, en la que penetré tras el preceptivo permiso. Y he de reconocer que era compartimento amplio y señorial, con una falsa balconada digna de general y muebles de nobleza. El comandante, capitán de navío don Juan María de Villavicencio y de la Serna, era de aspecto bonachón, magro de carnes y espigado como percha de galera, con alargada cabellera rubia y nariz prominente. Y aunque debiera ser el empleo de capitán de fragata el normal para el cargo, no me extrañó la circunstancia por ser normal que ascendiesen en el mando y continuaran en el destino, o que se asignaran directamente en navíos y fragatas oficiales de graduación superior. Como después supe, corría ya por los 38 años, aunque aparentara algunos más. Pero ya, de entrada, se le apreciaba correcto de formas, y según me ampliara don José Girón en la presentación departamental, afamado por sus buenas intenciones, aunque cumplidor del deber hasta el límite.

Al observar mi presencia, abandonó el asiento tras la alargada mesa y vino hacia mí con una sonrisa que mucho decía en futuros. Y cuando comenzaba la protocolaria presentación por mi parte, con detalle de nombre y empleo, la zanjó en corto y por derecho con un amable movimiento de su mano.

—Supongo que es usted el teniente de navío Leñanza, conde de Tarfí.

Mientras respondía afirmativamente, estreché la mano ofrecida. Pero ya continuaba con sonrisa afable y tono amistoso.

—Bienvenido a bordo de la fragata Santa Casilda. Ya me habló el capitán de navío Girón de su persona y, la verdad, no pueden ser mejores las referencias adelantadas, que espero se reflejen en hechos concretos —aunque atacaba de cara, mantenía la sonrisa abierta—. También yo navegué con él en un jabeque y lo admiro mucho desde entonces. Por cierto, que se espera su ascenso a brigadier de un momento a otro. Hace semanas acudí a su oficina en petición de teniente de navío, por desembarco urgente del anterior segundo, descalabrado de gravedad en una pierna que puede perder, y me ofreció su nombre en dulce. Como es fácil imaginar, acepté en un abrir y cerrar de ojos, tras escuchar su opinión sobre usted.

—Entiendo que seré el segundo a bordo, señor —un agradable sentimiento, muy cercano a la momentánea felicidad, inundó mi cuerpo.

—Por supuesto y desde este mismo momento. Ya sabe que es escaso el personal a disposición, y no sobran los tenientes de navío con experiencia de guerra. Como debe suponer, las arcas de la Real Hacienda se encuentran llenas de polvo y se restringe demasiado, no sólo en los armamentos sino también en el personal, para desgracia de la Institución, aunque nos encontremos en situación de guerra con la Convención francesa. Bueno, debo reconocer que aún no se ha declarado dicha situación con la necesaria formalidad por nuestro Señor don Carlos. Pero quería explicarle que la penuria extendida también la sufrimos a bordo.

—¿Falta de personal?

—Más que falta, diría que el mal se centra en el escaso personal profesional del que disponemos. No sólo es difícil hacer la guerra sin inversión de capital sino que, todavía más importante, es imposible sin tripulación adecuada a bordo de los buques. En diciembre del año pasado, según me comentaron en la Mayoría General del departamento, las matrículas de mar arrojaban un déficit de 30 000 marineros.

—¿Ha dicho 30 000, señor? —No creía que la merma alcanzara tan alta cota—. Nunca habíamos rozado esa falta tan abultada. ¿Y cómo se marinarán los buques y dispararán los cañones?

—Recurriendo al sistema menos apropiado, que creíamos desterrado hace mucho tiempo. Tantos años de fomentar en curso las matrículas, para caer de nuevo en el peor de los males. De momento, se creyó que aumentando la infantería en los buques sería suficiente. Pero una vez comprobado el error, se ha vuelto a las levadas forzosas de vagos, maleantes y gentes de mal vivir, recogidos desde las tabernas de puerto hasta las provincias del interior y cárceles menores de las chancillerías. Lo peor de cada casa a los buques de la Real Armada, sin instrucción de mar ni ánimo alguno para adquirirla. Estos pobres miserables, sin monedas para evadirse de la leva por soborno, llegan a bordo tan desnudos de ropa como cargados de vicios, porque esas son las prendas normales en las que abundan los ociosos.

—Mala gestión es ésa para hacer verdaderos hombres de mar.

—Los ejércitos formados para atacar por los Pirineos a los revolucionarios en tres frentes, se llevan la parte del león, aunque tampoco les alcance. Y es tan pronunciada

la falta en las arcas nacionales, que los llegados a bordo sin camisa ni calzas, así se mantienen. De esta forma, la suciedad, el trabajo y el miedo que provoca la mar a quien no la contempló desde niño, producen fiebres y epidemias que no son de desear a bordo de cualquier buque. Por eso le decía que no encontrará falta grave en el grueso de nuestra dotación, que rondamos los 300 hombres como nos corresponde, pero siento terribles dudas de cómo entrarán en combate muchos de ellos, y si abandonarán sus puestos a la primera andanada recibida.

—Mal me pinta el cuadro, señor —alargué la sonrisa para rebajar la estadía.

—No quiero desanimarlo, Leñanza, porque será su cometido principal a bordo, como bien sabe. Deberá convertir en gente de mar y guerra a esa pandilla de ociosos y viva la virgen^[18]. Y deberá extremar la vigilancia al encontrarnos cerca de tierra, que las deserciones en masa están a la orden del día.

—Recurramos al sistema inglés y no toquemos puerto, señor.

—Esa es mi intención. Aquí puede vernos, fondeados, con soldados de Batallones en guardia armada y de forma permanente por cubierta, especialmente durante las noches. Pero también en armas y bastimentos andamos con marcada flojera. No llevamos el cargo de pólvora al completo y los víveres, aunque racionados en teoría para tres meses, no cubrirían más allá de cinco semanas. Pero espero rellenar la bodega antes de salir en operaciones, si nos acompaña la suerte.

—Menos mal que no tenemos que guerrear con el inglés, sino con banda de asesinos sin mandos competentes, que no se atreverán a hacerse a la mar.

—Tampoco debemos caer en tales disquisiciones triunfalistas, porque son osados y atrevidos estos revolucionarios. Siempre aparece la luz entre las tinieblas. Según nos comunicaron los correos, en Tolón se hizo a la mar una escuadra compuesta por 10 navíos, cinco fragatas y dos bombardas, bajo el mando del contralmirante Truguet, para cooperar con las operaciones terrestres del general Anselme que, según parece, anda por el condado de Niza. Pero también la división al mando de Latouche Treville se presentó en Nápoles, ante el Palacio Real, apuntando sus cañones contra la ciudad. Los pobres napolitanos tragaron estopa y cedieron en todas las pretensiones francesas.

—¿Y Cerdeña? —pregunté para mostrar que me mantenía al tanto de la información.

—Tras el apoyo a Niza, se supone que Truguet se dirigió a conquistar esa isla. Y según comentan algunos avisos, se han apoderado de las pequeñas islas del sur y se preparan para desembarcar y tomar la madre. Ese deberá ser el pistoletazo para nuestra escuadra, que Su Majestad pretende acudir en socorro de su tío el Rey de Cerdeña, de acuerdo a los Tratados suscritos entre ambos. Y con la escuadra del Océano en manos del general Lángara no hemos de contar, que bastante faena tendrá en pocos días por aguas catalanas, cuando comiencen las acciones del Ejército por tierra.

—Pero esta escuadra del Mediterráneo, bajo el mando de don Francisco de Borja,

se compone de 24 navíos y 4 fragatas, si son ciertas mis noticias.

—Tiene razón, aunque el número de fragatas deberá aumentar en pocos días. Pero intentaba explicarle que no debemos nunca menospreciar al enemigo, y mucho menos cuando éste es una poderosa nación como la francesa, aunque pase por terribles momentos políticos. Tenga en cuenta que, aparte de las acciones emprendidas por tierra en muchos frentes, se armaron barcos en corso desde Brest y Tolón, una acepción inaceptable para nosotros, porque según nuestras regulaciones se trata de simples piratas, al no reconocer nuestro gobierno ese pabellón tricolor al uso.

—No deberían hacernos mucho daño esos piratas —exclamé, convencido.

—No lo estime tan exacto, que no son de despreciar esos sanguinarios, ni mucho menos. Como ejemplo, hace pocas semanas, el navío corsario o, más bien, el buque pirata francés Dumourier apresó a nuestro galeón Santiago que, procedente del Callao, embarcaba un millón de pesos en oro en sus bodegas.

—Pues no están los depósitos de la Corona para aceptar menguas de ese calibre.

—Y que lo diga. Para desgracia del francés, aprehensor y aprehendido se toparon con una división inglesa de cuatro navíos, que los tomó con la sola presencia de sus velas y marinó en presa hacia Plymouth.

—¿En presa propia? ¿No somos aliados de los ingleses? ¿Se quedaron con el oro?

—El tribunal inglés, aunque nuestro gobierno se presentara en el juicio del tribunal de presas como parte interesada, decretó como legítima la captura por haber transcurrido once días desde la acción del pirata francés hasta la toma de los britanos, y con el tesoro español en las bodegas francesas. Pero debe saber que, hasta el momento, la colaboración y acuerdos con los ingleses son verbales pero firmes, desde luego. La verdad es que los tratados entre Su Majestad Católica y el Rey de la Gran Bretaña se firmarán más pronto que tarde, porque solamente se discuten algunos detalles menores. Pero ya sabe que, a pesar de cualquier alianza, no haría ascos el inglés a una presa valorada en cien millones de reales.

—De eso no hay duda, señor.

—Estos revolucionarios sin creencia ni principios se encuentran en situación ideal para ser batidos, es cierto. Pero las aguas agitadas suelen tender a la llana y en la mar el valor puede suplir otras carencias. Por eso le decía que es posible que no todo sea coser y cantar bajo el árbol. Cuando se recibe una andanada a bordo no se le pregunta su origen.

—Le entiendo, señor.

—Bien, Leñanza, deberá ponerse a la obra, que no es corta la dentellada. Y no disponemos de tiempo. Aunque solicité dos semanas de adiestramiento propio, como corresponde a todo buque tras carena completa en dique y cambio de más de la mitad de la dotación, sólo me concedieron en la Mayoría General seis jornadas y sin aumento en el consumo de munición. Es mi idea que el próximo día cinco nos hagamos a la mar para comprobar armamento y aparejo, así como acoplar a los hombres al máximo nivel que nos sea posible. Y escogí esa fecha porque dos días

antes tomará el mando de esta escuadra el general Borja, y deseo estar presente, aunque no izará su insignia en el Real Carlos hasta el día 11, si son buenas mis noticias. Pero volviendo a nuestro grano, no le faltará faena a bordo, segundo.

—Ya lo supongo, señor. Pero no es la primera ocasión en que me encuentro en trance parecido, y no me asustan los retos. Puede estar seguro de contar con mi más absoluta dedicación.

—Eso esperaba —el comandante parecía dar por finalizada la entrevista—. Como norma habitual, deseo arrancar en la cámara con todos los oficiales para almuerzos y comidas. Lo considero beneficioso para el servicio en buque de estas características. Y ahora deberá ponerse en contacto con el teniente de fragata Alberto Montañés, que lleva algunas semanas de segundo interino. Le adelanto que se trata de persona extraña e introvertida, a quien debe amarrar por corto. Que le ponga al día de todos los detalles necesarios.

—Sí, señor.

Abandoné la cámara del comandante con el ánimo en las nubes, que la primera escaramuza se saldaba a favor y enalzada generosa. Deben saber los que no han servido en la mar, la importancia de ser mandado por quien lo merece y ejerce su autoridad en las formas adecuadas. Y no quiero expresar mi deseo de ignorar la disciplina tan imprescindible a bordo, que siempre fui de los que la defendió y en su máxima cuerda. Sin embargo, nunca admití la tiranía, muy habitual en compañeros de armas, que no sólo beneficia en poco el servicio, sino que puede llegar a denigrar a la persona de forma inadmisiblemente, un abuso de autoridad en quien no merece ejercer tal prebenda. El capitán de navío Villavicencio era de los comandantes deseados, por lo que agradecí en mi interior a don José Girón que me hubiese embarcado en este buque.

Encontré a Setum en el alcázar, junto a la escala de la toldilla, con sonrisa de placer en el rostro, señal de que le debía haber gustado el buque y su ambiente. Y ya entró en su especial adoctrinamiento sin perder un solo segundo.

—Creo que embarcamos en una de las mejores y más veloces fragatas de la Armada, señor. Y usted será el segundo en el mando de este hermoso buque, lo que debe contentarle, estoy seguro. Ya arranché sus pertenencias en oportunidad y a cerrazón. Sin embargo, encuentro mucho marinero con más aspecto de salteador de faltriqueras que miembro de esta gloriosa Institución, con pelaje al bies y manos de forzado.

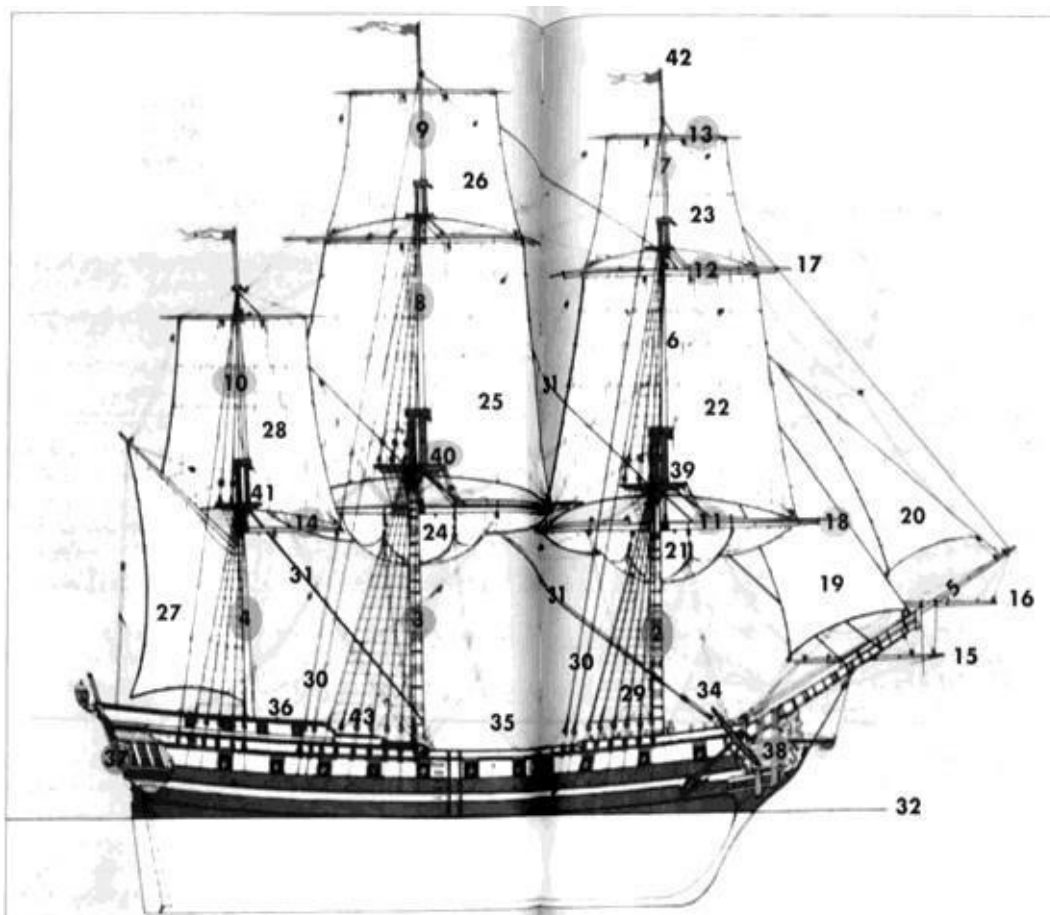
—Ya lo he observado y me lo corroboró el comandante. Pero haremos de ellos buenos marineros, cueste lo que cueste.

—Necesitará de un rebenque^[19] en condiciones y despellejar algunos lomos.

—Tampoco adelantemos acontecimientos. Por cierto, Setum, busca al teniente de fragata Montañés y dile que venga a verme a la cámara de oficiales en cuanto le sea posible.

—De acuerdo, señor.

Y tras una mirada a los palos, que bailaban en suave vaivén entre las nubes blancas, y los hombres que circulaban por cubierta, dirigí mis pasos hacia popa bajo la toldilla. Era mucho el trabajo que se abría por la proa pero estaba dispuesto a cumplirlo como siempre, decidido a convertir lo que más parecía chusma de galera, en digno equipaje^[20] de un buque de la Real Armada.



1. Bauprés; 2. Palo trinquete; 3. Palo mayor; 4. Palo mesana; 5. Tormentín; 6. Mastelero de velacho; 7. Mastelero de juanete de proa; 8. Mastelero mayor o de gavia; 9. Mastelero de juanete mayor; 10. Mastelero de sobremesana; 11. Verga del trinquete; 12. Verga del velacho; 13. Verga del juanete; 14. Verga de gata o verga seca; 15. Verga de cebadera; 16. Verga de sobrecebadera; 17. Botalón de ala del trinquete; 18. Botalón de rastrera; 19. Foque; 20. Contrafoque; 21. Trinquete; 22. Velacho; 23. Juanete de proa; 24. Mayor (vela); 25. Gavia; 26. Juanete mayor; 27. Cangreja; 28. Sobremesana; 29. Jarcia; 30. Obenques; 31. Estayes; 32. Línea de flotación; 33. Portas para la artillería; 34. Castillo; 35. Combés; 36. Toldilla; 37. Jardín (servicios oficiales); 38. Beque (servicios de marinería); 39. Cofa del trinquete; 40. Cofa del mayor; 41. Cofa del mesana; 42. Galleta del palo trinquete; 43. Alcázar

6. A la mar

Siempre he presumido de conocer a las personas con un primer y rápido vistazo, como si fuera capaz de escudriñar su alma en grabado hacia el exterior. Debo reconocer tal ejercicio, sin embargo, como peligroso en muchas millas a barlovento, porque marré la andanada mental en algunas ocasiones, no muchas pero importantes, al punto de producirme graves quebrantos de cabeza. En esta oportunidad, nada más observar el rostro del teniente de fragata Alberto Montañés, sentí revoltillo y colisión de tripas, lo que debió traslucirse en mi rostro sin deseo, en esa merma de mi capacidad para proceder en cinismos necesarios.

Quien hasta el momento ocupaba a bordo el destino de segundo comandante, que mi presencia le arrebatara en aquellos momentos de cuajo, debía rondar edad pareja a la mía, apareciendo al punto como estampa grabada de quijote de feria, sin lanza, adarga ni rocín. Larguirucho y enjuto de carnes como eremita antiguo, destacaba en negativo su rostro fino y alargado, con la piel cubierta de granos y protuberancias tan poco atractivas a la vista, mientras unos ojos negros, pequeños y saltones, denotaban, en mi peculiar análisis, escasa fidelidad y propensión al trueque de voluntades. Como después supe, era segundón de noble casa oriunda de Fuente Techa, lugar de la provincia de Soria, con ánimos de prosperar en escala por vía naval. Y ya pueden comprender que me entró por la banda contraria en el primer segundo, impresión que se afianzó conforme la conversación avanzaba.

Montañés se detuvo a corta distancia de mi persona, al tiempo que ofrecía una ligera reverencia que no parecía de recibo en nuestras costumbres. Su voz, grave y decidida, ofrecía respeto y consideración aunque me sonara a clavicordio desafinado.

—Me pongo a vuestras órdenes, señor segundo. Teniente de fragata Alberto María Montañés y Fernández de Lastra, embarcado en la fragata Santa Casilda desde el mes de agosto del año pasado.

—Me alegro de conocerlo, Montañés —le tendí la mano con decisión, tomada en blando y con nueva inclinación—. Tome asiento, por favor.

Como tantas otras veces, intenté que mis primeras impresiones no prejuzgaran en abierto, cuestión difícil pero necesaria para el buen servicio a bordo.

—El comandante me ha explicado en volandas los principales problemas que deberemos abordar, en especial conseguir que gran parte de la marinería se integre y comporte de acuerdo a lo que de ellos se espera.

—Sin olvidar los artilleros, señor, con escasa o nula preparación y adiestramiento.

—También me habló de ese aspecto. En fin, que es mucho el trabajo a desarrollar y escaso el tiempo y la pólvora. Pero todo es posible si la dedicación es plena. Hábleme de los oficiales de guerra.

Pareció dudar unos pocos segundos, como si repasara libreta para decidir en consecuencia. Pero arrancó por fin con seguridad.

—Con su embarque, se rellena el cupo de orden en dichos oficiales, señor, aunque sólo sea en cantidad —se lanzó de lleno y sin titubear un solo instante, con excesiva soltura de gestos, como si quisiera demostrar el dominio del tema por su antigüedad a bordo, o al menos así me lo pareció en negativo—. En mi mismo empleo se encuentra el teniente de fragata don Alonso de Manglares y Oca, muy joven y de reciente ascenso, bravo pero alocado, aunque buen hombre de mar. A continuación, el alférez de navío don Jesús Martínez del Lago, procedente del jabeque Catalán y con experiencia en combate. Los dos alféreces de fragata son voluntariosos pero con escaso bagaje de armas. Y por último, embarcaron al salir de dique dos guardiamarinas que se encuentran, como tantos otros, en su primer embarque y plena pubertad marinera.

Aumentaba en mi interior la sensación de que Montañés disparaba metralla a la baja, como si el único oficial experimentado a bordo fuera su propia persona, actitud habitual que reconocía de lejos. Pasé por alto sin entrar en la llaga.

—¿Y los oficiales mayores?

—Un contador veterano, un capellán de misa corta, un cirujano con escasa práctica de sangre, un piloto segundo que todavía no puedo catalogar por ser de reciente embarque y dos pilotines. En cuanto a los oficiales de mar, los diecinueve de acuerdo a reglamento, aunque con especialidades en variación y desajuste. Bien de contramaestres, especialmente el primero, don Atanasio Carratalá, muy competente en su facultad, regular de carpinteros y calafates, un buen patrón de lancha, cocinero de equipaje flojo en perolas, farolero, sangrador y maestros de velas por averiguar.

—Entre sin miedo en el resto del guisado —sonreí a medias, porque ya me imaginaba la letanía negativa que me esperaba.

—Pues triste relación me resta, señor. La tropa de infantería elevada hasta 62 por falta de gente de mar, y la de artillería hasta 21. Además, diez artilleros preferentes, 54 artilleros ordinarios con escasa o nula preparación y, por último, 49 marineros, de leva en gran parte, y 54 grumetes que podemos calificar como personal de mulas y arado, con una proporción elevada que debería vivir en el Cuartel de Presidarios en permanencia. Completamos la dotación con ocho pajes y doce criados personales, contando el suyo, un negrazo corpulento, por cierto. Hacen un total de 304 hombres, número elevado en reglamento pero con mucha paja y poco grano.

Me disgustó sobremanera el tono y forma al hablar de persona tan querida para mí como Setum, lo que debía aclarar por llano y con rapidez. Y no debí dejar dudas en mi rostro.

—Quiero adelantarle, Montañés, que ese africano llamado Setum, embarca en calidad de criado por necesidad y cumplimiento de la necesaria reglamentación. Sin embargo, lo tengo en mucho aprecio, casi como miembro de mi familia, y es persona extraordinaria a quien debo la vida en forma más que repetida.

—¿Un negro y mahometano como miembro familiar? Me parece que exagera, señor.

Y sonó el primer campanazo, que su sonrisa torcida y el tono de voz no abanicaban mis oídos en gusto.

—Puede estar seguro, Montañés, de su error. No suelo exagerar nunca en mis convicciones —hablaba en firme y con tono de severa autoridad—. He conocido negros mahometanos con mejor corazón y calidad personal que muchos blancos cristianos, merecedores de azotes y vergüenza pública, aunque pertenecieran a nobles familias. Espero que tenga en consideración muy especial al nombrado Setum, quien sólo recibirá órdenes y recomendaciones de mi parte, sin posible excepción salvo la voz del comandante, por supuesto.

—Desde luego, señor.

Apreté los puños por primera vez, al tiempo que abandonaba el asiento para indicar que la charla llegaba a su fin.

—Quiero revisar con usted la Casilda, de proa a popa y palmo a palmo, al tiempo que me presenta a los oficiales. Como debe saber, es deseo del comandante salir a la mar el próximo lunes. Pero arrancaremos hoy mismo con ejercicios de mar y guerra en el fondeadero, que ya deberemos parecer buque armado en guerra al salir de puntas. Y...

—Ya los hacemos señor, aunque no sea posible... —interrumpió mi parlamento en tono incorrecto, lo que me hizo mostrar semblante negro y hablar en serio, con suficiente dureza. Debía quedar la mar en claro desde el primer momento.

—Le ruego, Montañés, que no vuelva a interrumpirme cuando me dirija a usted, norma inalterable de cortesía y respeto a un superior que debe conocer. Ya supongo que llevan a cabo ejercicios, aunque no haya escuchado orden alguna en ese sentido desde que embarqué hace algunas horas. Por esa razón, alargaremos los periodos dedicados a la faena en mañana y tarde. Deberemos aprovechar los seis días de mar con que nos bendice la superioridad, hasta el último minuto. Y si no disponemos de pólvora para ejercitar a las brigadas artilleras en su salsa, simularemos al ciento sin retumbo de cañones, con balas y saquetes de estopa.

Y sin más palabras, emboqué la salida de la cámara con los nervios en alto, que poco me confortaba la presencia del larguirucho, sus comentarios y tonos. De todas formas, intenté templar la gavia y no dejarme llevar por primeros conciertos.

Comenzamos la informal revista por el bauprés y repasamos la fragata a lo largo de toda la mañana. Y ya de entrada les adelanto que me fascinó la Casilda de quilla a perilla. Si mis amores por las fragatas dieron comienzo con la Princesa, de inolvidable recuerdo en aguas americanas y donde izara mi primer gallardete ganado en orden superior, poco a poco me fui convenciendo de que allí se encontraba el pulmón de las flotas y escuadras, elementos imprescindibles de todo punto para las mil y una misiones a las que podían destinarse, dadas su agilidad de maniobra y velocidad. Y comprendí esa eterna petición de las altas jerarquías en la mar, al solicitar más unidades como aquellas, llamadas por muchos como los ojos del jefe de escuadra, en especial las que ya se construían con porte^[21] elevado, sistema

propiciado por los ingleses desde muchos años atrás.

De aparejo clásico aunque ofreciera alguna variación en las velas altas, era afamada la Casilda, como más tarde pude comprobar, por su ligereza, facilidad de maniobra y capacidad de bolinear^[22], sin dejar de lado su andar^[23], al punto de ser considerada como de las más rápidas en su clase y, según algunos, la que marcó más millas en las pruebas llevadas a cabo por el general Mazarredo.

Los que hayan seguido mis andares anteriores, recordarán los datos que ofrecí sobre los proyectos llevados a cabo por el famoso ingeniero don José Romero y Fernández de Landa, una vez sustituido Gautier. Después de muchas discusiones, se construyeron bajo su proyecto e ideas el navío San Ildefonso, en el que tuve la dicha de navegar hacia las Indias en compañía de Pecas, así como la fragata Santa Casilda, de forma que ambas unidades, tras pruebas y comprobaciones, significaran el modelo o prototipo a seguir en el futuro. Y fueron unidades que crearon escuela, sin duda, siendo ambas construidas en el arsenal de Cartagena en 1784.

Según afamados marinos, como el citado general Mazarredo, tenido como el más experto en dichas cuestiones comparativas, la Casilda era de líneas extraordinarias aunque de arboladura excesiva a su desplazamiento. Con ello, se conseguía un andar envidiable, pero no era capaz de montar cañones de a 18 en la batería, ni de a 8 en alcázar y castillo. Sin embargo, se doblaban las portas disponibles en las dos últimas posiciones, con seis en alcázar y dos en el castillo, para pasar la artillería de una banda a otra, según conviniera en combate. Pero era este problema de la artillería una asignatura de muerte y sin la necesaria atención, lo que así se pudo comprobar en el futuro, porque los ingleses, con su aumento de calibres en proporción y las especiales carroñadas^[24], nos sacaban muchas libras de munición por andanada en todas las unidades comparadas.

En resumen y como es fácil imaginar, fiaba todo la Casilda en su aparejo, hasta producir una visión espectacular con todo el trapo largado a los vientos, aunque fuese en detrimento de un aspecto tan importante como su artillería. Pero no debemos olvidar que una de las misiones principales de estas unidades eran las de descubierta y avanzada en las escuadras, así como actuar de batidores y correos, para lo que necesitaban agilidad y velocidad máximas.

Siguiendo el programa marcado, conocí en persona a los oficiales, sacando en un primer análisis conjeturas diferentes a las escuchadas de boca del quijotillo, en especial sobre el teniente de fragata Alonso de Manglares que parecía persona abierta, correcta, animosa y valeroso en alto grado. Pero en su conjunto me satisfizo el plantel, hasta los dos jóvenes guardiamarinas, con esas ansias abiertas de mar y aventuras tan lógicas en su estadía y edad. Y como me había profetizado Montañés, disponíamos de un experimentado contramaestre primero, piedra angular en todo buque de la Armada, que sin chifle^[25] en condiciones, poco palo se arbola.

El primer almuerzo a bordo, con el comandante presidiendo la mesa, fue distendido aunque parco en conversaciones de mar y guerra, tan necesarias en nuestra

profesión. Pero sacaba las cuentas del rosario poco a poco y creí observar un ambiente agradable, truncado a veces por las frases cortantes de Montañés hacia sus inferiores, y no me crean empecinado en contra del personaje desde el primer momento, porque nunca entré en esos juegos. Una vez rendidos los postres y ausentado el dios de a bordo, que eso son los comandantes de los buques, mantuve una primera reunión con los oficiales de guerra y mayores, exponiéndoles mis primeras impresiones y la derrota que deberíamos seguir en los próximos días, para convertir la extraña y confusa amalgama de personal en un buque de guerra efectivo. Observé miradas de comprensión y ningún gesto contrario, lógica respuesta porque los agujeros del pastel se encontraban a la vista.

De esta forma, sin perder un segundo comenzamos a zurrar la badana por todas las esquinas. Pero sería más correcto decir que continué la línea establecida por el anterior segundo, aunque aumentada en grado alto con el beneplácito del comandante, quien me ofreció carta blanca para trazar el programa de adiestramiento y confirmó en los primeros días mis propuestas de todo tipo.

El día 3 tomó el mando de la recién formada escuadra del Mediterráneo el teniente general don Francisco de Borja y Borja, marqués de los Camachos, con izado de gallardetes y banderas en todos los buques surtos en puerto. Y lo agradeció la dotación en cintura, al ordenarse rancho extraordinario con aumento de vino en posibilidades que, en verdad, no eran muchas. Pero no quiere decir esto que dejáramos el adiestramiento, porque con buche relleno faena y combate mejor el marinero.

Dos días después, primer domingo a bordo, dimos de mano para cumplir con los preceptos divinos, que no sólo debemos dirigir la mirada a los cielos en combate o temporal corrido. Y hube de reconocer la razón que asistía en este caso al teniente de fragata Montañés, porque el capellán farfullaba los latinajos como balandra a un largo y con viento fresco, de forma que se hacía difícil seguir su curso con el necesario recogimiento. Y como no era cosa de dejar cabos sueltos a barlovento, tras el santo sacrificio le expuse la necesidad de una mayor dedicación a su altísimo cometido en todos los sentidos, llamada de orden que pareció tomarle de sorpresa aunque me garantizara un cambio positivo.

Arranchado con cierta comodidad tras el mamparo de popa, en la banda de estribor, donde se ubicaban los dos tenientes de fragata en compañía, tomé el sueño con felicidad al término de aquella jornada, previa al día en el que abandonaríamos el puerto para acometer mis primeras singladuras en la Casilda. No se escuchaban nuevos comentarios sobre el curso de la guerra, aunque la última orden recibida era la de mantenerse preparados para salir en escuadra en un plazo de dos semanas. Esta situación nos condicionaba con cierta severidad, porque al regreso del periodo de adiestramiento propio deberíamos proceder al urgente embarque de víveres y bastimentos en falta de cargo. Pero cuando entré en sueños de fondo, tan sólo pensaba en navegar con mi nueva fragata sin tener en cuenta los obstáculos que

debería atravesar.

A las ocho de la mañana de aquel día 6 de febrero de 1793, con el alba entrada a muerte y un frío intenso amadrinado a los cuerpos, que no siempre la costa mediterránea se abre en temperatura venturosa, nos encontrábamos listos para salir a la mar a la orden del comandante. La ligera brisa gregal^[26] no entraba en auxilio de la maniobra ni de flanco, por lo que debíamos utilizar amparo de boga para enmendar la proa y abandonar la dársena. Y en espera del lanchón del arsenal, al que llamaban el cangrejo con sobrada razón, nos mantuvimos durante más de media hora, con evidente desesperación del comandante que alargaba sus pasos por la toldilla en nervioso paseo. Y no era don Juan María de los jefes propensos al grito destemplado o el aspaviento frenético, pero detestaba la falta de puntualidad como tenaza de barbero.

Por fin, con el cable de remolque en disposición, se ordenó levar el ancla. Y se comenzó a cobrar el cable de 20 pulgadas con más lentitud de la debida, por lo que debimos animar el alma de los marineros que actuaban sobre las barras del cabrestante^[27], poco atentos al silbato del guardián^[28]. Una vez recibida la voz de arriba y clara, con la proa hacia el monte de San Julián y el primer rezo en los labios, se ordenó izar los foques y, poco después, largar trinquete y mayor, con mucho pito y alargado murmullo de voces, que poco decía de la ajustada y necesaria labor. Pero ya la Casilda comenzaba a beber las aguas en dirección adecuada para, al encontrarse tanto avante con la punta de Navidad, desplegar el trapo llano y destapar el tarro de las esencias.

Minutos después se largaba el resto del aparejo, para navegar a un largo con proa al sur y, de esta forma, alejarnos de la costa. Pero a pesar de la belleza que la Casilda desplegaba a su alrededor, metiendo la proa en la mar con decisión como dama en ejercicio de alcoba, era necesario aceptar que mucha leña necesitaba aquel hogar para arrimar calor suficiente. En general, la maniobra había sido de exasperante lentitud y más propia de carreteros, con demasiadas voces, carreras y cabos en disputa de labor.

Tomaba nota cerrada de todo lo que estimaba propio de urgente rectificación, que no era poco, cuando escuché la voz del comandante a mi lado, situado a barlovento de la timonera.

—Habrà comprobado, Leñanza, que algunos hombres reciben hoy su bautizo de mar.

—Muchos diría yo, señor, sin pecar de pesimismo. Un nutrido grupo deberá recibir sus primeras lecciones, que dudan de banda y palo como caballeriza de secano en las aguas. Pero ya les entrará el viento duro por boca y oídos, no lo dude. Aprovecharemos los días asignados segundo a segundo.

—Pues en sus manos dejo a la Casilda. Arrumbe donde crea oportuno para que no quede cabuyería sin trabajo, y redoble el tambor —me ofreció una sonrisa de complicidad, que no eran necesarias más palabras, antes de abandonar el alcázar.

Entramos de esta forma en periodo de tan duro adiestramiento, que muchos hombres lo recordarían durante meses, con mucha jarcia y poco descanso, hasta desollar algunas manos más propias de palacio y mesa de naipes. Pero a pesar de la escasa profesionalidad que se observaba en un elevado tanto por ciento de la dotación, sentía cierto regusto al comprobar que no era cuestión de mala disposición humana en general, sino ignorancia sublime, aunque algunas miradas reflejaran delitos de sangre y raza de patíbulo.

Recuerdo aquellos primeros cinco días como pesadilla de espanto y terror, con periodos en duros ejercicios de sol a sol y algunas disminuciones de ración por escaso rendimiento, que en el estómago duelen más las ofensas al marinero. Y si debimos repetir las diferentes maniobras de mar una y mil veces, la misma canción se terciaba en cuanto a alistamiento y disposición de las piezas artilleras, con la necesaria simulación de disparos al balance, por tercios y en andanada, que habríamos sido batidos por modesto bergantín de haber entrado en combate en los primeros momentos. Pero como el oficio hace al maestro, se percibía la mejoría jornada a jornada, aunque todavía quedara mucha leña por cortar.

Me reuní varias veces con los tres oficiales encargados de las brigadas artilleras, Martínez, Pintos y Vegarúa, para corregir los fallos de grueso calibre en su propio terreno, porque tampoco ellos andaban muy a la llana. Pero pude corroborar mi primera impresión de que el personal profesional daría el alma si era necesario, y ni un solo comentario negativo ni murmullo opaco escuché de sus bocas. Y de esta forma atacamos a muerte en todos los aspectos de la vida a bordo, sin dejar hueco en la barrera, que hasta las maniobras de lancha y bote se repitieron sin fin.

Amaneció el día 11, último de los previstos en ronda de ejercicios, navegando de bolina 20 millas a levante del cabo Tiñoso, cercanos al puerto de Cartagena, acariciados por un viento fresco de levante. Y no debería decirlo yo como segundo de aquel panal, pero parecía haberse cambiado la dotación al completo desde la salida a la mar. Las maniobras se llevaban a cabo en silencio y cierta prontitud, los cañones entraban en batería con normalidad aunque fuese muy mejorable el ritmo, y comenzaba a respirarse aire de mar en el sollado, aspecto capital este último. Había prometido algún premio al regreso a puerto y un merecido descanso, si la conducta del personal así se lo ganaba, y en tal sentido debería cumplirlo porque, en líneas generales, se había hecho un buen trabajo, como me reconoció el comandante en alabanza.

Cumplíamos el alba de aquella mañana, cuando pisé la cubierta del alcázar para revisar aparejo y rumbo. Rendía guardia el teniente de fragata Montañés, acompañado del guardiamarina Barceló, ese niño que me recibiera a bordo pero que blandía pólvora y mar en sus venas. Seguía ofreciendo el resguardo necesario al quijotesco oficial, porque no había cambiado la primera impresión sino más bien al contrario. No me confiaba a él en ningún momento, lo que habría sido normal por ser el siguiente a mí en antigüedad a bordo. Pero no se le puede pedir al pez que trepe la

ladera, por mucho que se le ordene a latigazos. Por el contrario, estimaba al teniente de fragata Manglares como un magnífico oficial, competente, cumplidor y sencillo, por lo que le encomendé, sin dudarle, la dirección de la tropa y fusilería.

Se me ofreció la preceptiva novedad de mar y guerra al aparecer en el alcázar, mientras repasaba el aparejo a la vista en comprobación. Aproveché la presencia cerca de la timonera del contramaestre primero, para discutir con él ciertos aspectos de la maniobra, así como la asignación de sus hombres. Y como era de rigor, le entré de proa y en sinceros.

—Quiero agradecerle el apoyo prestado en todo momento, don Atanasio, y le hablo con absoluta sinceridad. Han sido días de especial dureza y su profesionalidad de extrema importancia.

—Muchas gracias, señor. Sí que han sido duros estos días, he de reconocerlo, pero necesarios. Y así lo comprende la dotación en general, aunque siempre abra el pico alguna comadreja desmadrada. Creo que si gozáramos de algunas semanas más, podríamos conseguir un equipaje adecuado a un buque de la Armada y en tono muy alto. Es malo este sistema de leva, con tanto desplumado metido a bordo con la marca de los grilletes a la vista. Pero acabarán todos siendo hombres de mar, quieran o no, lo juro por las cadenas del temple.

—Tiene razón. No cambiamos a mejor en los reclutamientos, para nuestra desgracia. Pero hemos lavado la cara en buena forma.

—Al menos, señor, somos capaces de largar todo el aparejo y virar por avante sin que la cubierta parezca un nido de grillos, que el primer día a punto estuve de lanzarme al agua con una bala de a 12 en la camisa —reía mientras hablaba con extrema rapidez y un acento andaluz tan cerrado, que costaba entender sus palabras—. Pero ya desistí del suicidio, que no sería bueno dejar mis intestinos para las toninas.

—Más vale así. Espero que salgamos en escuadra tarde o temprano y podamos continuar aumentando los días de mar, que no hay mejor adiestramiento. Sin embargo, pienso mantener en puerto la misma faena, por lo que espero su ayuda.

—No necesito decirle que me tiene a su entera disposición, señor segundo.

El gualdrapazo de una vela me hizo elevar la mirada hacia el aparejo de forma automática. Y creo que fue en ese preciso momento cuando se escuchó la voz del vigía^[29] con claridad.

—¡Vela por la amura de estribor!

Normalmente, esa voz que suena como alarma en el silencio de la mar, suele salpicar de escarcha nuestros corazones y los pone a batir tambores, en especial a los poco avezados, a la vez que evapora la rutina y el tedio como por arte de magia. Y no influye en demasía que se vivan periodos de paz o guerra abierta, porque en la mar todos son enemigos de muerte hasta que demuestran lo contrario.

Sin pensarlo dos veces, subí por la escala a la toldilla, al tiempo que ordenaba al guardiamarina Barceló trepar a la cofa del palo mayor con rapidez de lebre, para

ampliar la información en lo posible.

Y como solía suceder en todo momento y lugar de necesidad, apareció Setum con mi brillante antejo en sus manos, aunque todavía no era capaz de divisar nada en la dirección marcada, salvo la tenue línea del horizonte. Me dirigí a Montañés.

—Awise al comandante del avistamiento.

En principio y por la cercanía a la costa, pensé que se trataría de uno de los buques españoles enviados en correo a las islas Baleares, o alguna unidad inglesa que se incorporaba a la escuadra británica del almirante Samuel Hood, presente en el Mediterráneo según nos habían comunicado antes de salir a la mar. Pero ya se escuchaba la voz aflautada del guardiamarina Barceló.

—¡Una vela dos cuartas a estribor! ¡Navío de dos puentes! ¡Una segunda vela seis cuartas a estribor! ¡Dos palos y aparejo de bergantín^[30]! ¡Navegan ambos con rumbo sur!

Apareció el comandante en la toldilla, pulcramente vestido y con el típico perfume a tabaco que desplegaba a su alrededor, planta americana que fumaba en su cámara con asiduidad.

—Dos velas por la amura de estribor, señor. Todavía no son visibles pero, según informa el guardiamarina Barceló, se trata de navío de línea y bergantín al mismo rumbo. Si no enmendamos la proa, los perderemos de vista, que desfilan hacia popa.

—¿Navío y bergantín a rumbo sur? —Parecía encantado con la nueva recibida—. Creo que es razón suficiente para alargar la comisión de mar concedida. Arrumbe a cortar la proa del más avanzado.

Cuando se concedían escasos días de adiestramiento particular, era normal extenderlo con cualquier pretexto, falso o verdadero, siendo las encalmadas los motivos normales a exponer al mando en excusa. Pero en este caso disponíamos de la coartada perfecta, al encontrarnos en situación de guerra declarada al francés y avistar unidades desconocidas. Y mientras ordenaba la caída a estribor, volvimos a escuchar la voz de Barceló con claridad.

—¡Los dos buques con todo el aparejo! ¡Parece que el navío intenta dar caza al bergantín!

—¿Un navío en caza de un bergantín? —El comandante sonreía con gesto de extrañeza, mientras enfocaba su antejo en la dirección marcada, sin resultado de momento—. Difícil empresa parece. Si se confirma esa caza, podríamos asegurar sin peligro de errar, que se trata de navío británico en caza de bergantín corsario o francés, más bien el segundo caso.

—¿Tan cerca de la costa, señor?

—Bueno, deben andar a más de treinta millas y es posible que la caza lleve algún tiempo. No olvide que un buque britano en la mar, por cobrar botín de cualquier consideración, es capaz de navegar a muerte y en caza durante muchas semanas, aunque deba internarse en aguas con hielos.

Mientras caíamos a estribor, pareció que el viento rolaba en ligero al nordeste una

vez más, circunstancia normal al alba, con lo que la Casilda se engolfó de lleno, con el viento abierto unas doce cuartas por babor. El comandante parecía de buen humor y divertido con la situación.

—¡Segundo! Larguemos todo el aparejo, hasta la camisa del cocinero, que deseo entrar en este juego.

Daba las órdenes oportunas y ya la Casilda batía alas por encima de las olas, cuando el guardiamarina amplió la información de forma definitiva.

—¡Navío con pabellón británico! ¡El bergantín no lo muestra!

—Me parece que tenía razón, señor —me dirigí al comandante—. Pero no será empresa fácil.

—Para el inglés, no, desde luego. Ya veremos de qué es capaz esta fragata.

Media hora después, avistábamos por fin desde la toldilla los buques y, en efecto, el navío desplegaba todo su aparejo en caza, con su pabellón al viento. Pero el bergantín, aunque le faltara alguna de las velas superiores, parecía ganarle yardas, que ya dejaba al britano por la estela pura. Volvió el comandante a sonreír, hablando consigo mismo.

—Bien, entraremos en el juego a por todas. Ese navío no cazará nunca al bergantín, que presumo francés, aunque haya debido sufrir desparejo en el estay que se le echa en falta. Pero, según parece, la Casilda es más rápida y podríamos conseguirlo si el dios Eolo nos echa una mano. ¡Segundo!

—Diga, señor.

—Olvídese del navío. Maniobre para dar caza a ese bergantín. Es posible que sólo necesite adelantar la proa unas dos cuartas, si el viento se mantiene en estas cuadernas. Y ojalá que refresque un poco más. Ya verá el inglés cómo vuela esta fragata española y le birla el pájaro.

Llamé al contramaestre, con quien hablé unos segundos. Quería chupar todo el viento y que ninguna vela llamara a malas. Y de esta forma comenzamos el juego, como aseguraba el comandante, si puede llamarse así a la caza de un buque de guerra, acción que suele acabar con olor a pólvora y sangre.

7. En caza

Dio comienzo de esta forma lo que nuestro comandante llamaba juego naval y, en verdad, parecía divertido con el empeño aunque parezca frivolidad. Debo reconocer que mi práctica en cazas marítimas no era muy fuerte, reduciéndose tal habilidad, más bien, al caso contrario, cuando aquella fragata argelina intentaba chamuscarnos los bigotes tras los combates de Argel, con el jabeque Murciano desaparejado de plumas. Pero como tantos problemas que se abren en la mar al navegante de guerra, a la práctica marinera hay que añadir tan sólo el sentido común en la mayor parte de las ocasiones, así como el raciocinio para cumplir en cruces con el deber.

Tal y como había ordenado don Juan María, andaba prendido de mente en las maniobras del bergantín, al que divisaba con detalle a través de mi largomira^[31], precioso artefacto inglés recibido en inolvidable obsequio de Pecas años atrás. Tras dos horas de caza, retocando el aparejo de forma continua para arañar pulgadas avante, las tres unidades en función formábamos un triángulo perfecto, con el bergantín a proa, mientras en los ángulos popeles quedábamos situados el navío inglés y nuestra fragata. Pero para felicidad y orgullo propios, avanteábamos con claridad al britano que, en mi opinión, sólo podía esperar algún fallo de la presa para cazarla. Ensimismado en mis pensamientos y deseos, escuché la voz del contra maestre Carratalá a mi lado.

—No será fácil trincar la liebre, señor. Ese bergantín es francés por su aparejo, estoy seguro, y marinero como las luces del alba. Hace algunos años naufragué en la balandra Venturosa al sur de Cerdeña y nos recogió un buque de similares características, con base en Tolón. Aparejaba la cangreja muy en bolsa y cerrada al puño, con botavara excesivamente larga, como éste que perseguimos, condición extraña de apreciar en buques britanos o españoles. Y sin duda que ha debido sufrir algún duro revés de mar o guerra, porque le es imposible envergar el estay de mayor, por mucho que lo intente en fortuna.

—Le vamos ganando proa^[32]. Creo que se mantiene más pendiente del navío britano, al que va largando estela en blanco, sin ocuparse de nosotros. Ese error le puede costar muy caro.

—Eso parece. No comprendo cómo se empeña el inglés en la caza, que debería dar por perdida, a no ser que haya apreciado algún problema que no distinguimos en el aparejo del bergantín, y estime que no aguantará mucho tiempo con este viento. Un navío de dos puentes es una máquina formidable de guerra, pero no puede alcanzar la velocidad de una fragata o un bergantín.

Como si el comandante de la liebre acosada leyera mis pensamientos en aquellos momentos, enmendó su proa ligeramente a babor, pensando ahora más en nosotros que en el navío inglés. Y en ese mismo momento, como prenda de especial orgullo, izó ese extraño pabellón tricolor que identificaba a los revolucionarios sangrientos de

la Francia, tan poco apegado a sus tradiciones de siglos. Volví a escuchar la voz de don Atanasio, animado a la vista por la caza.

—Parece que ya sabe por dónde le ha de llegar el peligro y las andanadas de hierro. Si se mantiene el viento en nordeste puro o rola unas cuartas a levante-gregal^[33], será nuestra la presa, señor, lo juro por todos los franceses que se pudren en el infierno.

—Siendo usted andaluz atlántico, don Atanasio, utiliza las nominaciones típicas del Mediterráneo para designar los vientos.

—Porque en esta mar me salieron los dientes, señor, y en ella permanecería de por vida, que mucho gusto de la ola corta y los calores fuertes.

La situación relativa se mantenía, aunque la distancia de la Casilda a la presa disminuía a la vista, mientras el navío perdía yardas hasta quedar alejado por nuestra aleta de babor. Y debíamos entrar en la meridiana^[34], cuando el guardiamarina Barceló gritó cerca de mí.

—¡El navío inglés acaba de izar señal por banderas, señor!

Quedamos perplejos en los primeros momentos ante la noticia. Aunque nos sintiéramos hermanados con el britano en empresa común, no disponíamos de código de señales que sirviera de inteligencia entre ambas marinas, o para determinadas fuerzas. Por nuestra parte, nos guiábamos en aquellos momentos por las establecidas para la escuadra del departamento marítimo de Cartagena, que había hecho suyas don Francisco de Borja para las unidades particulares de su fuerza, como era normal en toda agrupación naval. De ahí mi sorpresa cuando el joven guardiamarina, listo y espabilado como águila culebrera, nos ofreció la solución en escasos segundos.

—En el código de nuestra escuadra, esas señales significan En Caza.

—¡Qué bastardos son estos hijos de la gran sultana! —exclamó el comandante mientras reía divertido—. Todos suponemos que los britanos usan de espías que nos copian los códigos, en acto poco caballeroso pero común en casi todas las armadas. Pero su afán por ganar la presa es tan notable y desesperado, que no le produce vergüenza alguna utilizarlos para indicarnos, a las claras, que anda a la captura del bergantín, y estima su presencia como prioridad.

—Esa no es ley de mar, señor —alegué con fuerza—. El primero que pisa cubierta es el dueño de la presa, si no se concierta otra cosa de antemano.

—Y tiene toda la razón, segundo. No me dejaré comer las plantas de los pies, puede estar seguro. Que se ice la misma señal a bordo, para indicar que nos consideramos también en situación de caza. Y que gane el mejor.

Entramos en la tarde con los tres buques formando una línea de fila alargada, el bergantín a proa, nuestra fragata a una milla tras él, y el navío descolgado dos millas más, aunque intentara utilizar hasta el soplete de la fragua para avanzar alguna yarda. El viento se mantenía en nordeste y casi frescachón, con lo que nuestra fragata saltaba entre las olas con inmensa alegría, un espectáculo fascinante para cualquier ser humano. Podía comprobar que la fama era bien ganada y con todo el aparejo a los

vientos, pocos buques andarían como nuestra princesa de los mares. Pero ya corríamos en preparativos de guerra a bordo, porque más pronto que tarde deberíamos utilizar nuestras piezas y amenazar al francés.

Desde los primeros momentos de la caza, se había ordenado la situación de zafarrancho y prevención para el combate, con el preceptivo toque de corneta y redoble de tambores. Aunque todas las piezas se alistaran en conveniencia, se dedicó especial atención y el mejor personal a los dos cañones de mira^[35], de a 6, situados en el frontón del castillo, con las balas en las chilleras y los saquetes en cofre. Pero como más valía prever en fondos, mandé aviso al teniente de fragata Manglares, que apareció en la toldilla con la ilusión de la caza reflejada en el rostro, y no por mor del rico botín, que tanto mueve como norma inalterable al inglés, sino por su ambición guerrera que es tan de desear en el oficial.

—¿Me llamaba, señor?

—Como ve, seguimos ganando distancia al bergantín y, si la suerte de mar y viento continúa a favor, pronto podremos utilizar las piezas de proa para intimidar y recabar rendición. Pero por si acaso es necesario tomar la presa en su momento, lo que espero con decisión, mantenga preparado un grupo de la tropa de infantería, los mejores hombres y con el mejor armamento, listos para embarcar en la lancha.

—Ya lo había hecho, señor, porque esperaba tal orden en cualquier momento. Como no disponemos de fusilería para todos los hombres de infantería, sino sólo doce piezas, emplearé a los más veteranos en esa cantidad. Si apresamos el bergantín, será tropa suficiente esa docena para garantizar la seguridad de la gente de mar que marinará la unidad, más otra armada con chuzos y pistolones, que podrán utilizar como propios los fusiles que encontremos a bordo del francés.

—Me parece una idea perfecta. Es desastrosa la escasez de armamento portátil a disposición en los buques, y difícil de creer. Siempre fuimos temidos al abordaje y nunca nos batieron en ese terreno. Pero en las circunstancias actuales, lo pasaríamos mal si se produjera dicha situación de combate. Por fortuna, no creo que lo sepa el francés.

—Esperemos que las fábricas del norte facturen a ritmo conveniente y el Ejército nos devuelva el armamento prestado para sus campañas en los Pirineos. Parece mentira emprender una guerra por tierra y mar sin fusiles para los soldados.

—De acuerdo, Manglares. Esté preparado.

—Sí, señor.

Regresé a la toldilla, donde el comandante paseaba con aparente felicidad, mientras entonaba por bajo lo que parecía una conocida coplilla. Al apreciar mi presencia a su lado, y de forma inesperada, me habló con especial afecto, al tiempo que me tomaba por el brazo.

—Debo reconocerle, segundo, que ha hecho un trabajo magnífico en los diez días que lleva a bordo. Razón tenía el capitán de navío Girón en su recomendación, porque necesitaba alguien como usted para enmendar la plana. Está convirtiendo lo

que parecía una jaula de presidio en un buque de la Real Armada, con milagro incluido. En caso contrario, no andaríamos dando caza en estos momentos a ese ligero bergantín. Le felicito.

—Muchas gracias, señor. Aprovecho para comunicarle que adoptamos la situación de combate con cierta celeridad, aunque ya me gustaría emplear algún minuto menos en la faena. Todavía nos falta achicar corazones. Los cañones de mira están dispuestos con los mejores artilleros y, si le parece bien, el teniente de fragata Manglares se encontrará al frente de la tropa de infantería y gente de mar en presa, una vez conseguido el objetivo.

—¿Lo cree el hombre apropiado? —Me miraba con fijeza a la cara en pregunta que abarcaba más a fondo, al saltarme en tal cometido al teniente de fragata Montañés. Pero ya estaba preparado.

—Sin ninguna duda, señor.

—Estoy de acuerdo con usted —se giró para atisbar una vez más con el anteojo—. Que lo acompañe uno de los pilotines. Y recuerde que si marinamos la presa, no debe aparecer el pabellón tricolor en compañía del nuestro al no estar reconocido por Su Majestad^[36]. El bergantín será tratado como buque pirata y con nuestra bandera en solitario. Y que la lancha, en su regreso, traiga consigo a todos los oficiales de guerra y mar franceses, más un tercio de su dotación, de forma que queden sin expertos a bordo ni posibilidad de amedrentar. Como su porte es de 14 cañones, la dotación deberá rondar los cien hombres.

—Eso había estimado y así lo dispuse, señor. También ordené a Manglares que, nada más pisar cubierta, tomen la fusilería francesa y la distribuyan, porque a bordo quedamos en blanco.

—Muy bien. Creo que en pocos minutos entraremos en distancia de tiro, porque debemos rondar las mil quinientas yardas de distancia en estos momentos. Abriremos fuego por largo, en elevación, aunque sea juego de azar^[37]. Al menos, observarán los piques y las columnas de agua cerca de su popa. Es posible que la simple visión de tal efecto les haga arriar el pabellón.

—Eso aceleraría la maniobra. Si le parece bien, haré correr la voz sobre el significado de una buena presa en la mar y la posible recompensa monetaria, que muchos novatos de secano poco o nada saben del tema. Será bueno para elevar la moral de la dotación, aunque luego le alcances tres cuartos en la siguiente generación.

—De acuerdo.

Los oficiales de mar recibieron mi orden y se corrió el rumor de presa codiciada, aunque no se tratara más que de un modesto bergantín, posiblemente sin cargamento especial, y no un galeón de indias. También el comandante espoleó los ánimos de nuestros hombres en la normal arenga anterior al combate, empleando ardorosas palabras a través de la alargada bocina dorada, encaramado como un dios particular en la escala de la toldilla. Y entre rumores y arengas, más las imprescindibles palabras del capellán, los hombres parecieron cobrar ánimos especiales, mientras se

escuchaban rumores de cobranza extra en murmullos, lo que siempre anima el corazón del marinero.

Como sobraba tiempo para entrar en distancia, comprobé personalmente el alistamiento de las 36 piezas de la fragata, con la arena esparcida para evitar peligrosos resbalones, así como los pedreros, esmeriles y armamento portátil. Y salvo dos o tres pequeños defectos, encontré al personal preparado y firme en sus puestos, sin que pareciera necesario emplazar los trozos de seguridad con soldados de infantería, que en combates de escuadra impiden a los novatos salir corriendo hacia el sollado al escuchar los primeros quejidos de muerte. Y ya el aroma a bordo se tornaba guerrero, porque la pólvora huele también en seco por las venas, aunque pronto percibiríamos el verdadero olorcillo del combate.

En efecto, como las condiciones de mar y viento se mantenían a favor y el buque francés no conseguía aumentar el trapo a disposición, a pesar de los esfuerzos que en su cubierta se observaban, poco después ordenó el comandante abrir fuego con las dos piezas de a 6 en caza. Tronó el cañón con estrépito y seguimos el vuelo de las balas rasas en nuestras almas, hasta comprobar los piques, bien centrados en dirección, a popa del bergantín, y a unas doscientas yardas de distancia. Pero la observación de las columnas de agua no parecieron arredrar al francés, que intentó un brusco cambio de rumbo a estribor, previa caída de falsete a babor que no llegó a confundirnos un solo segundo.

Continuamos con los disparos a la orden, espaciados unos cinco minutos, que tampoco era de exigir un ritmo alto en aquellos momentos. Y debió ser en el sexto o séptimo cuando una de las balas rasas entró de lleno por su popa, con la colaboración celestial, a la altura de la lumbrera, con aparente destrozo de cristal y madera en racimo. Y esa pareció ser la señal definitiva para abatir los corazones franceses, con escaso ardor guerrero a la vista, porque acto seguido maniobraba el bergantín para ponerse en facha^[38] sin perder un segundo, al tiempo que arriaba el pabellón con acelerada premura. Y como era de esperar, un fuerte griterío de victoria se escuchó por toda la fragata, que no era pequeña faena la de apresar un hermoso bergantín en la primera salida a la mar, aunque el esfuerzo se redujese a unos pocos disparos y un buen alimento del aparejo desplegado.

Redujimos trapo y maniobramos para aguantarnos también en facha y a escasa distancia del buque francés, momento en el que pudimos descubrir su nombre grabado en letras doradas en el espejo de popa, Le Petit Lion. En su toldilla se apreciaban algunos oficiales con adecuado uniforme, que saludaron hacia nosotros destocándose en subordinada rendición. Y ya se largaba la lancha al agua con Manglares y su dotación de presa, que en pocos minutos trepaban por la escala de estribor del bergantín y, según se apreciaba a la vista, tomaban el control del buque sin ningún problema añadido.

Poco tiempo transcurrió hasta recibir en la toldilla al comandante del Petit Lion, quien se dirigió al comandante en un batiburrillo franco-español difícil de entender, al

tiempo que le ofrecía su sable. Parecía querer entrar en buena disposición y alegó ser realista de sangre y servir bajo el pabellón tricolor revolucionario bajo la fuerza de las armas. Aunque podía ser cierto, que era un caso repetido con creces en la desorganizada Marina francesa, el comandante le explicó la situación de apresamiento en piratería y su confinamiento a bordo en tal condición. Con posterioridad se enjuiciaría cada caso particular en puerto, por la autoridad competente. Y con modos parecidos se mostraron el resto de los oficiales, menos un teniente entrado en edad y de rostro avinagrado, quien elevó las plumas como gallo altivo, al tiempo que endosaba a sus teóricos compañeros los peores insultos de cobardía, especialmente uno repetido con machacona insistencia e innecesaria traducción: Batards^[39].

Pero al explicar el comandante francés con todo detalle sus intenciones, recibimos una muy agradable sorpresa. El bergantín, utilizado normalmente en el comercio mediterráneo y apresado por los revolucionarios con motivo de la guerra, transportaba armamento portátil para las tropas francesas que actuaban en el teatro mediterráneo y, en particular, en la islas ocupadas de Cerdeña. Un temporal los había atacado al sur del golfo de León, lanzándolos hacia las islas Baleares tras varios días en capa forzosa, y ocasionando daños serios en su aparejo. Y cuando habían reparado el buque en fortuna para continuar su navegación, entrado en el socaire de la isla de Mallorca, apareció el navío inglés, que lo perseguía desde dos días atrás. De esta forma, la carga de cientos de fusiles y miles de cartuchos, aparte de suponer un precio elevado a la presa en su valor de conjunto, vendrían muy bien a los exhaustos ramos de armamento en el arsenal cartagenero y los buques de la escuadra.

Preparábamos la maniobra para navegar en conserva las dos embarcaciones de regreso a nuestra base, cuando entró en danza un factor olvidado. Entregados en cuerpo y alma a la larga persecución, al fuego de nuestras piezas y el necesario barqueo de la dotación de presa, habíamos apartado de nuestros pensamientos al buque británico. Sin embargo, apareció a nuestro lado como un fantasma salido de la bruma, maniobrando con diligencia para mantenerse a escasa distancia. Se trataba del Orion, un magnífico navío de dos puentes y 74 cañones. Pero la mayor sorpresa se produjo al observar que echaba la lancha al agua sin dudarlo, y ésta se dirigía hacia nosotros con decisión. Miraba hacia ellos con escepticismo cuando escuché la voz del comandante a mi lado.

—Segundo, reciba al oficial que llega en la lancha inglesa con los honores de ordenanza y tráigalo a mi presencia. Y tenga en cuenta que nadie en este buque habla su idioma.

—No le comprendo, señor —era cierta mi ignorancia, que no sabía por dónde cargaba el viento—. Yo hablo inglés con suficiente...

—Ya lo sé, segundo. También yo lo hablo con corrección. Pero aunque seamos aliados, debemos mantenernos en elevado pedestal para que muerdan en hierro. Este inglés viene a reclamar la presa, que me conozco el trapo hasta los puños, y como no

hable correctamente en nuestro idioma español, no entenderemos una sola palabra de lo que diga. ¿Me comprende?

—Perfectamente, señor. Pero no creo que se atreva a reclamar la presa, aunque haya empleado dos días en el empeño. Quien pisa cubierta...

—Por supuesto —hizo una señal para cortar mi parrafada—. Pero el inglés no pierde ocasión de intentar lo arbitrario, aunque sea con aliados, por cobrar un botín. Puede estar seguro que no lo admitiré, ni en las llagas. Pero quiero que la conversación se mantenga en nuestro idioma, porque nos encontramos en suelo español. Y si no conoce la lengua de Cervantes, que consiga intérprete en su buque o se dirija a las barraganas de Argel con bocina de oro.

—Comprendido, señor.

Me apresuré hacia el combés, porque ya se acoderaba la lancha inglesa a nuestro costado, empavesada al tope como en revista regia. Desde la embarcación me saludó con extrema cortesía un capitán de fragata espigado y pelirrojo en petición de visita, que recibió contestación afirmativa por mi parte. Según supuse, debía ser el segundo comandante del navío, que trepó con agilidad por la escala. Una vez en cubierta, lo saludé correctamente al tiempo que le ofrecía la acogida más cortés, en español.

—Bienvenido a la fragata Santa Casilda, señor.

A continuación comenzó a indicarme su intención de hablar con mi comandante. Conforme apuraba sus palabras en inglés, repetía yo mis señas con la cabeza de no comprender una sola de ellas. Pero no estaba dispuesto a volver a su buque en blanco el britano, porque con una sonrisa en sus labios se giró hacia su lancha para dar señal a un marinero uniformado, que trepó a cubierta con rapidez. No dejaban los ingleses hueco por taladrar en la pared. A los pocos segundos me saludaba un marinero bajito y renegrido con extrema cordialidad, y en perfecto idioma español.

—Artillero de segunda James Rizo, señor —hizo una exagerada reverencia, como si saludara a monarca con cetro en persona—. Si así lo permite, puedo traducirle las palabras del segundo comandante del buque de Su Majestad Británica, Orion.

—Por supuesto.

El capitán de fragata William Shapcott se identificó con empleo y cargo, rogando ser llevado a presencia de mi comandante, por tener importante recado del suyo para él. De esta forma, le hice seña de seguir mis pasos, dirigiéndonos hacia el alcázar, donde paseaba don Juan María con rostro alegre y desentendido.

—Mi comandante, el capitán de fragata Shapcott, segundo comandante del Orion. Trae un mensaje de su comandante para usted.

—Bienvenido a bordo de la Santa Casilda, señor Shapcott —la sonrisa del comandante era alargada y feliz, mientras le tendía la mano, amistoso en extremo. Hablaba con lentitud para posibilitar la traducción simultánea del artillero—. Habrá comprobado la elevada velocidad de esta fragata.

—En efecto, y marinada con impecable pericia. Pero tengo el deber de comunicarle en nombre de mi comandante, que reclamamos la presa como propia.

Son ya más de dos jornadas de persecución tras el bergantín francés, lo que nos ofrece, de acuerdo a la...

—Por favor, señor Shapcott —el comandante no dejó acabar al inglés, mientras lo tomaba por el brazo con extrema cordialidad, al tiempo que su sonrisa se abría en ruidos—. Creí que tan sólo venía a felicitarnos por la presa conseguida. Diga a su comandante que acepto la sugerencia como una broma entre compañeros coligados en empresa común. Se encuentra en un buque de la Real Armada española y estamos al día de la legislación internacional sobre presas, aunque discrepemos en algunos puntos importantes, como la llevada a cabo hace pocos meses sobre un galeón de Indias capturado por un pirata francés. Pero si algún punto está expuesto y aceptado con meridiana claridad por todas las marinas civilizadas del orbe, es que el primero en pisar cubierta, cobra la presa.

—Pero le avisamos por banderas de que nos encontrábamos en caza. Y es razón sobrada para torcer la presa a nuestro bando.

—Mire usted, caballero —la voz del comandante se endureció—. Aunque sea anecdótico y no afecte a la enjundia del problema que presenta, puede estar seguro que nunca habrían dado caza a este bergantín, aunque hubiesen mantenido la persecución, que ya la distancia se alargaba por millas. Me alegro de que al encontrarnos hermanados en esta guerra, con un Tratado a punto de rubricarse por nuestros monarcas, hayan recibido el código de señales correspondiente a la escuadra del general don Francisco de Borja, aunque no se me haya comunicado tal extremo, y así lo comunicaré al comandante en jefe a mi regreso a nuestra base. Pero ese precioso bergantín francés navegará con dotación de presa española hacia Cartagena, no le queda la menor duda.

El inglés perdió la sonrisa y dudó unos pocos segundos. Por fin, tras realizar un gesto de verse obligado a ello, musitó en voz baja y con el rostro sin expresión alguna.

—Debe tener en cuenta que se encuentra ante un navío británico con 74 cañones de porte, señor.

La amenaza velada estaba servida, por lo que debí apretar los puños con fuerza para no saltar sobre el britano y ofrecerle la ración de honor que merecía. Pero el comandante no se inmutó sino que contestó con cortesía y extrema severidad.

—Ya sé que disponen de 74 cañones, señor Shapcott, no soy ciego ni idiota, pero también les supongo restos de caballerosidad y honor, si no los han perdido del todo. Prefiero no entender su indicación como una amenaza, que con tal sinfonía suena en mis oídos, sino como un error involuntario del traductor. Esta fragata dispone de 34 cañones, el bergantín cubierto con personal español con 14, ambas unidades se encuentran en situación de combate y son más rápidas que la suya. Diga a su comandante que no tengo nada más que hablar con ustedes aunque, según me indicaron las autoridades españolas, debemos colaborar estrechamente en este conflicto. ¡Segundo!

—Diga, señor.

—El señor Shapcott abandona el buque. Acompáñelo hasta el portalón.

Dudó el inglés unos segundos más, al recibir la traducción. Intentó hablar nuevamente, pero ya el comandante le daba la espalda con claridad y continuaba su paseo por el alcázar. En ese momento, lo tomé ligeramente por el brazo, al tiempo que le señalaba en dirección hacia proa. Acabó por aceptarlo, arrancando por fin aunque moviera la cabeza hacia ambos lados en desesperanza, como quien no es capaz de comprender.

Una vez largada la codera de la lancha, me dirigí con premura hacia popa. El comandante se mantenía con serenidad en su peculiar paseo. Y al verme me ordenó con rapidez y decisión.

—Pase la señal convenida a Manglares. Que ponga rumbo nordeste cuarta al norte, de momento. Después apuraremos al máximo la bolina. Y de momento, situaremos nuestra fragata entre el inglés y el bergantín.

—¿Cree que el inglés se atreverá a...?

—¿Abrir fuego contra nuestra fragata? En absoluto. Se morderán las uñas hasta el muñón por haber perdido el bocado, pero no se atreverán a tanto. Intentaron tomarnos el pelo, en esa extendida creencia británica de que todos son estúpidos en la mar excepto ellos. Y le juro por todos los muertos que yacen en el panteón de mi familia, que si observo una mínima preparación para disparar, nos adelantaremos al propósito.

El bergantín fue el primero en maniobrar de acuerdo a las órdenes recibidas. Poco después aproaba la Casilda para quedar entre ambas unidades. Y cuando ya nos alejábamos del inglés, escuché la voz del comandante, dirigiéndose al alférez de fragata Vegarías, responsable de las señales por banderas.

—Ice la señal que, según nuestro código y si no recuerdo mal, se traduce por: Maniobre con libertad para buscar presas de oportunidad.

—¿No cree que podrá ofenderse el comandante britano, señor? Parece que quiere meter el dedo en la llaga y puede considerarlo inoportuno.

Intervine en precaución porque era mi obligación, aunque aprobaba la señal ordenada mientras las risas se abrían en mi barriga. El comandante se giró hacia mí con una sonrisa de triunfo en su rostro.

—¡Que se joda el inglés!

8. Llamas

Aunque comenzamos el tornaviaje hacia Cartagena proa a tierra y al límite de la bolina^[40], mantenido el personal en sus puestos de combate por si acaso el navío inglés entraba en malos pensamientos, pronto pudimos orzar a comodidad, al comprobar que nuestros nuevos aliados tragaban los sapos y se dirigían con claridad a rumbo nordeste, lamiendo las heridas de la pérdida, que no es poca la marca en corazón inglés. Y habría entregado alguna prenda de alto valor personal si hubiese podido observar los rostros del acicalado mister Shapcott y su orgulloso comandante, al comprobar que el rico botín quedaba en manos españolas.

He de reconocer que era un hermoso espectáculo observar el bergantín navegando por nuestra amura, con el pabellón de la Real Armada desplegado en el pico de su cangreja, con ese sentimiento de plena satisfacción que supone siempre aumentar las fuerzas propias como regalo celestial y sin costo añadido de arsenal. Y ya pensaba en el momento de entrar en puerto tras la salida a la mar en adiestramiento propio, con una presa de calidad aliñada sin esfuerzo mayor de armas ni pérdidas humanas, unido a su precioso cargamento que mucho sería de agradecer por nuestras autoridades, y la escuadra de don Francisco de Borja en particular, al venir a remediar uno de sus aspectos más negativos. Con dichos pensamientos se llenaba de orgullo mi pecho, una de esas especiales satisfacciones que otorga la mar en guerra.

El comandante se mostraba de extraordinario humor y, como prueba de tal condición, al caer la tarde invitó en la cámara a todos los oficiales francos de servicio a una ración especial de cordero, acompañado de un vino que no solía olerse a bordo ni por la escotilla de proa. Y aunque el cordero no podía presumir de corta edad ni reciente leche materna, lo tomamos con especial gusto porque el momento así lo propiciaba, y no era vianda de consumo diario. Y no era por el beneficio económico particular que la presa podía ofrecerle tan sólo, como podrían pensar mentes estragadas, sino por la emoción particular que siempre significa atrapar una unidad al enemigo, porque la resta y suma aparejada en un solo golpe multiplica el beneficio.

La charla se mantuvo amena y divertida en alto grado por primera vez desde la salida a la mar, con chanzas abiertas en ofensa al francés y mofa del britano burlado. Y como era de esperar, fui señalado como el único oficial en la mesa capaz de haber conseguido dos presas hasta el momento, lo que me hizo acceder a la petición general y narrar con detalle aquella primera llevada a cabo en mis tiempos de guardiamarina, por lo llano y sin los excesos tan típicos en Pecas, un relato que hizo mella en todos por su desarrollo más cercano a epopeya popular.

El cirujano de a bordo, Enrique del Campo, cuyo tono de voz era desconocido por todos hasta el momento, dado su retrainimiento y mutismo habitual, propuso que se me endosara el apelativo de caza-bergantines mientras elevaba su copa, idea que fue coreada por el resto. Es una realidad que los buenos caldos abren cualquier cerrojo

enquistado, incluido el verbal. Pero también era cierto como el día que esa unidad naval tan marinera, el bergantín, se mantendría unida a mi carrera en repetidos episodios que ya conocerán en su momento, como señalado por el dedo del destino. Se demostraba, una vez más, el atinado bautismo que concedí a la hacienda extremeña^[41].

Cuando a medianoche caí en la cama, rebosaba de satisfacción personal, en especial al haber sido felicitado una vez más por el comandante en vista del comportamiento ofrecido por la dotación en la caza y captura, actitud que endosaba a mi persona en alto grado como segundo y responsable del adiestramiento general. Como norma habitual en la vida, para la posterioridad quedaría tan sólo el episodio de que una fragata española había cazado a un ligero bergantín francés en extraordinaria caza, condición anormal en todo tiempo y lugar, olvidados los problemas de aparejo en la presa, que facilitarían en importante grado tal acción.

Sin embargo, los nervios mantenidos en firme durante tantas horas de persecución y ataque pasan su factura en los rescoldos posteriores, y dos horas después revoloteaban mis pensamientos sin descanso por la cabeza, haciendo imposible alcanzar el sueño que, en teoría, tanto necesitaba. De esta forma, escuché con claridad el relevo de la guardia de media, con pisadas y arrastres en la cubierta sobre mi cabeza. Y cuando picaba la segunda hora, decidí salir a cubierta con la mente abierta y sin haber conseguido descabezar un mínimo o ligero sueño, condición anormal en mi persona.

Nada más pisar las tablas del alcázar, comprobé que el tiempo había refrescado, un nordeste frescachón que soplaba a favor del rumbo establecido, aunque la baja temperatura se dejara notar bien dentro de los huesos. Y la Casilda navegaba tan a gusto, que al recibir la novedad del alférez de navío Martínez, me notificó haber debido reducir trapo en altura por precaución y para no avanzar demasiado al bergantín, de acuerdo con las instrucciones recibidas de mantenerse por su aleta a media milla de distancia.

Disfruté de una agradable conversación con el joven oficial, gaditano cerrado de lengua y corazón, hijo de un teniente de navío caído en el combate del cabo Santa María, de nefasto recuerdo para nuestras armas, aunque intentara soslayar las penosas circunstancias por él desconocidas. Y acababa de picar la hora cuarta, momento en el que pensaba intentar un nuevo descanso, cuando escuché a mi lado la voz del segundo contramaestre, don José Paniagua, que cumplía guardia de maniobra.

—Señor, parece que se han prendido llamas en el bergantín.

Dirigí la mirada con rapidez hacia nuestra presa para comprobar que, en efecto, se abrían luces vacilantes a bordo del Petit Lion, sin poder precisar en los primeros momentos su posición en el buque con claridad. Por fortuna, la noche era negra como manta cerrada en cueva, lo que facilitaba la observación. Una vez acomodada la vista al escenario y localizadas en situación las luces correspondientes a los faroles de popa y cofa, ordenados al comandante de presa, podían observarse destellos de fuerza

variable pero que no albergaban dudas sobre su procedencia. Llegué con rapidez a la conclusión de que el bergantín podía entrar en problemas serios, si no se encontraba ya con ellos, aunque no dirigiera ninguna señal de auxilio en nuestra dirección.

Reaccioné con rapidez, porque en esos casos es cuestión de minutos controlar la situación. Al tiempo que enviaba aviso urgente al comandante por medio del guardiamarina Portóles, ordené largar todo el aparejo para acercarnos con celeridad al bergantín. También encomendé al contramaestre de guardia preparar la maniobra para dar la lancha y el bote al agua con la máxima urgencia, así como los grupos de apoyo que, según preveía, podían ser necesarios. La voz de Setum sonó a mi lado con prevención, excesiva y desacostumbrada en él.

—Mala cosa es el fuego, señor, tanto en la mar como en tierra. Siempre me sobrecogió tal efecto como a niño en peligro de muerte, y le temo más que a una carga de jenízaros.

—Ya lo sé, viejo amigo. Acabarás por convertirte al cristianismo con sus infiernos en llamas. Quédate a bordo, porque pienso transbordar al bergantín si me lo autoriza el comandante.

—¿Que le deje abordar la presa sin mi compañía? —Aunque no podía observarlo con detalle, su rostro parecía expresar una incredulidad absoluta—. Ha debido perder la razón si tal condición estima como posible. Prometí a la señora que...

—No me vengas con cuentos, africano. Ya sé que me acompañarías al infierno.

Mis últimas palabras quedaron ahogadas por el toque de la corneta en llamada general. Pocos segundos después aparecía el comandante en el alcázar, momento en el que se produjo la primera llamarada de altura en el bergantín, claramente entablada en la proa, cuando ya nos situábamos a escasa distancia por su aleta. Le ofrecí la novedad a don Juan María, así como las medidas tomadas hasta el momento, que encontré adecuadas.

—En pocos segundos podremos echar al agua las embarcaciones, señor. Y si lo permite, me gustaría embarcar en la lancha y dirigir el apoyo.

—Mal aspecto tiene el cochino, Leñanza. Esas cajas estibadas con los cartuchos, pueden convertir el buque en un corral con fuegos de feria y mucha carnicería. Lleve con usted hombres curtidos, que el fuego, genera el pánico con enorme facilidad.

En rápida confirmación al temor expuesto por el comandante, comencé a observar a través del antejo, cómo algunas figuras borrosas se lanzaban al agua desde proa, huyendo de las llamas aunque todavía no amenazaran en tal sentido. Pero ya llegaba don Atanasio, ofrecido como voluntario para acompañarme, con la novedad del personal listo en la lancha. Y también se ofreció para la acción el guardiamarina Barceló, oferta que acepté al comprobar el ruego que expresaba su cara. Por fin, solicitaba el oportuno permiso al comandante para embarcar en la lancha, cuando éste me tomó del brazo, dirigiéndose a mí con paternal afecto.

—Sin heroicidades extremas, Leñanza, que ya creo conocerle lo suficiente. Prefiero las vidas de nuestros hombres a esa presa, por importante que sea su carga.

En pocos minutos tendremos las redes de salvamento largadas a estribor y podrán tomarse los náufragos que alcancen nuestro costado. Me mantendré lo más cerca posible, dentro de la necesaria precaución.

—Por supuesto, señor. Si veo que la situación es irreversible, lo que es probable porque no espero un decidido apoyo por parte de la dotación francesa que ya comienza a saltar al agua, intentaré cargar algunas cajas de fusiles en la lancha y el bote, que es mucha la precariedad que sufrimos con ese armamento.

—De acuerdo. Confío en usted.

Con rapidez, seguido por Setum que no se separaba de mi persona una sola pulgada, salté a la lancha, cuando ya las llamas del bergantín iluminaban la situación con suficiente claridad, único aspecto positivo de la desgracia sufrida. Don Atanasio ordenó boga de fuerza a nuestros hombres, que miraban hacia el fuego con el temor abierto en sus ojos. Fue en aquellos momentos cuando recordé con claridad lo que aquel experto profesor vizcaíno, con la experiencia que ofrecen los años de servicio a bordo, nos declaraba en la Escuela Naval, sobre los peligros de tal circunstancia en la mar: Entre los peligros que cercan constantemente al marino, con muchos de los cuales llega a familiarizarse en el ejercicio de su penosa profesión, ninguno es tan temible como el fuego. El combate no le infunde temor; excitado con sus preparativos y confiando en las propiedades de su buque, a quien afecciona; en la serenidad de su comandante y en el valor que reconoce de sus compañeros, rompe el fuego alegremente, convirtiendo en materia de chanza los más serios incidentes. Los temporales no le afectan tampoco; oye la voz que manda tomar rizos, y aunque el viento brama en las jarcias, azota el rostro la lluvia y la oscuridad no permite distinguir los palos, voluntariamente trepa a la verga, sin cuidarse de que otro en la guardia está destinado al puesto de más peligro que va a ocupar en el peñol. Tal es el marinero español; pero si la voz de ¡fuego! interrumpe su corto sueño, no se extrañe verle subir aturdido y en confusión sobre cubierta. Harto conoce el horrible significado de esa palabra en la mar, donde no puede esperarse humano auxilio.

Poco tiempo dispuse para más pensamientos, porque ya nos acoderábamos al costado de estribor del Petit Lion, que largaba escalas de auxilio para nuestro grupo. En el corto trayecto mantenido en la lancha, pude comprobar que el fuego se limitaba, de momento, a la cubierta baja del castillo, aunque parecía progresar hacia popa. Se observaba el movimiento de marineros en servicio de agua por la banda de estribor, aunque con claridad en número insuficiente. Y ya plantaba los pies en la cubierta principal, cuando descubrí al teniente de fragata Manglares que se acercaba a mí con rapidez.

—Es muy mala la situación, mi segundo, y muy difícil de controlar sin un número adecuado de hombres. Levantó la llama de repente y sin aviso, por lo que me sospecho alguna mano torticera de los franceses revolucionarios. Tuvimos tiempo de mojar la pólvora en conveniencia y nos auxilia la suerte de que las cajas con la cartuchería se encuentren a popa. Pero no dispongo de personal suficiente para

sofocar las llamas que progresan. Y los franceses no colaboran, que ya muchos se lanzaron al agua a pesar de la orden en contrario.

No sólo las llamas comían tablazón a ritmo, sino que las velas de proa comenzaban a elevarse al cielo en jirones prendidos y, a pesar de la baja temperatura, sentíamos el calor acariciando nuestros cuerpos. De todas formas, intenté calmar los ánimos en su medida.

—Traigo veinte hombres conmigo y diez más que llegan en el bote. Pero no creo que lo consigamos porque, según parece, el trinquete está a punto de morder fuego. Doy el buque por perdido de forma oficial, aunque mucho nos duela, pero intentaremos transbordar el mayor número posible de fusilería a las embarcaciones.

—Son muy pesadas las cajas, señor, y los aparejos para su izado...

—Olvídese de las cajas y los aparejos de carga, porque de nada sirven en estos momentos. Que se revienten los cierres de seguridad a la maza y pasemos las armas en reguero de hombres hacia cubierta, para su embarque en las embarcaciones a la mayor velocidad posible.

—Muy bien, señor.

Y de esta forma, dejados de mano el servicio de aguas, dedicamos todo el esfuerzo al traslado y embarque del armamento. Tal y como preveía, los franceses optaban por escaquearse en oscuro o lanzarse a la mar, salvo honrosas excepciones como un par de jóvenes guardiamarinas y algunos marineros que temían más a las aguas que al fuego. Pero me encontraba preparado al ciento y ordené disparar sobre quien siguiera el cobarde ejemplo, siendo yo el primero en hacerlo sobre un contraamaestre galo que ignoró mis órdenes con desplante y malas formas. Cayó al agua, pero con un agujero de orden en su pecho, acción que pareció amansar los ánimos de los revoltosos y cobardes.

El barqueo se convirtió en cuestión penosa y de tiempo corrido, porque las llamas, perezosas en un principio, comenzaron a galopar hacia popa, avivadas por el viento que soplaba a capricho en plataforma sin posible dirección. De todas formas, fue posible mantener el vigor de nuestros hombres y forzar el de algunos franceses, hasta que se produjo la primera explosión.

Aunque Manglares creía que las cajas con la cartuchería se encontraban bien estibadas a popa, alguna debió quedar a proa, porque tras un petardeo intermitente más propio de fuegos artificiales de corte, se produjo una detonación cerrada que hizo correr a muchos hombres hacia popa. Sin embargo, las manos de don Atanasio y mi presencia en la cubierta baja con gritos de aliento y el pistolón amartillado a las bravas, propiciaron continuar con lo que ya se estimaba como últimas posibilidades. Y se mantuvo el transbordo, facilitado por la cercana presencia de la fragata, lo que aligeraba la maniobra de su desembarco y regreso.

Por fin, las llamas comenzaban a correr por la cubierta en acelerada libertad, con lenguas largas que el viento embocaba y amenazaban con peligro de tomarnos en vuelta cerrada, momento en el que decidí abandonar el buque de forma definitiva. Y

me encontraba con Manglares en cubierta, preparados para saltar sobre la regala y tomar la escala, cuando se produjo el petardazo definitivo, sin saber de su procedencia o causa. Y fue de tal magnitud, que tanto el teniente de fragata como yo salimos impulsados al aire como balas de cañón, para caer al agua unos diez metros más allá de la lancha. Sin embargo, a pesar del atontamiento general que me produjo el choque y el instantáneo recuerdo de aquella otra terrible explosión sufrida en las flotantes, la frialdad de las aguas me hizo recobrar los sentidos con rapidez. Y mientras la lancha bogaba a muerte hacia nosotros para recogerlos, observé el cuerpo de Manglares cerca de mí, agitando con debilidad uno de sus brazos.

Me dispuse a nadar con fuerza en su dirección cuando percibí el primer e intenso quejido, como un severo latigazo interior. El brazo izquierdo, posiblemente al ser despedido con la explosión, se había descoyuntado o partido en su parte superior, cerca del hombro, porque no era capaz de moverlo una pulgada sin sentir un terrible dolor. De todas formas, nadé como pude acercándome al joven oficial, hasta tomarlo por su cabellera y agitarlo con fuerza, al tiempo que intentaba animarlo con mis palabras.

—Aguante, Manglares, que ya viene la lancha a recogerlos.

—Creo que tengo herida grave en el pecho y perdí los brazos, señor —su voz sonaba lejana y largada con especial esfuerzo—. Sálvese usted, que lo mío anda sin solución de vida.

—Nada de eso, amigo mío, que nos pondremos en seco los dos bien pronto. Y no se preocupe por sus extremidades, que las veo en el sitio y bien parejas, aunque se haya roto algún hueso. Anímese y aguante, que regresaremos a bordo en pocos minutos y al completo.

Pocos segundos después, antes de que nos alcanzara la lancha, distinguí el rostro de Setum a mi lado, braceando en el agua con expresión de angustia.

—¿Cómo se encuentra, señor? ¿Ha sufrido algún daño de gravedad?

—No te preocupes por mí, Setum, que ando en buena disposición, y ayuda a este hombre que se me escurre de la mano.

Ya Setum lo tomaba por la cabeza, cuando comprobé la presencia de la lancha a nuestro lado, con don Atanasio al frente. Fue entonces cuando se produjo la mayor explosión, como si volara la santabárbara o un grupo compacto de cajas con cartuchos, de forma que saltaron por los aires y comenzaron a caer sobre nosotros diversos partes del aparejo y arboladura en llamas, lo que nos hizo cubrirnos la cabeza para protegernos en lo posible. Pensé de inmediato en la Casilda, con peligro por su cercanía, aunque ya la cabeza comenzaba a darme vueltas en redondo, con riesgo de perder el sentido.

La lancha y el bote, atestados al límite de su carga con náufragos y los últimos fusiles acopiados, nos dejó al costado de la fragata, donde necesitamos de auxilio para subir al teniente de fragata Manglares a la meseta del portalón. Y para mi sorpresa, también necesité de las poderosas garras de Setum, que no sólo andaba mi

brazo izquierdo a su aire y el cerebro en remolino, sino que también fallaba la pierna derecha en falsete.

Me mantuve en ligero desvanecimiento por un tiempo indeterminado, aunque escuchaba la voz de Setum como telón de fondo en avivada discusión con el galeno, una estampa repetida en mi vida que me confortaba en dulce. Recuerdo por fin, con suficiente claridad, el rostro del comandante a corta distancia de mi rostro, que me miraba a los ojos con gesto de preocupación.

—¿Cómo se encuentra, segundo?

—Creo que bien, señor. Tan sólo siento dolor en el brazo izquierdo.

—No es grave. Según el cirujano, se salió el hombro de su sitio al ser despedido por la explosión —mantenía su sonrisa paternal, lo que aliviaba ese otro dolor que sentía por haberle fallado—. Pero su criado, un hombre de carácter y experto en huesos, lo recompuso en su posición correcta con facilidad. Creo que tenía razón al contarme de sus hazañas y podríamos nombrarlo médico de cámara —volvió a sonreír, divertido—. También tiene un pequeño astillazo en el muslo derecho, sin mayor importancia.

—¿Y Manglares?

—Se encuentra amodorrado con láudano para mitigar sus dolores, que son de cuajo. En resumen, un brazo roto, otro magullado y problemas serios en las costillas, que todavía no sabemos cómo evolucionarán. Por desgracia, le dificultan mucho la respiración.

—¿Hemos perdido algún hombre?

—Un marinero solamente. Bueno, y bastantes franceses cobardones que bien lo merecían. Por fortuna, la explosión no nos afectó a bordo más que en algún chamuscado sin importancia, porque voló el bergantín en pedazos hasta convertir la noche en día. El teniente de fragata Montañés investiga sobre quién produjo el incendio, y tomaré medidas de rigor sobre la marcha. Pero deje las preocupaciones y descanse.

—Siento..., siento haberle fallado, señor. Hemos perdido la presa. Pero tal y como estaba la situación y con los hombres disponibles era...

—Olvídelo, por favor, y no piense más en ese sentido. La presa estaba perdida desde el primer momento, aunque hubiese dispuesto de un regimiento y mil bombas de picar. Se han portado ustedes como unos jabatos. Debió abandonar antes ese infierno.

—Necesitamos ese armamento.

—Y los tomamos, vive Dios —el comandante sonrió con fuerza—. Gracias a su temeraria y valerosa acción, recuperamos 674 fusiles y cuatro cajas pequeñas con pistolas. Un cargamento de primer orden que nos agradecerán al arribo a Cartagena en su justa medida. Pero olvide todo y duerma un rato, que lo necesita.

No tuvo que insistir mucho más, porque ya se cerraban mis ojos en voluntad de nubes, aunque todavía las llamas y las explosiones rondaran en mi cabeza como telón

de fondo. También escuché las palabras del cirujano, intentando que Setum abandonara el reducido espacio convertido en improvisada enfermería, a lo que mi fiel amigo contestó sin dudarle un solo segundo.

—Ni mil cirujanos conseguirán que abandone este lugar, salvo que quieran probar esta gumía adosada a mi cinto. Velaré a mi señor noche y día.

Y con las palabras de Setum en repetido soniquete, lo que me ofrecía una confianza absoluta, entré en la más dulce de las modorras, posiblemente ayudado por el láudano que tan generosa languidez produce.

9. Arribada y sorpresa

Comenzaba a declinar la tarde en la siguiente jornada, cuando entramos en el puerto de Cartagena con el paño abierto en honor de luces y una maniobra arriesgada y marinera del comandante, con virada incluida al encontrarnos tanto avante con la punta de la Navidad. Se trataba de repetida demostración, en la que el capitán de navío Villavicencio mostraba que se puede manejar una fragata como ligera falúa en río, y con la sonrisa alzada a los vientos. Continuó la maniobra dentro del puerto, hasta aproarse al viento en milagro y largar el ferro frente a las murallas.

Para colmo de reputación y honor propios, en las drizas se mostraba con orgullo la señal correspondiente a presa enemiga tomada, que fue contestada por los buques presentes con respuestas de generosa felicitación. Y aunque estimé en un principio como pretenciosa tal demostración por nuestra parte, al haberse perdido el trofeo en el camino, se ajustaba a ley y en portas abiertas la iniciativa, que no fallaba don Juan María en esas lides de protocolo naval, y era mucho lo que se aprendía a su lado cada día.

Pocas horas después, se nos autorizó a atracar en el muelle de levante del arsenal para proceder al desembarco del armamento y prisioneros franceses, un total de cuatro oficiales de guerra, dos mayores, doce de mar, veintidós infantes y cuarenta marineros y grumetes. Pero debo indicar en este punto que durante el trayecto navegado tras el incendio, mientras me mantenía en cuidados médicos y con la cabeza ligeramente perdida, se había producido una merma en el efectivo francés, de acuerdo a las normas de la mar. Me lo narró con detalle el guardiamarina Portóles, emocionado todavía por la ceremonia.

Tras las averiguaciones llevadas a cabo entre los prisioneros por el teniente de fragata Montañés, con innegable y rápida diligencia, y ante las amenazas de que pagarían inocentes por culpables si no se aclaraba al punto lo sucedido a bordo del bergantín, se consiguió identificar a los culpables del incendio por delación de sus propios compañeros. Los autores del sabotaje eran tres marineros, capitaneados por un cabo de cañón malencarado, marseleses todos y más propios del hampa portuaria que de la mar tendida, aunque debiera reconocerse su valor y arrojo en voz baja.

Los culpables fueron condenados en consejo sumarísimo al castigo de muerte con dolor, siendo pasados bajo la quilla de la fragata en acto público y con redoble de tambores sin pérdida de tiempo, para ejemplo de sus compatriotas prisioneros. Y no la crean medida cruel ni arbitraria, sino siguiendo al pie de la letra el Tratado V de las Ordenanzas de la Armada de 1748, que se mantuvieron en vigor con ciertos retoques hasta finales del siglo, donde se indicaban las penas correspondientes a los incendiarios. A otros diez marineros que mostraron malos rostros o exhalaban murmullos a destiempo, se les aplicaron cincuenta azotes sobre cañón y vergüenza pública en el cabrestante.

No crean que me sorprendió la rápida, ejemplar y enérgica iniciativa tomada por nuestro comandante. Aunque persona de bien y corazón abierto, sabía dónde y cuándo era necesario aplicar el cerrojo de fuego, con absoluta determinación. Y tras el incendio, con tanto prisionero revolucionario a bordo de la fragata, no era posible contemplar calzas calientes. Sentí no colaborar en el consejo y actos consiguientes como segundo comandante, que bien lo habría deseado, pero todavía andaba mi cabeza en danza de remolino. Y no estimen como ánimo morboso tal inclinación, sino por razón propia del deber, que no es hermosa visión la de enlazar a persona humana por los puños y pasar su cuerpo de proa a popa bajo la quilla del buque, hasta sacar su cadáver abierto de carnes por el espejo de popa, para contemplación del personal.

Aunque me encontraba despierto y con salud muy recobrada a la llegada a puerto, que no era tanta la mella corporal en cuerpo robusto como el mío, me vi obligado a mantener reposo, tendido en el camastro, por necesaria precaución, una orden que no alegué en contra porque todavía sentía mareos esporádicos. Sin embargo, tanto el hombro descoyuntado como la pierna herida marchaban en plena recuperación.

Según me pareció comprender con cierto regocijo, el cirujano y Setum comenzaban a romper el hielo y la tirantez entablada en los primeros momentos. Y no sería propia tal tensión entre criado y oficial mayor en buque de la Armada, a no ser que andará en boca de todos la especial relación que me unía al africano. Pero me agradó sobremanera escucharles en amenas conversaciones sobre la utilización de determinadas hierbas y emplastos, para evitar infecciones y cangrenas, que mucho decía a favor de la inteligencia del galeno. Siempre es bueno aprovechar las sabidurías de otros, aunque parezcan de escaso rigor científico en origen. Pensé que la amenaza inicial de la gumía, ese arma que Setum mantenía desde nuestro cautiverio africano como especial e inseparable trofeo, había producido un efecto extraordinario.

Pero aunque parezca absurdo, en los primeros momentos mantuve ese especial y negativo sentimiento de culpa, como si mi desaconsejable conducta hubiese producido la pérdida del hermoso bergantín. Sin embargo, la noticia corrida por toda la escuadra hablaba en contrario, al punto de recibir numerosas muestras de apoyo y felicitaciones por la acción llevada a cabo. Y la vela definitiva llegó un día más tarde, el 14 de febrero, mientras paseaba por el alcázar, totalmente repuesto aunque mantuviera el brazo adosado con bandolera y un llamativo vendaje en el muslo, desproporcionado a la herida en mi opinión.

Escuché las pitadas de ordenanza y formación de la guardia, señal de que el comandante embarcaba procedente de gestiones en tierra. Aunque me apresuré a recibirlo en la meseta, ya pisaba cubierta don Juan María con su habitual sonrisa. Y me espetó con seriedad al verme en posición de ofrecer la preceptiva novedad.

—Le recuerdo que se encuentra usted rebajado de servicios, segundo.

—Sin novedad a bordo, señor. Y le aseguro que me encuentro al ciento de mis

posibilidades.

—Lo creeré cuando el cirujano o su criado Setum así me lo atestigüen —sonrió con franqueza al comprobar la perplejidad que mostraba mi rostro—. Como puede suponer, he comprobado como ciertas las historias que me narró sobre su secretario africano y, llegado el momento, es posible que lo llame a él antes que al galeno.

—Debo asegurarle que obrará con cordura si así lo estima, señor.

—Bueno, debo decirle que, aparte el aspecto médico, de buen resultado a la vista, son excelentes las noticias que traigo para usted.

Me mantuve en espera porque no sabía por dónde llamaba el viento. Pero antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, ya largaba con animosidad don Juan María.

—En primer lugar, debo decirle que he conocido a su cuñado, el teniente de navío Santiago Cisneros, duque de Montefrío, a bordo de la capitana. Un personaje extraordinario, por cierto, que le visitará en pocas horas. Creo que podría escuchar sus historias durante horas sin perder un segundo. ¡Qué cantidad de experiencias ha vivido este hombre en tan pocos años de servicio, por todos los santos del cielo! Y las más de ellas a su lado, aunque usted las minimizara en demasía. Es un orgullo comprobar que miembros de las más nobles casas españolas, incluso ostentando mayorazgo de orden, rinden servicios en la Armada con valor extremo.

—Estoy de acuerdo con usted al ras, señor. Mi cuñado e inseparable compañero es un oficial de extraordinario valor y gran competencia profesional —alegué a favor, aunque temía lo que el enano podía haber largado por su boca en sus habituales exageraciones y actuaciones teatrales, por lo que era mejor táctica disparar a la mar para no entrar en desbarate.

—Pero más importantes todavía han sido las palabras del general en jefe de nuestra escuadra, don Francisco de Borja, que me ha felicitado efusivamente por nuestra acción y, de forma especial, por la preciosa remesa de armamento que acopiamos, gracias a su meritoria acción. Es lamentable la penuria en que nos encontramos, razón por la que se pretende mantener a resguardo la cantidad de fusilería apresada en beneficio de nuestros hombres, o nos sería reclamada con urgencia para las tropas del Ejército. Parece mentira que nos encontremos en esta situación, con guerra abierta en varios frentes.

—Tenían buen aspecto esos fusiles.

—Ahí se encuentra el detalle más importante de la cuestión. Resultaron ser ejemplares de un modelo nuevo del que se disponían escasas noticias, recién contruidos en el parque de La Breteche, cerca de Marsella, que, según comentan los expertos, es el más afamado de la Francia. Se ha enviado una muestra a la Corte, para que sean examinados por los ingenieros de armamento. Pero, bueno, no era éste el tema que deseaba anunciarle —se separó para observarme con innegable complacencia, antes de continuar—. El general Borja ha tenido a bien aceptar la propuesta de recompensas que le he elevado en persona, y así las hará tramitar por reglamentario conducto con su estimación a favor.

—¿Propuesta de recompensas?

—En efecto y con toda justicia. Por los méritos excepcionales llevados a cabo en la caza y captura del bergantín francés *Le Petit Lion*, así como las acciones posteriores durante el incendio más allá del deber, consiguiendo salvar un preciado cargamento y muchas vidas, le he propuesto para su inmediato ascenso al empleo de capitán de fragata.

Puedo asegurar ante los sagrados evangelios que me tomó desprevenida aquella noticia, que no la imaginaba por las bandas ni a barlovento. Y como tantas otras veces, quedé sin palabras, porque mantenía aquel absurdo pudor que me ha acompañado hasta estos días en los que, entrado en la decrepita vejez, dispuse desterrarlo para escribir estas líneas con suficiente libertad. Pero conseguí enhebrar algunas palabras a modo de disculpa.

—La verdad, señor, se lo agradezco en lo más alto. Pero no...

—Por favor, Leñanza, debe abandonar esa postura de juvenil recato, como si considerase normal y cotidiano todo lo que lleva a cabo en determinadas ocasiones, que deben ser consideradas como de mérito excepcional. Hablándole con sinceridad y entre nosotros, estimo que el gran pecado de nuestra Armada es el escaso rigor al exigir responsabilidades a los oficiales superiores, tras acciones en las que no se ha alcanzado un mínimo decoro en el cumplimiento del deber, así como la extraordinaria benevolencia para conceder ascensos y recompensas sin el adecuado merecimiento, mientras otras conductas de valor extremo quedan en el olvido o en el papeleo de secretarías. A veces se producen promociones de oficiales y generales en cantidades desmesuradas, sin razones mínimas que lo justifiquen en pliego de orden. Hay capitanes de fragata de su edad y más jóvenes, sin mayor mérito que la asistencia a bodas o festivales regios, de forma especial en estos últimos años. Usted se ha ganado cada promoción arriesgando su vida.

—Le agradezco mucho sus palabras, señor, que no creo merecer.

—Sí que las merece —pareció tomar un ligero descanso antes de continuar—. Asimismo, he propuesto para el ascenso a los que también lo ganaron con sus acciones, de acuerdo a su informe. Entre ellos, el teniente de fragata Manglares y el guardiamarina Barceló, que parece llevar sangre pareja a su homónimo mallorquín. Ya sé por su cuñado de su especial devoción por nuestro gran general.

Aunque me invadía una sensación de inmensa felicidad, difícil de explicar por escrito, una duda revoloteó por mi cerebro como acecho de alcastraz. Y me salió por los labios a la brava.

—Pero, señor, no significará eso que debo abandonar..., que debo...

—¿Desembarcar de la *Casilda*? —Volvió a sonreír, divertido, como si esperara mi reacción—. De eso nada, amigo mío. O, al menos, no todavía. El previene oficial de su ascenso tomará su tiempo, que no nos encontramos en la Corte ni somos ahijados del bailío. Y aunque no lo desee por usted, se atrasará lo suficiente para que salga a mi lado en operaciones, lo que se estima puede suceder en unas pocas semanas. Y he

de reconocer que me alegra tal condición, porque también peco de egoísmo y no deseo perder a mi segundo.

—¿Sale la escuadra a la mar? ¿Por fin contra el francés?

—Se extienden rumores de que las tropas francesas han desembarcado en Cerdeña y capturado algunas islas, lo que confirma las declaraciones de los prisioneros tomados en el bergantín. Esos desalmados son sangrientos en alta medida, pero no les falta valor en algunos casos, según parece. Al tiempo que en el interior de Francia se desarrollan los horrores sin medida, en el exterior el entusiasmo del ejército revolucionario hace frente a la Europa entera coaligada, que no es poca guinda de tragar. Y si se confirma esa realidad del ataque a Cerdeña por vía oficial, será el pistoletazo de salida para nuestra fuerza, según palabras del general Borja. La verdad es que sería un buen objetivo a la vista para esta escuadra que, hasta el momento, no lo tiene. Debemos estar listos para salir a la mar en cualquier momento.

—¿Salir a la mar en cualquier momento? Entonces es mucha la faena que nos aguarda y con premura de látigo, señor. Necesitamos víveres y...

—En esa materia he echado el cuarto a espaldas esta misma mañana. Gracias al alijo de armas que hemos aliñado, se me han abierto las puertas de los almacenes como camarero de palacio y gentilhombre de cámara. Ya está nuestro contador en esos menesteres oscuros y espero que mañana mismo comencemos a rellenar pañoles con armamento, víveres, aguada y todo lo necesario. Como es normal en estos casos, alegué un gasto de armamento en las acciones de presa muy superior al real. A ver si, de esta forma, podemos llevar a cabo ejercicios con pólvora.

—Me parece una excelente idea, señor.

—Y también del total de fusiles acopiados, escamoteamos un par de docenas en provecho propio con suficientes cartuchos —me guiñó un ojo en complicidad—. Aunque naveguemos contra las ordenanzas, lo hacemos por el bien del servicio. No es cosa de mantener la penuria en la mesa, cuando hemos cazado la paloma. Por fortuna, nuestro contador es laxo de fajín y obra en acuerdo.

—Nuestros infantes lo agradecerán.

—Y quedan buenas noticias en el saco, porque debemos especial agradecimiento a la generosidad de nuestro general. Entre las pistolas tomadas por usted, una idea que aplaudo, ha apartado los dos mejores ejemplares y ordenado grabarlas con la fecha de la presa, para concedérmolas en obsequio personal. En fin, un día redondo en todos los sentidos —mesaba sus manos con expresa satisfacción—. Y ahora, con sinceridad y sin falsos alardeos. ¿Cómo se encuentra de salud?

—Le aseguro, señor, que ando listo para largar el aparejo.

—Me alegro. Por desgracia, Manglares deberá quedar hospitalizado. El problema principal es el de las costillas maltrechas. Según aseguran los cirujanos, alguna debe oprimirle el pulmón, porque sigue con problemas serios para respirar en profundidad. Pero aseguran que con reposo y vendajes será suficiente.

—Esperemos que cure con rapidez y sin merma física. Se trata de un oficial

ejemplar.

—He de reconocer que acertó con él desde el primer momento.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que la baja de Manglares era de gran importancia para la Casilda, por la baja que significaba en el plantel de oficiales de guerra.

—En ese caso, señor, necesitamos un teniente de fragata con urgencia.

—Ya he tratado ese tema en la Mayoría General de la escuadra, siendo atendido con generosidad. Tendrá noticias pronto de la solución acordada.

Quedé con la mosca tras la oreja al escuchar sus palabras, porque, tras el último comentario, el comandante se abrió en amplia y pícara sonrisa, como si dejara un corcho sobre el agua en mi dirección. Pero ya tomaba el camino de su cámara con presteza, sin ampliar la información dejada entre vergas y al aire.

Eran muchas y variadas las noticias recibidas pero, por encima de todo, no se apartaba de mi cerebro la propuesta de ascenso. Deben comprender que se trataba del paso definitivo en nuestra carrera, porque el salto a capitán de fragata significaba alcanzar un escalón muy superior. En ese empleo podría mandar una fragata de 40 cañones, así como agrupaciones navales menores. Aunque tardaría en llegar la nota y el previene definitivos, si la propuesta era elevada en compromiso y refrendo por el general Borja, llegaría la confirmación más temprano que tarde. Y el próximo mes de marzo cumpliría 28 años, una edad adecuada para dicho empleo, eso al menos pensaba en aquellos momentos de orgullosa felicidad. Y como era de esperar, escuché una alegre voz a mi espalda.

—Ya le dije, señor, que pronto le vería con dos galones en las vueltas.

Me giré para encontrar el rostro de Setum, con una radiante sonrisa, como si hubiese recibido la mejor de las noticias.

—Además de brujo africano, debes tener un conducto especial de información.

—Lo que tengo es un oído muy fino, señor. Aunque perdiera alguna palabra de su conversación con el comandante, escuché lo necesario para hacerme cabal idea del negocio. Llevaré sus uniformes a un maestro velero que es un verdadero genio con la aguja. Deberá tenerlo preparado para...

—No corras, que todavía tardará en llegar la nota oficial.

—Por si acaso, tendré uno preparado —como de costumbre, mantenía su idea primitiva de forma imperturbable. Aunque sabio, fiel, valiente, brujo, leal hasta la muerte y curandero incomparable, Setum era terco como una mula.

—Lo que debes es preparar algún alimento de calidad en condición y unas frascas de las buenas, que don Santiago vendrá esta tarde a rendir visita.

—¿Don Santiago a bordo? Qué alegría —saltaba como niño con caballo de madera—. Todo estará preparado para celebrar su ascenso, no se preocupe.

Y el buen africano salió con prisas, que ya tenía en su cabeza lo que debía hacer sin remedio. Por mi parte, paseé por cubierta pensando en las palabras de Setum. En verdad que mucho deseaba mostrar los galones en las vueltas y, dejando volar un

poco la imaginación, verme en el alcázar de una fragata como comandante, para entrar en combate con el francés, o con el inglés, que todo era de rigor en aquella nuestra vida.

Uno de los criados personales del comandante me dio aviso de la presencia de Pecas en la cámara, bien entrada la tarde, mientras Setum cambiaba el vendaje del muslo y reducía su tamaño por mi orden expresa, que mucho gustaba el secretario de la exageración para ganar en alabanzas. Por fortuna, el astillazo había sido poco profundo y no mostraba signos de especial preocupación. De esta forma, aligeré el paso hasta encontrar al querido compañero, con quien me fundí en un fuerte abrazo. Pero ya largaba el enano sus palabras entre risas.

—Enhorabuena, viejo zorro. No soportabas quedar relegado tras de mí en el escalafón, y organizaste un incendio en el bergantín con explosión incluida para conseguir el ascenso.

—En efecto. Debes reconocer la injusticia de saberme por detrás de un figurín de Corte, y era necesario atacar alguna acción inmediata para remediarlo —lo tomé por el hombro con cariño—. Pero cuéntame de tu vida a bordo de la capitana.

—Por favor, no me hagas sufrir en estos momentos dulces. Me tienen relegado en un rincón de la Plana Mayor, sin más misión que leer documentos y recados que nada interesante muestran. Muero de tedio y aburrimiento durante todo el día. Menos mal que me encuentro bajo las órdenes directas del capitán de navío Ramos de Font, persona ejemplar que comprende la injusticia del destino asignado, dados los méritos que adornan mi hoja de servicios. También sabe de mis andanzas y...

—Y a quien habrás invitado con alargada generosidad de tu propia despensa, con ricas carnes, embutidos y vinos añejos.

—¿Quién te lo ha contado? —rió con fuerza—. Algo de eso no sobra, que con paletillas en el buche y buen caldo ingerido se piensa mejor, desde luego. Pero es hombre de ley y te hablo en serio. Bueno, ahora cuéntame con detalle la caza del bergantín y todo lo demás, que tan sólo escuché retazos cortos de tu comandante. Ya sabes que he de estar al día de tus andanzas y con detalle, para narrarlas a continuación con el necesario aderezo, que eres demasiado parco en las exposiciones guerreras.

—Te temo, Pecas, porque luego elaboras tu propia historia, sin nada que ver con la realidad.

—Como marido de la única hermana que disfruto y padrino de mi hijo, es un deber impuesto conseguir tu adecuada promoción en la Armada. Pero desembucha ya, gigantón de San Juan de Berbio.

Narré con detalle la caza y apresamiento del bergantín, así como los episodios sufridos con el incendio. Pecas me interrumpía a menudo, siguiendo su costumbre de entrar en los mínimos detalles. Cuando llegué a término, me miró con ese aire superior que gustaba para entrar en chanza.

—Tampoco fue acción tan extraordinaria. Deberías haber sufrido consejo de guerra por perder un buque en la mar. Ahora en serio, has tenido fortuna de andar cobijado bajo las alas de comandante honesto y cabal, que otro habría buscado su propio engalanado. Y suerte de embarcar en fragata con alas de cormorán, si es cierto lo que cuentas. Te envidio a muerte, Gigante, y no por el ascenso sino por andar de segundo en buque de esta línea. No aguanto un minuto más mi puesto en el Real Carlos.

—Ya cambiarán las tornas, que nunca se sabe por dónde romperá la escota.

—¿De qué hablas? Ya han cambiado, gigantón. ¿No detectas rastros de felicidad en mi rostro? ¿Nada te comentó tu comandante?

—¿Comentarme? No sé por dónde disparas.

—Bien, veo que cumplió su palabra y puedo ofrecer la noticia de primera mano, empresa en la que me encanta cabalgar. Tienes mucha suerte, Gigante, tanta que conseguirás disfrutar a partir de la semana próxima de tu buen amigo, compañero y cuñado. Así me será posible proteger tus pasos y guiarte como tantas otras veces a lo largo de...

—¿Quieres decir que... que embarcas en...?

—Qué lento eres a veces para comprender, aunque hayas sido propuesto para un nuevo ascenso. En cuestión de días, embarcaré en la fragata Santa Casilda. Y si ya es famosa por su andar ligero, cuando Santiago de Cisneros se encuentre a bordo, volará sobre las aguas, que ya sabes de mi pericia marinera.

—¿Embarcas en la Casilda? ¿De verdad? —La sorpresa era mayúscula y así lo mostraba mi rostro, a la par de felicidad en cofas—. Este es un día grande, bien lo sabe Dios. Debe ser la permanente mediación de Nuestra Señora de Valdelagua, que no abandona su divina protección sobre mi persona un segundo. Me proponen para el ascenso y embarcas de nuevo a mi lado. Me alegro mucho, Pecas. Volveremos a disfrutar de nuestras charlas, de...

—Así como de mis embutidos y ricos caldos, culebrón de taberna.

—¿Cómo lo has conseguido? Dicen que las Planas Mayores son pozos de donde pocos consiguen salir con vida. Bueno, no sé para qué lo pregunto. Lo que no seas capaz de conseguir tú...

—Ha sido la operación más difícil y complicada que he llevado a cabo en todos los años de mi carrera. Pero vi la luz cuando entablé conversación con tu comandante. Al capitán de navío Ramos de Font lo tenía medio convencido, aunque alegaba que no existía vacante de teniente de navío en ningún buque de la escuadra. Pero la baja de ese teniente de fragata...

—Manglares.

—Eso, Manglares. Esa baja fue crucial. Unida a tu propuesta de promoción, dejaba el cuadro de oficiales de guerra de esta fragata en falta y descompensado. Entonces sugerí a ambos jefes que me embarcaran en el puesto de teniente de navío y, de esta forma, cuando llegue tu ascenso definitivo, quedaré como segundo en

efectividad. ¿Comprendes?

—No muy bien, pero es igual, siempre que no signifique mi desembarco automático.

—Nada de eso. Hay muchos capitanes de navío mandando fragatas, y brigadieres sobre el alcázar de navíos de dos puentes. Incluso algún brigadier con mando de fragata para no quedar con media paga, que todo cabe en el racimo de la Armada, aunque luego haya quien se la tome con cuerno de aguja. Tienes asegurado el puesto en este buque aunque te alcance el previene en pocos días. Y respecto al cuento que les largué en andanada a tu comandante y el mío para conseguir el traslado, tampoco yo lo comprendía muy bien conforme salía de mi boca, porque no cuadraba con el reglamento de tripulaciones, pero lo expuse con tal convicción que ambos otorgaron en firme. Y así pasé los diferentes escalones sin problemas añadidos, aunque era yo quien lo presentaba a la firma, y de forma adecuada.

—En ese caso, pasarás a ser el segundo de la Casilda en el momento de embarque. Como teniente de navío eres más antiguo que yo y te corresponde en ley.

—No. Esa fue la condición que objetó tu comandante y yo mismo no lo aceptaría. Dada tu propuesta de ascenso, con la aprobación en firme del general, seguirás como segundo a bordo, aunque hasta un ciego podría comprobar que rendiría mil veces mejor el teniente de navío Cisneros en tal puesto.

Rompimos en risas, al tiempo que atacábamos una pierna de cordero especialmente cocinada por Setum, quien se mantenía a nuestro lado con evidente satisfacción y orgullo, rellenando nuestras copas de continuo, que era noche de picar bombas.

De acuerdo a los acontecimientos surgidos en sorpresa, después de algunos años, embarcábamos juntos Pecas y yo. Y no se producía tal condición desde aquella lejana e inolvidable cañonera 23, esa pequeña embarcación donde sufrimos a lomos, aunque nos lanzara por primera vez en nuestra carrera. Debía reconocer que la suerte se mantenía prendida en mi estrella, por lo que mucho debía agradecer a los cielos mientras durara aquella especial situación de mar, y con viento por el anca.

10. Tiempo de espera

Y como había adelantado Pecas, su embarco en la fragata Santa Casilda se llevó a cabo en el lunes de la semana siguiente, lo que produjo a bordo una pequeña revolución, porque el pequeño oficial no era de los que pasan desapercibido en ningún momento y lugar, por superiores o subordinados. Sin embargo, fue necesario establecer una nueva distribución de destinos y competencias entre los oficiales, lo que me permitió ejecutar una idea que mantenía en la galleta, con el beneplácito del comandante.

Por mi parte, continué en el puesto de segundo comandante, tal y como había ordenado el comandante en componenda precisa, pero Pecas no tomó en exclusividad la tarea asignada a Montañés hasta el momento como primer oficial, como correspondería al normal corrimiento de tareas por antigüedad a bordo. De acuerdo a esa nueva distribución que preveía, aunque el adiestramiento general de la dotación quedaba bajo mi responsabilidad principal, así como el cumplimiento normativo, delegué en Pecas la maniobra general, así como el servicio de navegación, con lo que se convertía en controlador de la derrota con el auxilio de los pilotos, sus puntos fuertes desde el primer día de su ingreso en la Armada. Debo recordar que ya fue ese su cometido en la cañonera 23 a mi lado, en el bergantín Infante y, de forma muy especial, a lo largo de sus expediciones por el sur americano desde el puerto de El Callao, donde las dificultades que ofrece la costa chilena y sus canales patagónicos elevaron su capacidad a la cota más alta.

Por su parte, el siniestro Alberto Montañés se limitaría a la maniobra del palo trinquete, con las obligaciones anexas de su propia brigada, con lo que se mantendría alejado de mi persona lo suficiente para no tener que despachar con él en todo momento, una tarea poco grata. Pecas se convertía en el filtro idóneo y así lo comprendió, aunque bromeara al respecto cuando nos encontrábamos a solas.

De acuerdo con las actividades desplegadas en tierra por el comandante, con el favor de la presa y el alijo de armamento, dos días después recibimos en aluvi3n de canasta el material necesario para quedar listos de palos y cubiertas. Aunque fuera difícil de creer, el temporal de penurias amainó en jolito^[42], y ante la sorpresa de propios y extraños rellenamos de víveres, munición y pertrechos correspondientes al cargo, para salir a la mar en operaciones con una duraci3n de tres meses. Y brilló en esta faceta el contador, que no sólo era de fajín laxo como me anunciara el comandante, sino que con la tela de cintura podía embalsamar un muerto de proporciones.

Creo que fue sobre el 20 de febrero cuando dimos a la capitana la novedad del definitivo alistamiento, motivados al límite y deseosos de avivar fuegos. Y así nos mantuvimos en los primeros días, esperando que en cualquier momento se nos ordenara salir a la mar para guerrear al francés, sin que se percibiera movimiento

alguno en el puerto ni se volviera a recibir notificación de la Mayoría General en cualquier sentido.

Y los días comenzaron a transcurrir con exasperante lentitud, porque no hay peor situación para buque alistado que tenerse sobre las manos y cara al viento. Cruzamos la primera quincena de marzo en la misma situación, sin que por el horizonte se avistara cambio alguno, ni los mínimos rumores de ayudantes que avivan los miasmas del entendimiento. Sin embargo, entrábamos en los últimos días del mes, cuando nos llegaron noticias desde la Corte de indudable interés.

Tal y como se esperaba, la Convención francesa, regicida confesa y con abundancia de sangre derramada en sus manos, declaró la guerra a Holanda, Gran Bretaña y, por fin, a España el 7 de marzo de aquel año guerrero de 1793, su fiel aliado durante tantos años a lo largo del siglo. Y lo hizo con sencillez y sin necesidad de argumentar razón alguna, como si se viera obligada a guerrear con el orbe al completo para extender sus doctrinas sangrientas y revolucionarias en las cuatro direcciones. Por el contrario, nuestro señor don Carlos IV hizo público el edicto que nos lanzaba a una nueva guerra, lo que se llamó contradecларación de guerra, con mesura y explicando al detalle los motivos que le asistían, para recoger el guante lanzado sin causa por los franceses.

De acuerdo a los planes embastados de antemano, aunque el Tesoro se encontrara vacío y en llano como faltriquera de monje, tres ejércitos con menor poder del apetecido, sin depósitos de orden en los parques ni suficiente material de combate, se enviaron a la frontera, declarándose frentes de guerra en Cataluña, Aragón y Guipúzcoa, aunque el general Ricardos no entrara en suelo francés hasta el día 16 de abril.

Por parte de la Armada, se ordenó alistar con urgencia la poderosa escuadra del Océano al mando del teniente general don Juan de Lángara, para ser destacada en apoyo del ejército del general Ricardos que, con sus 24 000 hombres, intentaba conquistar el Rosellón en momento oportuno. Era la comarca vieja tierra española con capital en la heroica Perpiñán, perdida en el Tratado de los Pirineos de 1659, que se pretendía reincorporar a la Corona en justicia aprovechando la ocasión. Y podía el general Lángara dedicarse al apoyo de las operaciones terrestres sin mirar de reojo a la marina francesa, ocupada en el puerto de Tolón con sus propios conflictos nacionales que no eran pocos.

Pero al ocupar Lángara la responsabilidad de las costas catalanas, quedaba nuestra escuadra sin objetivo a la vista, salvo que las operaciones francesas en Italia o Cerdeña así lo ofrecieran, como era el caso.

En cuanto a la vida interior a bordo, me alegraba que Pecas hubiese caído como niño en cojín de miraguano, porque el comandante disfrutaba de su conversación sin medida y comenzó a confiar en él como merecía. Debo declarar que mi compañero era pequeño y largo de lengua, pero cumplía a bordo como un extraordinario oficial. Y también causó recibo de agrado su aporte de géneros a la mesa de la cámara,

porque la generosidad de manga era uno de sus rasgos fundamentales.

Fue en los primeros días del mes de abril, cuando el comandante regresó una mañana de su periódica visita al Estado Mayor, con cara de perros y manos en movimiento de cometa. Y mientras corríamos cubierta hacia proa, ya largaba venablos como ballesta de cruzado.

—Aunque no debemos criticar al mando en ningún momento y situación, créame Leñanza si le aseguro que no comprendo esta forma de hacer la guerra. Semanas y semanas en blanco, fondeada la escuadra sin un mínimo movimiento y nuestro general con las manos atenazadas y sin iniciativa posible, que todo ha de llegar desde la Corte en recado preciso. Y como la penuria continúa amadrinada hasta la cofa, sin autorizar un mínimo adiestramiento en la mar, con la necesidad que de ello se siente. ¿Cómo pensarán que se han de formar los hombres de mar, si cada día escuchamos las campanadas de la ermita?

—¿Y las operaciones en tierra por los frentes pirenaicos?

—Según parece, en las primeras acciones hemos arrollado a los franceses de forma brillante, aunque ya comienzan a mover batallones los enemigos de unos frentes a otros, por lo que se espera conflicto de muerte larga y contrariedades espesas. Es muy importante el Ejército francés, aunque ande en revolución. Hay quien opina que nos hemos lanzado al fuego embadurnados de aceite. Y según dicen, en la costa presta ayuda por alto el general Lángara con la escuadra del Océano, multiplicándose de norte a sur para apoyar movimientos propios, bombardeos a tierra y, al tiempo, impedir el tráfico marítimo francés en apoyo a sus fuerzas.

—¿Y la flota francesa que partió de Tolón? ¿No deberíamos hacer por ella?

—Eso piensa nuestro general. Pero debe permanecer aquí hasta que se le señale cometido concreto, paloma blanca que no parece iniciar el vuelo ni con petardazo en la cola. También podríamos haber apoyado al Reino de Nápoles, cuya Corte ha debido soportar la insolencia de la escuadra francesa y las tropas del general Anselme. Ya le decía que nadie comprende quién y cómo dirige las operaciones de guerra, aunque las sospechas señalen al favorito con dedo largo. Ayer mismo se recibió valija de nuestra Corte sin nada que señalar, con lo que en dos o tres semanas no es de esperar novedad alguna.

—Daría la mano que me resta por una semana de mar —alegué con decisión.

—Y yo las dos —le hizo sonreír mi salida—. Pero, bueno, en vista de la situación se nos ha autorizado a conceder permisos de corta duración entre oficiales que lo soliciten.

—Continuaremos con los ejercicios de puerto, aunque no vendría mal un poco de brisa marítima.

—Los ejercicios simulados están bien si un tiempo después se corroboran en la mar. En caso contrario, queda la rutina anclada a barbas de gato, que todos somos de carne y hueso. He decidido que tome unos días de licencia con su cuñado y puedan visitar a sus familias que se encuentran cerca de aquí.

—No es necesario, señor.

—Aquí es necesario lo que yo diga, Leñanza —me espetó en falso rigor, que ya conocía al patrón de largo—. Son ustedes dos los únicos con dicha posibilidad y deben aprovecharla, como haría en mi caso de caer a mano. Por desgracia, mi familia se encuentra alejada en las inmediaciones de la Corte, y los demás oficiales se mantienen en franca soltería, para su propia fortuna, o en situación pareja a la mía. Deje en acuerdo la situación a bordo y salgan de estrepada sin mirar a popa. Les vendrá bien disfrutar de unas jornadas en casa y crea que les envidio, que son ya siete los meses que mantengo sin ver a mis hijos. De forma especial, usted lo ha merecido de lleno por su trabajo y heridas recibidas. Hasta mediados del mes nada ha de ocurrir, si es que llega a producirse alguna cuestión interesante alguna vez.

—Si así lo dispone.

—En efecto.

Como sabía que la decisión se encontraba entablada en firme, comuniqué a Pecas la decisión del comandante, circunstancia que lo tomó por sorpresa y alegró sobremanera, porque eran muchos sus deseos de abrazar a la joven esposa y estrujar al pequeño Cisneros entre sus brazos.

Puedo asegurarles que aunque los años dejan su estela a popa sin remedio posible, y la edad juvenil queda en el olvido con demasiada rapidez, volvimos a planear el viaje con la alegría de aquella primera licencia, cuando arrancamos de guardiamarinas hacia la hacienda de Santa Rosalía desde la Escuela Naval.

Por desgracia, poco antes de abandonar el buque vivimos a bordo una de las tristes secuelas a las que conduce esa permanente inanición en los buques y el nefasto sistema de leva, un intento de desertión importante. Habíamos enmendado el fondeadero un par de veces, el último por necesidad del navío San Agustín, hasta quedar ajustados a la boya de poniente y besando las murallas de la ciudad en su parte central. Precisamente la noche anterior a nuestra partida, doce marineros pertenecientes a la última leva llevada a cabo en la provincia de Alicante, buenos nadadores, ganaron con sigilo la arena sin que la guardia de a bordo, relajada en demasía, detectara movimiento alguno. Por fortuna, fueron descubiertos y apresados por una patrulla del Cuerpo de Batallones.

De acuerdo a las recientes normas dictadas por el Capitán General del Departamento Marítimo para paliar el gran mal a bordo de nuestros buques, los malnacidos fueron condenados a diez años de forzados en galeras y conducidos al Cuartel de Presidarios y Moros anexo al arsenal, donde se arrepentirían sin duda de la acción emprendida. Era el castigo normal establecido para la desertión y máximo posible a galeras, que se podía comparar con la pena capital, porque pocos sobrevivían a tan alargado periodo como forzado. Y les será fácil comprender a quienes conocen mi vida desde los primeros momentos, el repentino recuerdo de la figura paterna, conducido a esa misma institución por falsa denuncia, con los terribles horrores y sufrimientos aparejados.

Dejó mal regusto la deserción a bordo, no sólo por el fallo en la guardia propia, cuyo oficial fue reconvenido de forma oficial en cara y libreta, sino por la necesidad de recibir más hombres, que no sobraba alma alguna a bordo si se esperaba entrar en combate. Debo aclarar que el cupo de relleno por guerra^[43] estaba prometido como pizarra en el agua, sin esperanzas de conseguirlo.

A pesar de la triste experiencia, achuchó el comandante para no variar los planes enhebrados, por lo que tanto Pecas como yo preparamos un ligero equipaje y partimos hacia Santa Rosalía en el carruaje de Montefrío, en esa rotación dispuesta al efecto por ambos para disponer siempre del necesario traslado, bien fuera desde el departamento o la hacienda.

En esta ocasión, la sorpresa en la hacienda fue total, que nada esperaban en tal sentido Cristina o María Antonia. Y con general alegría celebramos los primeros días, hasta que el cuerpo vuelve a instalarse poco a poco en la extrema comodidad, y el placer se hace agua llana. Disponíamos de dos semanas al completo, si no se recibía recado en contra, y decidimos aprovecharlas en condición. Y entre los acontecimientos que embastamos sin plan ajustado, se preveía celebrar mi cumpleaños con unos días de retraso, pero que era ocasión de regocijo general antes de regresar a nuestro buque.

Sin embargo, no siempre las carretas siguen la vereda marcada por el amo, para nuestra desgracia. Entrábamos en la segunda semana de licencia cuando mi querida Cristina cayó enferma, con molestias de vientre, unos pujos violentos que la llevaban a los escusados con alta frecuencia, intentando orinar y hacer cámara con gran dificultad y dolores añadidos. A tal punto llegó el penoso estado que debió guardar cama y preocuparme de veras, especialmente al observar su rostro demacrado y debilidad general de cuerpo y espíritu, condición alejada en millas de su habitual carácter. Hicimos llegar al doctor Menéndez desde Cehegín, quien achacó los males a la ingestión de algún alimento en mal estado, recetando por lo llano caldos de miel y tisanas, más el obligatorio reposo.

Por el necesario recato, debí mantener a Setum alejado de la cámara de Cristina, aunque mucho habría confiado en su oscura ciencia. Como es de suponer, nada alegó en contra el africano, aunque poco gustaba de observar el rostro preocupado que mostraba al narrarle los detalles precisos de los males padecidos por la señora. Solamente me entregó un emplaste de hierbas para aplicar a su vientre durante la noche, empresa que no pude realizar ante la negativa de Cristina, quien confiaba en mi secretario a muerte pero de la costa hacia la mar, como si sólo fuera de ciencia cierta en los cuerpos del hombre. Pero así son las mujeres, para bien o para mal.

La enfermedad de Cristina enfrió la vida en El Castillo de Santa Rosalía, y aunque la buena esposa se empeñó en celebrar mi cumpleaños, pasó como travesía en gris, que no andaba la doña para cabalgar por la casa con la osamenta a la vista. Sin embargo, en los últimos días pareció que tomaba color de primavera en el rostro y se dibujaron las primeras sonrisas sin esfuerzo aparente, lo que me animó por largo.

Como disparo de bombarda, se nos vino encima el momento del retorno a la fragata. Tomamos de nuevo el carruaje para emprender el camino en vuelta, con menos alegrías y conversaciones dichas. Por una parte, Pecas parecía un hombre distinto desde que naciera el pequeño Francisco, que ya andaba con dos años largos a la espalda y cara de ángel. Por esta razón, a pesar de sus risas forzadas a la antigua, comprendía que le costaba separarse de madre e hijo, aunque reventara antes de reconocerlo. Y a la tristeza de mi amigo se unía mi preocupación por la salud de Cristina, porque si bien se le apreciaba notable mejoría, quedaba con la carga familiar y la debilidad reflejada en sus ojos.

Cuando pisamos la cubierta de la Casilda, fuimos recibidos en la meseta del portalón por el joven guardiamarina Barceló, quien se mantenía en tensa espera de recibir la charretera tras la propuesta de ascenso, condición que tan bien comprendía. Mostró al vernos un rostro de enorme satisfacción, como si se alegrara en mucho de nuestra llegada. Y mientras caminábamos a su lado por la cubierta en dirección al camarote del comandante, nos puso al día de las noticias y nuevas habidas durante nuestra ausencia, que se reducían a una sola y escueta frase: Sin novedad.

Encontramos al capitán de navío Villavicencio con gran cantidad de pliegos y documentos sobre la mesa, aunque mantenía la mirada perdida hacia la lumbreira de popa, como si se encontrara en místico recogimiento. Y se abrió en alargada sonrisa al comprobar nuestra presencia. Desde el primer momento comprendí que nada noticable había sucedido en nuestra ausencia, y buscaba agradable compañía que redujera su aburrimiento.

—Bienvenidos sean de regreso a la Casilda, señores. Espero que las respectivas familias se encuentren en orden y con salud.

Después de los clásicos comentarios de cortesía, y sin mencionar la enfermedad de Cristina ni mayores detalles que no entraban en el servicio, don Juan María se explayó en lamentaciones que no eran más que una continuación de las ya entabladas semanas atrás.

—Y aquí nos tienen abiertos de cables hasta el fondo. La escuadra del Mediterráneo preparada para salir a la mar en diez días, según el último parte recibido que no es más que una copia del anterior. Los periodos de alistamiento se posponen como picazo de molinete, pero sin esperanzas ni ánimo de que cambien una mota. No sé para qué alistamos los buques con aguada y alimentos para tres meses, a ritmo de disparo.

—Debemos levantar la moral, señor —alegó Pecas con energías renovadas—. Si le parece bien, como he traído géneros excelentes, entre ellos unos aguardientes de Cehegín rebajados en su orden para no infringir norma alguna^[44], comenzaremos una serie de competiciones de artillería y jarcia entre la dotación, con premios de los que hacen sangrar las manos.

—Me parece estupenda idea, Cisneros, aunque sea una pena estropear esos caldos tan extraordinarios con aguas de río que pueden estar contaminadas.

—Bueno, señor —Pecas ofreció un gesto de cerrada picardía, mientras entonaba con premeditada afectación—, mientras nos encontremos en puerto sin movimientos bruscos ni complicaciones añadidas, y siempre que la información no salga de las paredes de esta su noble cámara, puedo comunicarle que he aparejado unas pocas frascas convenientemente selladas para que nuestro comandante, acompañado de su segundo y este primer oficial, paladeen tan exquisito brebaje sin rebajar una sola pulgada.

El capitán de navío Villavicencio, encantado con estas salidas de Pecas, reía a batientes, apretando su vientre con fuerza.

—Menos mal que han regresado y vuelve a tomar vida este buque. Pero estoy de acuerdo con usted, señor duque de Montefrío —ahora era el comandante quien imitaba el tono cortesano del pequeño—, en que desde un punto de vista medicinal, aunque no deba tener conocimiento el galeno, podremos hacer uso de ese bastimento líquido en determinadas ocasiones.

—Como segundo comandante, señor, he de recordar la vieja frase de la Armada en la que se dice: Bebamos a bordo caldos fermentados y dejemos los aguardientes para disfrutar con las mujeres en las tabernas de tierra, que en los barcos son más peligrosos que las balas rojas del inglés.

—Puede comprobar, señor, mi alargado sufrimiento al tener que soportar un cuñado avinagrado, con su permanente recuerdo de deberes y reglamentos. Si no fuera porque no era capaz de aguantar un día más en la nave capitana, jamás se me habría ocurrido caer bajo sus órdenes.

—El segundo tiene razón, Cisneros, con esa famosa recomendación que, según recuerdo, se cantaba como coplilla de taberna durante el Gran Sitio de Gibraltar en los pueblos de la bahía de Algeciras. Pero como sufrimos el triste caso de que no se nos alcanza a mano el disfrute con las mujeres de taberna, ni atacaremos fortaleza inglesa con peligro de balas rojas en nuestra contra, porque somos aliados en estos venturosos días, podremos aceptar su sugerencia.

—Les recuerdo el caso del navío Brillante —insistí con sorna en plan de aguafiestas—, incendiado y perdido en estas mismas aguas donde fondeamos, el 4 de abril de 1790. Según se comentó, fue debido al embarque clandestino de 15 barriles de ese nefasto espíritu.

—No me lo recuerde, por favor, que lo pude observar con mis propios ojos —el comandante cruzó los dedos sobre la mesa—. Según comentaba el cronista de la escuadra en aquellos días, famoso por su engolada pluma, la contemplación de las llamas elevándose al cielo, mientras bebían con ardor los palos crucificados, encogía el espíritu del más arrogante y avezado hombre de mar. Un espectáculo triste y desgarrador que iluminó la ciudad de Cartagena como una aurora boreal.

—Creo que debo arrojar a la mar las frascas de aguardiente aparejadas y que retocen las toninas con su perfume —Pecas movió la cabeza hacia ambos lados—. Tras la alegre circunstancia histórica que han narrado, me costará pasar una gota por

la garganta.

—Nada de eso, Cisneros. Si pierde una sola gota del celestial brebaje, lo devuelvo al buque insignia en pocos segundos.

Reímos de buen humor, lo que era sano y de agradecer a bordo, especialmente en la situación que sufríamos. Pero quería encontrarme al día de cualquier novedad, por lo que insistí sobre el tema principal.

—Entonces, señor, no aparece ninguna noticia de los franceses por el Mediterráneo.

—Bueno, me comentó el brigadier Méndez de Val que aquella escuadra de diez navíos y cuatro fragatas que salieran de Tolón en operaciones, regresó a su base tras desgraciados avatares en Cerdeña, pero no sabemos más detalles ni resultados. Ahora dependerá de sus nuevos pasos, por lo que se han despachado algunas unidades menores en aviso. De todas formas, las acciones llevadas a cabo deberían forzarnos a tomar medidas. Pero ha de venir la orden desde el fogón —el tono de su voz no dejaba lugar a dudas.

—¿No sería más adecuado que hiciéramos presencia en la mar, metidos en la escena, por si fuese necesario entrar en acción? Todos los buques nos encontramos aprovisionados para tres meses. ¿Por qué esperar en puerto? No hay mejor medida que mostrar el pabellón de escuadra cerca del enemigo.

—Así pensamos todos, segundo. Pero nada en ese sentido llegó de la Corte y hemos de esperar. Sin embargo, se encuentran muy envalentonados esos revolucionarios y la presa de Cerdeña es fácil y se encuentra a la mano. Si los franceses siguen en el empeño, ahora ya con guerra declarada, recibiremos pronto noticias que nos pongan en movimiento. Pero ésta es opinión propia.

—Extraña guerra es ésta —hablaba para mis adentros—. Aunque, con sinceridad, señor, prefiero ser aliado del inglés.

—Hay encontradas opiniones al respecto. Desde luego, la alianza con el francés a lo largo del siglo sólo nos rindió pérdidas y descréditos, que siempre recogieron la cosecha a su beneficio, olvidando nuestras cuitas y requerimientos cuando los necesitamos, como en el caso de Gibraltar. Pero también es cierto que mucho nos ofendió el inglés con su ánimo de expandir el comercio por tierras hispanas en América. Lo que nos ha faltado de verdad es... —Pareció dudar unos segundos, como si entrara en terreno peligroso—. Bueno, me reservo esa opinión.

Tanto Pecas como yo sabíamos por donde navegaba el pensamiento del comandante, al sostener que nos habían faltado generales de mar como alguno muy querido por nosotros, pero no existía la suficiente confianza para largar el cable en esa dirección. De esta forma, nos mantuvimos en silencio algunos largos segundos. Por fin, nos despedimos con la excusa de la hora, que ya entraba la noche a espuestas.

A pesar del cordial y buen ambiente que a bordo se respiraba, y me refiero al personal en su conjunto, no me sentí aligerado de cuerdas en aquella primera noche a bordo. Y no se debía tan sólo a la tibia situación que se mantenía en la escuadra, sino

también al rostro demacrado de Cristina que quedara prendido en mi memoria tras la despedida. Además de que mi confianza en el galeno ceheginero fuera escasa, no consideraba a mi mujer de fortaleza física sino mental, y la mente no genera las carnes que han de rodear los huesos para cobrar salud. Con esas tristes consideraciones cerré el telón de mis pensamientos aquella primera noche a bordo, sin mucha confianza en el futuro.

11. Nuevas órdenes

Como aseguraba el general Barceló en uno de sus más repetidos argumentos, estimado como irrefutable ley de mar y tierra para los que sirvieron bajo sus órdenes, todo llega en esta vida, tanto el dolor como el placer, bien sea a lomos de las olas o sobre pechos de mujer. Y aunque no sabíamos de momento si sería para bien o para mal, la situación cambió en ciento ochenta grados de forma repentina, que así se maneja el trapo en la Real Armada como norma habitual.

Sufríamos un tedioso e interminable mes de abril, con calores elevados a la copa y vientos del sudoeste como si se tratara del más sofocante estío, cuando en la última semana se ordenó consejo urgente de generales y comandantes a bordo de la capitana. Al menos, la llamada del comandante en jefe de la escuadra significaba una curva en la interminable rutina, al tiempo que abría esperanzas para que, por fin, se decidiera alguna acción que nos sacara del puerto y del nervioso hastío que se vive antes de la acción.

Partió nuestro comandante a las diez de la mañana en la lancha de la fragata, empavesada de color hasta las nubes, con el uniforme grande que la ocasión demandaba, aunque desde los primeros momentos corriera el sudor por su cuerpo como agua de lluvia por gatera. Y como es fácil suponer, aguardamos a bordo en tensa y nerviosa espera su regreso, horas de incertidumbre que se alargaron sin medida como maroma vieja. Y hasta bien entrada la tarde no avistamos nuestra embarcación, que abría boca de la dársena del arsenal.

Preparado en el portalón con la necesaria corrección para recibirlo, observaba de reojo la poco afortunada maniobra del patrón de la falúa, que a punto estuvo de propiciar un inesperado remojón a don Juan María, cuando escuché las palabras de Pecas, situado a mi espalda a escasa distancia.

—Ese patrón de lancha es un malparido culebrón que merece ser colgado del peñol del juanete de proa por los dedos de los pies. Maldita sea la ballena que lo trajo al mundo. Pero, bueno, por la sonrisa de bandas que se aprecia en la cara de nuestro jefe, imagino que las noticias recibidas son más que positivas. Creo que saldremos pronto a la mar, Gigante.

Me mantuve en silencio porque ya trepaba el comandante por la escala y, como anunciara mi compañero, con rostro de nereida engolfada en placer. Una vez en tablas propias, no tardó mucho en anunciar novedades.

—Llegó a su fin este alargado martirio, señores. Segundo, convoque consejo de oficiales en la cámara de forma inmediata, que son importantes las nuevas que traigo en mi estuche.

—Sí, señor.

Como tantas veces se acelera el temporal en tortolero tras calma corrida, así se agitó la vida a bordo de la Casilda, lo que entraba a favor porque bien nos venía una

movida en calentura. Pocos minutos después, acompañábamos al comandante en la cámara los oficiales de guerra y mayores, un conjunto de rostros expectantes ante las noticias que debíamos o esperábamos escuchar. Y entró por derecho don Juan María sin perder un segundo más.

—Bien, señores. Los acontecimientos que esperábamos desde hace semanas se han producido por fin, lo que indica que, por esta vez, parece que han funcionado en forma correcta los informadores y avisos, así como la determinación de quien debe merecerla. La escuadra francesa que corrió las costas italianas con más pena que gloria, aunque ofendiera de lleno a los napolitanos, hizo en los primeros días de este mes por la isla de Córcega para avituallarse en alguno de sus puertos, posiblemente en Bastia donde mantienen apostadero. Desde ahí se dividieron las fuerzas. Mientras dos navíos y una fragata tomaban rumbo hacia la costa francesa, se supone que a Tolón o Marsella por motivos que desconocemos, el resto hizo por las Bocas del Bonifacio^[45] para barajar la costa sarda hacia el sur.

Giró la vista a su alrededor, para comprobar el interés que despertaban sus palabras. Abrió su típica sonrisa, al tiempo que continuaba.

—Entendía nuestro general que si intentaban tomar la isla de Cerdeña, lo harían entrando desde levante y embocando el excelente golfo de Terranova o el de Cáller^[46], poco defendido, con buenos tenederos y excelentes playas. Pero no han seguido esa norma sino que continuaron perfilando la costa por su parte occidental, pasando de largo por el golfo de Oristano, bien artillado, hasta alcanzar las pequeñas islas de San Pedro y San Antioco en el extremo sur, como pueden observar — señalaba con un puntero la carta amparada en trípode—. Esta última se une a la isla madre por un estrecho puente, y allí se hicieron fuertes los franceses en un principio.

—Es de suponer que para atacar toda la isla a continuación —aclaré en pregunta.

—Desde luego. La escuadra, compuesta por unos ocho navíos, tres fragatas y otros buques menores, bajo el mando del contralmirante Truguet, fondearon en la bahía de Palmas, bien resguardada y con excelente tenedero^[47], junto a la isla de San Antioco, en espera de refuerzos. Una vez llegados éstos desde Tolón, 40 transportes con 2000 soldados de línea^[48] y 4000 voluntarios de Marsella, lo más sangriento y truhanesco de esa pandilla revolucionaria, llevaron a cabo su plan. Mientras las fuerzas de las pequeñas islas simulaban un ataque hacia el norte, el grueso de la escuadra traspuso el cabo Spartivento y desembarcó las fuerzas en el golfo de Cáller, para atacar la importante ciudad a continuación.

—Y tomaron la isla entera en un abrir y cerrar de ojos —apuntó Pecas con decisión.

—Así habría sido de esperar, con la escasa oposición que se suponía en tierra. Pero no se desarrolló en esa línea la maniobra —realizó un gesto de desastre general con sus manos—. A pesar de que los sardos tan sólo disponen de milicias escasamente regulares, aunque son bravos y en toda casa se guarda algún arma de fuego en prevención, crearon el desconcierto en las tropas francesas que acabaron por

retroceder hacia la playa en absoluto desorden, acusándose mutuamente de cobardía las distintas facciones, incluso con asesinatos entre ellos. Y para su desgracia, al tiempo que se incorporaban las unidades navales bajo el mando de Latouche Treville, coincidió el momento con un temporal recio de levante, lo que no solo impidió el apoyo de la artillería de los buques, sino que hizo varar al navío Leopard y dos transportes en la playa, mientras el resto picaba los palos o aligeraba cables para salir por encomiendas, con lo que les fue difícil y laborioso retornar a sus buques. Tras este penoso desastre, en el glorioso año dos de la revolución, el grueso de la escuadra regresó a Tolón, donde se prepara otra fuerza similar para intentar de nuevo la conquista. Al no conseguir reflotar el Leopard, se incendió el navío en su lecho.

—No le comprendo, señor —me decidí a intervenir porque no me cuadraba la información—. Según comenta, ha quedado la isla libre de franceses.

—Nada de eso, segundo. Todavía queda información por suministrar. Las islas de San Pedro y San Antioco siguen en poder del francés porque son posiciones fáciles de defender, si han sido artilladas convenientemente, especialmente el castillo de Carloforte en la isla de San Pedro. Según parece, quedó a disposición de las tropas allí establecidas algún navío y un par de fragatas, aunque no se conoce con exactitud el número ni clase. Por esa razón, ha decidido nuestra Corte pasar a la acción en ese teatro de una vez. Nuestro general recibió ayer nota del excelentísimo señor bailío don Antonio Valdés y Fernández Bazán^[49] en el siguiente sentido.

El comandante buscó entre los pliegos de su carpeta durante algunos segundos, hasta encontrar el deseado documento que pasó a leer.

—Su Majestad el Rey Católico ha querido dar al Rey de Cerdeña, su amado tío, una prueba evidente de su verdadera amistad, y de su religiosidad en cumplir los Tratados, pues no pudiendo, por tener empleadas sus tropas en defensa de su propio Reyno, destinar los 8000 infantes y 4000 caballos que según el Tratado de Aranjuez de 14 de junio de 1752 deben darse mutuamente ambos soberanos en caso de ser invadidos sus respectivos dominios, ha dispuesto enviar fuerzas marítimas competentes para recuperar las islas Sargas que hayan sido ocupadas por el enemigo común y que sean restituidas a su amado tío el Rey de Cerdeña.

Dobló cuidadosamente el documento, al tiempo que abría sus manos en abanico, como si esperara alguna pregunta que no se alzaba. Ante el silencio establecido, me decidí a intervenir.

—¿Significa eso, señor, que salimos a la mar hacia las costas de Cerdeña para recuperar esas islas, todavía en poder de los franceses?

—En efecto, segundo. Recuperaremos esas pequeñas islas que dominan la costa meridional y, si es posible, evitaremos que la Cerdeña entera caiga en poder del francés. Si todavía no han recibido auxilio de Tolón en buques o tropas, será escasa la oposición naval que encontraremos, aunque no sea tan fácil asaltar esas posiciones, según los perfiles que nos mostraron en el consejo. Si se ha recibido nueva escuadra con tropas embarcadas, será otro cantar, porque incluso han podido intentar un nuevo

desembarco en Cáller con más éxito, y haber extendido su dominio por toda Cerdeña. Pero no parece que las actividades en el arsenal de Tolón caminen en dulce sino con heridas abiertas. Aseguran los agentes que se levantaron los realistas en toda la zona contra la Convención, aunque nadie puede aclarar la situación real del momento.

—Era lo que se esperaba tarde o temprano —aclaró Pecas con seguridad.

—Diría que, más bien, se trata de un deseo generalizado —sentenció el comandante con sonrisa abierta—. Pero a nuestros efectos particulares, que es lo más interesante, mañana a primera hora deberán salir a la mar las gacelas para preparar el terreno a la escuadra del general Borja en adecuada descubierta. Y entiendan los poco versados en metáforas marineras como gacelas, a las fragatas Esmeralda, Perla, Mahonesa y esta graciosa Casilda, los ojos del comandante en jefe de la escuadra. Poco después se hará a la mar la capitana con 24 navíos, tres paquebotes y un bergantín en misiones de batidor. De todas formas, es intención del general dejar algunos navíos en crucero en dos líneas, la segunda en corte de abastecimiento a las islas. Así que ya sabe, segundo. Espero que estemos listos para dar la galopada necesaria al alba.

—Por supuesto que lo estaremos, señor.

—Si quieren saber mi opinión personal, en caso de que los vientos nos sean generosos y podamos alcanzar en pocas jornadas las islas, no deberemos encontrar mayor oposición francesa que algún navío y unas pocas fragatas, escasa carnada para esta escuadra.

—¿Dio el general alguna indicación de la derrota^[50] que seguiremos, señor? —preguntó Pecas.

—No con exactitud, aunque resaltó su deseo de alcanzar la costa sarda a la mayor brevedad posible. Según el piloto mayor de la escuadra, y de acuerdo al brusco cambio que se aprecia en el tiempo durante las últimas horas, deberemos disfrutar de nordestes frescos que se harán tramontana conforme ganemos mar hacia levante, lo que bendecirán nuestros cuerpos tras las semanas de calor sufridas. Y aunque se augure mar de ritmo, no me fío de nuestro impredecible Mediterráneo. Gusto poco de las nortadas que tanto se abren al sur de las Baleares, bien lo sabe Dios, que a punto estuve de dejar los huesos en esas aguas más de una vez. Pero como el general navega en cámara de tres puentes, si el viento lo permite haremos proa franca a Cerdeña. La distancia directa deberá rondar las quinientas millas, ¿no es así, Cisneros?

—Más o menos, señor.

—Si el viento y mar favorece nuestra derrota, no deberíamos necesitar más de cuatro o cinco jornadas en alcanzar el objetivo. Pero ya se sabe que el general propone y Eolo dispone en conveniencia.

Al escuchar la distancia no pude reprimir una sonrisa, todavía con la costa californiana del departamento marítimo de San Blas grabada en mi cerebro, donde todo se medía en miles de millas, por lo que el trayecto mencionado me parecía un

ligero paseo.

—¿Tienen alguna otra pregunta, señores? ¿Todo en orden de misa?

—¿Se tienen noticias de posibles acciones posteriores, señor? —volvió a preguntar Pecas, que no solía ceñirse en los consejos.

—Esa misma pregunta le formulé al general Borja. Sus únicas instrucciones precisas, y ya saben la escasa iniciativa que se concede a los mandos en la mar en estos días, son recuperar las islas en poder del francés e impedir una posible ocupación general de la isla madre, comunicando las acciones habidas y resultados a la Corte —recalcó con ironía las últimas palabras—. Por esa razón, si cumplimos el programa a satisfacción, me temo que deberemos mantenernos por aquellas aguas en espera de nuevas instrucciones. Pero, de momento, nada decidido sobre un posible apoyo a la escuadra del general Lángara, ni cosa parecida.

Y como toda la tela estaba cortada, el silencio se hizo dueño de la escena, por lo que el comandante decidió dar por finalizado el consejo.

—Bien, señores. Cada uno a su faena y Nuestra Señora del Rosario a calmar las aguas. Segundo, listos para levar a las cinco de la mañana. Saldremos siguiendo los movimientos de la Esmeralda, ya que el capitán de navío don José Pascual de Bonanza es el más antiguo entre los cabos de división^[51] que abriremos camino.

—Estaremos listos a esa hora, señor —dije con seguridad.

El comandante se levantó del asiento para abandonar la cámara con inesperada rapidez. Al pasar por mi lado, realizó un gesto significativo con su mano, indicando que siguiera sus pasos. Ordené que se mantuvieran los oficiales en sus asientos hasta mi regreso, porque era mi intención dar las instrucciones precisas para la salida a la mar, aunque no se tratara más que de una repetición a lo tantas veces previsto. Una vez alcanzado el camarote del comandante y cerrada la puerta, don Juan María me señaló un documento con sello lacrado en su mano, al tiempo que ofrecía una generosa sonrisa.

—Segundo, este documento contiene el previene oficial de su ascenso a capitán de fragata, llegado con las noticias de la Secretaría. ¿Quiere que lo abra ahora mismo o esperamos hasta que el buque se encuentre en la mar? Le adelanto que el Mayor General de la escuadra, don Juan José García, con quien me une una muy buena relación profesional y familiar, ha autorizado esta pequeña licencia si así lo decidimos —movía el papel ante mis ojos mientras aumentaba su sonrisa.

—Si el hecho de abrirlo significa que he de desembarcar, prefiero que lo haga a la vista de la costa sarda, señor. No me importa continuar de teniente de navío algún tiempo más, si con ello me es posible tomar parte en las acciones de la escuadra.

—Eso esperaba de usted y se lo agradezco, Leñanza, que no es momento de reajustar destinos a bordo. Pero estaría en su derecho al exigirlo. Sin embargo, lo abriré nada más abandonar el puerto, para que goce de su empleo en esta comisión de guerra. Le advierto que disfruté la misma situación, cuando se produjo mi ascenso a bordo de la fragata Magdalena. Y tampoco debería significar su desembarco

automático, con la escasa precisión con que ajustamos los reglamentos en los destinos a bordo, como es mi caso propio, aunque son muchos los oficiales con la escopeta cargada.

—Muchas gracias, señor.

Regresé a la cámara, donde encontré el rostro de Pecas en muda interrogación. Pero lo mantuve en brasas con regocijo de mi parte, y ofrecí las últimas instrucciones para la salida a la mar. A continuación y sin perder un minuto, me dirigí a reunir a los oficiales de mar en su chaza^[52], que debían andar con la mosca tras la oreja y pendientes de noticias. Les expuse los movimientos a realizar, así como las necesidades de maniobra previstas. También en este caso pude observar rostros de satisfacción en todos.

Aunque debíamos conciliar el sueño, que después en la mar nunca se sabe con seguridad cuando se puede dar con el cuerpo en el jergón, Pecas y yo decidimos beber una frasca de vino en agradable compañía, recordando quizás nuestra vieja costumbre antes de salir a la mar en operaciones, cuando debimos afrontarlas uno junto al otro. Además, conociendo la innata curiosidad de mi buen amigo, sabía que estaba deseando ponerse al día de mi conversación privada con el comandante.

—Larga ya el velacho, gigantón del demonio, que ya me sabes propenso a entrar en detalles ocultos y enfermo de curiosidad. ¿Qué tema has lidiado con el comandante en cerrado?

—Debes comprender, Pecas, que los oficiales superiores mantenemos información que no debe alcanzar en ningún caso a todos...

—Espero que te pudras en el vientre de una ballena, bigardo de huevos blandos. ¡Larga de una vez o deberás encararte al alba conmigo!

Me hizo reír esta salida de Pecas, tan habitual en él y que tanto echaba de menos.

—No tiene mayor importancia. Me comunicó que ha llegado el previene de mi ascenso al empleo de capitán de fragata, ofreciéndome al tiempo la opción de desembarcar o continuar a bordo.

—Deberías quedar en tierra, con lo que pasaría a ocupar el puesto de segundo comandante, que merezco sin duda posible —dejó la broma para entrar en seriedad—. Supongo que seguirás a bordo.

—Desde luego. No puedo dejar a mi cuñado sólo contra el francés. Pero me entregará el nombramiento en la mar. De esta forma, querido compañero, deberás ofrecerme el respeto que merece la diferencia entre nuestros empleos y cargos a bordo.

—Me gustaría verte empalado por tus blanduras con el atacador de un cañón de a 36.

—Eso sería doloroso en alto grado. Prefiero el encuentro al alba, con pistola.

—Bueno, amigo mío —Pecas me tomó por el hombro con afecto—, me alegro de verdad porque lo mereces. El capitán de fragata conde de Tarfí. No suena mal.

—Gracias, Pecas. A ver si en esta campaña suena la flauta y consigues los

galones en los puños aunque, la verdad, no creo que las operaciones en curso nos ofrezcan gloria eterna.

—Estoy de acuerdo contigo. No parece que vayamos a danzar con las tinieblas en los próximos días. Esos revolucionarios que nada saben del orden y la disciplina tan necesarios en la mar, arriarán el pabellón tricolor a la primera andanada recibida — Pecas declamaba con un deje de tristeza.

—Es posible. Pero mira lo que le sucede en el frente oriental a nuestro ejército del Rosellón, si son ciertas las últimas noticias. Tras un inicio arrollador se levanta la mar en contra y comentan que no se corta el trigo con la rapidez deseada. Te advierto que el bergantín que apresamos habría escapado de no haber sufrido un temporal previo que desbarató parte de su aparejo. No navegaban mal esos revolucionarios, ni mucho menos. Y sus cruceros en piratería han presentado éxitos notables.

—No será el caso, ya lo verás. Y conste que lo preferiría de llano.

—Bueno, lo que ha de ser, por la proa aparecerá queramos o no. Bebamos a nuestra salud. ¿Recuerdas aquella noche en el caserón de Algeciras, antes de entrar en combate por primera vez a bordo de nuestra aguerrida cañonera 23?

—No podría olvidar ninguno de los momentos que disfrutamos a bordo de aquel viejo lanchón. Aunque no recuperáramos la Roca, le jodimos el sueño al inglés muchas noches.

—Habla con mesura, que son nuestros aliados de ocasión.

—No creo que duremos mucho tiempo con tales amistades. Las aguas volverán a su reguero en Francia y reinará el Artois dentro de algunos meses. Poco tiempo después, nuestra Corte formalizará nueva alianza de familia y regresaremos a la historia de todo el siglo, para nuestra desgracia.

—Falta nos haría una larga y duradera paz, para engordar la Hacienda y formar una Armada poderosa y convenientemente adiestrada.

—No pidas milagros en las tinieblas. Con una larga paz, se desarmarían los buques sin medida, con lo que pasarían muchos oficiales a cuartel con media paga y en reclamo. Además, con el favorito de nuestra Señora en la más alta magistratura, es posible cualquier desatino, que todo tiende al capricho de cada mañana.

—Bueno, debemos descansar, que mañana será un día duro. Esperemos que la mar y el viento nos lleven en carroza y alcancemos esas islas sardas cuanto antes.

—Y alguna acción de guerra donde podamos sacar pecho en alto.

Con estos pensamientos nos retiramos hacia nuestro alojamiento bajo la toldilla. Era el día 28 de abril de 1793 y en la siguiente jornada podría observar mis vueltas en el uniforme con suficiente relumbre. Sin embargo y aunque parezca contrasentido demencial, fue en aquellos momentos en los que ya me veía como capitán de fragata de la Real Armada, cuando comencé a pensar en los años dejados a popa con nostalgia y dulce añoranza, una señal que, según aseguran los sabios, significa el final de la juventud.

12. Proa a levante

Rompía luces el alba con el silencio rendido en cubierta, cuando la capitana izó la señal que ordenaba levar a las fragatas por su orden y salir de puerto en acuerdo a las instrucciones recibidas. Estibadas las anclas a buen viaje y acompañados por una suave ventolina de tierra que soplaba en amistad, largamos trapo en conveniencia para maniobrar sin ayuda exterior y abandonar la milenaria ciudad que todavía andaba en sueños. Y no saben el especial regusto de placer que sentí al comprobar cómo la Casilda desplegaba una tras otra sus velas, con mucho pito de nostramo y voz en murmullo, porque así han de maniobrar los buques de la Real Armada que tal nombre merezcan.

Ya entraba el sol por portas y lumbreras cuando las cuatro fragatas cruzaban derrotas en descubierta a levante, con el aparejo largado al copo y una mar rizada que nada malo presagiaba en futuros. Y como suele suceder tantas veces al vaticinar vientos y mares, la previsión del piloto mayor de la escuadra cayó como bala por escotilla, al entablarse un lebeche sin ánimos de cambio, bendito error porque si la ventolina aumentaba en fuerza, podía darnos las alas necesarias para volar al nido como príncipes de sangre.

Por razones desconocidas, la escuadra se demoró bastante en la labor prevista, y hasta las primeras horas de la tarde no sacaron cabeza del puerto los navíos, con el Real Carlos abriendo surco con proa de rey. Pero ya las fragatas Esmeralda, Perla, Mahonesa y Santa Casilda andábamos escalonadas a proa del rumbo establecido por la capitana, este cuarta al sudeste^[53], directos al vientre del destino.

Disfrutamos a muerte las dos primeras singladuras, que todo parecía bendecido por los cielos y a favor de nuestras armas y empresas. Se mantenía el lebeche, con fuerza para todas las velas^[54] y la mar en rizos recostada con suave marea, la situación ideal para alcanzar la isla de Cerdeña al primer tiro y sin bordo alguno de necesidad. El buen humor debía acariciar de lleno a las más altas jerarquías, porque se nos autorizó ejercicios individuales de artillería con pólvora y balerío, una excepción de agradecer y necesaria antes de entrar en combate, si éste llegaba a librarse. Si tienen en cuenta que para colmo de parabienes, mostraba mi nuevo empleo en el uniforme con orgullo a los vientos, comprenderán que la satisfacción no podía escalar peldaño alguno. Así lo entendió Setum, que me entró por barlovento con guasa.

—Nunca le vi pasear tanto por la cubierta, señor —ofrecía una sonrisa donde destacaba su blanca dentadura—, claro que, con esas órdenes en las vueltas de su uniforme, es más que comprensible.

—Todo segundo comandante debe andar por cubierta noche y día, brujo africano. Además, gracias a ti dispongo de esta casaca al punto.

—Presenta un buen aspecto. Capitán de fragata y con una mano de madera que

certifica su valor. Nada más se puede pedir.

—Debías haber guardado aquella hachuela de abordaje con la que cortaste mi extremidad izquierda, a bordo de la preciosa goleta. Sería un buen recuerdo, aunque espero que no debas repetir la experiencia en ninguna extremidad de mi cuerpo.

—Andábamos para pocos recuerdos cuando nos recogió aquel paquebote milagroso, señor. No habríamos conseguido sobrevivir muchos días más. Pero otra mutilación sería un aderezo importante, como ese general tan famoso, don Blas de Pecio —abría su boca en sonrisa de milla larga.

—Don Blas de Lezo querrás decir. Pero no te aligeres en esa dirección, buen amigo, que prefiero seguir con esta mano y las piernas, aunque parezca menos guerrero.

—De acuerdo. Pero me gustaría observar otro galón más en sus puños, que ya acostumbré la vista a esos dos y parecen compañía escasa.

—Si por ti fuera, deberían ascenderme a teniente general de una sola tacada.

—Mejor lo haría que otras cabezas que sólo sirven para portar pelucas de león.

—Tiene razón, Setum, como de costumbre —era Pecas, que se había acercado a nosotros en el alcázar—. Pero siempre que te acompañara tu buen amigo y cuñado en tal alto empleo.

—Desde luego, enano. Por cierto, Pecas. ¿Qué piensas de nuestro piloto? Veo que no te separas de él.

—Me parece un magnífico profesional don Constantino Larrea. No comprendo cómo con sus años, experiencia y buen hacer no ha alcanzado todavía el grado de piloto primero, a no ser que guarde papeles negros en su expediente. Por mi parte, lo considero de absoluta confianza.

—Eso entendí en un primer análisis y me alegro, que andaremos por costas poco conocidas.

—No para él. Asegura que conoce las riberas sardas con detalle, porque navegó por ellas hace años con bastante asiduidad.

—Es una ventaja caída del cielo.

—Especialmente para mí.

Como les decía, no saltaba garbanzo podrido en todo el saco y disfrutábamos de barco y mar en todo momento. Pero como aseguraba don Atanasio, el contramaestre, que solía rumiar desgracias en baja cuerda como los viejos nostramos, las grandes comilonas tienen su fin y con mal sabor de boca en la mayor parte de los casos.

Creo que debíamos encontrarnos al sudeste de la isla de Menorca y unas 70 millas largas de distancia, cuando la dama decidió cantar en negros vuelos, aunque en esta ocasión cambiara sus amores poco a poco. Tras una encalmada que se alargó más de una jornada, comenzó a soplar un maestral^[55] fresco que fue aumentando a frescachón, para desembocar en un cascarrón sucio que nos hizo tomar rizos a las gavias.

Todavía el noroeste cooperaba a la faena de la derrota, aunque la mar comenzara

a levantar olas de respeto con rizos blancos en sus crestas, que nada bueno presagiaban. Pero tampoco se mantuvo la dirección y acabó por azotarnos una tramontana con ventarrón abierto que obligó a quedar con el paño mínimo. Y por fin, que también se pasa en la mar de malo a peor, debía ser el 4 o 5 de mayo cuando se atemporaló en suerte y ya cada lobo buscó su guarida, porque debimos tomar la capa a discreción y aguantar el betún que nos entraba en racimo.

Aunque no debiéramos lamentar bajas ni heridos a bordo, salvo las normales contusiones de los marineros que trepan a las vergas y resbalan por cubierta, sufrimos más de tres días en los que el esqueleto de la Casilda crujía a dolor y quebranto en continuo. Pero aun bajo estas condiciones, daba gusto observar cómo levantaba la proa con especial orgullo la señora, tras encapillar alguna ola montañosa, como mujer que mueve la cabeza con agitación para despedir el agua adherida al cabello.

Pero como tantas veces les expuse, la mar se conduce como cortesana con encajes, de ida y vuelta al capricho. De tal forma, también las duras pasan y nos alcanzó el necesario desahogo para recuperar dolores, cayendo el viento a la cubierta baja aunque dejara una marea de tamaño, que movía la fragata como tiovivo de feria. Sin embargo y como nota negativa, el viento acabó entablado en levante flojito, justamente en la dirección contraria a la que debíamos progresar, cuando todavía nos encontrábamos a unas 120 millas del pico sur de Cerdeña, donde se abrían las pequeñas islas de nuestro empeño. Y fue entonces cuando comenzaron los pesados bordos de los navíos, con demasiadas dudas en la capitana sobre el camino a seguir, y quede esto como observación particular.

Por fin, el día 17 de mayo se encontraba la escuadra agrupada en orden al sur del cabo Spartivento y 26 millas, momento en el que la capitana se puso en facha, condición de cierta comodidad marinera dada la escasa ventolina reinante, y por señal de banderas se ordenó consejo de generales y comandantes a bordo del Real Carlos, la nave capitana. Algo nuevo debía cocerse en la perola del general Borja para celebrar repetida consulta, posiblemente a causa de las noticias habidas por varios pesqueros sardos, interrogados por personal del buque insignia en aquella misma mañana.

No fue tan extendida la reunión de altos grados como la anterior, y pocas horas después regresaba a bordo el comandante con su sempiterna sonrisa abierta en los labios. Y nada más pisar la cubierta me ordenó dar aviso a Pecas y al piloto Larrea, para que se reunieran con nosotros en el alcázar. Fiel a su norma, comenzó a largar información sin perder un solo segundo.

—Nos ha tocado un pastel de miel en el sorteo, señores, un especial e importante cometido que debe enorgullecemos.

Mientras manteníamos la atención en sus gestos y disposición, don Juan María utilizó una de sus pausas habituales, como si dudara de las palabras a utilizar.

—Nuestro general ha decidido mantener la escuadra a prudencial distancia del objetivo, hasta disponer de suficiente y precisa información sobre el enemigo. Según

parece, unos pescadores sardos aseguran que las islas de San Pedro y San Antioco se mantienen en poder del francés, posiciones que han artillado y fortificado con suficiente fortaleza para hacer dura la faena. También informaron de la presencia en estas aguas de un navío al menos, por los datos aportados debemos suponerlo de dos puentes, y tres fragatas de orden.

—Poca carne para esta perola —alegó Pecas con superioridad.

—Es cierto. Pero para corroborar estos datos, ha decidido el general que la fragata Esmeralda se dirija hacia el golfo de Cáller, para atisbar la posible presencia de transportes y tropas enemigas, como sucedió con anterioridad, aunque nada adelantaran los pescadores en este sentido. Por otro lado, la Santa Casilda deberá tomar desde levante el cabo Teulada y a corta distancia, para entrar ceñidos a la costa en la bahía de Palmas, donde parece seguro que andarán fondeados los franchutes. Deberemos informar sobre fuerzas navales y posiciones en tierra.

—¿Y si nos topamos de boca con navíos y fragatas? —preguntó Pecas.

—Por esa razón deberemos ceñirnos a besar la costa desde poniente. En cuanto nos sea posible contemplar la ensenada con suficiente claridad y obtengamos los datos necesarios de mar y tierra, saldremos de estrepada hacia el sur para reunimos con la escuadra e informar. Nos ha ordenado el general de forma expresa que evitemos el combate a toda costa, aunque se presente con circunstancias a favor, recordando en todo momento que la escuadra necesita la mayor información posible, tanto de los buques presentes como de las posiciones francesas en tierra.

—¿Aunque se trate de un pequeño bergantín, señor? —preguntó Pecas en sonrisas.

—Sin excepciones. Además, los bergantines tienen excesiva facilidad de abrirse en llamas —rió sus propias palabras—. Bueno, ahora en serio, quiero ver la carta^[56] de esa zona con detalle.

Nos trasladamos a popa de la timonera, donde se abría un pequeño espacio que utilizaba el piloto con sus cartas e instrumentos náuticos. Repasamos con detalle la costa sarda desde el cabo Spartivento, a través de la bahía Rosa hasta el cabo Teulada, con su afilada espingarda apuntando hacia el sur, que deberíamos besar para entrar en la bahía de Palmas sin haber sido avistados.

—¿Es limpia esta costa? —preguntó el comandante a Pecas y al piloto.

—Parece que sí, señor —declaró don Constantino con seguridad—. Se trata de costa acantilada que cae en vertical, salvo este bajo que llaman del Rosario —señaló con el dedo el accidente reflejado en la carta con un punto rojo—, que deberemos librar a estribor con suficiente resguardo, que la laja sube hasta una braza^[57] y llega a velar con mala mar. Y justo en ese momento, embocaremos hacia la bahía.

—De todas formas, prepararemos sondas de garantía y en trabajo continuo si, como dice, besaremos las piedras a escasa distancia —aclaró Pecas con oportunidad.

—Me parece perfecto —el comandante palmeó la carta náutica—, aunque no me guste arrimarme a muerte sobre escollos desconocidos. Opina el general que el

momento ideal para embocar la bahía sería el alba, aunque nos deja libertad de acción. ¿Qué opinan ustedes?

—No estoy muy seguro de que sea ésa la mejor solución, señor —intervine con seguridad, porque una de las labores del segundo comandante es siempre ofrecer alternativas a su jefe—. Si como suponemos, los franceses ignoran nuestra presencia y se encuentran a la espera de la llegada de refuerzos, se habrán acomodado a la rutina y, posiblemente, se mantendrán fondeados en doble abrigo. Sin embargo, si no han olvidado la más mínima disposición preventiva, mantendrán alguna unidad en crucero. Pero para obtener suficiente información, deberemos disponer de adecuada visibilidad y el alba puede ser brumosa en estos días. Además, en el caso de tener que salir de escape y con alas en los hombros, necesitaremos brisa suficiente. Esa bahía parece cerrada a los vientos de levante y, posiblemente, también a los de poniente, salvo el noroeste que hará tobera entre las islas y tierra. En las primeras horas del día, las bahías son de vientos extraños y traicioneros, con rebufos al gusto del demonio. Por mi parte, escogería el mediodía como el momento idóneo para embocar la ensenada y observar las fuerzas de mar y tierra con suficiente nitidez.

—Tiene razón en sus observaciones, segundo —medió el comandante—, pero en ese caso eliminaríamos el efecto sorpresa que nos ofrece la noche, y la posibilidad de conseguir una mayor cercanía al objetivo, donde será posible apreciar con detalle las fuerzas en tierra. Como bien dice, es muy posible que mantengan algún bergantín o escampavía en crucero. Pero si acometemos la acción en la oscuridad, entraremos en la bahía sin que sospechen de nuestra presencia.

—También la navegación nocturna pegados a las piedras será más peligrosa —apuntó el piloto en voz baja y prevención.

El comandante mantuvo la mirada perdida en la carta, como si en sus contornos pudiera encontrar la solución buscada. Por fin se separó de la mesa, mirando a Pecas con una extraña intensidad.

—¿Creen posible ceñirse a la costa y entrar en la bahía con las primeras luces, si el viento nos es propicio? ¿O estiman que la navegación sería demasiado arriesgada y no compensa?

—Si el viento se mantiene del primer cuadrante hacia el sur, como en estos momentos, aunque caiga en intensidad a partir del ocaso —Pecas no tardó en responder un solo segundo—, podemos tomar Spartivento de noche y ajustar la derrota para besar el cabo Teulada al alba. Son diez millas de pico a pico, que aumentarán a quince si nos ceñimos en la bahía Rosa. La navegación será peligrosa, sin duda, pero con un riesgo aceptable porque es escasa la distancia a recorrer, y no necesitamos excesivo andar. Una vez en la bahía de Palmas, si una o más unidades libres de cables hacen por nosotros, podemos disponer de yardas suficientes para salir hacia el sur o hacia poniente, entre el islote del Toro y San Antioco. Como dice el segundo, las amanecidas pueden ser parcas en viento y al placer desconocido, de esos que dejan al paio a unos mientras otros ventean con gusto, un factor en contra.

Nueva pausa de don Juan María, que repasaba una vez más el contorno de la costa impresa en la carta. Y es en esos momentos cuando el dios particular del barco debe asumir su más alta responsabilidad, una vez escuchados los argumentos a favor y en contra expuestos por sus oficiales. El comandante debe dar la voz definitiva y decidir el camino a seguir, sin que fuerza divina o humana pueda interponerse ante él. Es entonces cuando comprueba que su decisión puede llevarle al desastre o al éxito de la empresa, con escaso margen entre ambos resultados en algunas ocasiones. Pero no era el capitán de navío Villavicencio de los que arrugan la nariz ante las antorchas.

—Bien, tomaremos esa costa de noche. ¿A qué distancia nos encontramos del cabo Spartivento?

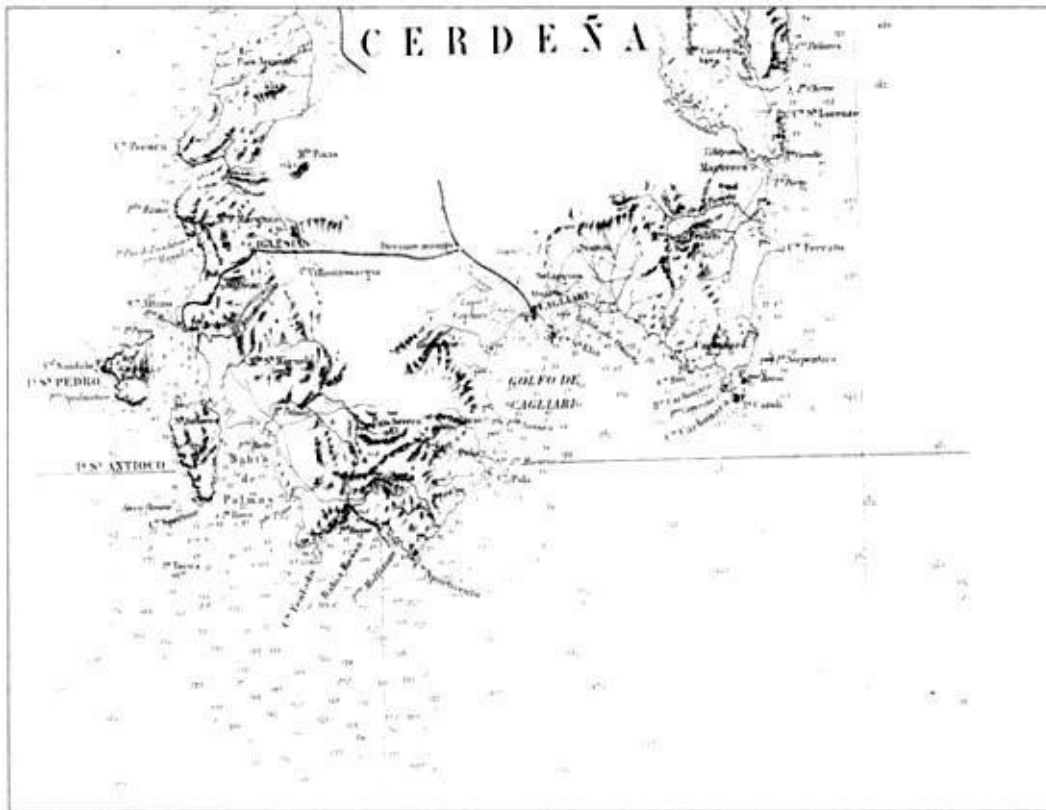
—Casi 30 millas, señor —contestó el piloto con rapidez—, y esta ventolina del nordeste puede ayudarnos en la operación que planea, si se mantiene.

—No disponemos de tiempo suficiente para atacar la empresa esta noche, porque en poco más de tres horas se cerrará el cielo. Por lo tanto, nos mantendremos en bordos de comodidad, progresando a levante, como si aproáramos hacia el cabo Pula. Pero la idea central será tomar la punta sur mañana al ocaso y comenzar la faena. Prepárenlo todo con detalle. Confío en ustedes.

Con estas últimas palabras se despidió de nosotros. Les aseguro que me maravilló su naturalidad al tomar la decisión final, como si se tratara de un asunto cotidiano y sin mayor importancia. Pero bien sabía yo que la procesión navega por la cubierta baja del alma, y podía suponer con bastante claridad los pensamientos que cruzaban por la mente de nuestro comandante en aquellos momentos.

Como me encuentro en momentos de correr verdades, debo confesar que se me hizo largo el día, uno de los más largos que recuerdo, porque nada es peor que la espera cuando se intenta acometer acciones difíciles. Y no me crean propenso a los malos presentimientos, pero seguía contemplando excesivo el riesgo que deberíamos asumir en comparación al posible rédito a conseguir. Con los navíos y fragatas a disposición de la escuadra, se podía abordar la acción con una descubierta de ocasión, sin tanto preparativo. Pero no siempre los capitanes de fragata piensan como los generales.

Sesteamos el resto de la noche con poco trapo y bordadas de ligero avance hacia el norte, sin mayor preocupación o sobresalto. El día siguiente, que amaneció brumoso y con nubes escasas, nos mantuvimos entre los cabos Pula y Spartivento, observando a lo lejos la fragata Esmeralda que progresaba en su descubierta particular por el golfo de Cáller, sin aparente oposición. El viento se mantenía del nordeste y flojo, condición que deseábamos mantener a muerte, por ser el único factor abierto con claridad a nuestro favor.



Por fin, entrados en el ocaso, sosteníamos el buque en facha a pocas yardas del cabo Spartivento, con sonda de 25 brazas. Y comenzaba a elevarse el gajo creciente de la luna, cruzado por nubes deshilachadas al capricho, que concedían la mínima y necesaria visibilidad, cuando en silencio se ordenó ocupar los puestos de zafarrancho y prevención para el combate, no sólo por mantener cañones y armas preparadas, sino para establecer cada hombre en su puesto. En el alcázar, junto a la rueda del timón que manejaban tres hombres para la ocasión, nos situábamos Pecas y yo al lado del comandante, mientras el piloto releía las últimas notas. Don Juan María dejó escuchar su voz con autoridad.

—Ha llegado el momento, señores. Con este viento estimo suficiente largar trinquete, mayor, y cangreja, con el auxilio del foque.

—Es la orden que espera el contra maestre, señor —le recordé la decisión tomada—. Tan sólo en el caso de que al trasponer el cabo Malfatano entremos en socaire o rebufo, deberemos largar velacho y gavia por lo menos, para que la fragata gobierne con seguridad.

—De acuerdo. Tome la voz de rumbo, Cisneros.

—Sí, señor.

Y comenzamos la delicada faena, que tenía brevas de tamaño aquel peral. Con delicados murmullos se largó el trapo ordenado, al punto de escuchar el despliegue de las velas que, normalmente, queda amortiguado por los ruidos de a bordo. Y pronto nos encontramos tanto avante con el cabo Spartivento, momento en el que escuché la

voz de Pecas por primera vez, con absoluta seguridad y determinación.

—Caña, tres cuartas a estribor.

—¡Tres cuartas a estribor!

El cabo de timón repetía la orden en grito, como era de rigor en todo buque, siendo necesario recordarle que debía olvidar el reglamento en esta particular ocasión y musitar en voz llana. Al mismo tiempo, Pecas ordenó al alférez de fragata Barceló, orgulloso por su reciente ascenso, que comenzara la sonda continua tal y como se había previsto, cuya primera voz animó el ambiente por alto, tras deslizarse la sondaleza entre marineros de proa a popa.

—¡Sonda, treinta y cinco brazas!

No quiero alardear de adivino o premonitor de los mares, cualidad de la que tantos navegantes presumen, pero olía en el ambiente a voz contraria, ese runruneo que no abandonaba mi estómago en todo el día y me entrara en oscuro sin saber por qué. Para certificar la negra presunción, de pronto, mientras la sombra de la costa desfilaba por nuestro costado de estribor en forma abrupta y amenazante, como espectro salido de siniestro camposanto, comenzamos a vernos envueltos en un manto gris, una niebla espesa que cruzaba ante nosotros en oleadas, como si una mano invisible subiera y bajara el telón del escenario a su albedrío. Sentí una opresión fuerte en el pecho, como si un demonio zarandeara mi alma. Porque los que anduvimos por los mares somos conscientes de que pocos efectos tan negativos podemos encontrar en las aguas, como ese manto gris que te deja desvalido, como niño perdido en bosque tenebroso. Y cuando recuerdo momentos tan terribles juro por los artículos más sagrados, que prefiero olas de montaña a la espesa capa gris que parece alejarte de la vida. La voz del comandante me devolvió a la realidad.

—¡Malditos sean todos los demonios y sus podridas rabizonas alojadas en el infierno! ¿Puede mantener la proa, Cisneros?

—A oscuras y con problemas, señor. Entre cada bandada de niebla se observa algún perfil.

—Debemos dar la lancha y el bote al agua, señor —intervine con rapidez—. Que nos abran camino e informen a voz de proa a popa, por si nos cerramos al copo.

—De acuerdo, segundo. Cisneros, ábrase a babor con seguridad, hasta que se encuentren las embarcaciones en el agua.

—Sí, señor.

Por fortuna, la maniobra de dar las embarcaciones se realizó con primor y en el mínimo tiempo. Recordé con una sonrisa las protestas de tantos hombres en puerto, al repetir dicho ejercicio una y mil veces. De todas formas, al cambiar la derrota prevista en las notas de Pecas y el piloto Larrea, y con la niebla cerrada ya al ciento, era difícil seguir el plan embastado. Volví a dirigirme al comandante.

—Con esta niebla entablada, de nada servirá la maniobra, señor. Nos jugaremos el pellejo y si la bahía de Palmas también se mantiene en cerrado, de nada habrá servido.

Aun sin verlo, supuse al comandante con pensamientos negros en cruce de derrotas. Y es que pocos generales comprenden noches de niebla cerrada o accidentes similares, mientras pasean por su cámara al sol y esperan resultados. Don Juan María decidió arriesgarse, lo que comprendí perfectamente.

—Esta niebla es de bancos, segundo, al menos así lo parece o deseo yo. Puede mantenerse o abrirse en pocos segundos, y disponemos de suficiente margen en horas. Carguemos el trinquete y la mayor. Vuelva a rumbo, Cisneros.

—Sí señor.

Redujimos el trapo y continuamos la derrota prevista, metidos en oscuro, al punto de resultar difícil empresa reconocer los palos por encima de la primera verga. La información de los botes continuaba a ritmo, mezclándose con la de la sonda.

—¡Proa limpia! ¡Sonda, veinte brazas!

Pude comprobar que Pecas era muy hábil y listo como el demonio. Sin decir una sola palabra, maniobraba hacia la banda de fuera una o dos cuartas, sin seguir el plan establecido de repasar la bahía Rosa al completo. Y hacía bien en mi opinión, porque con la maniobra de botes se habían perdido las referencias. El comandante otorgaba en silencio, con muda y agradecida complicidad. Sin embargo, el inconveniente se presentaría al tener que librar el pico del cabo Teulada. Por fortuna y a pesar del poco trapo desplegado, con un andar de dos nudos aproximadamente, la Casilda gobernaba a la orden del timón con stificiente agilidad. Pero el sufrimiento continuaba, en especial cuando la sonda comenzó a decrecer de forma alarmante.

—¡Sonda, 15 brazas!

—¡Caña, dos cuartas a babor! —ordenó Pecas con rapidez.

Y en la siguiente llamada, la voz del grumete se hizo más ronca.

—¡Sonda, 10 brazas!

—¡Caña, dos cuartas a babor! Que informen los botes con mayor periodicidad.

Aunque la voz de Pecas se mantenía inalterable, suponía el esfuerzo interior, mientras se esperaba la información. Y seguíamos metidos en la niebla más espesa, ya sin trozos en blanco sino entrada a cerrazón. A pesar del fresco y la humedad de la noche, sentí el sudor correr por mi espalda.

—¡Proa limpia!

—¡Sonda veinte brazas!

—¡Caña, dos cuartas a estribor!

Y así, jugando con las piedras entre la espesa niebla, seguimos durante horas, con momentos de felicidad y otros en los que sentía el estómago empequeñecerse en un puño. Hasta la dentadura blanca de Setum parecía haberse confundido en la noche, aunque lo sabía cerca de mí. Por otro lado, confiaba en que los botes, nuestros ojos, divisaran suficientes metros hacia proa, porque la niebla nunca llega a besar las aguas y se establece una mira de anteojo particular.

—Arriba los corazones, que vamos ganando la batalla a los elementos —era la alegre voz del comandante, consciente de la situación y la necesidad de aligerar

algunos pesos del alma.

—Por supuesto, señor —contestó Pecas de buen humor—. Saldremos a la bahía de Palas en el momento preciso sin mayores problemas.

Aunque fueran palabras necesarias, poco me confortaban. Y menos todavía cuando cercanos a las cinco de la mañana, se recibió información urgente de los botes.

—¡Tierra a proa!

—¡Caña, cinco cuartas a babor!

Y fue el momento escogido por los cielos, que la mar es una prolongación de sus dominios. Como por arte de magia, la niebla se escapó en bucles, como caracola de humo, dejando ver con las primeras luces del alba la sombra de tierra a proa, la punta del cabo Teulada abierta unas dos cuartas a babor. No fue necesario esperar nueva información, porque ya Pecas ordenaba con urgencia y decisión.

—¡Caña, cinco cuartas a babor!

—¡Sonda, quince brazas!

Ahora sí que debí apretar los puños, al observar la sombra oscura acercándose a nosotros, como si deseara engullirnos entre sus fauces. La vela era escasa y la Casilda parecía necesitar una eternidad en caer un solo grado de rumbo, o así nos lo parecía en aquellos angustiosos momentos. Para acolchar el momento en negro, se escuchó nueva información.

—¡Sonda, diez brazas!

Ya caía la proa a babor con franqueza, aunque andaríamos cerca de rascar las piedras que ya se divisaban con claridad a pocos metros. Sentí cómo mis uñas se clavaban en la madera de la mano postiza, una ventaja desconocida hasta el momento. Pero ahora, la voz del grumete sonó en grito apagado.

—¡Sonda, siete brazas!

Me maravilló la compostura del comandante. Pocos habrían mantenido aquella calma y silencio, confiando al ciento en su oficial, sin un mínimo gesto nervioso. La luz progresaba con rapidez, mientras se reconocía el extremo del cabo Teulada por nuestra proa con claridad. Y comenzaba a quedar ligeramente a estribor en franquía, cuando desfiló por nuestro través a menos de 30 yardas. Me moví inquieto, mientras esperaba el ruido de los bajos al rascar las rocas del fondo. Nuestra Señora de Valdelagua debió arrimar el hombro a muerte, que si no cayera a pico aquella mole rocosa, abríamos abierto la quilla en doblete.

—¡Sonda, veinte brazas!

—Podemos embarcar la lancha y el bote, señor —intenté que mi voz sonara con confianza.

—De acuerdo, segundo.

Y cuando se escuchaba el izado de la lancha, comenzó a salir el sol. En ese momento, y según el piloto, debíamos tener el bajo del Rosario por nuestro través de estribor a escasa distancia, la banda por la que comenzaba a divisarse con suficiente

claridad la bahía de Palmas. Y con rapidez tomamos los anteojos, recorriendo la costa en busca de buques y datos necesarios.

—Un navío y una fragata fondeados junto a la isla de San Antioco —informó Barceló con decisión—. Y junto a la fragata, el puente que une la isla a tierra, artillado con fortín.

Nadie parecía haber advertido nuestra presencia. Y en caso de que algún marinero de guardia observara un buque en la bahía, podía creerlo como propio, que ninguna señal nos identificaba. De esta forma, con absoluta tranquilidad repasamos la bahía al completo, hasta remontar el cabo Sperone. Aunque la primera idea era la de observar solamente la primera bahía, al estar tanto avante con el último cabo, caímos a estribor en demanda de la isla de San Pedro, donde también observamos otra fragata fondeada en su pequeña ensenada, así como las fortificaciones francesas en el castillo de Carloforte, elevada defensa de difícil acceso y conquista si sus hombres se mantenían en sus puestos a la brava.

Una vez avistada con detalle la segunda isla, maniobramos a babor con toda la caña para tomar rumbo sur, al tiempo que largábamos el aparejo al copo, con las órdenes cumplidas por encima del rasero. Y en ningún momento llegamos a observar movimiento de buques o tropas, ni siquiera un pequeño ademán de abrirse en una pequeña escampavía y dos lanchas, que observamos en la segunda isla, acoderadas a la fragata. Habíamos llevado a cabo una maniobra redonda, gracias a nuestra pericia y la especial dejadez francesa, producto, seguramente, de la rutina establecida durante muchos días.

El viento, nuestro gran amigo de la noche, se mantenía en las mismas condiciones, por lo que elevé un agradecimiento más que merecido a los cielos. Poco después, charlábamos animadamente con el comandante, al tiempo que se plasmaba la información en una carta preparada al efecto.

—Bueno, pasó el mal trago, que no fue jugada de menores —el comandante restregaba sus manos con evidente alegría. Se dirigió a Pecas con un expresivo guiño de su ojo—. Cisneros, creo que sería bueno tomar una taza de ese especial bebedizo medicinal, que le recomendó el galeno de Cehegín.

—Me parece una magnífica idea, señor.

Pecas dio las instrucciones precisas a Setum para que escanciara generosas raciones del aguardiente en tazas de caldo, y las trajera a la timonera con suficiente discreción. El comandante continuaba, eufórico.

—Segundo, hoy daremos rancho extraordinario a nuestros hombres, así como ración doble de vino. Todo funcionó a las mil maravillas. Mi felicitación general a la dotación y, en especial, a los navegantes. Es usted pequeño, Cisneros, pero tiene los huevos bien puestos.

—Así me parieron, señor.

—Un éxito de su madre, sin duda. La verdad es que tuvimos el culo bien cerca de las piedras.

—Muy cerca, señor —Pecas sonreía, feliz.

—Creí que varábamos contra las piedras del cabo —el piloto Larrea entonaba con sinceridad—. Tiene usted sangre fría para ofrecer al mundo, señor —se dirigía a Pecas con admiración.

—Todo estaba previsto y de acuerdo con sus consejos, señor piloto. Tenía razón al asegurar que las piedras caían a fondo con limpieza.

—Pero no lo había comprobado.

—Bien, Larrea, anote en esa carta la posición exacta de fondeo de los buques, incluidas las unidades menores. También debe exponer con claridad dónde se encuentran las fortificaciones de las dos islas. Creo más importante y reciente la llamada a defender el puente que une la isla de San Antioco a tierra.

—Eso me pareció, señor. Pero no es de despreciar ese castillo en las peñas. Como se decidan a reventar pasiones, costará lo suyo sacarlos.

—La vista de una poderosa escuadra encoge mucho los corazones —alegó el comandante—. Pero, bueno, esa es otra coplilla.

Bebimos las tazas con verdadera fruición, que la ración era generosa y el aroma delataba el producto a los aires. Bien sabe Dios que nos habíamos ganado a pulso contravenir las normas de la Armada con aquel aguardiente que sabía a gloria.

La mañana acabó por salir radiante, con sol de fuerza y escasas nubes, mientras el viento caía a una débil ventolina. Pero la Casilda lo bebía al chupete, y con las alas y rastreras desplegadas continuamos hacia el sur en demanda de la escuadra. Había sido una dura prueba, de esas que se guardan en el cerebro a fuego durante largo tiempo. Pero la satisfacción posterior y el aguardiente bien merecían el esfuerzo.

13. La fragata Helène

Una vez traspuesta la meridiana, nos incorporamos al grueso de la escuadra sin más sobresaltos y con la satisfacción del deber cumplido. Puestos en facha y sin esperar indicación alguna, atacó el comandante a la capitana en la lancha con decisión, para informar de nuestros avistamientos al general sin pérdida de tiempo.

Por su parte, la fragata Esmeralda había regresado sin avistar fuerza francesa alguna en el golfo de Cáller o sus inmediaciones. Sin embargo, habían conseguido establecer contacto con las llamadas fuerzas regulares sardas, pomposo nombre para lo que no eran más que grupos de milicias armadas a la necesidad del momento, con algunos oficiales del Rey a su cabeza. Además, el comandante había conseguido hablar con quien parecía al mando de ellas, nombrado para tal cargo por el virrey, emplazándolo para un futuro encuentro en la bahía de Palmas, una vez recibida sabrosa información sobre estacionamiento del enemigo, que corroboraba la nuestra al ciento.

De esta forma, con una parsimonia capaz de abrir en cuerdas los nervios de los que, como yo, calculábamos las posibilidades de apresar unidades francesas todavía desapercibidas, iniciamos la navegación hacia el norte. Según nos comentó por llano nuestro comandante, el general había pensado, en un primer momento, fondear la escuadra en el puerto de San Pedro, llamando así a la recogida ensenada formada entre la isla de tal nombre y la de San Antioco, donde avistáramos en la mañana una segunda fragata francesa fondeada. Pero ningún piloto de los navíos certificaba el practicaje con suficiente seguridad en dichos fondos, razón por la que se escogió la abierta bahía de Palmas como destino para la jornada siguiente. Esta decisión, así como las razones que lo movían a ella, nos sorprendieron en forma negativa por ser tan poco habitual en los procedimientos de nuestra Armada, que presume de navegar y fondear en cualquier escenario marítimo del globo.

También nos causó extrañeza una de las últimas instrucciones recibidas por nuestro comandante, en el sentido de tratar a los buques y tropas francesas, en caso de apresamiento, como guerra de ley. Con esto se venía a reconocer el pabellón tricolor revolucionario que, hasta el momento, presentara ante nuestros ojos el mismo valor que la negra calavera de los bucaneros antillanos. Y no debía ser cuestión personal del general Borja tal medida, sino aviso de superior jerarquía que todavía no se comprendía, pero que entraría en concordancia con acontecimientos políticos que tuvieron lugar meses más tarde.

Amaneció el día 20 con horizontes claros y abiertos al infinito, cielos en azul, un levante fresco y mar cabrilleada con previsión de aumentar. Unas condiciones que podíamos declarar como ideales para nuestro aparejo y la misión en general. Abríamos marcha hacia el norte las cuatro fragatas, flanqueadas la Santa Casilda y la Perla por la amura de babor, mientras la Esmeralda y la Mahonesa lo hacían a

estribor, todas ellas a escasa distancia de los 14 navíos, una vez destacados los restantes en dos líneas para navegar en crucero y evitar sorpresas mayores.

De esta forma, nos presentamos ante la espaciosa bahía de Palmas, donde avistamos a suficiente distancia una fragata fondeada bien dentro de la ensenada y al resguardo cercano de la isla, que estimamos francesa. Sin embargo, por más que movíamos anteojos en círculo, no se avistaba navío alguno ni otra unidad menor, con cierto regusto amargo en nuestros cuerpos, todo hay que decirlo.

Andábamos cerrando distancia a las claras, cuando la fragata francesa izó señales de reconocimiento. Debían mantenerse a la espera de refuerzos propios, porque no sospecharon de nuestra presencia ni advirtieron la diferente disposición de buques y fuerzas, lo que poco indicaba de su profesionalidad. Fue el momento en el que nuestro general ordenó desplegar insignias y banderas a los vientos, ante cuya inesperada visión, la fragata debió tragar aguas por tronera seca, picando el cable del ancla con la mayor celeridad y maniobrando para largar todo el aparejo en bandolera. Tardía maniobra, según pensé para mis tripas, porque al tiempo que solicitaba la pertinente identificación, debía haberse movido en seguridad de almas y con gestos de una mínima prevención.

En la situación relativa que nos encontrábamos y con la escuadra caída ligeramente a levante, éramos la Perla y nuestra Casilda las unidades más cercanas al francés. Por esta razón, ya ordenaba el comandante arribar^[58] con caña fuerte y largar hasta la pañoleta, cuando la capitana izaba señales de caza para las fragatas. Por mi parte, alistaba al personal en sus puestos de maniobra y combate, porque el juego comenzaba en serio y sin pérdida de tiempo. Escuché la voz de don Juan María, que gritaba con euforia y buen humor encaramado en la toldilla, como prelado en pulpito catedralicio.

—¡Otra presa a la vista, segundo! Por todos los santos del cielo, que no se puede escapar esa magnífica fragata de nuestras manos salvo pena de cadalso. Pocas unidades de la Armada podrán presumir de dos presas en tan corto espacio de tiempo. Y que no se nos adelante la Perla, que viene también con los cuernos en capilla.

—No la perderemos, señor, ni con espuelas de oro. La fragata francesa deberá abrirse con franquía para librar la punta, y quedará en nuestro nido.

Con toda lógica y en rápida maniobra, la fragata francesa forzaba vela hasta las nubes, intentando ganar la proa a las dos unidades perseguidoras con rumbo al cabo Sperone, cuyas piedras intentaría rascar al mínimo y en caliente. Debimos reconocer con rapidez que era muy ligera de alas, bien maniobrada por su dotación y de factura reciente, condiciones que hacían más difícil la empresa. Por fortuna, al observar la Perla que, de acuerdo a nuestra posición, intentábamos cerrar la presa por babor, barloventeó las cuartas necesarias para entrarle por la banda contraria, con lo que el franchute se vio perseguido por dos estelas abiertas en cuña, aunque el peligro mayor le llegaba de nuestra parte, con rumbos coincidentes hacia el cabo.

Di al comandante la novedad de haber ocupado los puestos de maniobra y

combate en ley, cuando también observamos a nuestra popa, cómo la Mahonesa y la Esmeralda se sumaban a la caza, con escasas posibilidades de alcanzar la presa aunque era maniobra de obligación, por si fuera necesario su apoyo en el posible combate. Pero no crean que la situación se aclaraba a nuestro favor por cientos, que tanto los franceses como nosotros echábamos los pañuelos al viento, reduciendo la distancia a la vista, pero con el cabo a dos millas de distancia. Y no podía doblarlo en franquía con margen suficiente la liebre, o correríamos el riesgo de perderla. Escuché del comandante la orden que mi cerebro trajinaba.

—¡Segundo! Preparar fuego de andanada al encontrarnos unas yardas por fuera de alcance máximo. A ver si reducimos su animosidad con el trueno.

—Estamos preparados, señor.

Ya se habían trasladado los cañones volantes de castillo y alcázar a la banda de estribor, con lo que 13 piezas de a 12 y ocho de a 6 se encontraban cargados con bala rasa^[59] y con las mechas preparadas para abrir fuego a la orden. Había urgido a los oficiales de las brigadas artilleras sobre la necesidad de disparar las dos primeras salvas con la mayor rapidez, a golpe de muerte cerrada, previendo premios de onza o castigos de sangre si se ralentizaban en exceso. Pero debo reconocer con sinceridad que, por mis adentros, dudaba en conseguir tal condición con la medida deseada.

No se podía demorar en el tiempo la primera andanada, porque la distancia se reducía a la vista en aquel triángulo imaginario que cerrábamos con los franceses en pugna de velocidad. Era necesario de todo punto tenerlos a tiro antes de remontar el cabo Sperone, o la caza podría alargarse en el tiempo sin medida, con la posibilidad de perderse en pocos minutos de forma definitiva si la liebre aligeraba pesos y descargaba cañones por la borda, aunque ya la gacela francesa sacara borbotones a popa.

Debíamos rondar las dos mil yardas de distancia, cuando el comandante ordenó disparar la primera andanada, que rompió el silencio en infernal trueno, hasta inundar de humo y olor a pólvora las cubiertas. Y aunque se observaran piques cortos en general, algunas balas debieron golpear su casco en la obra muerta tras rebotar en la superficie, unos impactos sin eficacia pero cuyo ruido suele bajar los corazones de los poco avezados por escala corrida. Escuchaba las voces de carga de los cabos de cañón a revientagargantas, para el nuevo emplazamiento de las piezas en batería^[60], cuando ya la distancia era buena, casi a punto de remontar el cabo.

—¡Fuego!

La segunda andanada pareció retumbar con más fuerza, cual llamada de los infiernos, observándose impactos en la cubierta alta, un par de ellos con efectos visibles de maderas al viento. Y para arrimar mechas a la hoguera, escuchamos la primera andanada de la Perla, que también disparaba fuera de distancia, con excelente sentido del momento.

Fueron unos pocos minutos, segundos quizás, pero llenos de emoción, de esos que no se olvidan nunca y relatamos durante horas, meses después. Esperaba alguna

andanada enemiga en cualquier momento, porque era lo adecuado en toda unidad armada en acoso, al tiempo que alcanzábamos la punta abierta en pico del cabo Sperone. Pero como decisión caída del cielo a favor de nuestras armas, comprobamos sorprendidos que el francés arriaba el pabellón tricolor con rapidez, al tiempo que caía a babor y cargaba velas en nuestro beneficio, cuando ya se daba a bordo la voz de listos para una nueva descarga.

Juro por todos los dioses de la mar que no esperaba una tarea tan sencilla, en aquellos difíciles momentos en los que todo andaba a bordo en cuerdas, con roderas por cubierta y voces de mando desgarradas, sin olvidar que ya la fragata enemiga había metido los cañones en batería y parecía dispuesta al duelo artillero. Y podría habernos causado daño de altura e intentado la fuga con muchas posibilidades de éxito porque, como comprobamos después, su artillería de a 12 era de calidad muy superior a la nuestra, unido a su extrema facilidad para correr millas.

Pero no crean que perdí tiempo alguno en la divina contemplación del triunfo naval, aunque siempre componga un cuadro hermoso observar la rendición del enemigo, sino que ya ordenaba al primer guardián los movimientos para echar al agua la lancha, mientras el comandante maniobraba con destreza para instalarse a la banda. Fue entonces cuando pudimos observar el nombre de la presa, pintada con generosos caracteres dorados en su popa: Heléne. Pero ya la voz del comandante acuciaba a través de la bocina sin remisión.

—¡Segundo! Lancha al agua sin pérdida de tiempo. Tome el mando de la dotación de presa y ordene boga a muerte para sus hombres. Juro por mis antepasados que le cortaré la mano derecha, si no pisa la cubierta de la fragata antes que los hombres de la Perla.

—No se preocupe por esa posibilidad, señor. Habré tomado una jarra de vino francés antes de que echen su lancha al agua.

Sentí un inmenso placer al haber sido designado para la tarea de presa, aunque fuera de sentido y razón en aquellos momentos, que es norma en la Armada nombrar al segundo comandante si se trata de unidad igual o superior. La Perla comenzaba a llegar a nuestra altura cuando ya bogaban mis hombres en la lancha a ritmo de forzados. Y pocos minutos después trepaba por la escala del combés a la fragata, con uniforme de luces, sable al cinto y pistolón amartillado en el fajín, aunque no fuera de rigor este último detalle. Pero, la verdad, fiaba poco de aquellos revolucionarios, aunque no hubiesen mostrado ardor combativo alguno en la reciente aventura. Como es lógico, no se separaba de mi lado Setum, armado hasta los dientes como de costumbre, pistolas, chuzos y gumía, una figura capaz de inspirar terror a Satanás.

Sin embargo, grande fue mi sorpresa al ser recibido a pie de escala por un joven oficial francés, uniformado en reglamento y aspecto señorial que, con suma corrección, me ofrecía su sable al tiempo que se presentaba.

—Teniente de navío Antoine Fradin, comandante de la fragata francesa Heléne, rendido sin voluntad a su disposición, señor.

Ante tan exquisitas maneras, me negué a aceptar sus armas y corresponder en cortesía naval. Sin embargo, sí que me apresuré a entregarle nuestro pabellón para que fuese izado sobre el suyo, mientras su dotación se encontrara a bordo. Y así lo hicieron, con lo que suponía especial alegría a mi comandante, porque tal hecho significaba adjudicar la presa a la Casilda de forma automática, aunque he de reconocer la caballerosidad de la Perla, que ni siquiera intentó el barqueo.

Mientras distribuía a mis hombres en seguridad y se estibaba en cerrado el armamento portátil, comprobé con alegría que los daños recibidos en cubierta por nuestros disparos eran casi inapreciables, y sin afectar a la maniobra en ningún aspecto. Creo que fue la presencia de las fragatas españolas las que hicieron arriar el pabellón al francés, con pocos ánimos de presentar combate en un momento en el que podía haber salido de estrepada. Pero no perdí un segundo y con la ayuda de Fradin, ordenamos izar la parte imprescindible del aparejo, para pasar a fondear a la bahía de Palmas, donde llegamos cuando ya los navíos de la escuadra se encontraban en tal situación.

Por fin, pegado a tierra, al socaire de la punta del Pino, tendido a levante y por fuera del alcance de los cañones de cualquier fortificación francesa, largamos el ancla primera de babor, que la de la esperanza^[61] se había perdido al picar su cable los franceses e iniciar el intento de escapada.

Las fragatas Mahonesa y Esmeralda, acompañadas por los navíos Galicia y San Agustín fueron comisionadas a la boca de la ensenada de San Pedro, para evitar que la fragata francesa que se descubrió allí fondeada, intentara la escapada. Y según nos llegó la noticia, se trataba de la fragata Richmond, apresada a los ingleses en la última guerra. Pero yo andaba a lo mío, que era conocer a fondo dotación y características, aunque sabía que, con toda probabilidad, el mando definitivo de la presa se concedería a algún capitán de fragata o navío de los embarcados en los buques principales. Y era de necesidad mantener el orden a bordo, hasta que me enviasen personal de refuerzo en número suficiente, responsabilidad que recaía en este caso en la Mayoría General de la escuadra. Pero no tropecé con problema alguno, que la dotación apresada se condujo con corrección y colaborando sin mirada torcida.

A grandes rasgos, puedo narrarles que la fragata Heléne era realmente magnífica, de espectacular belleza, que lucía sobre las aguas como fruta almibarada. Había sido construida pocos meses atrás en Rochefort. Forrada de cobre en su obra viva, era de características muy parecidas a la Santa Casilda en aparejo y armamento, aunque más estilizada de líneas, norma habitual francesa, y con aspecto de rendir el viento a la cuarta, como ya habíamos adivinado. Una vez más, pensé que la suerte nos había acompañado en la rendición, porque una vez traspuesto el cabo Sperone, habría sido difícil darle caza.

Repasé a fondo el buque de quilla a perilla, con el teniente de navío Fradin a mi lado, un oficial cortés en extremo y respetable, perteneciente a una noble familia de la Bretaña. Y con la poca confianza que le concedí, se explayó en argumentos

revolucionarios, que no era de los obligados a servir para salvar el pellejo, una actitud incomprensible en personaje de su cuna. Pero como pueden comprender, atajé sus comentarios al alza, al tiempo que le censuraba su conducta, en vista de la suerte corrida por tantos de sus compañeros de armas. Y tragó la bala con cortesía, sin reincidir en la tarea.

Pude comprobar que la artillería de la fragata estaba formada por 26 cañones de a 12 y 8 de a 6. Sin embargo, de estos últimos le faltaban seis piezas que habían sido entregadas para formar una batería defensiva en la isla de San Antioco. Aunque el total era idéntico al de nuestra fragata, las piezas de a 12 eran realmente magníficas, recientemente fundidas con insignias de la revolución en su contera, y con pistolete de fuego con tirafrictor^[62], sistema que tan sólo montaba alguno de nuestros navíos más modernos. Su dotación estaba compuesta por 4 oficiales, 6 aspirantes y 240 hombres de equipaje. Se encontraba bien rellena de aguada, víveres y pertrechos de guerra, aunque mantuviera en blanco la enfermería, sin personal sanitario ni un mínimo unguento a la vista, una extraña condición que no llegué a comprender, a pesar de las razones que Fradin me exponía al respecto.

Con rapidez escribí el informe preceptivo de la presa, recado de pliegos que no recomiendo al peor enemigo, con notificación exacta de sus características y pertrechos, remitiéndolo al buque insignia en el bote de la Heléne, marinado por mis hombres, sin pérdida de tiempo. Y en este punto he de retorcer sin recato tripas y desandar lo andado en comentarios, porque es de ley reconocer las virtudes de nuestras autoridades cuando las hay. No pasarían más de tres o cuatro horas desde el envío del informe y ya comenzaba a caer la tarde, cuando recibí un bote de la escuadra en el que se me entregaba un documento de oficio en lacre cerrado, con aspecto primoroso, y como tal lo califico por su contenido, como es de comprender. A propuesta del Mayor General de la escuadra, el teniente general don Francisco de Borja me nombraba comandante de la fragata Elena-presa, con todas las prerrogativas que las Ordenanzas marcan al respecto para tal condición, debiendo ser llamada en esta forma hasta que Su Majestad decida imponerle otro nombre.

Creo que a punto estuve de gritar en alegría de truenos y lanzar bultos al aire desde la cofa, porque la ocasión lo merecía de largo. Leía una y otra vez el previene oficial sin llegar a creerlo, que no se recibe bocado tan apetecido por cualquier oficial todos los días. Sin embargo, bajo la rúbrica del Mayor General se percibía otra más pequeña de ratificación en pliego y cerrada de caracteres, donde creí descubrir el nombre J. Girón con extraño rótulo en círculo. Este detalle me hizo entrever que por aquellos rastros debía nadar la larga mano de mi antiguo comandante en el jabeque Murciano, que tan a bien me tenía.

Aunque un mando de presa puede ser más o menos efímero en el tiempo, no deja de ser peladilla regia, porque sería el primer oficial de la Real Armada en ocupar por alto aquella hermosa gacela. Además, nadie sabía a ciencia cierta cuándo podría presentarla ante la Junta de Presas del departamento marítimo de Cartagena,

momento en el que debería mantenerme en ella por tiempo indeterminado en puerto y con las preceptivas inspecciones, única cara oscura de la moneda. Pero, de momento, allí estaba el capitán de fragata Francisco Leñanza al mando de la niña más rápida y joven de la escuadra, luciendo mis galones en su cubierta y con la sonrisa de Setum abierta de banda a banda e inmenso orgullo.

Con el nombramiento, recibí orden de comenzar el barqueo y repartir la dotación apresada entre los navíos españoles, de forma que recibiera de ellos la misma ración en cantidad y calidad. Y comencé a cumplir lo mandado sin pérdida de tiempo, aunque estimara de dudosa aceptación aquella igualdad impuesta en calidad, porque no me esperaba recibir lo mejor de cada dotación, precisamente.

Eran las diez de la noche cuando todavía andaba con la cabeza en números y movimientos en cubierta, que no es fácil aparejar buque en cuestión de horas. Fue ése el preciso momento en el que recibí la visita del infatigable Pecas a bordo. Por si acaso andaba el buque escaso de víveres, apareció en cubierta acompañado de un grumete con dos bolsas de ricos embutidos y suficiente vino para rendir una dotación de altura. Y es en esos momentos cuando la amistad se abre en cruces de alba, porque al recibir el abrazo de mi gran amigo y su sincera enhorabuena, lo veía tan feliz y contento como si fuese él mismo quien hubiese recibido la especial prebenda. Ya les he aventurado en ocasiones anteriores esa cercanía de la verdadera amistad al amor en elevación de voluntariedad, con sentimientos de parecida índole en algunos momentos de la vida. Y pobre de quien no llegara a gozar de tales venturas.

—Desde luego, Gigante, has nacido con una estrella de tamaño prendida en la frente. Este es el mando que siempre hemos soñado, una fragata de dulce, como pocas en las listas de nuestra Armada. Pero por mis huevos que lo mereces. Bebamos para celebrar esta especial ocasión, amigo mío.

Y elevamos nuestras copas, de fino cristal francés, en forma repetida, que la frasca decrecía a ritmo de andanada larga.

—Pronto les veré a los dos mandando uno de esos grandes navíos de tres puentes. Y yo en ellos, desde luego —era Setum quien nos halagaba en la cámara del comandante, donde había instalado mis reales.

—Pero no podrás acompañarnos a los dos, y seguro que escogerás la compañía de tu señor —alegó Pecas en falsa protesta, que mucho gustaba de jalear al buen africano.

—Ya sabe don Santiago que le aprecio como al hijo más querido. Pero mi señor Gigante es otra cosa.

—De acuerdo, espero que cumplas ese deseo y nos veas mandando navío de dos o tres puentes. Pero sin dejar de pasar por un mando como éste, que las fragatas tienen nombre de mujer y ciertos atractivos especiales en sus curvas —declaró Pecas entre risas—. Por cierto, que a pesar de la revolución sufrida en nuestro país vecino, estos franceses siguen fabricando buques con mobiliario digno del palacio de Versalles. Nada tiene que envidiar esta cámara a la del general Borja.

—Tienes razón. Y para mi sorpresa, con víveres para tres meses y de calidad sobresaliente. Por cierto, que puedo agenciarte algunas botellas de un vino francés que presenta un color y aroma extraordinarios.

—No diré que no a tal ofrecimiento. Y mejor si se trata de esos caldos que cultivan en la región de Burdeos, un vino que bebía mi padre con especial devoción. Pero debes dar cuenta de cada suspiro registrado en el buque a la Junta de Presas, cuando entregues la fragata. Aunque, bueno, se pueden perder algunas frascas en la navegación o romperse con los bandazos que produce la marejada gruesa —aclaró en risas.

—Con el paso de los años, no sólo se aprende artillería, como diría el general Barceló. Ya he recibido al contador, un joven oficial que se encontraba por más en el navío San Agustín. Espero que no sea de los de pliego y recibo matinal.

—Por cierto, no debo olvidar transmitirte la más sincera enhorabuena de nuestro..., bueno, de mi comandante, que ya no es tuyo, y del resto de los oficiales de la Casilda. También tuvimos suerte con este don Juan María de Villavicencio, con valor hasta los pelos, noble, exigente y bondadoso en el momento apropiado.

—Le debo mucho. Pero este mando viene de largo si no me equivoco, que el capitán de navío Girón anda tras su huella. Nunca viene mal en nuestra carrera un pequeño empujón a favor del viento.

—Ya me olía alguna maniobra de índole parecida. Sin embargo, era la medida más lógica, con un capitán de fragata doblado en dotación como tú. Aquel jabeque Murciano y las aventuras vividas en él, te siguen rindiendo excelentes servicios años después.

—Tenías razón en lo de la estrella, principalmente en los comandantes bajo cuyas órdenes me tocó servir, desde nuestro querido general Barceló hasta este último que abandono.

—Es tan cierto como la muerte. Bueno, debo regresar a mi fragata, que aún no sabemos cómo se abrirá el día mañana.

—¿Hay noticias de otros buques franceses?

—Nada. Según parece, salieron anoche hacia el puerto de Tolón. Una verdadera lástima no haberlos apresado. Aquí quedaron solamente esta fragata y la Richmond, que también acabará por ser capturada. Se mantiene terca en el fondeadero de San Pedro, cubierta por los fuegos del fuerte allí establecido, sin arriar el pabellón. La verdad es que me deberían ascender y concederme su mando, para seguir nuestras carreras en paralelo.

—Si quieres, lo propongo al comandante de la escuadra, aunque no creo que me hagan mucho caso. Pero pronto deberá caer esa fragata.

—Seguro. Mañana por la mañana se mantendrán conversaciones con las fuerzas sardas, para conocer con exactitud los establecimientos franceses y decidir cómo batirlos. Y no será peladilla de fiesta ese castillo elevado en los riscos. Me ofreceré voluntario para formar brigadas en tierra, si se solicita.

—Deja la guerra en tierra a los infantes.

—Nada de eso, amigo mío, que es una parte fundamental en nuestra carrera. Además, debo llevar a cabo alguna heroicidad para que no me adelantes demasiado en el escalafón.

—Anda con ojo. Y, por favor, Pecas, envíame en el bote mis pertenencias.

—Ya se encargó de ese tema Setum, que no dejó un solo gramo de tus embutidos. Bueno es este africano para perder alguna pertenencia de su señor.

—Como ha de ser.

Mucha razón tenía mi amigo en cuanto a esa parte de nuestra carrera que tiene lugar en frentes de tierra, como pude comprobar en mis carnes más tarde. Despedí a Pecas en el portalón, regresando a mi cámara. Pero todavía llamé al teniente de navío Sebastián de Orzeta y Aneares, un joven y espigado oficial que se encontraba en el buque insignia como uno de los ayudantes del general, y acababa de ser nombrado segundo comandante de la Helena-presa. Se había ofrecido voluntario y con la recomendación de don Francisco de Borja, que lo apadrinaba en la carrera, se concedió su petición en el acto.

Debo reconocer que también en la elección del segundo brilló mi estrella. Aunque con poca experiencia de mar y guerra, era Orzeta un oficial excelente, correcto, noble y dedicado al servicio como el que más. Despaché con él para establecer las guardias mínimas y comenzar la andadura de aquella fragata que, aunque de belleza incomparable, no se manejaba sola. Por esta razón, creo que ya picaba la tercera hora de la guardia media, cuando me dejé caer en mi nuevo lecho, mullido y limpio como cama ducal endoselada. Y quedé entrado en sueños profundos a los pocos segundos, que ni tiempo tuve de agradecer tanta ventura a Nuestra Señora de Valdelagua, cuya advocación mantenía sin merma. Y es que no hay mejor remedio para los sueños que el cansancio amadrinado a la extrema felicidad, situación en la que, sin duda, me encontraba.

14. Operaciones en Cerdeña

Creo que sólo llegué a dormir unas pocas horas durante aquella noche de bendito recuerdo, primera a bordo de la fragata Helena-presa bajo mi mando. Y no levanté cabeza al alba con muescas en el cuerpo ni dolores en la mollera, sino con el corazón henchido hasta los palos y el alma en redoble de tambor. Para colmo de dichas, aquel 21 de mayo también se abrió el día en luces, con ventolina indecisa y cielos despejados. Pero era tanta la faena que se abría ante mí, que pocos segundos perdí en aquellas disquisiciones más propias de poeta enamorado. Deben tener en cuenta que me encontraba al mando de una fragata en tiempos de guerra, en aguas de posible confrontación, con futuro incierto y una dotación por acoplar al completo, como buque de nueva construcción que suele recibir especiales prebendas para su adiestramiento particular. Y por mi mente corría en fuegos una posible orden de salida urgente a la mar, cuando todavía los hombres embarcados pocas horas antes, desconocían sus puestos a bordo en cualquier situación.

Antes de continuar, debo reconocer mi gran error y mala conciencia al suponer que el personal a recibir por los diferentes navíos de la escuadra, se limitaría al conjunto de garbanzos podridos de sus respectivas unidades, lo que habría complicado el trabajo a bordo de forma insuperable. Como más adelante tuve conocimiento, por la Mayoría General se exigió verdadera voluntariedad en los puestos principales a cubrir, aunque manteniendo el veto de los comandantes en aquellos propios que consideraran esenciales. El mando superior comprendía la situación de buque apresado y obraba en consecuencia sin malicias. Por esta razón, en un primer análisis pude comprobar con inmenso agrado que los oficiales superaban la media en su conjunto.

El pilar fundamental en quien basé mi trabajo fue el segundo comandante asignado, y no sólo porque así debe ser en toda unidad de la Armada, sino porque el teniente de navío Orzeta se descubrió ante mis ojos no sólo como un magnífico y responsable oficial, sino con unas extraordinarias dotes de organización, cualidad que más necesitábamos en aquellos momentos de agobio. Y ya les adelanto que tampoco mostró en su momento tibieza ante la sangre, que demostró valor y arrojo hasta las nubes. El cupo de oficiales de guerra se completaba con un teniente de fragata veterano, Carlos Venturini, dos alféreces de navío, dos alféreces de fragata y tres guardiamarinas. Una pequeña descompensación con la mengua de un teniente de fragata a favor de un alférez de navío, pero con los guardiamarinas de excelente planta, con dos años de servicio a bordo de diferentes buques y ánimos de superación.

En cuando a oficiales mayores, me sonrió la suerte en badana al caer a bordo el mencionado contador, don Manuel Picón, dicharachero y guasón granadino, con quien mantuve una excelente relación durante todo el tiempo que permaneció a mis órdenes. Y mucho debió trabajar para mantener en orden de revista la contabilidad

que deberíamos presentar ante la Junta de Presas en su momento, que los papeles del reino exigen muchas noches de vela encendida. A continuación, contaba con un cirujano 2.ºbisoño pero que rindió al tacho, un piloto 2.ºmagnífico, don Pedro Mendoza, dos pilotines de ampolleta corta y un capellán con carnes redondas y respiración agitada, muy dado a la hamaca y al buen yantar, como tantos otros dedicados a su excelsa profesión.

La rama de oficiales de mar, en número exacto de 19 como marcaba el reglamento, presentaba sus claros y oscuros, como suele suceder en toda cocina, aunque el contraestre primero, don Ginés Paredes, ofreciera de entrada nueve años de servicio en jabeques, y no había mejor escuela a la vista. El resto daba cal y arena pero se mantenía en la media, destacando para nuestra fortuna el primer carpintero, Jaime Laneza, que comenzó su trabajo al rayar el alba en aquel primer día con sus ayudantes, intentando restañar las heridas sufridas a bordo por las andanadas de la Casilda, de escasa consideración salvo una mesa de guarnición desentablada en cuajo. Y a los dos días estaba para revista de general hasta la tapa de la regala, que daba gusto pasar la mirada en círculo sin encontrar mella.

El resto de la dotación, de características profesionales por comprobar, se ajustaba al reglamento con las habituales variaciones en las diferentes ramas, como el normal aumento de tropa en merma de buenos marineros, escasez de grumetes con oficio y una suma total que elevaba a 281 los hombres a bordo.

Trabajamos a muerte aquel 21 de mayo, sin descanso, con mi mente puesta en los objetivos fundamentales que no podíamos eludir. En primer lugar, era de la máxima prioridad distribuir al personal en los puestos de maniobra y combate, porque debíamos ser un buque en disposición de navegar y combatir desde el primer momento y sin ayuda de arsenal. Por otra parte, debíamos comprobar nuestros medios de navegación para ser capaces de establecer derrota en solitario, que la orden de abandonar el fondeadero se podía recibir en cualquier momento y sin dirección conocida. Y por último, la ineludible necesidad de llevar a cabo un mínimo de ejercicios de mar y guerra, para comprobar que cada hombre era capaz de cubrir su puesto con cierta confianza.

Por fortuna y según me declaró el piloto, la caseta de derrota se encontraba sin falta, preparada para salir a la mar en cualquier momento, aunque las cartas de marear rezaran en francés, escaso problema porque en la mar se habla idioma común y universal. La verdad es que el barco se mantenía teóricamente alistado al ciento de víveres y pertrechos, como salido del arsenal el día anterior, por lo que llegué a la conclusión de que debía haber sido reabastecido recientemente. Tan sólo el cirujano 2.º, don Javier del Rozal, debió recorrer los diferentes navíos de la escuadra en sumisa rogatoria de auxilio y crear la enfermería desde cero, un detalle que no podíamos explicar. Y respecto a la merma en la artillería, aquellas seis piezas de a 6 cuyos huecos desanimaban nuestra vista en el alcázar, no me preocupaba mucho de momento, aunque intentaría recuperar alguno de ellos si las operaciones se

desarrollaban con éxito.

Tan involucrado anduve aquel primer día con los problemas de a bordo, que me desentendí de las acciones de guerra, hasta el punto de olvidar que nuestra presencia en la isla se debía a la necesidad de reconquistar el terreno tomado por el francés, para devolverlo en ley al soberano de Cerdeña. Sin embargo, en aquella misma tarde ordené preparar la lancha en adecuada disposición para presentarme al comandante en jefe de la escuadra, a quien debía ofrecer la novedad de que la fragata Helena-presa se encontraba lista para entrar en operaciones, con las limitaciones que se podían suponer en cuanto a su efectividad.

Fui recibido por un teniente de navío en el portalón del buque insignia, el navío Real Carlos, cuya simple visión impresionaba de largo. Y más que navío, les aseguro de cierto que aquella unidad asemejaba catedral forrada en madera y con los campanarios en punta entre las nubes. El oficial me acompañó hasta la cámara del general con diligencia y sin intercambiar un solo comentario, que era parco en palabras el muchacho. Y debí hacer antesala en la chaza de recepción durante media hora larga, con los nervios abiertos a espuelas, hasta ser recibido por el gran señor de la mar. Pero cuando penetré en la cámara del comandante en jefe de la escuadra, me sentí tan impresionado como si fuese recibido por Su Majestad en uno de los salones de palacio. Era una estancia suntuosa, de grandes proporciones, balconada de lujo a la mar y mobiliario de casa noble.

Don Francisco de Borja se encontraba en aquellos momentos en compañía de uno de sus dos generales subalternos, a quien parecía otorgar mayor confianza, el jefe de escuadra don Fernando Daoiz. Como primer acto, ambos repasaron mi figura con extraordinaria curiosidad, como si encontraran detalles extraordinarios en mi persona, hasta el punto de aumentar el azogue interior establecido. Pero me lancé de acuerdo a las normas en vigor.

—A las órdenes de su Excelencia, señor general. Se presenta ante vos con el debido respeto el capitán de fragata Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, conde de Tarfí, comandante de la fragata Helena-presa. El buque bajo mando se encuentra listo para entrar en operaciones de mar y guerra.

—¿Ha ordenado ya el racimo de personal recibido? —me contestó don Fernando Daoiz con una sonrisa en sus labios—. Ha tenido usted mucha suerte, Leñanza, porque el brigadier don José Girón, que en mucho lo aprecia, me convenció para que el personal prioritario embarcara en su fragata de forma voluntaria. Y razón le asistía, que en caso contrario debería haber sido remolcado hasta el puerto español más cercano.

Se abrió en risas, como si hubiese declarado una chanza regia, que fue aplaudida por el general. Pero no se me había escapado el detalle al nombrar a mi antiguo comandante, que debía haber ascendido a brigadier en los últimos días, lo que me alegraba en grado sumo. Y no sólo por los favores de él recibidos, sino porque era hombre que lo merecía.

—¿Qué opinión le merece esa fragata francesa recién apresada?

El teniente general don Francisco de Borja y Borja, marqués de los Camachos, se dirigió a mí por primera vez, con agradable voz, tras abandonar su asiento y comenzar a pasear por la cámara. Era un hombre de regular estatura, noble en apariencia y gestos, muy moreno de cabello y ojos, sin aparentar los 67 años de vida que ya colgaban a sus espaldas.

—Excelente, señor, y no exagero una mota. Fue construida en el arsenal de Rochefort hace dieciocho meses y se mantiene como unidad recién salida de gradas. De razón^[63] superior a las del tipo Santa Casilda, presenta unas líneas más esbeltas y mayor lanzamiento. Su aparejo se encuentra perfecto y completo, hasta el paño de respeto, y semejante a los nuestros en alto grado, aunque los foques y estayes presenten un perfil más alargado. Por fortuna, la obra viva ha sido forrada de cobre y reluce como la llana. Y aunque no la he probado en la mar, pude observar cuando intentaba la escapada que su andar es ligeramente superior a las nuestras más veloces y, en mi opinión, debe bolinear al límite con ese perfil. En cuanto a su alistamiento, dispone de aguada y víveres para tres meses, sin raciones de dieta, y el cargo completo por alza de pólvora y balerío.

—Pocas unidades se apresan en circunstancias tan favorables, vive Dios. Le cayó una perla antillana en suerte —volvió a sonreír con aspecto paternal don Francisco—. Estoy seguro que desearán observarla nuestros ingenieros en Cartagena en cuanto les sea posible. Sin embargo, creo que le falta artillería.

—Sí, señor. Mantiene la batería principal al completo, 26 cañones de a 12 magníficos, recién fundidos, muy coronados en redondo y con pistoletas de chispa incorporados. No la he probado, como es lógico, pero estimo su alcance en elevación sobre las 2200 yardas. Sin embargo, faltan los seis cañones de a 6 que montaba en el alcázar. Según tengo entendido, se han utilizado en las fortificaciones de la isla de San Antioco por los franceses.

—¿No dispone de ninguna carroñada^[64]? —Preguntaba don Fernando Daoiz.

—No, señor. Le hice la misma pregunta al comandante francés apresado, el teniente de navío Fredin, y me contestó que con las turbulencias que viven, quedó en saco cerrado el estudio para la implantación en las fragatas de esta arma.

—Es raro —alegó don Fernando Daoiz con dudas en el rostro—. Creíamos que los franceses se habían decidido por su instalación en las fragatas en plan masivo, como los britanos.

—Bien, señor Leñanza, no sé cual será su futuro, porque desconozco el de esta escuadra bajo mi mando —el general me miró a los ojos por primera vez, al tiempo que abría una sonrisa mediana de perplejidad—. Sé que es hermoso mandar una fragata a su edad y le gustaría mantenerse en escuadra. Pero todo dependerá del desarrollo de las operaciones aunque, tarde o temprano, deberá presentarse ante la Junta de Presas en Cartagena.

—Sí, señor.

—Bien, eso es todo —el general se giraba para acomodarse a su alargada mesa—. Por cierto, Daoiz, cuando enmendemos el fondeadero al puerto de San Pedro, si conseguimos esos prácticos de una maldita vez, que navegue la Elena-presa con independencia para acomodar sus hombres en maniobra el resto del día.

—De acuerdo, mi general.

Y de esta forma abandoné la cámara con pensamientos cruzados. Se mantenía en incógnita mi futuro, aunque sea situación de noche y día en la Real Armada. Pero tampoco he de cargar en negro, que el orgullo de mi mando me mantenía con la cabeza en los cielos.

Pregunté a bordo del insignia por el brigadier don José Girón, para ofrecerle mi más sincera enhorabuena y agradecer los detalles que a él se debían. Por desgracia, se encontraba en reunión con un oficial sardo y otros jefes, y tan sólo pude dejarle una nota en tal sentido a uno de sus ayudantes.

De regreso a la fragata bajo mi mando, cuando la lancha bogaba en su dirección y se divisaba la silueta con claridad en la distancia, mi satisfacción personal subió muchos enteros porque, sin ánimo de alardear en falsete, era la unidad más hermosa de líneas a la vista, sin comparación posible o, al menos, así me lo parecía.

A bordo de la Elena continuaban los ejercicios, con toques de maniobra general y prevención para el combate sin descanso. Según me comentó el segundo, los murmullos navegaban en aumento y más de uno renegaba por haber cambiado de unidad. Pero sabía lo normal y pasajero de tal postura, por lo que prometí beneficios de boca y tiempo si conseguíamos encajar las monedas en la faltriquera con rapidez.

Caía la tarde cuando volví a recibir la visita de Pecas, sin viandas en esta ocasión, con el agradecimiento de su comandante por el vino obsequiado y el ofrecimiento de algún pertrecho de necesidad. Con tal excusa, aceptó mi invitación a la mesa como era nuestro deseo, y me narró los acontecimientos del día, que mi guerra andaba por otros frentes, pero debía mantenerme al tanto de la situación.

—Esta misma mañana despachó el comandante en jefe de la escuadra al teniente de navío don José de Quevedo y Chieza, uno de sus ayudantes, a la costa de firme con nota para el virrey de Cerdeña, participándole su llegada. En ella se solicitaban noticias exactas de la presencia del francés, fortificaciones emplazadas y relación de fuerzas. Estableció contacto con el oficial sardo que se comunicara anteayer con el comandante de la Esmeralda en el golfo de Cáller, un tal caballero Camurati, sargento mayor de caballería que se titula a sí mismo como General del Campo y representante del Virrey en esta zona. La verdad es que como tal general es tenido por todas las milicias de la comarca.

—¿Milicias? ¿No disponen en la isla de Cerdeña de fuerzas regulares?

—Muy pocas en el sur, tan sólo 40 dragones montados, porque los demás se mantienen en la parte norte de la isla. El resto a su disposición son milicias armadas con relativa uniformidad. Según parece, los franceses creían que tomarían Cerdeña sin mayor esfuerzo, con resultado negativo en sus carnes. Y si las noticias sobre

contrarrevolución en Marsella y Tolón son ciertas, les será difícil recibir apoyos de Francia a los aquí estacionados. Creo que fue arriesgado dejar estas fuerzas en las islas, aislados y sin posibilidad de refuerzo.

—Desde luego, su futuro es negro.

—Ese tal Camurati pasó a mediodía al buque insignia e informó al general. En cuanto a fuerzas navales, una vez despachados a Tolón el navío y la fragata para solicitar refuerzos con urgencia, quedaban la fragata Helène, que cayó sobre tus brazos, y la Richmond que se mantiene en la ensenada de San Pedro, bloqueada por dos navíos en crucero ante las puertas. Por cierto, que no comprendo cómo no le dan una ración de pólvora, para bajar sus ánimos de defensa. A ver si se nos escapa de las manos en la noche, o a favor de una niebla como la que nos atacó hace pocos días.

—Acabará por caer, si no hacemos el tonto de nuevo con tanta espera, claro.

—Ese es el deseo, aunque no es bocado como esta joya, que ya lleva bastantes años en sus cuadernas y fue batida a muerte en la pasada guerra. Según parece, no quiere forzar la mecha el general, sino que le caigan las frutas sin derramamiento de sangre, una vez comprobado el escaso esfuerzo combativo de los franceses. Como espera cambiar al fondeadero de San Pedro en la primera oportunidad, estima que será el momento de intimar su rendición por fuerza. En tierra, los franceses han fortificado la cabeza norte del puente que une la isla de San Antioco a tierra, además de la fortaleza natural elevada en Galazeta, ese castillo de Carloforte con aspecto medieval imponente.

—¿Han cavado trincheras las milicias sardas frente a ellos en el puente?

—Ninguna y no parecen con ánimos abiertos en ese sentido. Este caballero Camurati es mucho general del Campo pero dispone solamente de esos 40 dragones, más las milicias repartidas en grupos, pero sin artillería ni trincheras. Por esa razón, solicitó un desembarco de nuestras fuerzas en la costa nordeste de San Antioco, y cortar de esta forma la línea de las fortificaciones por su espalda. Y así se ha decidido.

—¿Habrá desembarco? ¿Cuándo?

—El general quería que se hubiese producido en el día de hoy, embarcando 400 sardos al mando de Camurati en lanchas armadas de la escuadra, auxiliados por 150 hombres de nuestra tropa de Marina. Al mismo tiempo, las fragatas batirán con su artillería las fortificaciones francesas en flanco, mientras atacarían por el puente 300 sardos más en conjunción.

—¿Atacarán las fragatas? ¿Sólo las fragatas? —Me sentí nervioso, como si estuviera a punto de perder una magnífica ocasión—. Nada me han comunicado.

—Se designaron las fragatas por la necesidad de arrimar quillas a tierra y el escaso fondo disponible. Supongo que nada te comunicaron en ese sentido, por considerar tu unidad en fase de composición, lo que es cierto y comprensible.

—Estamos prácticamente listos de...

—Vamos, Gigante. Ya sabes que soy muy crítico con nuestros jefes por norma

general, pero en este caso habría hecho lo mismo.

—Entonces. ¿Cuándo se llevará a cabo el desembarco? —pregunté, nervioso.

—Como te decía, el general intentaba llevar a cabo la operación esta misma noche, por lo que se ordenó mantenernos listos para la maniobra a las cuatro fragatas. Pero, según parece, este Camurati no puede reunir a sus huestes que andan desperdigadas, los 600 sardos, en tan corto espacio de tiempo y necesitaba un mínimo de 24 horas. De esta forma, se anuló la preparación anunciada, aunque la Esmeralda y la Perla pasaron a fondear cerca del puente, para poder observar los movimientos enemigos con mayor precisión. Está previsto ejecutar el desembarco mañana por la noche, si Camurati no vuelve a pedir prórroga, previo intento de rendición a lo largo del día.

—¿Rendición?

—Es la idea del general, si es posible. Mañana a primera hora se llevará a cabo una intimación formal a la rendición al comandante de las tropas francesas establecidas en San Antioco. En caso de que sea denegada, por la noche comenzará la fiesta del desembarco y bombardeo. Una de las lanchas armadas será la perteneciente de la Casilda, con lo que espero unirme a la tángana por tierra.

—Es posible que se rindan ante la visión de la escuadra.

—Prefiero un combate sangriento, con ascenso a capitán de fragata —Pecas reía en bromas.

—Déjate de mamadas, enano. La mejor sangre es la del cochino en matanza casera.

—A ver si he de curar otra vez una de sus delgadas piernas —intervino Setum, quien no se perdía una palabra de nuestra conversación, entre risas ahogadas.

—Por eso me arriesgo tanto en combate, brujo africano —Pecas lo golpeó en el pecho con cariño—. Si me rompen por alguna parte, ya me la repararás con tus hierbas y tus rezos.

Esa noche acabamos la charla con rapidez, porque Pecas debía incorporarse a su buque y yo andaba con el alma por los suelos, tras un día que parecía haber abarcado más de sesenta horas. Y entré en sueños profundos como los ángeles blancos, rendido de fuerzas pero con el ánimo elevado a los cielos.

De acuerdo a las explicaciones de Pecas sobre el plan a seguir, a las cinco de la mañana del día 22, partió el teniente de navío Quevedo de la capitana, portando la intimación del general al comandante francés establecido en San Antioco. Sin embargo, antes de que pudiera cumplir su misión, con el alba en luces, se observó desde el buque insignia que los franceses no habían izado su pabellón en los fuertes de la mencionada isla a la salida del sol. Poco después, avisaba una de las fragatas apostadas, que los sardos habían cruzado el puente en gran cantidad, por haber abandonado los franceses la isla. Por lo visto, se habían corrido en la noche hasta la isla de San Pedro, de más fácil y escarpada defensa, sin apercibimiento por nuestra parte, ni siquiera de las fragatas fondeadas a escasa distancia.

Según me informaron posteriormente, a mediodía regresó Camurati al buque insignia, informando de la posesión de la isla por sus fuerzas. Al mismo tiempo, solicitaba se le permitiese retener los cañones de a 24, a 12 y a 6 abandonados por los franceses, para fortificar contra la isla de San Pedro, a lo que accedió el comandante en jefe de la escuadra. Y no me agradó tal decisión, porque seis de las pequeñas piezas pertenecían a la Elena-presa por cargo de ley. Por desgracia, quedé sin ellos en forma que parecía definitiva.

Recibidos en la escuadra por fin los prácticos necesarios, los dos navíos en crucero sobre San Pedro recibieron la orden de fondear dentro de la ensenada, y vigilar así más de cerca a la fragata francesa. Durante la maniobra tuvieron la suerte de apresar a una escampavía^[65] con dos cañones de a 4 y seis pedreros, que llegaba de Marsella con 25 hombres, víveres y munición, ignorante de la situación establecida en la zona.

Fue entonces cuando decidió el general Borja hacerse a la mar para cambiar el fondeadero de la escuadra a la ensenada de San Pedro. De esta forma, pretendía intimar de rendición a las fuerzas francesas, refugiadas al completo como último reducto en la escarpada posición de la pequeña isla, de difícil acceso y ataque. Y ya se embastaban los planes para el ataque de 600 sardos, apoyados por 300 hombres de nuestra tropa.

Por fin, se avistó la señal por banderas de la capitana, en el sentido de preparar los buques para levar y salir a la mar en las primeras horas del día siguiente, 23 de mayo, con intención de tomar el nuevo fondeadero a continuación. Y en esa circunstancia me llegó la noche, tras otro día largo en ejercicios y esfuerzos, aunque ya comenzábamos a calmar las manos y aumentamos el rancho para abrir sonrisas.

Por fortuna, el cocinero de equipaje no era malo aunque tampoco ejemplar de palacio. En mi opinión, abusaba de las especies por manga abierta, en vista de las excelentes existencias a bordo, un producto muy utilizado en la Francia cuyo exceso nunca me agradó. Por mi parte, tan sólo rogaba en mis adentros para que no olvidara el jefe de escuadra Daoiz la sugerencia del general, y me autorizara a tomar el fondeadero a lo largo del día, con lo que podría navegar con la fragata a mis anchas y aderezar el personal en situación de mar.

Y di fin a otro día de trabajo alargado y extenuante, aunque ya mis pensamientos se centraran en lucir el gallardete de mando al día siguiente, y navegar con la Elena, aunque muchas dudas corrieran por mis tripas, ante las dudas que dotación tan desaparejada al grano podía ofrecer. Pero si la mar acompañaba en orden, todo saldría a capricho de doncella, que la ilusión puede mover montañas y barrer mares.

15. Mando en la mar

Aunque la intención del general era hacerse a la mar con las primeras luces del alba, la falta absoluta de viento imposibilitó la maniobra. Aquella amanecida del 23 de mayo parecía calcada a la de nuestra arriesgada operación sobre la bahía Rosa, cuando fuimos sometidos por la niebla a castigo de cuadernal en vuelo. Cuando por fin levantaron los caprichosos lienzos de una bruma en oleadas y se dejó ver el disco solar en su plenitud, la bahía de Palmas asemejaba un estanque de aguas plácidas y reflejos plateados, sin que la más mínima ventolina acariciara el gallardete de la capitana.

En estas condiciones se mantuvieron los elementos durante horas alargadas, con un vagajillo inestable y caprichoso que no era capaz de molestar la superficie en calma ni amparar una mínima vela. Pero ya se elevaba el sol con rayos de fuerza, cuando comenzó a soplar un noroeste flojo, pero suficiente para que la escuadra abandonara el fondeadero. Y la primera orden recayó en las fragatas, que debíamos abrir horizontes como marcan las normas más elementales de escuadra.

Me encontraba en el alcázar, acompañado del segundo, cuando ordené levar las dos anclas con falsa decisión. Pueden imaginar mi estado interior con bastante exactitud, mientras escuchaba el pito del contramaestre marcando el ritmo de brazos sobre el cabrestante, porque era difícil conjeturar el comportamiento de mis hombres, acoplados en baraja y por desmayo en muy pocas horas. Pero cuando ya sentí el corazón en ritmo de montura fue al ordenar largar el aparejo de mayores y gavias, bendecido por un viento que nos favorecía en cuchara para salir a mar abierta, si la tormenta mental no entraba por bajo.

Es bueno esperar el desastre en cualquier lance de nuestra vida, porque siempre deviene el futuro en blancos más o menos pronunciados. Y así sucedió en aquella primera maniobra embastada en la suerte por enteros. Aunque las voces se alzaran en ocasiones por encima de la bocina, y el paño flameara en exceso y de cortina hasta ser cazado en conveniencia, pocos minutos después navegaba la Elena a un largo con rumbo sur, momento en el que ordenaba largar el resto del aparejo, porque la brisa nos concedía ese privilegio.

Como por encanto, que así me lo pareció en verdad, se abrió el bendito milagro que eriza la piel en roderas y estrecha el alma en un puño de felicidad, al comprobar cómo la fragata marcaba surcos con aquel viento enfermizo. Y debo asegurar con la máxima sinceridad que, a lo largo de muchos años en la mar, navegué en pocos barcos tan marineros como aquella joya francesa, que ya enarbolaba nuestro pabellón en el pico de la cangreja y mi gallardete con orgullo a los aires.

Aunque algunos navíos se movieron como vacas sagradas, en especial el Real Carlos que más parecía una flotante desfondada en comparación a mi favorita, poco antes del mediodía maniobraba la escuadra en formación circular de agrupación, a

cinco millas al sudoeste del cabo Sperone, tomando el primer bordo a estribor. Por desgracia, el viento se mantenía escaso y entablado del noroeste, con lo que la entrada a la ensenada de San Pedro se mostraba como tarea difícil, especialmente para los navíos de mayor porte, que las fragatas habríamos tomado el fondeadero sin mayor dificultad.

El resto del día se convirtió en un suplicio para la escuadra, sin poder cumplir su objetivo, porque la insistencia del viento hacía perder con facilidad el escaso terreno ganado a barlovento sobre bordos. Y a tal punto llegó la situación, que decidió el general mantenerse en facha sin más intentonas de maniobra, en espera de un cambio en las condiciones del viento que no llegó en auxilio a lo largo del día. Y para colmo de males, conforme se apagaban las luces, el noroeste flojo cayó a ras de cubierta, para entrar en un calmerío de lomos que dejó las velas sin suspiro.

Por fortuna, el jefe de escuadra Daoiz no había olvidado la sugerencia del general, y a mediodía dirigió señal por banderas a la fragata Elena-presa, en la que se me ordenaba maniobrar al gusto y navegar por corridas libres, para fondear a última hora de la tarde en San Pedro, una vez lo hiciera la escuadra. Y aquella situación de espera me benefició por largo, porque corrimos el día con viradas, maniobras generales y ejercicios de guerra, sin forzar la mano en demasía, que ya entraba el rebenque en herida abierta. Y aunque todavía no podíamos asegurar que la dotación trabajara en armonioso conjunto, porque el viento era de doncella, me encontraba más satisfecho de lo que en principio podía esperar.

En cuanto a los oficiales, junto al buen hacer y laboriosidad del segundo comandante, pronto destacó el alférez de navío Francisco Spotorno, un cartagenero de brazos ajamonados y cabello color de zanahoria, así como el guardiamarina Javier Moncada, natural de Santander, a cargo del servicio de banderas y drizas, con respuesta rápida del código y ánimo belicoso declarado. Ya se merecía el mozo cántabro, de corpulencia pareja a la mía, la charretera que tanto anhelaba.

Aunque se autorizó a todas las unidades para mantenerse en facha durante la noche, era señal poco necesaria porque no soplaba una mínima brisa, al punto de recordarme aquellos calmazos antillanos de espera infinita. Y el día 24 se abrió con parecidas características, con lo que era difícil prever un futuro adecuado a la empresa. Sin embargo, cansado el general por la espera que no abría puertas de fondo, ordenó embarcar al jefe de escuadra don Fernando Daoiz en la Esmeralda, con intenciones de embocar el puerto de San Pedro. Y acompañados por las otras cuatro fragatas, nos presentamos con innegable facilidad entre puntas de la ensenada, momento en el que Daoiz tomó la lancha de su fragata para alcanzar al navío San Ildefonso, fondeado en privilegiado lugar del recogido puerto desde días atrás.

Mientras observaba el magnífico navío con mi anteojo, recordando el viaje que Pecas y yo realizáramos en él desde Cádiz a la Cartagena colombiana años atrás, para emprender la empresa americana, comprobé que desde el buque se despachaba la lancha a tierra con señal de parlamento enarbolado, con objeto de intimar la rendición

de los franceses atrincherados en el castillo de Carloforte y de la fragata Richmond, fondeada en sus inmediaciones de la isla.

El general Daoiz había seleccionado para tal misión a su oficial de órdenes, el teniente de navío don José Heredia Sotacamos. Al mismo tiempo y por orden del general, el navío San Ildefonso se acercaba a la fragata francesa, con amenaza de batirla si no accedía a la intimación. Según supe después, la nota del teniente general Borja dirigida al comandante de las tropas francesas, rezaba en la siguiente forma:

El Comandante general de la escuadra Española fondeada en este puerto, y que á la vela delante de él hace diligencias para tomarlo, declara al Comandante de las tropas Francesas de la isla de San Pedro que antes de procederse á un desembarco de tropas y milicias de S. M. Sarda, que verificará y sostendrá con sus poderosas fuerzas esta respetable escuadra, se está en tiempo de admitir razonables capitulaciones, entregando la isla á las invictas armas de S. M. Católica su amo; con lo que se evitará a favor de la humanidad la carnicería que de otra suerte sufrirá inevitablemente toda esa guarnición Francesa e individuos de la misma nación, á que les habrá hecho acreedores la temeridad de intentar resistirse á unas fuerzas tan decididamente superiores.

= A bordo del Real Carlos 24 de Mayo de 1793. =

Con las fragatas mantenidas en facha a la boca de la ensenada, recibimos la primera sorpresa al observar cómo la fragata Richmond se abría en fuegos con extraordinaria rapidez, lamiendo llamas los palos en pocos minutos. Sin duda posible, la unidad había sido incendiada por su propia dotación para no entregarla al enemigo, una decisión que estimamos razonable y acertada de orden, aunque perdiéramos esa unidad con la que ya contábamos para nuestras fuerzas. Y no dejé de pensar en la posibilidad de su apresamiento si no se hubiese perdido tanto tiempo en componendas, unas consideraciones que en la guerra poco fruto rinden.

Según nos comentaron en su momento, durante la noche anterior habían sacado las jarras de pólvora y la mitad de sus cañones a tierra, faena espesa con la que habían formado una nueva batería al pie del castillo, haciendo más difícil su conquista. Ya les digo que perdimos una fragata por falta de acometividad, que las cámaras de los generales son demasiado opulentas y hacen olvidar la guerra y la sangre.

Corríamos las primeras horas de la tarde sin observar el regreso de Heredia, con lo que a bordo se abrieron discusiones sobre las posibles acciones a seguir. Orzeta, el segundo, era categórico en sus opiniones.

—Esos franceses deben estar considerando las condiciones de rendición, expuestas por el comandante general de la escuadra en su pliego de intimación. Y ya verá, señor comandante, cómo acabarán por rendirse ante nosotros en brazos abiertos, que no parecen estos revolucionarios muy propensos a lucirse con ánimos

numantinos.

—No olvidemos que las noticias aparejadas por la escampavía en su arribo, han podido cursar efecto negativo en el comandante francés, con lo que es más sencillo conseguir la conquista de la isla sin derramamiento de sangre —alegué para apoyar la postura del segundo, en la que concordaba.

—¿Qué noticias son esas, señor? —preguntó el alférez de navío Ezequiel Bortano, joven catalán, apocado en un primer análisis, pero de valor personal rayano en la temeridad.

—Según parece, se ha sublevado la región circundante a Marsella y Tolón contra la Convención, y la ciudad y el arsenal de esta última se encuentra en manos de los realistas, que intentan ampliar su influencia. De esta forma, los únicos socorros que pueden llegar en auxilio de estas tropas han de proceder de puertos alternativos en esta mar, si aún mantiene el pabellón tricolor en sus castillos, o del Atlántico que es gallo de lejano recuerdo. Además, no creo que se encuentren preocupados en estos momentos los revolucionarios instalados en el continente por la suerte de estas islas, con el peligroso negocio que mantienen en casa propia.

—En ese caso —apoyó el contador—, estarán discutiendo las condiciones de rendición, sin duda. Además, en caso de resistencia, habrían devuelto al oficial en parlamento sin más miramientos.

—Esperemos que así sea —afirmé de nuevo—, porque no será fácil sacarlos de ese castillo sin grandes pérdidas por ambos lados.

Por fin, observamos el regreso de la lancha al navío San Ildefonso. Sin embargo, los pabellones tricolores seguían a la vista en la isla de San Pedro, lo que no hablaba de inmediata rendición. En verdad, el teniente de navío Heredia traía consigo las condiciones que el comandante francés estimaba pertinentes para ceder las armas. Una hora después, pudimos comprobar cómo regresaba dicho oficial en vuelta a la pequeña isla, con las Condiciones baxo las quales debe entregarse á las armas de S.M. Católica, mandadas por mí, la isla de San Pedro y toda la tropa Francesa y dependientes de mar y tierra de la misma nación, según rezaba la nota del general Borja.

Y con este nuevo parlamento del oficial de órdenes, se concluyó la historia a nuestro favor y sin disparar un solo mosquete. Pocos minutos después observamos cómo se arriaban banderas en las posiciones francesas con inesperada decisión. De esta forma, los comandantes de mar y tierra de dicha nación aceptaban en todas sus partes las condiciones, y se rendían como prisioneros de guerra bajo las normas que se le impusieron. Tan sólo adujeron un ruego especial en respetuosa súplica, para que fueran tratados con humanidad los colonos franceses allí establecidos, cuando la isla fuera entregada a Su Majestad Sarda. Y aunque se aceptó por parte de nuestro general tal requisitoria sin observación en contra, éramos muchos los que dudábamos de considerarla efectiva en verdad, al conocer la amistad que las milicias sardas derrochaban sobre los revolucionarios, tras las sangrientas correrías habidas por los

franceses en rapiña por la isla.

Las acciones de guerra se sucedían a ritmo de trompeta dorada, porque seguíamos ganando objetivos con escaso gasto de pólvora y sin derramamiento de sangre. Tal efecto nos producía ambiente de franca superioridad, así como un análisis muy desfavorable en cuanto al fervor guerrero en los revolucionarios franceses. Sin embargo, no era muy correcta esta suposición, como demostrarían los acontecimientos con el correr del tiempo.

Pero a efectos de maniobra de la escuadra, rendimos el día en las mismas condiciones, y debimos esperar a bien entrada la mañana del 25 para que, por fin, pudieran tomar los navíos la ensenada de San Pedro al ancla, acción que seguimos las fragatas con mayor comodidad, quedando la Elena, al segundo intento, fondeada al socaire del cabo Sperone. Y necesitamos de la segunda oportunidad porque en la primera, llevada a cabo junto al islote de la Vaca, no dio de sí la longitud del cable por fondo excesivo, a pesar de haber ajustado^[66] los existentes de 20 pulgadas. Debo recordar que en su intento de huida, los franceses habían picado uno de ellos, con la merma de rigor.

Por parte española se entregó la isla de San Pedro al caballero Camurati, con los pertrechos imprescindibles, mientras se tomaba el resto para las unidades de la escuadra. Porque una vez visitadas las posiciones francesas, se comprobó la posesión de 75 cañones de diferentes calibres, algunos de a 24 y reciente fabricación, cinco morteros, así como una muy abundante cantidad de municiones de guerra y víveres. Pensamos que con aquel excelente bagaje, podían haber intentado una larga resistencia en Carloforte, y haber ocasionado mucha sangre por ambos bandos en el intento de tomar sus posiciones.

Es de notar que también se apresaron en la lengua de tierra dos lanchas cañoneras, muy parecidas a las ideadas por el general Barceló, incorporadas de inmediato a la escuadra. En cuanto al personal, a los prisioneros ya embarcados en los navíos, habría que sumar los 30 oficales y más de 800 hombres establecidos en la isla de San Pedro, que también debieron incorporarse a nuestros buques por expresa solicitud del virrey sardo, al considerar como misión imposible asegurar su mantenimiento con vida y en orden de ley en tierra.

De esta forma, caía la tarde del día 25 mientras me mantenía con las dudas abiertas sobre el futuro, que nada corría en voces ni se ordenaba consejo de generales y comandantes, al que debería asistir por primera vez. Por dicha razón, embarqué en la lancha y ordené dirigir la boga de mis hombres en dirección a la fragata Santa Casilda, por si Pecas o el comandante Villavicencio andaban más frescos de indiscreciones en voz baja, y podían adelantarme alguna nueva.

A bordo de mi antiguo buque fui recibido con exclamaciones calurosas y gestos de cariño, especialmente por el alférez de navío Del Lago y el alférez de fragata Barceló, ambos de guardia en cubierta, a quienes había tomado gran afecto. Y como norma obligada, dediqué algunos minutos a saludar al personal que se encontraba en

las inmediaciones, recibiendo de todos ellos la enhorabuena por el mando otorgado. Comprendí que aunque hubiera hecho trabajar a aquellos hombres como galgo en pradera, me apreciaban en el fondo, que no entraban las alabanzas por interés a la vista, lo que siempre resulta reconfortante en el servicio.

Poco después recibí un afectuoso abrazo del comandante en la toldilla. Y como ya habían llevado a cabo la colación vespertina, fui invitado a su cámara en unión de Pecas, con la tentadora oferta de una frasca de aguardiente. Y no tardé en entrar en interrogaciones, que mucho me jugaba en el envite.

—Aparte del placer que me supone regresar a este buque y saludar a mis antiguos compañeros, quería tomar noticias sobre nuestro futuro, si algo de interés ha llegado a sus oídos.

—Según tengo entendido, mañana por la mañana, el general Borja ordenará Consejo y nos expondrá sus planes de acción —era el comandante quien explicaba con seguridad—. Y aunque sus intenciones primitivas eran enviar a la Corte las nuevas de la conquista y permanecer por estas aguas hasta recibir oportuna orden, que en esa línea las recibió él mismo en su día, el problema de andar en la escuadra con más de mil prisioneros no es caldo de placer. Por esa razón, es posible que decida arribar hacia Cartagena u otro puerto más cercano, como las Baleares. Pero se trata de comentarios de pasillo, sin certificar.

—Preferiría que la escuadra continuara en operaciones por mar abierta y me mantuviera entre sus faldas —alegué en rotundo.

—Ya lo supongo —exclamó don Juan entre risas—, que el plato con torrijas de miel nadie lo desecha. Su futuro es incierto, amigo Leñanza, y le hablo con sinceridad. Todo es posible en el caso tan especial del mando que ostenta. Desde luego, más pronto que tarde deberá presentarse ante la Junta de Presas en Cartagena, para llevar a cabo la preceptiva valoración e inventario, con las inspecciones de rigor. Después, el que siga como comandante o no, dependerá de muchos y diversos factores. Se deberá recibir en el departamento marítimo notificación de la Secretaría de Marina, en cuanto al ingreso del buque en las listas de la Armada, así como el nombre que se le debe otorgar oficialmente. Y en esa orden puede venir aparejado el nombramiento de otro oficial para el mando, o dejarlo en silencio con lo que ratifica el encomendado en su momento por el comandante en jefe de esta escuadra. Todo dependerá de los corazones interesados y los que mueven hilos por corrillos de oficinas.

—¿Y el general Borja no puede proponer lo que estime oportuno y conveniente? —preguntó Pecas, que ya buscaba soluciones alternativas.

—Un teniente general de la Armada puede proponer lo que estime conveniente a la Secretaría, bien sea blanco, negro o gris. En este caso le sería posible aducir a favor, si así lo estima de orden, las cualidades desplegadas por el capitán de fragata Leñanza como comandante de la Elena-presa hasta el momento. Como vivimos momentos de guerra, en los que más vale no alterar mandos y responsabilidades,

podría obrar en su favor dicha anotación.

—Entonces, la maniobra está clara y a la vista —Pecas gesticulaba con fuerza, como si hubiese encontrado la solución inmediata al problema—. Debes hablar con el brigadier Girón, que te guarda bien las espaldas, para que se incluya tal recomendación del general en el momento que debas presentarte en Cartagena. Como será él quien ordene la redacción de los partes, está en sus manos tal posibilidad.

—Ya sabes que me cuesta mucho pedir favores, especialmente a persona que tanto me ha dado. Lo intentaré si sale el tema a colación. Al menos, mañana procuraré que me incorporen algún cañón de a 6, de los desembarcados por la Richmond.

—Es posible que lo consiga —medio Villavicencio—, porque no está dispuesto el general a perder más artillería en beneficio de los sardos, con la penuria existente en nuestros parques. Y ha sido abundante la requisita, que no llegaron los revolucionarios con manta y arcabuz a estas islas. Creo que, en total, se han tomado a los franceses 104 cañones, cinco morteros, abundantes pedreros de bronce y 1225 prisioneros de guerra, sin contar un elevado número de armamento portátil, y de gran calidad. Espero que no se les ceda a ese caballero Camurati un solo fusil de los requisados, con la falta que presentan en nuestros arsenales.

—Bueno, lo que ha de ser, será sin remedio —entoné con resignación.

—Nada de eso, amigo mío —insistió Pecas—. Hay que arrimar leña al fuego, si no quieres que se extingan las llamas.

Sabía que tenía razón, pero también era consciente de que me sería difícil atacar al toro por esos cuernos.

—Por cierto, Pecas, la Elena se encuentra pertrechada de todo y en su cantidad precisa. Pero, para desgracia mía, no dispongo de una maldita frasca de este maravilloso unguento a bordo de la más ligera de las fragatas.

—No es recomendable el uso de tales pócimas en buques con dotación sin encajar al tope. Pero si es por motivos de tu enfermería, que tan deficiente se encuentra, podré intercambiar alguna frasca si recibo un adecuado montante de ese vino de Burdeos que, por mis nobles plantas, es digno de la mejor mesa.

—Sólo piensas en tu paladar. Ten en cuenta los enfermos a bordo.

—Recibiste dotación nueva y revisada de calenturas. Si quieres unguento mágico, como dices, deberás desprenderte del líquido rojo francés.

—Parece mentira que seas mi compañero y cuñado.

Entre risas y bromas, regados por el mágico unguento, continuamos hasta que consideré oportuno el regreso a mi fragata. Debo declarar que no me mantenía muy cómodo lejos de ella en mi primera salida, como quien se desentiende de niño desamparado, aunque pecara de extraña severidad en mi comportamiento. Y así, con las dudas abiertas en la cabeza y mil posibilidades de ida y vuelta por blanco o negro, conseguí entrar en sueños. Bien es cierto que el caldo ceheginero ayudaba siempre en dicha empresa.

16. Decisión tomada

Tal y como había augurado don Juan de Villavicencio, a la mañana siguiente, entrados en calores de grado, la capitana agitó banderas con anuncio de Consejo de generales y comandantes para dos horas después. Y por fortuna, ya había trabajado Setum las habilidades de un maestro de velas, para alistar el uniforme grande a mi nueva condición y empleo, porque tal prenda corría todavía sin galones en las vueltas y sería la oportuna para la ocasión.

La situación de mar y viento se mantenía en las mismas cuerdas de días anteriores, con el viento rolando en pereza al nordeste, cuando embarcaba en la lancha, dispuesta y empavesada para revista real. Y volví a cruzar la ensenada en demanda del navío insignia, donde fui recibido por el oficial de guardia y orquesta de contra maestres, que los Consejos se llevaban al punto de norma y razón.

Recibí la primera alegría en cubierta, donde crucé camino con el brigadier don José Girón, a quien felicité efusivamente por su ascenso, al tiempo que agradecía las prebendas recibidas. También él me ofreció sus más sinceros parabienes, emplazándome para después del Consejo en conversación privada, porque andaba con prisas de última hora en aquellos momentos, al oficiar como secretario.

La chaza de ayudantes se encontraba como copo de almadraba, al punto de verme obligado a mantener espera en el corredor de entrepuentes, hasta que se decidió abrir la puerta de acceso a la sala. Aunque ya conocía la cámara del almirante, en esta ocasión se encontraba dispuesta en oros para el fausto acontecimiento, así lo era para mí que me estrenaba en tan altas lides, con sillones de terciopelo en dos semicírculos, abiertos en punta hacia proa. Y no sólo esperé a que se diera la bienvenida por el comandante en jefe de la escuadra, sino a que tomaran asiento los generales y comandantes de buques, para atacar el último disponible, dada mi modernidad en el empleo, porque los mandos de unidades inferiores a las fragatas no solían acudir, salvo misión especial encomendada.

Como mi ignorancia en el protocolo y movimientos a seguir durante el consejo era absoluto, y no sabía por dónde debía sonar el violonchelo en la orquesta, me propuse seguir a rajatabla la recomendación del comandante de la Casilda, al aconsejarme mantener silencio, escuchar con atención y contestar al ser preguntado, si en tal sentido me requerían.

Aunque se encontraban abiertas lumbreras y balconadas para abarcar una brisa inexistente, el calor en la cámara era de estado, con lo que algunos opulentos jefes, embutidos en casacas de paño, transpiraban a la vista. Establecido el silencio a muerte y tras unos largos segundos en los que se escuchaba el agitado respirar de algún pecho encorsetado en exceso, tomó la palabra el teniente general Borja, elevado en su sillón sobre el resto por adecuado pedestal.

—En primer lugar, quiero felicitar a todos los mandos de esta escuadra por la

extrema y exacta diligencia en la ejecución de las órdenes, así como por el éxito conseguido en la empresa encomendada por Su Majestad, lo que así haré llegar a nuestro Señor con los detalles personales de relevancia. Hemos expulsado al francés de estas islas, que devolvemos a su legítimo propietario de acuerdo a los Tratados suscritos. Y ese era, sin duda, el fin perseguido en esta campaña.

Don Francisco de Borja dirigía la mirada hacia un cartapacio situado sobre su mesa, aunque éste se mantuviera con los balduques amartillados en cierre. Y debí mantener mis oídos con bocina abierta, porque el general utilizaba un tono de voz tan suave, que temía perder alguna de sus palabras.

—Como les expuse en el primer Consejo que celebramos, de acuerdo a las órdenes recibidas de la Corte, debería esperar nuevas instrucciones en estas aguas tras conseguir los objetivos expuestos, salvo mayor necesidad estimada a mi libre criterio como mando de escuadra en la mar. Aunque hayamos alcanzado la meta perseguida sin mermas notables en víveres y pertrechos, ni sufrido desbarate por mar o guerra en ninguna de las unidades presentes en esta isla o las mantenidas en crucero, he decidido que mañana tomará proa la escuadra hacia el puerto de Barcelona, donde enviaré el preceptivo informe de las operaciones a la Corte y esperaré nuevas órdenes.

Hizo un silencio ligero, mientras repasaba sus manos con detenimiento, como si pensara en las próximas palabras a declamar.

—Este cambio en las previsiones se debe a dos razones principales. En primer lugar, no es conveniente mantener en nuestros buques los más de 1300 prisioneros de guerra franceses, que tanto obstaculizan la normal vida a bordo en todo orden y régimen. Además, también la requisa de armamento ha sido de notable importancia, mucho mayor de la esperada, y es posible que produzca alivio para los ejércitos que luchan en los Pirineos contra los franceses, o las unidades del general Lángara en apoyo.

Debió observar algún gesto de sorpresa en los asistentes, porque se apresuró a intervenir en contra, alzando una de sus manos.

—Pero no teman, señores, que rellenaré nuestros cargos en los apartados más negativos, dentro de lo posible. Sin embargo, no debemos olvidar el fin general de la guerra contra la Convención francesa, que en estos momentos se abre en los frentes de tierra. Las disposiciones en detalle les serán ofrecidas por el general subalterno a continuación.

Y sin más comentarios, señaló el general Borja al jefe de escuadra don Fernando Daoiz, que tomó la palabra con rapidez y seguridad, alzando su figura. Por fortuna, su voz dura y ronca tronaba con suficiente fuerza.

—Si las condiciones de viento y mar se mantienen, lo que en tal sentido pronostican los pilotos, en las primeras horas saldrán las fragatas en descubierta hacia poniente, abriendo línea a los navíos. Una vez en franquía, las fragatas Perla y Esmeralda harán rumbo oportuno para establecer contacto con las unidades de la

escuadra en crucero, enterándoles de las nuevas órdenes en su misión que pasaré a dictar y les serán entregadas tras el Consejo. La fragata Elena-presa maniobrará con libertad desde su salida a la mar, para dirigirse al puerto de Cartagena y presentar su documentación ante la Junta de Presas del departamento marítimo. Esta tarde deberá llevar a cabo el barqueo necesario, para recuperar los seis montajes de a 6 que le fueron desmontados por la dotación francesa y rellenar, de esta forma, su cargo de artillería.

Aunque ni siquiera me dirigiera la mirada, sentí como si me lanzaran una violenta e inesperada patada en el estómago, porque no entraba en mis cálculos la peor de las soluciones para el futuro. Pero nadie habría podido notar lo en mi rostro, aunque es verdad que ningún oficial dirigía su vista en tal dirección. Tan sólo me pareció atisbar un gesto extraño en don José Girón, aunque podía ser fruto de mi desilusión momentánea. Pero ya continuaba Daoiz con martillete.

—Las unidades que hayan expresado necesidad de pedreros o munición menor, harán acopio de ellos esta misma tarde. El reparto de fusilería para aumentar cupos a bordo, sin necesidad de rellenar los cargos, se llevará a cabo por la Mayoría General. Y también será necesario acometer el barqueo de todo el armamento que deberemos transportar en nuestros navíos, una cantidad considerable.

Continuaba el jefe de escuadra con información sobre diferentes detalles concretos, para los navíos y fragatas establecidos en crucero por las zonas septentrional y occidental, de forma que confluyera el completo de la fuerza en el puerto barcelonés. Sin embargo, a partir de aquel momento resbalaban sus palabras por mis oídos, porque no eran de interés para mi persona disposiciones de una escuadra cuya compañía debía abandonar en la mañana siguiente. Pero conseguí dominar mis negativos pensamientos, repitiéndome una y otra vez que había sido tocado por dedo celestial y tampoco se podía recibir prebendas de corte cada día del año.

El Consejo tocó a su fin, sin que nadie me dirigiera la palabra, salvo el capitán de navío Villavicencio, quien me ofreció una cariñosa palmada en la espalda al llegar a mi lado.

—Siento que nos abandone tan pronto, Leñanza. No siempre suenan las campanas en condición de maitines. Pero le queda un hermoso trayecto por la proa y sin mando superior a la vista. Además, nadie sabe lo que nos depara el destino. Es posible que esta escuadra se pudra de aburrimiento en Barcelona, para dirigirnos a Cartagena después. Si le viene bien, acérquese por la Casilda esta tarde para tomar una última porción de la pócima milagrosa, y despedirnos.

—Muchas gracias, señor. Así lo haré —intenté alentar un conato de satisfacción en mi rostro, que no sentía ni en mil millas.

—De acuerdo. Allí le esperaré.

Comenzaban a abandonar el buque insignia los diferentes comandantes, con laboreo de lanchas y necesario ceremonial, cuando dirigí mis pasos hacia la oficina

de la Mayoría General, indicada para visitar al brigadier don José Girón. Y también allí debí mantener guardia de espera, hasta que mi antiguo comandante me hizo pasar con él en privado.

—Me parece, Leñanza, que no se siente muy satisfecho por la orden de retorno a Cartagena. Intenté que se mantuviera en la escuadra, pero una vez decidido por el general nuestro arribo a Barcelona, que nos sorprendió a todos, no quedaban argumentos para retenerle. Y no estoy seguro de que fuera mejor para su futuro nuestra compañía. En la documentación que le haré llegar esta tarde a su fragata, se expone una recomendación del general Borja para que continúe en el mando, si a bien lo tiene el Capitán General de Departamento Marítimo y es refrendado por la Secretaría de Marina, dadas las circunstancias de guerra que sufrimos y la posible necesidad de unidades en apoyo al ejército en las costas catalanas. Pero, con sinceridad, no se haga excesivas ilusiones porque entrará en sorteo de catres. Tan sólo espero que diligencie a la mayor brevedad la revisión por la Junta de Presas, y se abra su futuro como se merece.

—Muchas gracias, señor. Y una vez más, le agradezco todos los detalles que ha tenido conmigo.

—Si no los mereciera, Leñanza, no los habría recibido, puede estar seguro.

Nada más había que decir, salvo despedirme de mi antiguo comandante. Tras un ligero abrazo por su parte, que mucho afecto me dispensaba, tomé la lancha para regresar a mi buque con sentimientos en lucha interior y, debo reconocerlo, el ánimo ligeramente abatido.

Reuní a mis oficiales nada más retornar a la fragata, para transmitirles las órdenes recibidas y tomar las provisiones necesarias. Pude observar signos contrarios en sus rostros, porque algunos parecían desear el regreso a la capital departamental por diversas razones personales, mientras otros perseguían acciones de escuadra.

Para colmo de desdichas, debimos rematar el día con pesado y laborioso trabajo a bordo, porque el barqueo e instalación de la artillería perdida no era cuestión menor en la mar. Pero quedó resuelto el movimiento y estiba de pesos con los aparejos aliñados por el contra maestre, así como las necesarias preparaciones de todo buque antes de emprender navegación. Cuando tomé la lancha para dirigirme a mi antigua unidad, poco trabajo restaba para dejar la fragata Elena lista para salir a la mar en la mañana siguiente.

En la fragata Santa Casilda me ofrecieron una succulenta cena de despedida en la cámara de oficiales, donde atisbé unas generosas y succulentas paletillas aportadas por Pecas de su cargo personal. Por mi parte, llegué a mi antiguo destino con una aceptable cantidad de vino francés, que fue aclamado por todos en rendido agradecimiento.

Como ya era normal en nuestras vidas, debí despedirme una vez más de mi buen amigo. Pecas fue el último en quedar a mi lado en el portalón, antes de abordar la lancha.

—Ahora que habíamos conseguido embarcar en la misma unidad, nos separamos de nuevo —dijo con cierta tristeza—. Y no es cuestión fácil.

—Así es y ya deberíamos estar acostumbrados. Después de todo, no estoy seguro de que el mando de la Elena haya sido de suerte.

—Vamos, Gigante, no creo que digas eso en serio. Cualquiera habría dado un mundo por ese mando, recién ascendido a capitán de fragata. Además, eres hombre de suerte y con especial estrella. Estoy seguro que saldrás avante y te quedarás con esa preciosa Elena para largo, aunque te hagan sufrir los contadores e inspectores de la Junta de Presas.

—Dios te oiga. ¿Quieres algo para la familia en Santa Rosalía? Espero poder acercarme en la primera oportunidad, y comprobar el restablecimiento de Cristina.

—No te preocupes que ya andará al galope por la hacienda. Dales un abrazo de mi parte y diles que volveré en pocas semanas. Me parece que el general Borja acabará recalando en Cartagena más pronto que tarde. Según tengo entendido, sus relaciones con el general Lángara no son muy estrechas.

—No hagas locuras, enano.

—¿Locuras? —Sonrió con pena—. No creo que haya lugar a ninguna.

Y tras un último abrazo, nos despedimos con abierta tristeza en nuestros rostros. Y bien que sentía dejar de escuchar sus bromas e historias que tanto alegraban mi vida. Pero nuestras carreras seguían avante y, como siempre, con el futuro incierto.

Amaneció el día 27 con repetición de condiciones ambientales y mi cerebro en sosegada tranquilidad, aunque les cueste creerlo. Había encajado lo que estimara duro golpe en un principio, hasta convencerme que no era así porque, sin duda, conformaban un cajón de suerte las aventuras corridas en el año, debiendo elevar el necesario agradecimiento por los bienes recibidos. Ceñí el pensamiento a la próxima travesía, muchas millas como comandante de esa hermosa fragata, y con el destino incierto pero no quebrado a vuelta.

Un día más, debimos aguantar los cables en firme hasta que comenzara a soplar un ligero viento del nordeste que permitiera la salida de la ensenada. Y una vez abierta la fragata Perla, que se encontraba por mi banda de estribor a corta distancia, levamos anclas para dar el aparejo por cuadras y abandonar la ensenada de San Pedro, donde habíamos obtenido un rápido triunfo para nuestras armas con poca pólvora disparada, que las únicas andanadas se escucharon en la caza de la presa y por medio de dos fragatas.

Entablado por fin el nordeste, que fue aumentando a fresco conforme se elevaba el sol, navegamos a un largo con todo el aparejo largado a los cielos, con proa a poniente en previsión de ganar barlovento, por si retornaba el viento en capricho al cuarto cuadrante. Por fortuna, ya se movía el personal con cierta soltura a bordo, aunque en tales condiciones de mar y viento podría marinar el buque un regimiento de alabarderos.

Los dos primeros días se mantuvo el viento a favor de damas, por el anca^[67] y fresco, que nada más a gusto se podía pedir, aunque alguna noche rebajara el soplido. De esta forma, estimamos un andar por encima de las cien millas diarias. Sin embargo, a la tercera amanecida se nos mudó el viento en tramontana y frescachón de fuerza, con necesidad de cargar juanetes, trabajo de brazas y movimiento en cubierta, aunque aumentara nuestra estela en borbotones.

Fueron días de extremo gozo y placidez en los que llegué a la feliz conclusión de que, tal vez, me había favorecido la suerte de nuevo, porque más valían aquellas jornadas en solitario, que andar fondeado con la escuadra en Barcelona como cola de león. Paseaba por el alcázar cual auténtico dios y como tal me sentía, que nadie podía cambiar los designios de mi voluntad salvo los cielos. Es en esos momentos cuando se comprende la soledad y grandeza del comandante de un buque en la mar, con cientos de hombres bajo su responsabilidad y tantas almas encomendadas a su pericia marinera y buen hacer, siendo el único en tomar la decisión que puede salvar cuadernas o mandar la quilla al infierno.

Calculaba el piloto, don Pedro Mendoza, la altura del sol en la meridiana del día 30, sin haber avistado una sola vela en el horizonte, cuando el vigía instalado en la cofa del mayor cantó tierra por la amura de estribor. Como acababa de echar un vistazo a la carta, comenté al aire.

—Si no andamos mal de aguja, debe ser la costa sur de la isla Formentera.

—Sí, señor, con seguridad —apuntó el piloto—. Llamada en la antigüedad Pitiusa Menor. Y no guardo buenos recuerdos de esa isla.

—¿Por mujeres? —apunté en broma.

—Ojalá fuera esa la razón, señor. Mi primer destino como pilotín fue a bordo del bergantín Vigilante, y una tramontana de horca y sotana nos llevaba a morir, desarbolados, en las rompientes del cabo de la Palmera. Luchamos una noche de mil horas, largando las anclas, rompiendo los cables y rogando a los santos. Por fortuna, un rezón se agarró a muerte en una piedra y aguantó el envite, al tiempo que amainaba el temporal poco después y conseguíamos enmendar en bandolas^[68]. Nunca lo olvidaré, puede jurarlo.

—Lo comprendo, que algunas experiencias dejan su huella al fuego. Pero siempre hay una posterior que enmienda la plana. Bueno, seguiremos a este rumbo.

—¿Deseaba recalar en la isla, señor?

—Dudaba en repasar su costa sur, pero si tan mal le fue en aquella experiencia, pasaremos de largo. Además, ya la recorrí con detalle un par de veces. Continuaremos a rumbo, que no nos podemos quejar.

—Desde luego, señor —apuntó el segundo—, que más parecemos embarcados en viaje de placer, con falúa real por el río de Aranjuez.

—Cruce los dedos, señor —medió el piloto, muy propenso a los dichos de superstición—, que nunca en la mar se digiere el pescado hasta llegar a puerto.

Continuamos nuestra derrota establecida en directo, como si navegáramos por

otro mundo, que ni un pequeño pesquero se alzó a la vista en tantos días. Y salvo la noche del día 31, que nos azotó un levante cascarrón e inesperado, amenazando con entrar en ventarrón, nada más hubo que señalar. Pero fue de agradecer aquel atisbo de temporal, con maniobra general y necesidad de aferrar gavias, en el sentido que pude comprobar el buen manejo del contramaestre, don Ginés Paredes, y los cabos de mar, trepando a los palos con el viento bramando entre las jarcias. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que podía ser mi último día de mar con aquella bellísima fragata, detalle que me entristeció sobremanera.

En efecto, el primer día de junio, caídos ligeramente al sur de la derrota por el ventarrón nocturno, recalamos en el cabo Tiñoso, para enmendar a continuación en bordo y aproar en dirección a Cartagena. Y entrados en una tarde con viento de levante y sin los calores de las últimas semanas, largamos el ferro frente a sus murallas, primera vez que las anclas de la Elena arañaban el fondo en arenas de la ciudad que tanta Historia abarcaba a sus espaldas, donde antes lo habían hecho cartagineses, romanos y todas las civilizaciones que nacieron en el Mediterráneo.

Con la escuadra del departamento en operaciones, la dársena se encontraba casi desierta, salvo algunas unidades menores, lo que causaba una impresión extraña y de añoranza, acostumbrado a ver el puerto cabecero del departamento marítimo con bullicio general de botes, y lanchas de los buques en movimiento. Pero como ya comenzaba a declinar la luz, decidí posponer mi presentación para el día siguiente, limitándome a cursar petición al comandante general del arsenal, para atracar en él en la primera oportunidad.

Por si acaso se acababa pronto la dicha de mi mando, aquellas últimas horas del día paseé una vez más por las cubiertas de la fragata, tocando sus maderas y repasando su estructura, como quien abandona el gran amor por tiempo indeterminado. Así pareció entenderlo Setum, que adivinaba siempre mis pensamientos.

—No se entristezca, señor, que esta fragata seguirá siendo suya.

—Mucho han de repicar las campanas a favor para que tal circunstancia se produzca.

—Se producirá. ¿Dónde está su optimismo y confianza tan habituales? Ahora que todo le ataca a favor, entra en dudas de ceniza. Ya verá cómo todo se abre en la dirección adecuada.

—Uno de tus conjuros no vendría mal —sonreí mientras lo tomaba por el hombro—. Perdona, Setum. Ya sé que no te gustan las bromas en ese sentido.

—¿Marchará el señor a Santa Rosalía?

—Lo haré en la primera oportunidad. Pero, en verdad, no tengo la menor idea de cómo funciona esa Junta de Presas, así que he de esperar. De todas formas, asegúrate que uno de los carruajes permanece en la ciudad, tal y como convinimos con don Santiago.

—Muy bien. Así lo haré a primera hora.

Con extraños sentimientos de campana y repique, rendí el día. Y no podría explicar si eran de placer o dolor, porque sabía poco de mi labor en las próximas jornadas, así como de las posibilidades reales que se abrían en mi futuro. Decidí beber unas copas de aguardiente, apoyado en la regala de la toldilla, que levantaron el ánimo lo suficiente para entrar en sueños de felicidad.

17. Rutina y sorpresa

Aunque intentara mantener el ánimo abierto a la esperanza y repetir los argumentos de suerte propia en mi cerebro, eran tantas las dudas ceñidas en verdad sobre futuros, que cuando, al día siguiente de la arribada a Cartagena, dirigía mis pasos hacia el palacio del Capitán General del Departamento Marítimo, los moscardones roían las entrañas a riñón abierto, sin concederme una mínima placidez de espíritu.

Ya pueden imaginar mi uniformidad de oro y plumas para la necesaria presentación ante quien ejercía de virrey en las costas del Mediterráneo, el teniente general don Miguel José Gastón de Iriarte, dueño de almas y carreras sin límite. Para la ocasión utilicé carruaje propio, disponiendo por tal el de mi buen amigo y compañero, agenciado por Setum para la ocasión. Y de esta forma atacué la entrada del noble edificio, guarnecido entre portones por soldados del Cuerpo de Batallones engalanados al compás, que allí no se sentían las penurias en la uniformidad.

Aún siendo comandante de unidad a flote y en regreso de operaciones, que dispone de primacía señalada en protocolo para recibo de generales, hube de soportar cámara de espera alargada entre uniformes de alta graduación, extrañado en sumo grado al no comprender cómo tantos jefes superiores ejercían destino en departamento sin escuadra. Y para desencanto de honores propios con merma de orgullo, ni siquiera llegué a pisar la alfombra del despacho regio, porque ya un capitán de navío bajo y redondo como tonelete de aguada, que nadaba entre los ayudantes marcando aires de general con mando en plaza, me enviaba a la Mayoría General del departamento, una vez enterado a la ligera de mis pasos y necesidades.

De esta forma, rebajado de humos y ánimos al bias, comencé un largo peregrinar por pasillos y salas de ayudantes, que fue calentando venas y músculos hasta ser capaz de rendir a Goliat. Con más necesidad de recibo y espera, fui reenviado desde la Mayoría a las dependencias del Comisario General del departamento, donde me largaron nueva estopa trabada de oficina en oficina, hasta que un comisario cuyo cargo ya he olvidado, se dignó sentarme ante su mesa. Este personaje de alma estrecha, con voz meliflua y tras anotar los mínimos detalles de la captura, de acuerdo a la documentación que aportaba en letra pequeña, me citó a bordo de la fragata para el lunes de la siguiente semana, como si se tratara de casa ajena. En tal momento debería recibir la visita de los inspectores que, según sus palabras, pasarían a valorar con extremo detalle, casco, jarcias, velas, artillería, pólvora, balerío, vasijería, víveres y hasta el polvo del pañol del contraamaestre.

Como es fácil comprender, regresé tras seis o siete horas de negro vuelo a la fragata, declarando en mi interior como superior juramento que jamás aceptaría destino en aquellas siniestras oficinas a no ser que, como tantos compañeros en tiempos de paz, me fuera en ello la posibilidad de alimentar a la familia. Setum, sentado a mi lado en el carruaje entre los trayectos recorridos, intentaba animar mis

sentimientos, tarea de difícil ejecución. Pero, al menos, ofreció la alternativa que mi embotado cerebro era incapaz de alcanzar.

—En ese caso, señor, podemos marchar a Santa Rosalía y comprobar el restablecimiento de la señora. Se le abren seis días de escasa ocupación y la fragata se mantendrá en el fondeadero sin mayor desgaste.

Como si se tratara de la única tabla a la que se afirma el naufragio como posibilidad de supervivencia, comprendí la real alternativa que me ofrecía en su buen pensar, porque siempre anduvo Setum con las ideas entradas en blanco, sin dejarse arrollar por ajenas interferencias. Y sin más elucubraciones, regresamos a bordo de la Sirena para preparar un ligero equipaje, al tiempo que depositaba el buque en manos del segundo, enterándolo de todas las gestiones, así como la visita que girarían a bordo los inspectores, momento para el que regresaría de mi visita a la hacienda. También le dejé plano alzado con los detalles para alcanzar Santa Rosalía si surgía cuestión de importancia, con el montante necesario para cubrir un mensajero de caballo a rendir espuelas.

Partimos en el carruaje, con Simón a las riendas, sin pensarlo dos veces. Creo que comencé a recuperar la respiración perdida, cuando entramos en la pronunciada vertiente que abre el camino hacia Cehegín. Debe ser que la vida propone siempre el mismo camino tortuoso, de forma que ofrece y esconde, bien sea a favor o en contra, para negar la felicidad total, porque no era mi situación para que penase con pensamientos cruzados. Pero así navegamos a lo largo de los años, con derrotas inciertas en los más de los casos.

Una vez más llegué al Castillo de Santa Rosalía sin previo aviso, con algarada general de propios y extraños. Sin embargo, debo reconocer que la primera sorpresa y no de las deseadas fue mía. Aunque todo se mudara en alegrías, con parabienes, sonrisas y niños alborozados corriendo a mi alrededor, necesitado de contar las hazañas corridas por aguas de Cerdeña en compañía de Pecas, no me agradó el aspecto de mi querida Cristina, a quien encontré con la palidez de los peores días encajada en su rostro, aunque la buena mujer intentara disimular la debilidad que ofrecía a la legua. Y en esta forma interrogué a María Antonia, quien me transmitió las mismas inquietudes.

Puedo declarar que no disfruté de aquellos días en Santa Rosalía como debería haber sido, y bien que lo necesitaba, por mucho que la visión de los hijos reconfortara mi alma, que ellos sí andaban con salud y a la brava, al igual que el pequeño Francisco Cisneros y su madre. Hice venir al galeno de Cehegín a pesar de las protestas de Cristina, quien consiguió elevar un poco mi moral al asegurarme que esas enfermedades del aparato digestivo son largas de curar y dejan sus secuelas semestrales. Y aunque mi confianza en el cirujano no era de alto recibo, debí aceptar sus palabras como fruto de mi propia ignorancia.

De esta forma, sin haber conseguido ese descanso espiritual tan necesario que el campo, como norma habitual, siempre me ofrecía, y con el ánimo abierto en

recriminación propia por abandonar a Cristina con una sonrisa apagada en su rostro, iniciamos el tornaviaje hacia Cartagena el domingo, para llegar a la fragata Sirena en las últimas horas del día. Aunque María Antonia intentara elevar mi ánimo con sus palabras y promesas en las que, en mi opinión, ella misma no creía, el rostro de mi mujer en condición tan alejada de su natural alegría quedó grabado en mi cerebro para ahondar el mal. Y si andaban las cabras por el risco de mis palos, las siguientes semanas me pusieron a prueba de combate, al punto de llegar a comprender al general Barceló, que entraba en tercianas cuando debía lidiar con papeles oficiales y cuitas de comisarios e inspectores.

El mes de junio lo recuerdo como uno de los peores males padecidos en mi carrera, y no crean que les exagere un ápice el cuento. Debí sufrir un incesante ir y venir de funcionarios, personajillos de pregunta y ronda con pretensiones de general en jefe de escuadra, que olisqueaban en mi buque como si se tratara de almacén en propiedad particular. Por fortuna, tanto el segundo comandante como el contador echaron el resto a espaldas, intentando aliviar mi situación profesional y familiar, que conocían con detalle. La verdad es que comía poco, dormía mal y ni siquiera una generosa dosis de aguardiente me hacía rendir en la noche a beneficio. Semanas de incertidumbre, cientos de legajos que llegaba a firmar sin leer siquiera, y los pensamientos prendidos en Santa Rosalía rellenaban la saca, aunque debiera mantenerlos en cámara cerrada.

Sin embargo, esta vida que gozamos y padecemos por partes indisolubles, comenzó a clarear por fuerza en la última semana del mes, cuando ya creía que mi alma se hundía en el más profundo de los abismos, que ni Setum conseguía alargar una mínima sonrisa de mi boca con sus observaciones más originales. La primera luz me alcanzó una mañana, inmerso en combate a tocapiños con los muchos escritos oficiales que nos atacaban como andanada caliente de a 36, y en tan abultado número que ni una chancillería de primera llegaría a trasegar en un semestre. El teniente de navío Orzeta, segundo comandante, acompañado por el animoso contador, aparecieron en mi cámara con un pliego en sus manos y una sonrisa que buenas nuevas anunciaba por derecho.

—La mar y el viento cambian a favor, señor, que no siempre el agua se tiñe de negro.

—Por su sonrisa, segundo, deduzco que llega alguna noticia de buen cariz. Y miedo me da atacarla, que otras anunciadas como tales eran como para ahogarse en la sentina.

—Me parece, señor, que ésta no correrá ese tortuoso camino.

Sin decir una palabra más y con la sonrisa abierta a los topes, me entregó lo que era una Real Orden transmitida al Capitán General del Departamento Marítimo, y que dicha autoridad extendía para mi conocimiento y efectos en los siguientes términos:

El Señor Baylio Frey Don Antonio Valdés y Fernández Bazán, Secretario de Marina e Indias, me dice con fecha de 23 del presente lo siguiente. «El Rey ha

resuelto que la Fragata Francesa apresada por la Escuadra del Teniente General Don Francisco de Borja, a quien dio el nombre de Elena Presa, sea conocida en la Armada en adelante con el título de la Sirena, bajo la advocación de Santa Genoveva».

Dejé el documento sobre la mesa, sin comprender la extrema y encubierta alegría que mostraban Orzeta y el contador, a no ser que dispensaran especial devoción a esas ninfas marinas con busto de mujer y cuerpo de ave, que extravían a los navegantes atrayéndolos con la dulzura y sensualidad de su canto. Incluso llegué a pensar que la nominada Santa Genoveva mantenía señalada influencia en sus cristianas familias. Contesté en voz apagada.

—Bien, ya disponemos de nombre bautismal, amparados en esa santa cuyas cualidades desconozco. Será necesario que trabaje el carpintero de a bordo, o pedir auxilio al arsenal para que algún maestro de lo blanco lleve a cabo la faena y nos cambie el nombre a popa. Pero con toda sinceridad, segundo, no es la noticia como para romper piñatas de feria en cubierta —me dejé ir con tono cerrado porque ya andaban las venas al copo.

—Me parece, señor, que no ha leído el documento al completo —el contador intentaba mantener la sonrisa en cerrado, aunque se adivinaba su complacencia—. Lea al reverso la nota adosada. Ya sabe que en la Mayoría General se ahorran pliegos y escriben con manchas por ambos costados.

Giré el pliego con interés y cierta curiosidad, porque con aquel tono debía volar el ave de tierra por barlovento. Y fue entonces cuando recibí el primer soplo de favor en semanas, y no era viento de cualquier clase sino de todas las velas y amparado en los cielos. Con letra más menuda, como la utilizada en notas laterales de comisario, se podía leer: La fragata que se construye en Mahón y que debe recibir el nombre de Ninfa, quedará bajo el mando del capitán de fragata don Pascual de Bonanza y López de Arce. Asimismo, la nombrada como Sirena en esta misma cédula, se confirma bajo el mando de quien ya la ostentaba en presa, el capitán de fragata don Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos. A ambas unidades se les otorgarán las asignaciones de boca y mesa que para tal se previene en las normas del Comisario General.

Era tanta la penuria espiritual sufrida en las últimas semanas, que tardé en creer como cierto lo que mis ojos leían una y otra vez. Debe ser verdad irrefutable aquel viejo refrán castellano al asegurar que Dios aprieta pero no ahoga, porque mi alma salía a superficie como salto de delfín. Y sin saber por qué, me pareció entrever en el cerebro la estampa de Cristina con una sonrisa abierta, en lugar de la extrema palidez que mostrara de forma reticente. La voz del segundo me devolvió a la realidad.

—Enhorabuena, señor comandante —el segundo mostraba su satisfacción sin doblez—. Puede estar seguro que todos nos alegramos de su confirmación en el mando.

—Se ha hecho justicia, señor —entró el contador en vereda—, que bien lo merecía.

—Muchas gracias, señores. No he decirles la alegría que siento, porque ya la imaginan en cantidad. Un día feliz para rematar un mes tenebroso. Y aunque deba cambiar el tercio sin ganas. ¿Alguna noticia nueva de los funcionarios de la Junta de Presas?

—Han dado fin a las valoraciones con que los cargos se venden a la Provisión de Marina —entraba el contador en materia propia—. Pero ya los números son tantos que me es difícil retenerlos en la cabeza. Los efectos que llaman de cargo en frío alcanzan los 78 466 reales de vellón, según comunica el comisionado al conocimiento de Presas. El documento final lleva la firma de don Juan de Zalvide, Comisario Ordenador y Tesorero de Marina de servicio en este departamento marítimo como Depositario de Presas, con lo que cierra el círculo en aprobación. Y también se hizo cargo de los 477 escudos fuertes franceses que abrigaba la caja de la fragata, en el momento del apresamiento. Pero una vez sumados los diferentes apartados y desglosado lo perteneciente a la real Hacienda, así como...

—No me interesan los números, don Manuel. Tráguelos por boquera, que es su misión. Prefiero disfrutar del momento.

—Por supuesto, señor. Tan sólo quería indicarle que los porcentajes a recibir por cada uno de los miembros de la fragata...

—Lo que haya de llegar, será entregado, aunque la tajada franca siempre queda en las altas magistraturas y con retraso de generación. Es un error mantener los porcentajes que se marcan en el Real Decreto, a repartir entre los diferentes miembros de la dotación de la unidad apresora y Estado Mayor de la escuadra, porque poco alcanza al marinero. Y es de alentarlos en las presas, sin que intente equipararnos a la voracidad inglesa en dicho sentido. Pero es cierto que el ánimo de la ganancia aviva el cerebro de la marinería, cuando no disponen de otros conceptos más elevados. Y ya saben que no me mueve la codicia en este caso.

—Tiene razón, señor.

—Una pregunta, don Manuel. Con esas cantidades que aduce en detalle, ¿se da por finalizado el entuerto y quedamos libres?

—En efecto, señor. Las babosas no deben regresar a bordo por necesidad del servicio, y si así lo hacen puede echarlos al agua o colgarlos del peñol del trinquete. Verá que en el mismo pliego se nos cambia de jurisdicción, al pasar a depender del general Borja como un buque más de su escuadra.

—¿Somos libres? —exclamé con voz de forzado al que liberan de los grillos.

—Por completo, señor —intervino el segundo—. Podría pedir algún día de adiestramiento propio en la mar aunque, en verdad, no creo que se lo concedan.

—Es igual. Por pedir que no quede. Pero mantengo una duda en la mollera —me dirigí al contador—. Con este lío de ventas y compras, ¿debemos desembarcar víveres o armamento y pedirlos de nuevo, por ejemplo?

—No, señor. Lo que no se considere como material en exceso, o no corresponda al cargo de una fragata de este porte, quedará a bordo sin novedad. Ahora debemos

hacer balance, para solicitar las mermas habidas, porque al pertenecer a la escuadra del general Borja, continúa en vigor la norma de mantenernos con víveres y aguada para tres meses, aunque tampoco creo que consigamos un gramo de cecina, que los almacenes están como alacena de ermitaño. De todas formas, le adelanto que debemos ser en estos momentos una de las fragatas mejor pertrechadas de la escuadra. Y, como le adelanté y con su permiso, pudimos apartar algunos productos..., algunas...

—Le entiendo, don Manuel —me abrí en sonrisas ante su turbación—. En especial ese rico cargamento de vino francés, que espabila las entendederas.

—Por supuesto, señor. Y no fue fácil alejarlo de ojos indecorosos, que esos buitres seguían el rastro como perro pachón en campo de perdiz.

—Muy bien, señores. Les agradezco de nuevo las noticias, que me abren la lumbrera al raso. Lo celebraremos como se merece.

Una vez en soledad, respiré con plena satisfacción. Debía ser la buena estrella que continuaba marcando mi destino, sin duda, cuya influencia arribaba en momento oportuno. Era un día especial aquel 29 de junio de 1793, cuando me confirmaban en el mando de la más moderna unidad de la escuadra, a un capitán de fragata con pocas semanas de antigüedad en el empleo. Y para colmo de bienes, una hora después entró Setum en la cámara, con sus dientes blancos al aire.

—Ya le dije que cambiaría la mar muy pronto en mejoría, señor. Y sin conjuro alguno de mi parte, puedo jurarlo —se le veía feliz—. Como no habrá caído en la cuenta, que estos días anda muy a la baja, me he permitido transmitir al segundo de su parte, que el almuerzo de hoy será de especial contenido y ofrecido para celebrar el acontecimiento. Me he...

—¿Sin preguntarme al respecto? —Entraba en falsa denuncia.

—No he de preguntarle lo que debe hacer sin remedio, señor. Me he permitido rematar los dos corderos que acopiamos en Santa Rosalía, así como parte de ese vino que anda por sentinas bajas.

—¿Lo ha permitido el contador?

—Le dije que era una orden tajante de su parte. Siento que mis creencias me prohíban beber esos caldos que tanto agradan a don Santiago, porque, según sus palabras, elevan el alma hasta alcanzar el cielo —entró en risas para levantar mi ánimo—. Pero alegre esa cara, señor, que los galones de capitán de navío están a la vuelta de la esquina.

—Tan sólo me falta un detalle. Si Cristina gozara de salud, la dicha sería completa.

—No se preocupe en exceso, señor. La señora es joven y a esa edad todo se supera. Dejé a la señora María Antonia, que mucho confía en mi ciencia, unas hierbas para que se las haga beber por las noches en infusión. Ya verá como todo tiende a amainar, que las buenas nuevas corren aparejadas en grupo.

Tuve que agradecer una vez más las palabras e iniciativas del buen africano, una

persona que debían haber enviado mis padres desde el cielo en auxilio permanente. Pero debo reconocer que tomé nuevos bríos con las noticias recibidas y me preparé para el almuerzo, que Setum vaticinaba como de clamoroso éxito.

Rematamos el mes de junio con la moral en alto. Y poco después, las buenas nuevas se completaron hasta la llana, tal y como profetizara Setum. Había rogado a mi cuñada el periódico aviso por mensajero, para mantenerme al tanto de la salud de Cristina y posibles alteraciones de orden. Pues dos días después de mi confirmación a bordo como comandante, recibí recado de María Antonia en el que me avisaba de una notable mejoría en la madre de mis hijos, el toque final que necesitaba la tarta en aquellos momentos.

En cuanto a los necesarios adornos que era necesario abordar en la fragata, un aspecto que es de marcada importancia en todo buque de la Armada, quedaron en dulce las molduras que señalaban a popa el nuevo nombre elegido por nuestro Señor. Y juro por las barbas del Dey argelino que el carpintero, sin auxilio alguno de la maestranza del arsenal, labró en primorosas letras aquella palabra que quedaría unida a mi vida: Sirena.

Tal y como había supuesto el segundo comandante, me negaron los días de adiestramiento propio solicitados a la Mayoría General del departamento marítimo, con la excusa que era el comandante en jefe de la escuadra, don Antonio de Borja, quien tal prebenda podía otorgar, al encontrarse la fragata Sirena bajo su jurisdicción. Eso quería decir que si la mencionada escuadra tardaba meses en arribar a Cartagena, podía pudrirse de broma el casco sin rascar una milla en las aguas. Por esta razón y para cumplir con la necesaria cortesía, envié recado oficial a la Mayoría General de la escuadra del Mediterráneo, con destino al puerto de Barcelona, en el que comunicaba al teniente general mi incorporación a su fuerza, así como encontrarme listo para salir a la mar en el momento ordenado. Intentaba, es cierto que con poca seguridad, una llamada para la deseada reincorporación bajo su manto.

Sin embargo, aquel recado dirigido a la escuadra no debió llegar nunca o se convertiría en papel mojado en ida y regreso, porque a media mañana del día 9, entró Setum en mi cámara con el rostro alborotado a muerte. Y ya lo conocía lo suficiente para comprender que aparejaba nuevas de importancia.

—Se encuentra entrando en puerto el navío Real Carlos, señor. Y el resto de la escuadra parece que se deja ver en el horizonte.

—¿Llega la escuadra? —Eso parece.

Me levanté al salto sin más demora, y ya tomaba la casaca para cuadrarla, cuando Setum amplió la noticia con tintes negros y tono de voz opaco.

—Según escuché decir al guardiamarina don Javier de Moncada, el navío insignia enarbola en la driza señal de epidemia a bordo.

Me golpeó la noticia como bofetada de nostramo en el rostro, que no había peor noticia a bordo de cualquier buque. Salí a cubierta con rapidez, donde el segundo

escudriñaba con el anteojo el horizonte, aunque ya la silueta del Real Carlos se ceñía a remolque de galera hacia levante de la dársena. Supuse que la idea del general era fondear frente a la poterna del hospital abierta en las murallas, utilizada normalmente para desembarco de enfermos.

Como es fácil comprender, pensé con preocupación en mis amigos y compañeros pero, por encima de todo, en mi pequeño amigo, tan débil de estructura y propenso a los males. Sin embargo, pasaban las horas y no divisábamos las líneas de la fragata Santa Casilda entre puntas, lo que acrecentaba mi nerviosismo por momentos. Setum debía andar con los mismos pensamientos, porque su voz sonó como llegada del más allá.

—Esperemos que don Santiago ande en salud de orden y sin mayores problemas. Debería acercarme a la Casilda en cuanto asome el bauprés por el fuerte de Navidad, por si puedo...

—No es posible abordar unidad con infecciones declaradas a bordo, Setum. Sólo pueden ser evacuados a tierra los enfermos que disponga el comandante de cada buque, previa autorización del Capitán General del departamento. El general Borja lo habrá solicitado en tal sentido, y las autoridades habrán consultado con la dirección hospitalaria que previene norma en estos casos. Si la enfermedad es de calabrote largo, puede declararse cuarentena de aislamiento, incluso fuera de la dársena. Pero no parece que sea el caso, lo que debemos agradecer a los cielos.

—Don Santiago es capaz de aguantar en firme, aunque parezca enfermizo de estampa. Por dentro lleva hierro en las venas.

—Dios o Alá te oiga.

Son muchas las epidemias que pueden abrirse a bordo de cualquier buque y, en este caso, según nos adelantaron en aviso, se trataba de una de las más normales, ese mal que tanto se ceba en los meses de estío por las aguas estragadas, el temido tifus. Pero por fin observamos a la Santa Casilda, que tomaba fondeadero cercano al nuestro, a poniente, señal de que no debía desembarcar enfermos de gravedad, lo que nos hizo respirar con alivio aunque no rematara los males en vuelo, que a veces son muchos los cuerpos que han de sembrarse en la mar con un par de balas en el saco.

Por fortuna, poco más duró nuestro embarazo. Minutos después de quedar fondeada la Casilda a unas quinientas yardas de nosotros, observamos su lancha en dirección del arsenal, con el comandante a bordo. Pero también largaban el bote al agua y éste se dirigía hacia nosotros sin variar la caña una mota. Al encontrarse a escasa distancia, descubrimos la presencia de Pecas, airoso y ufano como siempre, como general que acaba de derrotar al enemigo en casa.

—¡Ahí llega don Santiago! —La felicidad de Setum era ostensible—. Y no parece enfermo, ni mucho menos.

—Las paletillas curadas y el aguardiente de Cehegín lo habrán preservado del mal —dije de buen humor, que también era grande el alivio por mi parte.

Poco después recibía a Pecas a bordo, donde nos fundíamos en un abrazo.

—No me contagiarás la fiebre amarilla, enano —reí, mientras lo estrujaba con mis brazos.

—Esa misión traigo, gigantón, extender el tifus por esta cubierta. Pero no temas, que la enfermedad no entró por escotilla en la Casilda.

Y como era de esperar, minutos más tarde bebíamos una frasca del vino francés del que tanto gustaba en mi cámara, donde mi gran amigo informaba al punto de los males padecidos por la escuadra. Todo volvía a la normalidad, lo que era de agradecer, aunque fuera ración escasa y de pronta muda.

18. Un encuentro inesperado

A pesar de la terrible epidemia sufrida por la escuadra de don Francisco de Borja, el aspecto físico de mi buen amigo era inmejorable, con su piel bronceada por el sol y, para asombro de Setum, más redondeado de formas centrales, dentro de los límites que marcaba su pequeña estructura. Y continuaba el pecoso con el mismo ánimo hacia los caldos franceses, con peligro de dejar mi cargo secreto bajo cero. Pero una vez transmitidas las novedades habidas en Santa Rosalía, buena salud de la familia, con los necesarios detalles sobre el pequeño Cisneros y la mejoría anunciada en Cristina, lo ataqué por los flancos sin remisión, que deseaba mantenerme al día de los acaecimientos.

—Bueno, cuéntame con detalle. ¿Os mantuvisteis atracados en Barcelona mucho tiempo? ¿Allí os atacó la epidemia?

—Nada de eso. La verdad es que la ocasión se presentó propicia y halagüeña para la escuadra, aunque fuera quebrada al tacho por el maldito destino. Desembarcamos los prisioneros franceses en el puerto, así como parte del armamento apresado, demasiado en mi opinión, y quedamos de brazos cruzados en lo que suponíamos una larga y tediosa espera, hasta recibir las órdenes oportunas de la Corte. Pero he de retroceder en el tiempo, porque no debes saber que los navíos de la escuadra que se mantuvieron en crucero en dirección norte, apresaron una fragata francesa más después de tu marcha, l'Iphigénie, también de 34 cañones aunque con muchos años en sus cuadernas, que en poco se parece a tu gacela.

—Ha salido provechosa la excursión a Cerdeña. Lástima que se perdiera la fragata Richmond y aquel navío que salió por aguas tras nuestra visita, para entrar al completo. Pero, sigue. Os quedasteis en Barcelona.

—En efecto. Pero, en contra de lo esperado, pocos días después, con inusitada rapidez, nuestro general recibió órdenes de hacerse a la mar.

—¿Para apoyar a la escuadra de Lángara?

—Nada de eso. Lángara no andaba por allí, en contra de lo que estimábamos.

—No comprendo nada, Pecas. En ese caso, pasasteis a colaborar con el ejército del general Ricardos de forma directa.

—Mira, Gigante, si tienes paciencia y dejas hablar con cierta continuidad, sin interrupciones, te contaré todo con el mínimo detalle —me miró con impaciencia, mientras apuraba su copa y cargaba nueva ración de la jarra—. Las órdenes eran cruzar por las costas del Var, para apoyar con nuestra presencia las acciones de los aliados en el frente alpino y que, de esta forma, temieran los franceses un posible desembarco. Esa derrota tomamos con vientos largos y generosos del tercer y cuarto cuadrante, que era una delicia contemplar la escuadra del general Borja al completo hacia el levante.

—De completa, nada, que le faltaba la fragata Sirena.

—De acuerdo, pero déjame continuar. Por aquellos días, el ejército del Rosellón era apoyado por una pequeña parte de la escuadra de Lángara, la división del capitán de navío don Baltasar Hidalgo de Cisneros, más los buques apostados en permanencia en Rosas. Como te decía, nuestra orden conjugaba al ciento con los vientos, pero fue entonces, pocas jornadas después, cuando nos atacó el mal a tocapienoles.

—Tifus.

—En efecto, una de las peores epidemias que se pueden sufrir a bordo, y entrada a boca de manguera por las tres cubiertas. Aseguran que la aguada en Barcelona fue la que incorporó los miasmas pestilentes, una deducción sencilla porque esta enfermedad entra casi siempre por esa materia líquida, según los galenos expertos, si es que los hay. Recuerda cómo mencionan los textos y refranes la importancia de llevar a cabo aguada de garantía en la costa. Más vale ración en cuartillo de agua limpia, que jarra de charca estancada. Nos atacó la enfermedad como temporal mediterráneo. En menos de una semana, pasaban de dos mil los afectados. Y se comenzó a sembrar la mar de cadáveres en lona, con una merma notable en el balerío de los buques^[69], una mortandad que estimo cercana a los mil hombres. Y debes tener en cuenta que, en estos momentos, se desembarcan más de tres mil enfermos hacia el hospital. Ha sido epidemia de escotillón, razón por la que aproamos hacia Cartagena.

—Un buen palo para la escuadra.

—Y que lo digas. Don Francisco de Borja bramaba por las jarcias. Y como necesidad perentoria ante merma tan notable en las dotaciones, ya se ordenó alzar levadas en la costa y zonas del interior, que no dejarán vagabundo ni tabernero en secano.

—¿Y en la Casilda?

—Ni un solo caso —besó los dedos en cruz, en uno de sus gestos habituales—. Debe ser que dejaste parte de tu buena estrella en las cubiertas, o algún conjuro de Setum encastrado entre cuadermas, porque rellenamos toneles de agua en Barcelona como todos. Deben ser cosas del destino. Sin embargo, es casualidad que tres de las fragatas nos libráramos al completo.

—Tuviste suerte.

—Bueno, ya sabes que no soy muy propenso a contagiarme de ese mal, porque no entra el agua en mi cuerpo ni en lluvia torrencial. Y en el vino no aparecen males ni pestes —saltó en risas.

—Entonces, ¿qué es de la escuadra del general Lángara? ¿Por dónde opera su grueso? —No estaba dispuesto a conceder un mínimo respiro.

—Si son ciertas las noticias recibidas, que nunca puedes asegurar la lona a la tapa en estos movimientos de fuerzas, porque ni los generales andan al ras, cuando al general Lángara se le ordenó organizar la escuadra del Océano, partió de Cádiz con ocho navíos y algunas fragatas solamente. Pero, tras dejar parte de sus fuerzas en el

escenario catalán, regresó a la bahía gaditana para recuperar más unidades y solicitar otras de las escuadras departamentales, así como más hombres de mar, cuestión que haría sonreír a los generales estancados en tierra.

—Puedo imaginarlo.

—Según parece, con tanto buque en situación de desarmo, no era tarea fácil alistar tres escuadras de tamaño en escaso tiempo, especialmente con el terrible problema de conseguir dotaciones, aunque sea con trincadores de faltriqueras o sacamantecas de calle oscura. De esta forma, debe estar a punto el general Lángara de recalar en Cartagena, donde se le incorporarán algunos buques de nuestra fuerza. Y al mismo tiempo, el jefe de escuadra Gravina debe haberse hecho a la mar desde Ferrol con otra división, que se le unirá por las aguas del golfo de Rosas. Pero todo esto es noticia de bolina abierta, que puede caer con el viento.

—¿Has dicho don Federico Gravina? —Los recuerdos llegaron a mi cerebro en alzada larga—. Dos veces anduve bajo sus órdenes, y me mantendría entre sus alas el resto de mi carrera.

—Muchos comentarios se abren sobre este gran personaje de la Real Armada, que tanto alabas, y no todos en ese sentido tan admirativo.

—¿Comentarios negativos sobre el gran general? —me extrañó el tono apagado de su voz—. ¿De qué comentarios hablas?

—De esos que poco te gustan y tan necesarios son para mantenerse bien informado. ¿Quieres saber un chascarrillo extendido en los corrillos de Corte muy..., muy especial sobre el jefe de escuadra Gravina?

—Por tu tono, me temo que serán palabras de envidiosos y amargados, comentarios en negro sin base, que bien te conozco. Y lo largarás, me guste o no.

—Desde luego. Hay quien asegura que la meteórica carrera de don Federico Carlos de Gravina y Nápoli, natural de nobilísima familia establecida en Palermo, se debe en gran parte a... —Pareció dudar unos segundos antes de continuar—, se debe a que es hijo natural, bastardo quiero decir, de don Carlos III, nuestro gran Rey.

—¡Por Dios! ¿Cómo puedes decir algo así? Es indigno el simple hecho de escuchar tal infamia.

—Deja tanta ñoñería de una vez, Gigante, que pareces cría recién parida en el salón. No sería el primer bastardo real que alcanza elevadas magistraturas. Recuerda a don Juan de Austria. Asegura, quien bien lo sabe, que Gravina se tutea con don Manuel Godoy, al tiempo que Su Majestad don Carlos el cuarto le concede especiales privilegios de trato y correo. Ya me explicarás a qué se debe su último ascenso a jefe de escuadra, cuando sólo contaba con 34 años, con el simple mérito de la evacuación de Orán, sin mayor riesgo de su parte.

—¿Y qué riesgo corrió el general Morales para su último ascenso a teniente general, o la concesión por Su Majestad de un condado? Siempre hemos estado de acuerdo en que la Armada castiga poco y premia mal, sin un baremo adecuado, al capricho de los vientos. Pero no es razón para suponer bastardía a todos los que

prebendas en ese sentido consiguen.

—Ya sabía que no te gustaría el comentario. Pero, lo quieras o no, eso es lo que se comenta por algunos corrillos de la Corte sobre tu querido y admirado general, palermitano de nacimiento y jefe de escuadra en plena juventud.

—Bueno, volvamos al tema que nos interesa y dejemos aparte esos comentarios más propios de figurines de Corte. ¿Qué fuerzas de la escuadra del general Borja pasarán a la de Lángara?

Pecas elevó ahora una franca sonrisa, al tiempo que efectuaba un movimiento con sus manos equivalente a una disculpa.

—Se le unirán cuatro navíos, cinco fragatas, un bergantín, seis jabeques, dos galeotas, diez lanchas entre cañoneras, bombarderas y obuseras, así como seis o siete faluchos.

—Mucha unidad menor aparece en situación.

—Se consideran necesarias para el muy posible caso de tener que llevar a cabo bombardeos sobre objetivos en tierra, así como transbordo de tropas en refuerzo o entre diferentes puntos del frente. Pero ya la división de Hidalgo de Cisneros, aparte las unidades grandes, anda con cuatro jabeques, entre ellos tu querido Murciano, más dos bergantines y tres galeras. Ya sabes que cuando se ordena acoplar la escuadra del Océano, se hace en modo heterogéneo, de forma que la mayor parte de sus unidades pertenecen a dicha fuerza, mientras otras se ponen bajo sus órdenes para una operación determinada, como es el caso de las de Cartagena, que seguirán encuadradas en la escuadra de Borja por pliego de comisaría y revista.

Una pregunta me recomía las entrañas y temía abordarla, aunque supiera de antemano la respuesta.

—¿Qué fragatas se unen a la escuadra de Lángara?

—Me parece que sé por dónde navegan tus pensamientos, amigo mío —volvió a sonreír, aunque sin divertimento a la vista—. No creo que hayas concebido ilusiones y llegues siquiera a soñar con que esta fragata Elena sea integrada en las fuerzas de Lángara, cuando debes andar a bordo con avinagrados funcionarios de la junta de presas, en inspección de reglamento.

—Nada de eso, enano bujarrón —elevé el tono en falso enfado—. Por si acaso no lo sabías, acabó el suplicio y me encuadraron por derecho en la escuadra de don Francisco de Borja. Además, tengo el placer de comunicarte, querido amigo y compañero, que Su Majestad don Carlos, que Dios guarde muchos años, ha tenido a bien bautizar esta fragata con el nombre de Sirena, cuyos caracteres puedes observar a popa. Y para mi propia satisfacción, sin colmo ni medida, he sido confirmado en el mando de la fragata más airosa y rápida de la Real Armada.

El rostro de Pecas mostraba una descomunal sorpresa, como si no pudiera creer las palabras que escuchaba de mi boca. Por fin, se levantó del asiento, abriendo una sincera sonrisa.

—¿Es cierto lo que dices? Desde luego, Gigante, más que una estrella, parece que

llevas a favor una constelación en pleno galope. En la Casilda todos creían que perderías el mando al finalizar la inspección, sin dudas al respecto. Me alegro por ti, que mucho lo mereces, amigo mío. Bebamos a tu salud y para que disfrutes de un alargado y provechoso mando.

Elevamos nuestras copas para beber a continuación. Sabía de la sinceridad de Pecas, porque entre nosotros no cabía duda ni pliego doblado.

—Supongo cómo te debes sentir, mandando una fragata en permanencia. No lo habríamos creído como posible hace pocos meses.

—Acabas de pronunciar una verdad irrefutable. Pero por esa razón, al decir que algunas fragatas acompañarían al general Lángara, saltó la ilusión en mi pecho de ser una de las elegidas. Sería magnífico formar parte de esa magnífica y completísima escuadra. Pero ya sé que es empresa imposible porque no sabrá el general del fin de las gestiones jurisdiccionales, ni mi confirmación en el mando. Y no parece momento adecuado para llevar a cabo presentaciones de orden, aunque me correspondería.

—El general Borja desembarcó por unos días, con lo que deberás mantener espera para llevar a cabo dicha presentación, que no anda la perola para más garbanzos. Pero te advierto que sólo te he comentado lo que nos comunicó el comandante a bordo esta misma mañana, y puede ser noticia de bolina corta. Y al nombrar las cinco fragatas, no escuché el nombre de la Sirena, aunque sí entró en el sorteo la Casilda.

—¿La Santa Casilda? ¿Te incorporas a la escuadra del Océano? Y hablas de suerte, mamarracho.

—No compares, gigantón del demonio. Lo mío es seguir de teniente de navío y como segundo comandante de una hermosa fragata. Pero lo tuyo es de hábito negro y escapulario, aunque quedes plantado en la escuadra de Borja. Con tus antecedentes, no me extrañaría que este general reciba orden de salir en operaciones, y con mejor destino que el nuestro.

—No es posible. Por lo que dices, la escuadra de Lángara será, en su conjunto, una fuerza más que respetable, demasiada madera para apoyar solamente al ejército del Rosellón, y capaz de cubrir cualquier eventualidad en este mar.

—Tienes razón. En total se estima que dicha escuadra contará con 22 navíos, 11 fragatas, 9 jabeques, 3 bergantines, 3 galeras, 2 galeotas, 10 lanchas y 6 faluchos. Según dicen, como general segundo jefe de la fuerza se ha nombrado al jefe de escuadra don Juan Joaquín Moreno de Hourlier. Y como general tercer jefe, tu admirado Gravina.

—¿Y de mayor general?

—El brigadier don Ignacio María de Álava y Sáenz de Navarrete, un vasco del que hablan maravillas en todos los sentidos. Como ves, se trata de una escuadra apta para llevar a cabo cualquier función, bien de apoyo a tierra o combate en la mar, aunque esta última posibilidad parece alejada, ante el bloqueo a que se encuentra sometido el puerto y arsenal de Tolón por la escuadra del almirante Hood. Es posible que nuestras fuerzas se dividan y una parte pase a apoyar a los ejércitos aliados

abiertos hacia los Alpes, y de esta forma levantemos la presión de los revolucionarios en el frente de Cataluña, mientras otra se dedica en directo a las operaciones de nuestro ejército. Pero también es posible que se apoyen los alzamientos realistas en la comarca de Marsella y Tolón. En fin, demasiadas posibilidades y, según parece, ninguna de excesivo riesgo.

—Nunca se sabe cuándo aparece en la mar el peligro y la sangre.

—Con los britanos de aliados —apareció una sonrisa en su rostro—, serán menos las posibilidades.

—En ese sentido tienes razón. Por cierto, Pecas. ¿Has dicho que la escuadra inglesa bloquea Tolón?

—En efecto. Cuando cruzamos hacia levante, cerramos derrotas con dos de sus fragatas, que nos dieron noticias de su escuadra. Parece raro esto de entrar en coalición con el britano, y cuesta acostumbrarse a no mandar toque de prevención para el combate, al distinguir su pabellón en el horizonte.

—Es verdad. Pero, en ese caso —hablaba con tristeza—, no creo que se abra posibilidad alguna para las fuerzas que aquí quedamos, porque ni esa fuerza tan poderosa de Lángara parece necesaria. Bueno, ya saltará la liebre por alguna vertiente.

—En tu caso, saltará para mejor, no lo dudes.

Y así continuamos durante horas, porque mucho echábamos en falta esas conversaciones que se extendían por mar y tierra, sobre lo divino y lo humano, especialmente por mi parte tras el mes sufrido de penurias mentales. Además, no eran palabras en vacío, que dimos buena cuenta de chorizos y vino hasta bien entrada la madrugada. Y aunque sentía una gran tristeza y decepción a saco por quedar en puerto, mientras una gran escuadra se hacía a la mar, me alegraba por Pecas, que podría observar y participar en ese despliegue fantasmagórico, cientos de velas surcando las aguas, un espectáculo capaz de fascinar a los demonios.

Sin embargo, cuando entraba en un dulce sopor aquella noche, como en tantas otras ocasiones quedaba en mi cerebro el sueño vivo, la esperanza de lo inesperado que, para bien o para mal, tantas veces se abre en nuestra carrera.

Quedé con cierto sabor agridulce tras la conversación mantenida con Pecas, sin poder explicar la razón a ciencia cierta. Sin embargo, bien sabemos que la vida llama a nuestra puerta en conveniencia propia o ajena, sin parapeto posible. Y como demostración inmediata, una extraordinaria aceleración física y mental, con noticias de orden en continuo, comenzó la semana entrante, sin tiempo para mayores preocupaciones de mi parte, ni posibilidad de ahondar en la herida abierta por quedar apartado en Cartagena, y no poder ser incluido entre las unidades de una escuadra tan poderosa.

El lunes siguiente entró en Cartagena el teniente general don Juan de Lángara y Huarte, enarbolando su insignia a bordo del navío de tres puentes y 112 cañones

Purísima Concepción, llamado normalmente como Concepción por los miembros de la Armada. Y poco después se mostraba dársena y puerto de Cartagena al copo de masteleros, por quedar en su abrigo algunas fuerzas de la escuadra del Océano, donde destacaban otros tres mastodontes de tres puentes, los Mexicano, Reina Luisa y Salvador del Mundo, así como un alargado número de dos puentes, fragatas y unidades menores.

Los buques de menor porte debimos enmendar el fondeadero a la orden, hasta ser arrinconadas como escarabajos de tercera clase en las ensenadas de Galeras y San Pedro. Pero era cuestión menor tal medida, porque la vista se recreaba en gozo al observar aquel magnífico despliegue naval en directo, sin necesidad de recurrir a los grabados de los libros y panfletos, esa extraordinaria visión de gran parte de nuestra poderosa Armada.

A partir de aquel momento, no descansamos de noticias y sorpresas día a día, que la rutina parecía haber volado por encima de los masteleros sin retenida. Dos días después, el general Lángara transbordaba persona y bagajes al navío Mexicano, donde izó su insignia, y no por gusto sino por necesidad. Con las prisas de formar la escuadra en Cádiz, el Concepción había salido a la mar sin completar el alistamiento de su artillería, por lo que debió pasar al arsenal para llevar a cabo tal función con tintes de urgencia. Y sin más tardanzas, el día 16 se hacía a la mar Lángara con 12 navíos y 7 fragatas, aparte otras unidades menores, por lo que se deducía su interés en arribar con presteza al teatro de operaciones catalán, sin que nos llegara mayor información.

Se dejaron notar en el puerto los vacíos dejados por la escuadra que partía, en especial para mí porque entre las fragatas que abandonaban Cartagena se encontraba la Casilda. La tarde anterior a la salida me acerqué en la lancha para desear buena suerte a mis antiguos compañeros, siendo acogido a bordo, como siempre, con especiales muestras de afecto. Y una vez más me despedí de Pecas, cuya satisfacción contrastaba con mi pesar. Pero no siempre toca la blanca en el sorteo y así debemos aceptarlo.

Pero ya les he comentado que la aceleración de vida y nuevas se encontraba entablada de firme, sin mengua posible. Dos días después, en nueva sorpresa aunque los rumores apuntaran en tal sentido, aparecían entre puntas del puerto cuatro navíos más, destacando en el grupo el de tres puentes y 112 cañones San Hermenegildo. Este buque era conocido en la Armada, normalmente, por un mote un tanto especial, el Meregildo, de más sencilla pronunciación, norma habitual en nuestras dotaciones de reducir unos nombres demasiado alargados para la parla común, conque los bendecían nuestras autoridades en su bautismo. Acompañaban al que enarbolaba insignia de jefe de escuadra tres navíos más de dos puentes, pero la novedad principal era que la mencionada insignia pertenecía a don Federico Gravina. Sentí una gran alegría al saberlo, como si se tratara de especial premonición, y lo digo porque ya deben conocer mi escasa propensión a esas cuestiones de superstición.

Como los hechos que se suceden en esta vida, según repetía mi buen Setum con inquebrantable fe, están escritos en el libro del destino, para mí decidió abrirse por troneras al día siguiente. Como tantas otras veces, el efecto fue producto de la mayor casualidad, esa necesidad o virtud, tal vez, de encontrarnos en el sitio oportuno, en el momento adecuado.

La verdad es que mi fragata se encontraba alistada hasta la galleta y en paro forzoso, como las novias compuestas con prometido huido al galope. Aquella mañana no tenía gestiones pendientes ni papeleo que registrar. Sin embargo, para romper la rutina y elevar el alicaído espíritu, decidí acercarme al almacén general del arsenal, con objeto de saludar a don Francisco Puerto, el animado contador que anduvo conmigo en el jabeque Murciano. Nos habíamos cruzado días atrás y le había prometido una visita.

La lancha de mi fragata amarró en la escala del arsenal que se abre en el muelle de levante, por lo que dirigí mis pasos desde allí hacia el almacén general, edificio de extraordinarias proporciones donde se estibaban gran parte de los pertrechos que todo buque necesita. Encontré a mi viejo amigo en su nuevo destino, con quien compartí una hora de gratos recuerdos mientras firmaba infinidad de documentos, protestando de continuo. Pero así era aquel buen hombre, de quien recibí algún favor de importancia para la Sirena, fiel a su sistema de saltar por la borda sobre algún reglamento inoportuno. Fue un alivio aquella charla en una mañana que amenazaba en tristeza, porque don Francisco era persona de un humor extraordinario y a todo tema sacaba la chispa en chanza adecuada.

Regresaba a pie para retomar mi lancha, bordeando los varaderos de unidades menores cuando, a la altura del jardín botánico, debí apartarme ante el ruido de carruaje brioso, que pasó demasiado cerca de mi persona y con evidente peligro. Y andaba mi mente en juramentos contra el cochero, cuando observé que se detenía el tiro pocos metros después, al tiempo que una cabeza sobresalía por la ventanilla derecha y exclamaba con fuerza.

—¿Leñanza?

No lo reconocí en los primeros momentos, pero conforme acercaba mis pasos a su altura, comprobé que se trataba del jefe de escuadra don Federico Gravina en persona, momento en el que mi corazón se agitaba en el pecho con gran emoción. Ya sabrán los que hayan leído sobre mi vida, que tuve el honor de encontrarme bajo sus órdenes en la flotante San Cristóbal, que mandó con valor y gallardía en aquella jornada sangrienta para nuestra Armada del 13 de septiembre de 1782, cuando intentamos recuperar la plaza de Gibraltar para nuestras armas, acción que me valió el ascenso al empleo de alférez de navío, a propuesta suya. Pero también años después, en agosto de 1784, mandaba la división de jabeques donde quedara encuadrado el Murciano, durante las operaciones de castigo sobre Argel. Y he de reconocer que siempre me dispensó especial favor, al que correspondí con la lealtad y pundonor que ha caracterizado mi andar por la Armada, aunque no sea de recibo

cabal que yo lo asegure. Y para colmo de cortesía, cuando mis pasos llegaban a su altura, descendió del carruaje quien ya era considerado como gran personaje en la Armada.

—¿Cómo está usted, amigo mío? Han pasado muchos años desde nuestro último encuentro.

—A la orden de su excelencia, señor general. Bien sabe Dios que me alegro mucho de verle.

Al tiempo que apretaba mi mano con fuerza, me tomaba por el hombro con inesperada confianza lo que, he de reconocer, produjo en mi interior un sentimiento de orgullo personal difícil de comparar. Lo encontré espigado, joven y dinámico a sus 37 años, como si no hubiera pasado el tiempo por él.

—Enhorabuena por sus merecidos y repetidos ascensos, mi general.

—Lo mismo debería decirle. La última vez que le vi andaba de alférez de navío en el jabeque Murciano, y ya levanta espuelas en el empleo de capitán de fragata. Pero no me sorprende en absoluto, porque suponía que ascendería con rapidez. ¿En qué unidad se encuentra destinado por estos días?

—Como comandante de la fragata Sirena, señor —el orgullo se abría a espuestas cuando pronunciaba aquellas palabras.

—¿La fragata Sirena? —Su rostro expresaba extrañeza—. ¿De nueva construcción?

—No, señor. Fue capturada a los franceses durante las operaciones llevadas a cabo en Cerdeña por la escuadra del general Borja. Me concedieron el mando en presa, que me fue confirmado con posterioridad. Se llamaba Helene.

—Es cierto. Ya tuve noticias de que se apresaron dos o tres fragatas y alguna unidad menor en aquel escenario. Ha sido una buena campaña, con cobranza de unidades y material, y pocas muertes. Bueno, salvo la terrible epidemia que me han narrado esta mañana.

—Ha sido espantosa y con muchas muertes. Pero debo decirle que no hay comparación posible entre las diferentes fragatas apresadas, señor. La Sirena se encuentra recién destetada de gradas y es la más ligera de la Armada, con una batería de a 12 inmejorable.

—Me alegro. No hay mando comparable en nuestra carrera a una fragata que rompa aguas con alegría. ¿De quién depende?

Creo que fue en ese momento cuando comprendí la posibilidad real que allí se presentaba, un madero adecuado para asirse en la mar, porque esas condiciones las olfateé siempre con habilidad a lo largo de mi vida. Y como aquella vez en la que, de guardiamarinas, Pecas y yo nos ofrecimos voluntarios al general Barceló en trance de locura, me lancé a muerte.

—Me encuentro encuadrado en la escuadra del Mediterráneo, bajo el mando del general Borja, señor. Y para colmo de males, se han incorporado el resto de las fragatas a la escuadra del Océano, mientras la más rápida y joven de las gacelas

queda aquí, mano sobre mano. No creo que don Juan de Lángara tenga noticias de que una fragata de esta categoría, capaz de ganar la proa a cualquier otra, francesa o inglesa, se mantiene en Cartagena en cuarentena de brazos.

El general Gravina dedicó unos segundos a mirarme con fijeza a la cara, mientras una amplia sonrisa se abría por entregas en su rostro.

—¿Es cierto lo que me dice? ¿Se encuentra alistada al ciento?

—Ya sabe, mi general, que no suelo ser hombre de mentiras en provecho propio. La Sirena se construyó en Rochefort hace menos de dos años, y dispone de cañones modernos y recién fundidos, con pistoletas de chispa. Además, juro por mi alma que es ligera de alas como el viento, se encuentra alistada con víveres para tres meses y al completo de armamento. Hace dos semanas acabé de pasar la revista de la Junta de Presas y ya sabe como actúan dichos funcionarios.

—Bien conozco esa cruz, que la sufrí en mis carnes en un par de ocasiones. Como sabrá, me han nombrado general tercer jefe de la escuadra del Océano. Salí del arsenal de Ferrol a estrepada en noche y día, para incorporarme al general Lángara en el mínimo tiempo posible. Y si he entrado en Cartagena ha sido por necesidad de hacer aguada y rellenar víveres en la medida que se me conceda, lo que no parece tarea de fácil ejecución. Pero ando con tres navíos más de dos puentes y ninguna fragata, situación desaconsejada por toda norma. Habrá oído muchas veces que nunca gusta a general con mando en la mar, andar sin gacela por la proa que le abra los ojos.

—No tengo que decirle, señor —creo que me temblaban los labios al elevar aquella petición, que más sonaba a súplica de reo condenado a muerte—, que sería para mí un honor quedar de nuevo bajo sus órdenes, y no entro en lisonja inmerecida. Puede solicitar que la Sirena, la fragata más...

—Más ligera de la Armada —Gravina se abría en risa cerrada, cortando mi alabanza—. Le conozco bien, Leñanza. La primera vez me llegó usted a la flotante San Cristóbal, recomendado por el general Barceló, y eso era más que suficiente. Pero después pude comprobar en repetidas veces su valor, trabajo al tope y disposición para el combate. Puede estar seguro de que sería yo el honrado de tenerle una vez más bajo mis órdenes. No le niego que me encantaría disponer de una fragata en la división, mientras me dirijo a la bahía de Rosas, donde deberé incorporarme a la escuadra del general Lángara. Precisamente, hoy almuerzo con el general Borja, que regresa de gestiones en la ciudad de Murcia, al que conozco de largo y con quien me une buena amistad. Lo intentaré aunque nada le prometo, porque pueden estar escritas otras necesidades para la escuadra del Mediterráneo, que desconocemos.

—Me devolvería a la vida, señor. Desesperaba al pensar en tan magnífica escuadra, mientras mi Sirena duerme en puerto.

—No exagere, Leñanza, aunque es bueno ese fervor por entrar en acción —volvió a tomarme por el hombro—. Pero no se haga muchas ilusiones, que después la caída es de peñol a la mar. Si mi gestión es positiva, tendrá noticias pronto, porque debo salir a la mar en un plazo máximo de tres días.

Sin más palabras y tras ofrecerme un afectuoso apretón de su mano sobre mi hombro, saltó al carruaje con gran agilidad. Pero pueden imaginar cómo bailaba mi alma en aquellos momentos, al punto de sentir las copas de los árboles en dulce bamboleo sobre mi cabeza, como sumido en sueños con alargada dosis de láudano.

Continué con mis pasos avante, aunque ya el color del cielo era de un azul radiante, la mar reflejaba en plata con especial fulgor y saludaba a conocidos y desconocidos con alegría. Pero para que comprendan el mal que se produce con los comentarios cerrados en alcoba, sin quererlo mi cerebro intentó aparejar el rostro del general Gravina con el de nuestro anterior Monarca, don Carlos el tercero, un pensamiento que me hizo avergonzar, aunque consiguiera desecharlo con la misma rapidez.

Tomé la lancha, donde me esperaba Setum. Y no necesitó de palabra alguna el africano para comprender que las vergas de mis sentimientos se habían braceado al troncho, y con especial favor. Es posible, como siempre he pensado, que ésa sea la especia de irresistible aroma que anima nuestra vida sin dejarla caer a cerrazón; la real posibilidad de pasar del frío al calor, del ventarrón a la calmería o de la luz a las tinieblas, sin esperarlo y en escaso tiempo, hace posible confiar en los sueños, un elemento sin el que no es posible vivir. Y aunque me repetía las palabras del general una y otra vez, intentando refrenar mis ilusiones por si fallaba en el empeño, ya las cuerdas de mi alma galopaban a proa, largando hasta el paño estibado bajo cubierta.

19. Bajo las órdenes de Gravina

Aunque hayan transcurrido muchos años, recuerdo como si se tratara de hecho aparejado pocos días atrás, aquella tarde de extendido sufrimiento, y como tal lo defino porque anduvo mi alma en continuo quebranto, los nervios tensos como cuerda de violín y la vista en permanente unción al anteojo, por si alguna lancha se dirigía a mi fragata con mensaje cerrado. Y ya entraba la noche en torrente, mientras permanecía en agitado paseo por la cubierta, sin apenas haber probado bocado en el almuerzo ni bebido gota de caldo. Como tantas otras veces, acudió Setum en auxilio del alma caldeada en batientes.

—El destino está escrito por quien potestad para tal don dispone, señor, y lo será para bien. Ya verá cómo partimos de puerto en pocos días y navegará a proa del general Gravina, abriendo surco a esos hermosos navíos de su división —faltaba el remate, que llegó en una de sus sentencias habituales, mientras cruzaba los brazos con la confianza que sus pensamientos le otorgaban—. Lo doy por hecho cierto sin posible error.

—No dudo de tu sabiduría, Setum, pero preferiría recibir orden de la mayoría general de la escuadra en tal sentido. Y ya no lo espero en el día de hoy.

—No se acabará el mundo en esta noche. Deberá ser mañana. Hay tiempo de sobra.

—No tanto —me agité con nerviosismo una vez más—. Según me aseguró el jefe de escuadra Gravina, debe partir hacia las costas del norte con urgencia, para unirse al general Lángara. Además, me preocupa un detalle que no consigo desterrar de mi cabeza.

—No puede ser de razón. Recién ascendido y mandando la mejor fragata, con real posibilidad de salir a formar parte de la más poderosa escuadra, la familia a resguardo seguro y doña Cristina en salud recobrada. ¿Qué más puede pedir a los cielos?

—Aseguré al general Gravina que la Sirena se encontraba alistada de víveres para tres meses, lo que no es cierto. Y no mentí a favor, puedo jurarlo, sino que se trata de frase acuñada y repetida en las últimas jornadas. Pero he comprobado que apenas disponemos de condumio para seis o siete semanas.

—Esa es cuestión menor. Si llega esa orden, deberá hablar sin perder un minuto con su amigo, el contador de vientre en redondo como príncipe de la iglesia, que es capaz de abrir vacas con la mano.

No me reconfortaron lo suficiente en esta ocasión las palabras de Setum, ni siquiera las ofrecidas en el mismo sentido por el segundo comandante, a quien había confiado la noticia de mi encuentro casual, en exclusiva. De todas formas, esa misma tarde comenzamos a rellenar la pipería de a bordo con calma y sin aspavientos, por si acaso soplaba la brisa a favor.

Es fácil comprender que la noche corrió por mi cuerpo cual tortuga tullida, sin

sueño a voces y con mil vueltas en la cama, de forma que escuché con nitidez cómo picaba la campana las horas en lenta sucesión. Me imaginaba navegando con la Sirena en descubierta de la división, para pasar sin solución de continuidad a la estampa de observar cómo el general Gravina abandonaba el puerto sin haber sido convocado en su concurso. Y de esta forma comprobé cómo la lumbrera de popa recogía las primeras luces del alba, para entrar en un nuevo día con los huesos batidos por temporal corrido.

Como único consuelo, me refugié en el rostro de Cristina y los niños, una imagen ampliada de aquella otra que acariciaba mis sueños en años pasados, cuando la marea se volvía en contra. Pero esa visión duraba escasos segundos, para retornar el pensamiento a la faena marinera pendiente, con los vaivenes a favor y en contra en repetida sucesión.

Por fortuna, el sufrimiento tocó a su fin con extraordinaria prontitud. Cuando Setum golpeó la puerta de mi cámara a la hora acostumbrada, esperaba observar su figura portando mi tazón de café caliente, bebida a la que me había aficionado a bordo de la Casilda, acompañado de algunas recias tajadas de tocino. Sin embargo, más que el desayuno habitual, me llamó la atención su sonrisa extendida de banda a banda, al tiempo que desplegaba bajo la bandeja un pliego lacrado.

—¿Ha llegado...?

—Todo llega en esta vida, señor, aunque a veces ofenda. Ya le dije que...

No dejé que acabara su repetida frase porque, abandonada la cama de un salto, arrebatada el documento de sus manos. Y no anduve con los cuidados necesarios que todo pliego superior exige, sino que destapé el lacre al doblete con las manos y sin miramiento alguno. Leí con febril actividad la letra picuda y tendida del escribano para comprobar, con inmensa felicidad, la orden firmada por el Mayor General de la escuadra del general Borja, el brigadier don Juan José García, que rezaba en la siguiente forma, tras los clásicos preliminares que encabezan todo oficio:

... por lo que sin abandonar la dependencia de revista respecto al comisario general de esta escuadra, deberá incorporarse a la del Océano en modo inmediato, debiendo seguir desde el momento de recepción del presente las órdenes que le dirija el General Tercer Jefe de dicha escuadra don Federido Gravina, que arbola su insignia en el navío San Hermenegildo, en cuya compañía abandonará estas aguas...

La felicidad, ese sentimiento que solemos estimar como permanente y que, sin embargo, suele permanecer en el alma como el reflejo de una estrella fugaz, me inundó hasta las sentinas. Pero no cesaron los nervios entablados con la buena nueva sino que, por el contrario, entré en agitación de masteleros.

—Setum. Dile al segundo que acuda inmediatamente a mi cámara.

—Deberá tomar alimento ahora mismo, señor, que su cara muestra rastros como si hubiese gozado de noche alargada en jarana, aunque, estoy seguro, haya volado su mente por otros derroteros más oscuros. Y en el día de ayer no entró vianda de salud por su boca.

—De acuerdo, brujo africano —le ofrecí un abrazo de alegría—. Es cierto que tengo hambre. Pero haz lo que te dije y corriendo.

—Lo que mande, señor. Pero coma las tajadas, que están doradas y babosas, como le gustan.

Comí con ganas aquel tocino, acompañado de media hogaza de pan recién horneado, que acabé por desmigajar en el café, vieja costumbre juvenil y poco caballerosa, acoplada al nuevo brebaje. Y ya mi cabeza volaba millas a proa, cuando don Sebastián de Orzeta, el segundo comandante, golpeaba la puerta en solicitud de recibo. Ataqué de cara y sin pausa.

—Segundo, salimos a la mar con la división del general Gravina.

—Ya lo imaginaba, señor, nada más observar la lancha del Meregildo aproada en nuestra dirección. ¿Sabe la fecha exacta?

—No. El general me comentó ayer sobre un plazo inferior a tres días, de los que ya quedan solamente dos. En cuanto pase una hora y se abra tiempo de cortesía, tomaré la lancha para presentarme a él y saber de posibles movimientos. Pero es necesario que acuda usted personalmente al almacén general sin perder un minuto, y le entregue una nota mía al contador don Francisco Puerto, en mano. Dígale de mi parte que, por repentina sorpresa, debemos salir a la mar en dos días y necesitamos con extrema urgencia los víveres que pueda aparejar en nuestro beneficio, aunque ya sé que andan escasos de boca y manteca. Y ninguna otra petición se merece, porque del resto andamos en conveniencia, ¿verdad?

—Sí, señor. No nos falta una guinda de armamento, munición, pertrechos y aguada. Tan sólo un pequeño lunar en algunos alimentos de fresco y salazón. Pero si su amigo nos echa una mano, más la de nuestro contador que también se mueve en compás por esos dominios, saldremos a portas cerradas.

—Pues al loro de ultramar y con viento a favor. Por cierto, que el teniente de fragata Venturini redoble los ejercicios de mar y guerra esta misma mañana, con tambores a la piel, que en los últimos días bajamos el listón hasta la quilla.

—Sí, señor. ¿Alguna otra disposición?

—Nada más que recuerde. Ándele raudo con la demanda al comisario.

Con la ayuda de Setum me engalané por grande, sin dejar al costado detalle alguno del vestuario, ni pañuelo en alivio, aunque sudara una cuarterola en la empresa. Y teñían las campanas de la ermita de la Guía en última llamada para la misa de las diez, cuando embarcaba en la lancha con Setum a la caña, una afición que tomara como divertimento en los primeros momentos, hasta demostrarme que se ceñía a ella como patrón de luces, con más sabiduría que el oficial de mar asignado. Y como tal lo nombré para cuando embarcara mi persona, aunque alguno cubriera la cara en torcido.

El jefe de escuadra don Federico Gravina me recibió con rapidez. Y tuve suerte porque pensaba tomar su lancha pocos minutos después, para gestionar algún asunto en el arsenal. La cámara del Meregildo era similar a la que ya visitara en el Real

Carlos aunque, en este caso particular, con mobiliario personal más limitado de oros. Y como en ocasiones anteriores, me ofreció modos y palabras de confianza.

—Ha tenido suerte en corridas, Leñanza, y su hermosa gacela no quedará desterrada en puerto. Por tercera vez une su destino al mío.

—Y así seguiría muchos años, señor.

—Debe agradecerlo al general Borja, que no opuso resistencia alguna, más bien al contrario. La verdad es que se encuentra bastante desanimado el buen hombre desde que la epidemia lo forzó al regreso, cuando se le abría una clara posibilidad de acción. Pero así es la mar y esta vez en su beneficio, amigo mío. Espero que se encuentre listo para señales.

—Desde luego, señor —dudé algunos segundos antes de continuar—. Pero le aseguré víveres para tres meses con excesiva confianza, que el tiempo transcurre con prisas y alcanzo las ocho semanas con justeza. Pero espero rellenar en este día.

—No se preocupe, que firmaría contar con galleta y cecina para seis semanas. Pero parece que conseguiré algún beneficio en el día de hoy, según me aseguró el Capitán General del Departamento, que giró especial recado al comandante general del arsenal.

—¿Puedo preguntarle, señor, cuándo deberé hacerme a la mar? Y también, si es posible y lo considera de orden, sus intenciones.

—Quiero abandonar el puerto con mi división en cuanto sea posible, ni un minuto más tarde. Los víveres parecen solucionados, más o menos, pero todavía ando con promesas de embarque de personal que no se concretan al punto. Por desgracia, la escuadra del general Borja apenas puede concederme algún que otro oficial de mar, pero pocos artilleros preferentes que conforman mi mayor preocupación. Por no hablar del adiestramiento, nuestro eterno lunar. Apenas dispusimos de tiempo para que las últimas remesas de leva aprendieran a arrancar el coy en modo y forma. Y para ahondar el mal, no dispongo de margen alguno de maniobra, porque el general Lángara dejó instrucciones precisas para mi pronta incorporación. Le aseguro que con las dotaciones de estos cuatro navíos, dudaría en enfrentarme a dos ingleses.

—Por fortuna, son nuestros aliados en esta ocasión —intenté forzar una sonrisa.

—Como usted dice, por fortuna. Pero tampoco sobresaldría en combate contra turcos o franceses. Les falta mucha mar a nuestros hombres, y voluntad para asimilarla. En la navegación de Ferrol hasta este puerto, llevamos a cabo un par de ejercicios de guerra con pólvora y, en verdad, prefiero no comentarle el ritmo de disparo alcanzado, para no desanimarlo a bruces. ¿Cómo anda su dotación?

—No es la que dejé en la fragata Santa Casilda, pero conseguimos echar avante sin graves problemas. Y llevamos varias semanas de ejercicios. Es cierto que tuve suerte al recibir el personal del resto de la escuadra.

—Me alegro. De todas formas, en esta ocasión preveo mucho apoyo a operaciones en tierra y poco combate naval, como no sea un caso puntual.

—Entonces, mi general, partiremos en dirección a la costa catalana.

—Supongo que, en concreto, hacia la bahía de Rosas, aunque tampoco puedo decirle cual será nuestro objetivo final, si es que se encuentra perfilado por el general Lángara. Es posible que debamos seguir las peticiones de apoyo del general Ricardos. Como le dije ayer, me gustaría salir a la mar en un par de días a más tardar. Tendrá noticias mías la tarde anterior a la partida y espero que me abra aguas a proa. Pero ya lo recibirá en concreto por señal.

—De acuerdo, señor. Y permítame que le agradezca una vez más su gestión.

—Yo soy el beneficiado, Leñanza, y le hablo en verdad. Además, no podía quedar en puerto la fragata más ligera de alas en nuestra Armada —Gravina se abrió en risas, imitando mis frases.

Me despidió calurosamente, con inesperado orgullo de mi parte. De esta forma, regresé a la Sirena con la satisfacción asentada y los nervios aplacados al tercio, aunque todavía el hormiguillo bailaba en tripas con señales de felicidad. Setum manejaba la caña con una sonrisa abierta a las claras, ufano como si detentara escuadra, mientras una suave brisa de lebeche acariciaba mi rostro congestionado por el calor, que el día se abría en luces y con la temperatura elevada a la galleta.

Como las buenas vienen por parejas o en brigada de honor, Orzeta regresó a mediodía con sonrisa de orejas y promesas de grado. Era un hombre de confianza y cabal al ciento aquel navarro de cuerpo alargado, pelirrojo y con brazos poderosos, de los que no templaba gaitas cuando era necesario, aplicando el castigo o el halago con rigor y en su momento. Se había hecho con el barco en un corto espacio de tiempo y le auguraba una prometedor carrera, si la suerte de sangre lo acompañaba.

—Tiene un buen amigo en ese contador, señor. No podemos quejarnos de don Francisco en ningún aspecto. Esta tarde recibiremos, según sus propias palabras, lo que pueda requisar de norte a sur. Y como gracia especial me hizo embarcar en el bore tres barriles con vino de Pozoamargo que, según comenta, es recio y capaz de levantar los corazones más decaídos. Pero con la condición de que lo beba cuando haya liquidado algún buque francés. Y ya lo probé con él en su oficina. No es de los finos, que ataca la garganta con rasqueta, pero presenta su fuerza y en la mar ganará de sabor.

—¿Pozoamargo? ¿Por dónde cae esa localidad?

—Esa misma pregunta le hice yo al contador, y casi me echa de su despacho a patadas. Por lo que se ve, su mujer posee buenas tierras en esa zona. Creí entender que anda por la Mancha.

—Pues lo beberemos por gorguera, aunque no llegemos a batirnos con el francés. El general Gravina también anda con problemas de abastecimiento, pero me confirmó que desea salir a la mar en un par de días. En el almuerzo se lo comunicaré a los oficiales con los escasos detalles que me alcanzan. Y redoble la guardia estas noches que nos quedan en puerto, segundo, porque se han producido desertiones en dos navíos, al saber de su pronta salida. Y como las noticias corren en alas, sabrán pronto en la Sirena que acompañamos a la división.

—No se preocupe, señor, que nadie saltará la regala como no lleve dos balas en su saco mortuario. Pero creo que no podemos quejarnos, en comparación con otras dotaciones. Cuando salió a la mar la capitana del general Lángara, el navío Mexicano, daba pena observar la maniobra de palos y vergas.

—Ya vi con mis ojos lo que más parecía feria de ganado. En fin, el mal es generalizado en la Armada y no parece que tomemos caminos de enmienda. Así que con esta madera debemos hacer el fuego, por verde y mojada que se encuentre.

Orzeta quedó pensativo durante algunos segundos, antes de entrar en preguntas.

—¿Cree que nos dirigimos a apoyar el ejército del Rosellón?

—Eso parece. Pero ni el general Gravina lo sabe a ciencia cierta. Sin embargo, es más que probable que, en un principio, aproemos en esa dirección. Según se comenta, el general Ricardos encuentra más oposición de la esperada en los franceses.

—Esos revolucionarios no deben presentar demasiada batalla, señor. Recuerde su actuación en las islas de Cerdeña.

—No olvide, Orzeta, que el ejército francés es el más poderoso de Europa. Y aunque ande en manos de asesinos y a la greña, son muchos sus hombres e ingente el armamento a disposición. Recuerde que la intención del marqués de la Ensenada era la de disponer de una Armada que, con la de Francia, equilibrara el poder naval britano. Pero, al tiempo, un ejército que, con el inglés, pudiera equipararse al de Francia. Si no se levantan muchas provincias a favor de la Monarquía y pueden controlar la situación, es mucho bocado para nosotros.

—Pero andan con frentes en todas sus fronteras, lo que más parece suicidio colectivo.

—Y con éxitos sonoros en el norte. Pero, bueno, ya veremos. Sería ideal ocupar el Rosellón y que llegáramos a unas negociaciones de armisticio con ese trozo español recuperado.

—Tiene razón. Bien, señor, si no ordena nada más, me encargaré de los movimientos.

—Haga su trabajo, segundo.

La promesa de mi amigo se cumplió como era de ley, y en las primeras horas de la tarde se acercó un lanchón del arsenal a nuestro costado con los víveres prometidos. Y he de declarar el alijo como dispar en conjunto, que no se ceñía a ningún plan o porcentaje estimado. Por encima de todo, embarcamos mucho pescado en salazón y escasa carne, así como galleta y garbanzos de menestra en abundancia. Me imaginaba a don Francisco distrayendo partidas de otras colmenas, en beneficio de nuestros estómagos. Pero tras llevar a cabo un ligero recuento, comprobamos que estábamos casi al completo de víveres para diez semanas, lo que tranquilizó mi conciencia.

Hablé con los oficiales de guerra, mayores y de mar que, en general, mostraron su satisfacción por salir a la mar en compañía de la división del general Gravina. Tan sólo el cirujano, don Javier del Rozal, mostraba signos de tristeza, porque el pobre se

mantenía sufriendo el mal del mar, con unos mareos que le hacían largar por la borda hasta los primeros alimentos ingeridos en su infancia. Pero tan sólo le faltaba marea en permanencia y ya entraría su alma en cuartel.

Al día siguiente se encontraba la Sirena lista para salir a la mar, esperando en cualquier momento recibir la orden de la capitana. Sin embargo, transcurrieron tres días más de nerviosa espera, sin que se produjeran nuevas, al punto de creer como posible una anulación en la salida o alguna noticia negativa, que todo entra en la mollera para desconcierto propio. Por esta razón, continuamos con los ejercicios a doble compás, aunque debiesen forzar voluntades los oficiales en algunas ocasiones, con rebenque y lazo.

Por fin, en la tarde del 22 llegó la esperada comunicación, en la que se nos indicaba la salida a la mar de la división para la mañana siguiente, debiendo encontrarnos listos al alba para recibir órdenes de la capitana. Con aquella sencilla orden se amansaron las fieras y el espíritu cantó en llano, que eran muchas las semanas en angustia de tierra.

Y siguiendo la norma no escrita, a las cuatro de la mañana del día 23 de julio del año del señor de 1793, ocupamos los puestos de maniobra en la Sirena, en espera de la orden por parte del buque insignia, el Meregildo, fondeado frente a las murallas cartageneras a la altura de la puerta del muelle. Poco después, las luces se abrían por encima del castillo de Moros, ofreciendo un día con cielos despejados al copo, ligera brisa de lebeche y anuncio de calores. Por mi parte y en rendido silencio, rogaba al dios del mar para que la suave brisa se entablara en firme y ofreciera mayor vigor. En ese caso, podría abandonar el fondeadero con mis propios medios, sin auxilios, aunque mantuviera el bote en el agua con bogos de fuerza, por si era necesario su concurso.

Por fin, a las ocho de la mañana izó la capitana señal por banderas, ordenando la salida de la Sirena, que debía ser seguida por los navíos San Pedro Apóstol, San Joaquín y San Fermín. Y pasamos momentos de cierta vacilación, con el viento ligero y remolón en exceso, al punto de aproar por medio del bote y ordenar el izado de mayores y gavias, maniobra que necesitábamos ejecutar con rapidez dada nuestra posición en el puerto, cerrados en socaire por el monte de Galeras. Pero se hizo el milagro con soltura y en escaso tiempo andaban nuestras velas en bebida de viento, con lo que la Sirena comenzó a responder con gracia al timón.

Me mantuve en bordadas cortas a la altura de la isla de Escombreras, mientras los navíos sacaban proa del puerto, con problemas serios por el escaso viento, especialmente en el San Fermín, mandado por el capitán de navío don José Javier de Ezquerro y Guirior, que debió ser remolcado por dos veces hasta cubrir soplo y despegar. Por fin, entrada la mañana apareció el Meregildo, impresionante visión con el aparejo al copo. Orzeta lo seguía con la mirada, hasta exclamar con admiración.

—No se podrá quejar el general Gravina, que ese buque lo manejan los ángeles.

—Ha maniobrado el tres puentes con la gracia de una fragata —corroboré

mientras elevaba el antejo—. Su comandante, el capitán de navío don Pedro Luis de Obregón, anduvo conmigo en el sitio de Gibraltar, al mando de lanchas cañoneras. Y dejó fama de valiente hasta los riscos. Aunque peque de escasos marineros, mueve los hilos con maestría.

—Va largando por escalones.

—Bueno, segundo —debí regresar a nuestro cometido y cortar la observación—, creo que podemos abrírnos a la mar un par de millas. Debemos recibir la orden de marcha de un momento a otro.

En efecto, poco después izaba la capitana señal en la que se nos ordenaba navegar proa a levante, en descubierta de la división y con distancia a discreción propia. Y como ya el lebeche tomaba cuerpo, largamos todo el aparejo para que observaran los navíos cómo navegaba la Sirena a un largo, metiendo la proa en las aguas como un delfín o, según opinión de Setum, como una sirena de verdad, con lo que el nombre del buque se ajustaba a la realidad por una vez.

Paseando por el alcázar con mi fiel Setum acoderado por corto, comprendí con inmenso orgullo que entraba en mi primera singladura como comandante efectivo de la fragata Sirena. Y era maravilloso reconocer que aquel fantástico armazón de maderas, clavazón y velas, con aires franceses y sangre española, me pertenecía como hijo parido en matrimonio. Y esos son los momentos que debemos grabar en nuestros corazones a fuego dulce y para siempre, sensaciones salpicadas por los suaves rociones salados que la proa despedía al cortar el agua. Y como siempre aseguré en verdad eterna, hay que guardar esas imágenes en nuestro cofre particular para los tiempos malos que han de llegar más tarde o, como me sucede en estos días, cuando recorro de largo mi vida con sentimientos de gustosa añoranza.

20. Proa a la mar

Aunque suponía que el general Gravina ordenaría rumbos adecuados para barajar la costa en comodidad y conveniencia hacia el nordeste, la orden de mantener proa hacia el levante se mantuvo durante un tiempo alargado, hasta perder de vista la costa por nuestra aleta de babor. Como después pude comprobar, era opinión del jefe de escuadra quedar sin amparo de tierra y abierto a las aguas, para que los nuevos grumetes se hicieran el cuerpo a la mar y lo estimaran como casa propia y permanente, medida que apliqué a mi cartilla propia para días venideros.

El viento de lebeche y fresco apoyaba nuestra derrota a favor de reina, con lo que la Sirena, más ligera que los navíos, debía llevar a cabo rumbos alternativos para mantenerse en su posición de descubierta. Esta medida forzaba a la maniobra en adecuada periodicidad, que no venía mal a la dotación el ejercicio de vergas, sin propiciar el descanso a remate en ningún momento. Sin embargo, poco antes de la anochecida y establecido el rumbo norte por la capitana, disminuimos el trapo a disposición, para mantener la distancia sin necesidad de operar sobre el aparejo.

Volvimos a otear la línea costera cuando cruzamos entre la isla de Ibiza y el cabo de la Nao, visión opaca al quedar las líneas del horizonte ensombrecidas por la bruma, para perderla a continuación y mantener la proa en firme al septentrión y con permanencia, un rumbo que me hizo recordar lejanas expediciones por las altas latitudes americanas, en las que ese rumbo operaba en forma cotidiana. Sin embargo, dos días después de nuestra partida de Cartagena nos atacó una encalmada de las que, según el contraamaestre, se denominan como de tarta y tonta, donde lo mismo levantaba la cresta el viento en suave bambolina desde un cuadrante al opuesto, sin llegar a dibujar un mínimo rizo sobre las aguas.

Pero a bordo de la Sirena seguíamos a nuestro ritmo y en provecho propio. Con la pólvora apartada en prevención de las inspecciones, y previo permiso de la capitana, llevamos a cabo las primeras andanadas de guerra con toda la batería de a 12, estruendo de razón y peso que hizo retranquear algunos cuerpos poco habituados. Bien sabemos los entrados en materia, que una cosa es el ejercicio de salón y otra muy distinta con los cañones barriendo cubierta en retroceso. Pero debo reconocer que el ritmo de carga y disparo se mantenía lento para lo que debe gobernar en buque de la Real Armada, aunque alto en las condiciones normales que se destilaban por aquellos días. Siempre lo recordaré como nuestro principal problema en la mar y combate, porque nos solían caer las rasas del enemigo a doble ración que la servida por nuestras armas. Así lo exigí por deber a mis subordinados, pero sin forzar el violín.

Sin embargo, fue una nueva y feliz experiencia observar el disparo de las piezas por medio del tirón a cargo del cabo cañón, gracias al pistolete de chispa. Y aunque en los primeros momentos pareció arte de magia, con miedo en los artilleros al

retranquearse en costado, se demostró como aparato formidable y de absoluta habilidad, a la par que sencillo. De esta forma, desechábamos las mechas y brasas para siempre, aunque se mantuvieran en el cargo por si acaso. Y así lo comentamos entre nosotros.

—Un sistema seguro y eficaz —afirmaba el segundo—. Debería ampliarse a todas las unidades.

—Desde luego. Pero son muchos los cañones de la Armada, y las nuevas armas cuestan demasiado a la Real Hacienda. Según creo, ya se hacen pruebas con pistoletas españolas en el arsenal de Cádiz.

—No debe ser muy complicado. No es más que adecuar el sistema de los mosquetes a los cañones.

—Por cierto, segundo. Debemos cargar y meter en batería con mayor velocidad —incidía una vez más, que siempre me mantuvo ese tema en alza—. Tenga en cuenta que la mar se encuentra como un plato, y con marejada gruesa se alargaría la maroma un tanto apreciable.

—Tiene razón, señor. Y mucho hemos mejorado en las últimas semanas. Spotorno y Bortano andan amenazando a sus artilleros con media razón y sesión de rebenque, pero algunos no dan más de sí por impericia, que no por orgullo con los premios ofrecidos. Nos faltan semanas de mar y muchos ejercicios.

—Y este calmazón se alarga en demasía —elevé la mirada a los cielos, como si deseara encontrar la solución a nuestros problemas—. El general Gravina debe andar con las uñas en los dientes, porque desea alcanzar la costa catalana con la mayor rapidez.

—Anoche creí que esta mañana entraría el repunte del levante que se dejó olisquear al ocaso, pero volvió a caer en lona batida.

Un día más nos mantuvimos en penosa calmería, hasta que el dios de los vientos se dignó visitar la zona con un levante fresco que, sin coronar la cima, nos permitió mantener la proa ligeramente tendida al noroeste.

Por fin, tras calmas y reglamentos frescos, sin mares de orden ni sorpresas de las que la mar nos brinda en negro con demasiada frecuencia, recalamos entre los cabos de San Sebastián y Bagur al alba del día 1 de agosto. Y enmendamos con rapidez hasta embocar el golfo de Rosas en derechura, donde avistamos a mediodía los buques que supusimos con acierto como pertenecientes a la escuadra del general Lángara.

Ordenado el fondeo por la capitana a discreción, seguí los pasos del Meregildo, para quedar bajo sus faldas frente a la desembocadura del río Fluviá, donde largamos el ferro en un magnífico tenedero de arena que brillaba a través del agua azul y transparente.

En total, calculé unos 17 navíos en la ensenada, además de cinco fragatas, una de ellas la Casilda, y un respetable número de unidades menores entre los que reconocí al jabeque Murciano con sentida emoción, que nunca se olvida cubierta pisada en

permanencia y con batalla de muerte. Como era de esperar, un par de horas después recibí la visita de la lancha perteneciente a mi antigua fragata, con la pequeña figura de Pecas a bordo. Nada más pisar cubierta a popa, ya exclamaba a voces el pequeño como si andaré por palacio propio, actitud habitual en mi compañero.

—Sabía que te las apañarías para engancharte a la cola del general Gravina por rifas o granadas, bandido culebrón. Espero que no intentes ascender un escalón más y dejarme bajo cubierta.

—Calla la boca, enano, y saluda a tu superior como corresponde.

Nos abrazamos de nuevo, aunque la separación hubiera sido de unas pocas semanas.

—¿Lleváis muchos días en Rosas?

—Unos pocos nada más. Parece que nadie sabe a ciencia cierta cuál es nuestra misión, si es que las altas jerarquías piensan alguna, y no se trata de crítica largada al viento. Fondeamos durante tres días frente a Bañuls, por si éramos requeridos en el frente. Y allí quedaron algunos navíos, fragatas y unidades menores para cruzar en permanencia entre Collioure y Port Vendrés, con objeto de impedir unos socorros enemigos anunciados, procedentes de la costa francesa más al norte, que así mueven las fuerzas en esas líneas. Pero don Juan de Lángara recibió aviso de que el general Ricardos había establecido su Cuartel General en Trouillas, con lo que mudamos el fondeadero a esta preciosa ensenada. Creo que mañana se reúne nuestro general con quien manda el ejército llamado del Rosellón, cuyo frente parece estabilizado.

—¿Y después?

—Supongo que continuará el apoyo que ya han prestado las fuerzas presentes, con bombardeo a las posiciones francesas, traslado de fuerzas propias de aquí para allá y poca madera más.

—¿No hay movimiento de unidades navales francesas a la vista?

—¿Buques franceses en la zona? Nada de nada. Tolón continúa bloqueado por la escuadra del muy honorable Samuel Lord Hood —entonó el nombre del inglés en forma engolada—, vicealmirante de la escuadra roja y comandante en jefe de la escuadra de Su Majestad británica en el Mediterráneo, que enarbola su insignia en el navío de tres puentes Victory.

—Lo vimos pasar muy de cerca desde la cañonera 23, antes que nos pasara por ojo aquel navío maldito.

—Ese mismo, pero ahora de amigo. Según asegura mi comandante, tan sólo es posible que se intente algún traslado de personal desde puertos cercanos a Marsella, porque dicha ciudad también anda en abierto alzamiento contra la revolución. Pero cuando ven nuestras velas dan la popa y aproan hacia tierra. Hace algunos días se recibió aviso indicando que, desde Brest, partía escuadra francesa en esta dirección, pero nadie cree que asome la nariz con las escuadras española y británica en estas aguas. Creo que no conseguiremos llevar a cabo acciones de fuerza o merecedoras de gloria.

—Creo que tienes razón.

Pecas se mantuvo a bordo hasta la noche, regresando a la Casilda tras engullir generosos bocados y haber despreciado el vino manchego, fiel a su costumbre. Y no andaba en razón, que aunque duro, era grato al paladar de mis oficiales.

De acuerdo a las noticias ofrecidas por mi cuñado, en la mañana siguiente desembarcó el general Lángara del navío Mexicano, para tomar carruaje en tierra y perderse de vista hacia el nordeste en dirección a Trouillas, población del Rosellón con vino afamado y cercana a la antigua casa principal de los templarios en el dominio de Mas-Deu. De esta forma, allí quedamos de brazos cruzados, sin agua que achicar, rebajando los ejercicios a bordo y manteniendo cuatro ojos sobre la dotación, al situarse la playa a muy corta distancia.

Aquel primer día lo dediqué a recorrer la costa con mi antejo, tomando nota de los puntos más sobresalientes y visibles en la distancia, que siempre son de interés para el hombre de mar en recalada de apuro o reja de niebla. Y debo declarar por lo llano que me fascinó la bahía, extendida como majestuosa concha hacia levante con 12 millas de alza, entre el grupo de las islas Medas al sur y el cabo Norfeo al norte, con 6 millas de entrada. Era fácil comprender que ya los griegos se aposentaran en su costa para fundar la Rhoda helénica, que siempre debió mantener su hermosura y buena disposición geográfica, así como excelente y abrigado fondeadero en su rincón noroccidental, precisamente donde se abre la población que lleva el mismo nombre.

Como era de esperar, dada la cercanía de Rosas a la frontera, disponía de un espléndido castillo, así como fortificaciones militares labradas en clara línea defensiva. Había sido plaza ocupada por los franceses en un par de ocasiones, y sufrido numerosas guerras en su suelo a lo largo de la Historia. Precisamente, a ese teatro de operaciones volvería en el futuro, pero ya lo conocerán al detalle si el aparejo de mi cuerpo aguanta estas confidencias escritas.

Dos días completos nos mantuvimos mano sobre mano, permitiendo el arte de la pesca con aparejos improvisados por la dotación, para dulcificar los periodos de ejercicios. Y se consiguieron capturas generosas que, aparte de aumentar la sustancia y sabor en las perolas, siempre ablandan las entrañas y avivan la imaginación del grumete. El segundo día giré visita a la Casilda, donde ninguna noticia recibí en aliento, para regresar a mi fragata con bolsa vacía. Según aseguraban, todo dependía de la reunión de los generales en tierra, donde debían establecer el apoyo que la escuadra podía ofrecer al ejército en sus operaciones.

Por fortuna, al tercer día recibí órdenes de la capitana de mi división para que, en unión de las fragatas Diana y Santa Florentina, así como los jabeques San Leandro y Murciano, cruzáramos derrotas al norte, entre el cabo Bear y la laguna de San Nazario, por si los franceses intentaban aportar fuerzas por aquellas aguas.

Fue una bendición que me incluyeran en la faena, porque los vientos se mantenían frescos del levante y gozamos navegando por espuelas sin rumbo fijo. Al tiempo, no dejaba de emocionarme navegar a escasas yardas del Murciano, cuya

cubierta recorrí con la vista, mientras los recuerdos se mecían en mi cerebro con inevitable nostalgia. El comandante de la Diana, de mayor antigüedad en el grupo, me ordenó la patrulla en la zona más septentrional, besando aguas frente a Perpiñán, capital del Rosellón, hasta la laguna de Leucate, que se abre hacia tierra como una tortuga de caperuzón plateado.

Fueron siete días en los que conseguimos disfrutar de la mar y el paisaje, con sol de fuerza, cielos azules y adecuados beneficios para la dotación en todos los sentidos, que ya quedaban pocos hombres con tierra en las bolsas. Tan sólo al cuarto día divisamos lo que parecía una pequeña tartana francesa, como las usadas en la matrícula de Sevilla, con un palo aparejado en latina, abierta hacia el noroeste. Intentamos hacer por ella pero debía andar en vacío, porque mudó la proa en escape y se perdió de la vista muy pegada a tierra.

Fuimos relevados de la comisión por buques de porte parejo, entre los que se incorporaban las fragatas Santa Cecilia y Santa Rosalía. De esta forma, retornamos sin pescado en la red a la bahía de Rosas, donde largué el ancla en el mismo agujero de la ocasión anterior, a escasa distancia del Meregildo. Y como esperaba que las noticias hubiesen aparecido en algún sentido, me trasladé a la Casilda en la primera oportunidad. El comandante, don Juan de Villavicencio, no andaba muy fino de humor, tras muchas semanas de sesteo sin provecho. Y aunque el general Lángara había retornado al buque insignia, no se estimaba llevar a cabo operación de fuerza por el momento, sino el desplazamiento de algunas tropas por buques aislados, en misión de parecidas características a la llevada a cabo por mi fragata.

Renegábamos del fondeadero y la rutina abierta en cruces, cuando el día 22 de aquel agosto caluroso por más, apareció en la bahía una fragata con el pabellón británico. Se mantuvo en facha en el borde de líneas, mientras echaba al agua su lancha, que se dirigió sin dudarle un momento hacia el navío Mexicano. Corrió como la pólvora la noticia, por lo que de novedad presentaba. Sin embargo y según nos llegó la onda horas después, el comandante británico portaba oficio del almirante Hood, solicitando del general Lángara el relevo en el crucero y bloqueo de Tolón, al verse obligado a abandonar la zona por escasez de agua en sus buques, que proyectaba llevar a cabo en puertos de Italia. Pero no contestó en afirmación inmediata nuestro gran jefe, según comentaron los cercanos.

Se apagaban los ecos de la visita sin que se atisbara movimiento en la capitana, cuando tres días después apareció nueva fragata británica en la ensenada, en este caso la Rómulo, cuyo nombre pude observar en su popa al pasar entre líneas para fondear a escasos cables de mi proa. Y aunque no esperábamos cambios ni convulsiones tras esta nueva aparición, para sorpresa de muchos, el buque insignia del general Lángara izó señales convocando inmediato consejo de generales. Aunque siempre podía significar variación en nuestra vida, quedé ligeramente chasqueado con aquella convocatoria que nos apartaba a los comandantes de los buques.

Pero todo llega en la vida y, para regocijo de mi alma, aquella misma tarde

convocaba el general Gravina a los buques de su división, reforzada con el navío San Ildefonso y la fragata Diana, para inmediato consejo de comandantes en su buque, con lo que me apresté a la orden. Una hora después nos reunía en su cámara, sin mayores formalismos ni preparación dorada. Y como no era don Federico de los que emprende rodeos sin necesidad, entró en vereda por directo.

—Bienvenidos a bordo, señores. Ya les supongo en conocimiento de la visita de la fragata inglesa Rómulo, que traía recado del almirante Hood para nuestro comandante general. El jefe de la escuadra británica comunica que el día 22 se le presentaron a bordo comisarios de Marsella y Tolón, con amplios poderes de sus jurisdicciones, para tratar de paz. Ambas localidades se encuentran levantadas contra la Convención y desean regresar a la normalidad que la Monarquía les brinda. Ofrecen el puerto, arsenal y fortalezas de Tolón, sin fuerzas propias para guarnecerlas, con la intención que, desde allí, con auxilio de tropas anglo-españolas, puedan mantener las plazas en su poder y contribuir al levantamiento que estiman general en toda la Francia. Al mismo tiempo, se debe aprovechar la desunión y desconcierto creado en la escuadra francesa surta en puerto y arsenal, que no caen de lado abierto, para que se hagan por fin del bando realista o desposeerlas de los revolucionarios.

Dejó un pequeño descanso, mientras continuaba su lento paseo con las manos enlazadas a la espalda.

—El almirante Hood solicita algunos buques de la escuadra, así como tropas de Marina y Ejército en apoyo, por ser escasas las que dispone en sus unidades. El general Lángara ha decidido apoyar la acción con toda nuestra fuerza, por considerarlo como circunstancia muy favorable, que puede propiciar el fin de la guerra en los términos más honoríficos, a la vez que, de momento, contribuir de forma decisiva para conseguir la rendición de Colliure y Port Vendrés, intimados por las noticias que les llegarán desde tan cercanas localidades. Como es lógico, el general Lángara ha solicitado fuerzas al general Ricardos para que embarquen en los buques de la escuadra, al tiempo que envía recado a la Corte con las nuevas habidas y disposiciones tomadas.

—¿Significa eso, mi general, que marchamos todos hacia Tolón? —preguntó el capitán de navío don Manuel Bilbao, comandante del San Joaquín.

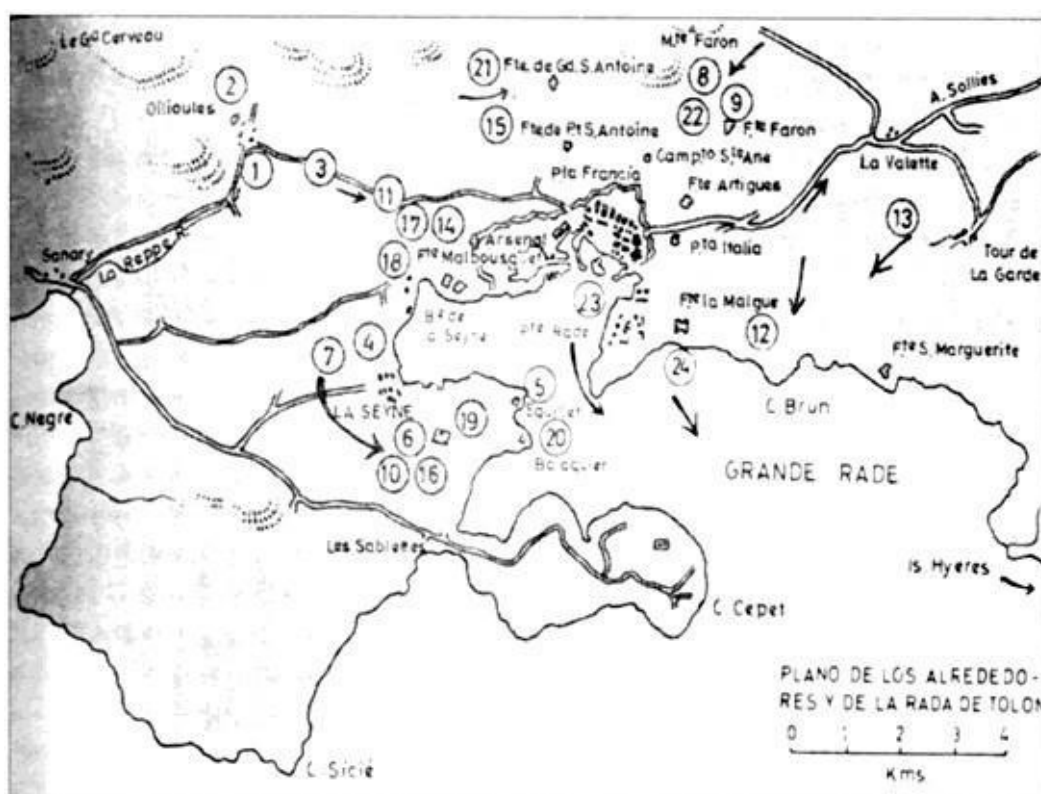
—Los navíos y fragatas al completo, salvo la división del general Moreno, que quedará en Rosas para embarcar los 2000 hombres del ejército prometidos y transportarlos a continuación a Tolón. Permanecerá la guarnición permanente de Rosas en estas aguas, ampliada con otras unidades menores, para las necesidades directas del general Ricardos. De esta forma, se ordenará levar por divisiones y salir a la mar en demanda de ese puerto. Este viento flojo y oscilante del sur acabará por entablarse en lebeche o jaloque, si los cielos andan en rigor, con lo que nos arrimará por las ancas en conveniencia al empeño.

—Anduve en Tolón en un par de ocasiones, señor —intervino el comandante del

navío San Fermín—, y es puerto de radas muy bien defendidas, con castillos y fuertes en las alturas. Supongo que se encontrarán rendidos y a disposición.

—Tiene razón, Ezquerria, y eso suponemos. Pero no daremos cuenta real hasta arrimar el hocico. De todas formas, me alegro de su pregunta, porque pensaba ponerlos al día de las características de la zona, por si no la conocen con suficiente profundidad. Extienda el plano, Hinojosa.

Uno de los ayudantes del general desenrolló en un trípode un plano de los usados por el ejército, con distintas lecturas y colores a los que, normalmente, presentaban las cartas de marear, pero que reflejaban la zona a la perfección. Gravina comenzó la exposición.



La rada de Tolón.

—Como pueden suponer, al ser Tolón, con su imponente arsenal, el puerto militar francés de mayor importancia en el Mediterráneo, se encuentra defendido y fortificado con generosidad desde hace siglos. El terreno que circunda la plaza es muy quebrado y favorece sin medida a quien domina las alturas, desde las que se pueden batir los buques en las radas o el arsenal, incluso impedir su entrada o salida, siempre que se disponga de la adecuada artillería. El puerto está compuesto por una gran bahía, dividida en tres radas principales. La primera es la llamada Petit Rade o Pequeña Rada, a cuya orilla se acopla la amurallada población. La Gran Rada se encuentra hacia el exterior, al sudeste de la anteriormente citada, y sus fondeaderos se prolongan hacia poniente donde se forma la bahía de la Seyne, en cuyas orillas

aparece la pequeña población de ese nombre.

Gravina señalaba por medio de un puntero, con su habitual meticulosidad, cada uno de los accidentes que nombraba, comprobando que eran comprendidas sus palabras por los asistentes.

—La península del Caire, también conocida por Petit Gibraltar, nombre que no cuadra en buenos recuerdos por mi cerebro, muere hacia levante en las puntas de L'Eguillete y Balaguer, que los franceses nombran como Balaguiet. Más al sur de esta península, se nos abre otra que remata por su extremo de levante en el cabo Cepét y, a su vez, está compuesta por dos más pequeñas, las llamadas del Lazareto y del Semáforo, que acaban por unirse a otra mayor por el istmo arenoso de la Sablette. Esta mayor finaliza hacia el oeste en el cabo Negre, y al sur por el cabo Sicié, nombre que recordarán porque en esas aguas tuvo lugar en 1744 el famoso combate naval de dicho nombre, en el que el general Navarro obtuvo el título de marqués de la Victoria. Bueno, entre nosotros podemos comentar que dicho combate entre los ingleses y la escuadra franco-española, quedó más bien en tablas, aunque esa victoria fuese celebrada como tal, a bombo y platillo, en las Cortes de París, Madrid y Londres. Pero dejemos la Historia para otro día y continuemos con las defensas propias del puerto de Tolón.

El ayudante, tras recibir una indicación visual de su general, superpuso un segundo plano sobre el primero, donde destacaban los detalles del interior portuario. Pero ya seguía Gravina.

—La defensa de Tolón cuenta, por la parte oriental, con los fuertes de La Malgue, Sainte Catherine y Artigues. Al nordeste se alza la mole del Monte Faron, con posiciones muy dominantes y fortificaciones permanentes, cuya tremenda importancia es innecesario recalcar. Debemos suponer que todas ellas se encuentran provistas de artillería. Más hacia el norte se dispone del reducto de la Croix de Faron, con el paso de Leydet y el de los Monjes. Por la parte occidental, la defensa consta de los puestos de Saint Antoine, el fuerte de Pommets y el reducto de Saint André, aunque no parecen de rigor. El reducto de Malbousquet da fin a esta línea por la izquierda. Hacia el sur, toda la defensa del puerto y rada se dirige hacia la mar, como es lógico suponer. Según parece, la fortificación de la ciudad se encuentra en buen estado, especialmente con el reducto de Sainte Catherine y los frentes de la Puerta de Francia, de la Boulangerie y de Castigneau. Como norma general, todo el lienzo de la muralla debe estar guarnecido con artillería.

—Quien domine las alturas puede barrer la casa, especialmente esas alturas de Faron —comentó el capitán de navío Ezquerro.

—En efecto. Y así se lo comenté al teniente general Lángara. Es posible que se nos entregue Tolón en bandeja de plata, no lo pongo en duda, pero será necesario defenderlo si, como se rumorea, un numeroso ejército al mando del general Carteaux se dirige hacia Marsella, para recuperarla en nombre de la Convención. Y si esta gran ciudad cae en sus manos, la siguiente prenda que deseará retomar, dada su

importancia estratégica y marítima, será el puerto y arsenal de Tolón. Quiero decir que no sólo debemos pensar en ocupar la plaza, si es cierto que se nos ofrece con su puerto y arsenal, sino en defenderla de posibles ataques futuros. Por esa razón, es posible que sea necesario abrir el marco y tomar posiciones hacia el exterior. Por ejemplo, me refiero a esta localidad de Ollioules, que parece dominar el camino de Marsella, cuya posesión en desfiladero sería hartamente beneficiosa.

—¿Qué fuerzas aportan los franceses realistas, señor? —preguntó el capitán de navío Obregón, comandante del Meregildo.

—La guarnición está compuesta por tres batallones de voluntarios nacionales, cuyos sentimientos son dudosos en extremo, como también lo son los de las brigadas de la Guardia Nacional. Parece que es la situación normal en otras ciudades alzadas, incluso en los buques de la escuadra, con las clases altas, oficiales, administradores y comerciantes a favor de la Monarquía, mientras el populacho se adhiere a la sangre revolucionaria. Por esa razón deberemos vigilar de cerca los que pueden aparecer como aliados. En fin, señores, creo que es todo por el momento. En un par de horas nos haremos a la mar, como les he indicado. Y ya en el teatro cercano, veremos si se cumplen las condiciones.

—¿Quién tomará el mando de las fuerzas combinadas, tanto en la mar como en tierra? —apuntó en diana el capitán de navío Valdés.

—Esa guinda está por resolver, especialmente el mando de los hombres en tierra. Sin embargo, las respectivas escuadras pueden continuar con sus mandos separados, salvo unidades que, en forma puntual, sean destinadas a un cometido especial y común, como quedar en crucero de protección, bombardeos de objetivos en la costa o cualquier otro —Gravina ofreció una sonrisa—. Pero pronto se abrirá el cascarón.

—¿Cuál será nuestro papel particular, mi general? —apunté con decisión, sintiendo las miradas de todos los presentes concentrados en mi persona.

—Acertada pregunta, Leñanza. Si el escenario es como pinta el almirante Hood y podemos entrar en las radas internas con entera confianza, fondearemos todas las unidades de la escuadra en el interior, distribuidas de acuerdo a las disposiciones de cada general, salvo aquellas en disposición de cruzar derrotas con especial cometido. A partir de ahí, aportaremos hombres a las acciones que tengan lugar en tierra, si así se recaba. Por mi cuenta he calculado que si llega a ser necesario, con nuestras propias fuerzas, más las solicitadas al ejército, batallones de Mallorca e Hibernia, milicias de Lorca, refuerzos ingleses que ha solicitado el almirante Hood, así como los pedidos a Cerdeña y Ñapóles, podremos superar los 15 000 hombres. Suficientes en principio, si no aparece algún ejército de la Convención en regla.

Se hizo el silencio en la cámara, con lo que parecía la cuestión zanjada en su conjunto. El general Gravina movió las manos en abanico, al tiempo que se ofrecía en despedida.

—Bien, señores, esto es todo. Espero que podamos cruzar hacia el puerto de Tolón con vientos generosos y de cuadrante apropiado, y que éstos se mantengan en

regla o no será posible acceder a las radas interiores. Debo recordarles que no disponemos de suficiente remolque para la escuadra, sino unas pocas galeras tan sólo. Una vez allí, y tras la reunión que deberemos enhebrar con los generales ingleses con sumo tacto, los mantendré al punto de noticias.

Abandonamos el navío Meregildo con diligencia y lagunas abiertas en los cerebros, al menos en el mío, porque no veía ni en grueso la operación embastada por nuestros generales. Debo reconocer con la necesaria humildad, mi desconocimiento y falta de práctica en cuanto a maniobras de tropas en tierra se refiere, aunque, sin embargo, jueguen un papel de gran importancia en las operaciones de la Real Armada, como la historia nos enseña en larga medida. Pero confiaba a ciegas en el jefe de escuadra don Federico Gravina, al punto de seguir sus pasos hasta el infierno si así me lo ordenaba.

21. Tolón

Levamos anclas a la orden y por divisiones, para abandonar la bahía de Rosas. Una vez abiertos a la mar y sin contratiempo alguno de maniobra, emprendimos la navegación en orden de marcha en demanda del puerto de Tolón, nuestro destino abierto en interrogantes, pero con esperanza de aunar las voluntades necesarias, que dieran paso a la victoria final sobre las armas de la Francia revolucionaria.

Aunque ninguna noticia aventuraba la presencia de fuerzas navales en oposición, la capitana ordenó el destacamiento de cuatro fragatas en descubierta a levante y sudeste, entre las que se encontraba la Sirena, orgullosa de poder demostrar su ligero andar entre las de su clase. De esta forma, con vientos en celestial beneficio y suerte de ronda por las cofas, alargamos las bordadas en la dirección deseada sin muescas en contra. La ventura nos fue propicia en alto grado, porque metidos en aquella costa cerrada de cantos, los vientos manejaban al ciento las posibilidades de avance y éramos dependientes de nuestros aparejos por completo, al disponer solamente de tres galeras para remolque de fuerza. En la bahía de Rosas había quedado la división del general Moreno, que en los días siguientes debía embarcar los batallones 1.º y 2.º de Mallorca, así como el 1.º de Hibernia para su traslado a la plaza bloqueada.

El día 28 nos presentamos ante el puerto de Tolón, manejando el trapo a la baja en las cercanías de la escuadra británica, para llevar a cabo el ritual marítimo de ordenanza entre fuerzas aliadas. Y poco necesitamos para entrar con noticias frescas, ya que un par de horas después recibía el general Lángara en su buque un emisario de la ciudad portuaria, con cartas firmadas por miembros del Consejo General, en las que le solicitaban urgente auxilio para mantener la plaza en manos realistas. Consideraban necesario evitar las posibles acciones de las fuerzas revolucionarias que bullían en abierto por el interior, así como posibles ataques desde el exterior. También informaron que cinco navíos franceses se habían sumado con claridad al movimiento contrarrevolucionario, al observar aquella misma mañana la escuadra española en su dirección, aunque todavía quedaban otros 17 navíos y ocho fragatas de suerte desconocida, metidos dentro del arsenal. El poder de la artillería naval aliada que se aprestaba a la acción era extraordinario, aunque útil solamente para batir posiciones en la costa.

También nos informaron de que la plaza había sido entregada el día anterior por el almirante francés Trogoff al almirante británico Hood, con lo que las entradas de rada y puerto se mantenían en teórica franquía, aunque debiéramos sospechar de lo divino y lo humano en lógica prevención. El general Lángara dialogó con el almirante Hood a través de su mayor general, el brigadier don Ignacio María de Álava, que debió aprestar más de tres corridas ligeras entre los respectivos buques insignias, con documentos de ida y retorno. Pero según pudimos deducir, el acuerdo entre los dos comandantes en jefe aliados fue completo desde el primer momento,

aunque con alguna divergencia a la callada.

A continuación se celebró consejo de generales en el navío Purísima Concepción, donde había mudado su insignia en nueva vuelta el jefe de las fuerzas españolas, una vez reincorporado el buque a la escuadra. Y como repetición del caso anterior, se llevaron a cabo consejos de comandantes en cada una de las divisiones pocas horas después, razón por la que forcé mi lancha en visita al Meregildo, donde encontré al jefe de escuadra Gravina con prisas y en plena resolución. Nos atacó mientras tomábamos asiento.

—Bien, señores, debo comunicarles que comienza la fiesta sin más galanteos — intentó una sonrisa que mudó en gris a medio camino—. La plaza de Tolón ha sido entregada por los franceses al almirante Hood a causa de nuestra ausencia, porque preferían haberlo hecho a nuestro general por razones fáciles de suponer. Pero son las dos escuadras en esfuerzo común las que se hacen cargo de la ocupación de la plaza, así como de las operaciones necesarias para su defensa. Deberán fondear sus buques con la mayor exactitud posible en los puestos asignados, que les serán notificados por mi ayudante a continuación en cartas separadas.

Gravina se giró hacia el capitán de navío Hinojosa, que asintió con la cabeza, señalando con su mano unas carpetas situadas a su lado. Volvió el general a su paseo con lentitud, para continuar.

—Pretendo que, sin perder un minuto, llevemos a cabo el desembarco de las tropas de Marina, aprovechando el viento que nos es muy propicio. El general Lángara me ha nombrado Comandante de Armas, con lo que mandaré todas las tropas aliadas en tierra, españolas e inglesas, así como las realistas francesas, napolitanas, sardas y otras que se puedan sumar en los próximos días para posesionar en seguridad, y defender si es necesario, la plaza de Tolón, circunstancia más que posible. Recibo este mando como jefe independiente de la escuadra —se notaba la seriedad e importancia que otorgaba a sus palabras—, con libertad para operar según mi propio criterio. Mandaré las fuerzas en tierra pero la plaza, en este equilibrio acordado con los ingleses, quedará en manos del contralmirante inglés Granston, con el título de gobernador militar. Posteriormente, se constituirá la Junta de Defensa oportuna.

Pareció dudar unos segundos, antes de atacar un terreno que entraba en conjeturas.

—Debo confiarles que el general Lángara sospecha..., bueno, no quiero usar esta palabra tan dura. Digamos que nuestro general duda de las intenciones inglesas. Debe quedar claro por encima de todo que acudimos a Tolón para ocupar esta plaza en nombre del Rey Luis XVII, cuestión de la mayor importancia. Estamos en guerra contra la Convención, pero en absoluto contra la Francia monárquica. Por el contrario, es posible que los ingleses piensen, de forma interesada, que su principal beneficio consistiría en atrapar el mayor número de navíos franceses y destruir su arsenal, lo que infligiría un daño tremendo a su Armada. Y en este punto debemos

comprender al almirante Hood y sus objetivos.

Se detuvo durante unos segundos, como si dudara en seguir el razonamiento atacado.

—Digo que comprendo a los británicos porque se encuentran, como nosotros, en guerra con los revolucionarios y quieren que este gran país vuelva a la normalidad. Sin embargo, es fácil comprender que esa normalidad monárquica francesa será, inevitablemente, su principal enemigo en Europa, como lo ha sido a lo largo de todo el siglo. De ahí esa tentación que presumimos, sobre la ventaja que les supondría aniquilar la escuadra gala del Mediterráneo y este magnífico arsenal. Espero que entiendan mis palabras. De todas formas, se ha decidido por los mandos aliados que, en caso de contemplarse como posible la pérdida de la plaza, se proceda sin dudarlo un solo momento al incendio de su arsenal, puerto y todos los buques que no se hayan pasado a nuestro bando.

—¿Cómo se llevará a cabo el desembarco, mi general? —preguntó el capitán de navío Bilbao.

—Mudaré mi insignia al navío San Ildefonso que, junto a los del mismo porte San Agustín, Bahama y San Leandro, formarán la vanguardia hacia tierra. Además, los dos últimos serán los encargados de desembarcar las tropas seleccionadas de todos los navíos españoles, en total 800 hombres de infantería y 200 de las brigadas de Artillería de Marina. El resto de los buques deberán fondear muy cerca de la costa, por si es necesario cubrir la retirada.

Gravina observó gestos nerviosos en algunos comandantes, lo que le hizo levantar una de sus manos.

—Ya veo la sorpresa en sus rostros. Pero debo reconocer que la situación en la plaza es de dudosa claridad. De ahí la urgencia en llevar a cabo el desembarco porque, según parece, los fuertes que podrían ofendernos con sus fuegos están a favor de nuestra causa..., de momento. Entraremos las dos escuadras, inglesa y española, con sus unidades entremezcladas y en situación de prevención para el combate, como es de suponer. Con posterioridad, algunos navíos serán enviados a cruzar derrotas sobre Marsella, e interceptar toda clase de comunicaciones de esa plaza por mar. Según parece, la situación en dicha ciudad se encuentra mucho más desfavorable y diría que, prácticamente, podemos darla por perdida para la causa realista. Y es de allí, desde esa importante población, desde la que se puede esperar alguna reacción en nuestra contra.

Cayó en silencio, aunque se le percibía con los nervios de la cercanía a la acción entablados en su cerebro. Continuó bajando la voz.

—Es posible que algunos de sus hombres sean llamados a reforzar líneas y mandar fuerzas en tierra, lo que les notificaré en su momento. También parece comprobado que la Convención envía fuerzas para recuperar esta importante plaza, tanto desde levante como desde poniente, aunque nada hay comprobado y nos movemos en conjeturas. De ahí la importancia de desarmar las fortificaciones en

altura que más nos pueden ofender, y no seamos capaces de controlar. En fin, señores, creo que esto es todo. Apresuremos el paso que este viento de favor puede voltearse en cualquier momento e impedirnos la entrada.

Como parecía que no era cosa de perder un solo segundo, levantamos la escena con rapidez. Por mi parte, esperaba que salieran todos los comandantes de la cámara para hacerlo en último lugar, cuando escuché la voz de Gravina a mis espaldas.

—Leñanza. Venga un momento, por favor.

No me sorprendió su llamada, sin ser capaz de explicar la razón, aunque no era normal aquella distinción personal con el comandante más moderno de las fragatas. Al llegar a su altura y con la misma seriedad empleada hasta el momento, me habló en susurro, al tiempo que tomaba mi hombro con afecto.

—¿Confía en su segundo, Leñanza?

Me tomó la pregunta por sotavento y de forma inesperada, que no encajaba ni por jarcias en la escena. Pero respondí con verdad.

—Por completo y sin duda abierta, mi general. El teniente de navío don Sebastián de Orzeta es un magnífico y responsable oficial.

—En ese caso he de pedirle un favor personal, y no deseo que lo estime como orden recibida de general superior —me miró a los ojos, una mirada que volví a observar en otros momentos duros, que muchos los hube con aquel gran hombre—. Le quiero a mi lado en tierra. En casos como el que vamos a acometer, y no soy tan optimista como nuestro general en jefe, me gusta disponer de hombres con su temple junto a mí. Le nombraría como uno de mis oficiales de órdenes.

—Me tiene a su disposición, mi general —salté como un resorte sin pensarlo un solo segundo—, y es un altísimo honor el que me concede.

—Un honor que puede ser comprometido por más —intentó iniciar una sonrisa.

—Estaré a su lado para lo que ordene, aunque sea necesario ocupar el puesto de mayor peligro.

—Esperaba esa contestación de su parte. Una vez que hayan fondeado los buques en sus respectivos puestos, deje el mando de su fragata al segundo comandante en forma provisional, por ausencia del mando, con mi aprobación como jefe de la división. Puede observar en el gráfico que se les ha entregado, que su buque deberá quedar fondeado en zona con adecuado resguardo. Una vez aclarada la maniobra, tome su lancha y únase a mí en tierra.

—Así lo haré señor. Y le agradezco la confianza que deposita en mí.

—Se la merece, amigo mío.

Salí con el alma en vuelo de altura, tomando la lancha de mi fragata de forma casi inconsciente. Setum debió olfatear que alguna cuestión importante se había cocido en el consejo, porque entró en demanda con la confianza que siempre le dispensaba.

—Tiene rostro de haber recibido buenas noticias, señor.

—Muy buenas, Setum. Nada más llegar a bordo, prepara una bolsa con lo más indispensable. Una vez fondeados, tomaré la lancha y me uniré al general Gravina en

tierra, como uno de sus oficiales de órdenes. Pero no creas que andaré en fiestas de boda por la Corte, que pueden tornarse en negro los vuelos.

—No pensaré dejarme a bordo de la fragata —el buen Setum preguntaba con miedo a una respuesta afirmativa—. Sabe que debo seguirle allá donde vaya, aunque se trate de los fuegos de ese infierno cristiano.

—Por supuesto —golpeé su hombro con cariño—. Sería imposible que te despegaras de mí.

—De eso puede estar seguro, señor —una sonrisa de felicidad se abrió en su boca—. Una vez me dejó de lado, a bordo de las baterías flotantes en el ataque a Gibraltar, y ya pudo comprobar el resultado.

—Anda, calla y gobierna esta lancha en directo, que das más guiñadas^[70] que una vaca monte abajo.

Una vez a bordo de la Sirena, informé a los oficiales de lo dispuesto para la próxima hora, así como de las disposiciones que se debían tomar a bordo. Sin perder un minuto, momentos después recibía al segundo en mi cámara, para ofrecerle las últimas instrucciones.

—Creo que dejo la Sirena en buenas manos, segundo, y así se lo aseguré al general Gravina. Cuídeme esta preciosa gacela, que no es fácil enganchar un mando tan hermoso todos los días.

—No se preocupe, que la encontrará en cuadras de dulce a su regreso. Pero cuídese usted, señor, que gusta demasiado del peligro. Por el anteojo divisé correrías por las calles y murallas, con lo que no parece la situación tan amadrinada a los vientos.

—Esa metralla callará en cuanto vean desembarcar a nuestras fuerzas. Pero deberemos tomar con rapidez las alturas, para que no nos pillen en falso si vienen contra nosotros. Disfrute de estos días, segundo, que mandará la fragata aunque sea en forma de paso y vuelta.

—Muchas gracias por su confianza, señor.

De nuevo entraba en plena y azarosa aceleración, sin tiempo para consolidar o analizar con cierta profundidad las novedades que llegaban a mi cerebro engarzadas con el viento. Pero no tomen en negativo tal impresión por toda la eslora, que también esa agitación mental produce un especial gozo, como si nuestra sangre adormilada corriera por las venas en demanda de estrepada urgente.

A pesar de los deseos del jefe de escuadra Gravina, debimos esperar a la mañana siguiente, 29 de agosto, para llevar a cabo la entrada en el puerto de Tolón. Y despertamos con especial preocupación al alba, porque si el viento decidía en contra, podía verse la operación comprometida en muchas horas o perdida del todo. Por fortuna, la situación de mar y viento se mantenía en parejas condiciones, con lo que procedimos de acuerdo a las órdenes de los jefes de división, bordeando en brazas, entremezcladas las escuadras aliadas pero con sus insignias a la cabeza, hasta quedar fondeados en los puestos asignados. De esta forma sería posible, llegado el momento,

cubrir con nuestros fuegos algunas fortificaciones costeras, así como la ciudad y su arsenal, aunque también fuera sencillo comprobar que desde las alturas podían barrer nuestras cubiertas con facilidad. Pero fue grande la felicidad al llegar a las posiciones asignadas, porque como se puede observar en cualquier carta de marear, es maniobra difícil o imposible de acometer la entrada a la rada interior, sin vientos muy propicios.

Una vez fondeada la Sirena en abrigo y con dos ferros en prevención, al socaire que ofrecía la punta de L'Eguillete, comprobé que Setum se encontraba preparado para bajar a tierra. Y ya andaba el africano dispuesto al más feroz abordaje, con sus armas habituales adornando el cuerpo. Por mi parte, no era ocasión de mostrar debilidades mentales y como la mano izquierda tallada en madera poco podía aportar al armamento de puño, decidí lucir solamente el arma del honor, mi sable reglamentario prendido en biricú, aunque dejara caer uno de los pistolones en el cofre por si llegara el caso.

Por fortuna, comprobé en la distancia cómo echaban al agua la lancha del navío Meregildo, por lo que animé la boga de mis hombres para no perder de vista la figura del general Gravina, lo que podía facilitar mi incorporación a su persona. Y debí escuchar algunas lamentaciones, porque usé a mis remeros como forzados de galeras, pero los traté con buenas palabras y promesa de futuras recompensas sólidas y líquidas, que nada eleva más el ánimo del marinero. Y en esta estrepada de boga, comprobé que la lancha del general, al embocar la entrada a las dársenas, caía a estribor para dirigirse a la que llamaban como dársena de carga, a levante del puerto, dejando el arsenal por nuestro costado de babor.

Antes de continuar con el desarrollo de las operaciones en tierra, debo asegurarles que conforme contemplaba la ciudad de Tolón desde el exterior, me convencí más y más de su parecido a la de Cartagena, amurallada como plaza de ley y con sus defensas en las alturas. Según me explicó un capitán de navío francés realista en una de las veladas nocturnas, había sido el Rey Enrique IV quien había fortificado la ciudad y comenzado las obras de su puerto. Sin embargo, fue durante el reinado del Rey Luis XIV, cuando bajo la mano del gran ingeniero Vauban se llevaron a cabo las actuales fortificaciones, reforzando y ampliando las antiguas murallas, y comenzando las obras del gran arsenal.

Me presenté a Gravina en el mismo muelle con alguna dificultad, porque andaba rodeado por demasiados generales y oficiales de Marina y Ejército. Pero observé la señal que me dirigía, de mantenerme a su lado.

En el reparto acordado y establecido de responsabilidades, los ingleses se instalaron en la llamada Puerta de Francia, que abría las murallas hacia poniente, mientras que las tropas españolas se aposentaban en la Puerta de Italia, en el extremo opuesto. Y cerca de allí, en un antiguo palacio que perteneciera al marqués de Closet, estableció Gravina su cuartel general de forma improvisada, que poco duramos en lugar concreto a lo largo de los días.

Poco después, desembarcaron las tropas de Marina de las dos escuadras, mandada la española por el capitán de navío don Antonio Estrada, hombre de enorme valor, mientras actuaba como su segundo el capitán de fragata don Francisco Barreda, con quien coincidiera en las cañoneras durante el sitio de Gibraltar. Y sobre la marcha, Gravina exigió a los jefes de ambas tropas que se posesionaran de la plaza y fortificaciones exteriores antes de la anochecida, acción que se llevó a cabo con extrema diligencia y sin oposición alguna por parte de la población.

Pero como el protocolo presenta su importancia en el devenir histórico, fue necesario llevar a cabo las formalidades diplomáticas. Puestos en acuerdo los mayores generales de ambas escuadras, Álava y el contralmirante Hyde Parker, se entrevistaron Hood y Lángara, que pasaron a continuación a casa del Gobernador, donde en presencia de los miembros del Consejo General de Tolón se procedió a proclamar como legítimo Rey a Luis XVII, al tiempo que se nombraba como comandante general de las tropas al jefe de escuadra don Federico Gravina, y como gobernador de la plaza al contralmirante inglés Samuel Granston Goodhall. Asimismo, los aliados recibían de las autoridades realistas las llaves de la ciudad y todo tipo de facilidades, como era de esperar.

Posteriormente, los jefes de las escuadras aliadas se retiraron a sus respectivos buques. Una vez regresado el teniente general Lángara al navío insignia español, se cantaba un solemne tedeum a bordo del Purísima Concepción por tan fausto motivo, acendrada costumbre de nuestra Corte, en público testimonio de gratitud por la felicidad tan completa de las armas del Rey, debida toda a la Divina Providencia, que por sus altos juicios había combinado una porción de casualidades para el éxito de esta tan ardua empresa.

Pero no andaba Gravina en componendas de cortesanos y como primera actuación, en conjunción con la autoridad británica, ordenó que se desarmaran los 17 navíos franceses que se encontraban en el interior de la dársena, desembarcando su pólvora que, al mismo tiempo, aumentaba el cargo propio. Y el jefe de los siete que se declararon abiertamente a favor de la Convención republicana, almirante Saint Julien, no tuvo más remedio que entregarse al almirante Hood en persona para salvar el pellejo de las armas realistas, quedando prisionero hasta su envío a Barcelona. Como medida de precaución que siempre aligera el pensamiento y era necesaria, se desmontó la artillería de los fuertes que podían batir la rada, al tiempo que se destruían los hornillos preparados para el disparo de balas rojas sobre los buques, que no nos debía llegar el peligro por esa dirección.

Conseguimos establecernos en el Cuartel General sin agobios, que no eran tantos los que debían quedar en permanencia y el palacio era generoso de aposentos. Como la aceleración continuaba abierta de cruces, en aquella misma tarde del día 29 celebró Gravina el primer consejo. Era momento de establecer con exactitud la situación, aclarada en el interior, pero con noticias preocupantes de ejércitos que podían acudir a recuperar la plaza desde Marsella, una vez recuperada dicha ciudad por los

revolucionarios, que llevaron a cabo una terrible masacre entre los realistas alzados en armas.

Además, era necesario tener en cuenta que, con seguridad, se contaba solamente con la plaza de Tolón, porque los realistas comentaban la presencia de partidas revolucionarias en los pueblos cercanos, en espera de refuerzos. Y andaba el consejo en sus últimos momentos, cuando entró el capitán de fragata Barreda como si llegara en furiosa cabalgada.

—Con su permiso, mi general. Traigo una importante información.

—Adelante con ella, Barreda, que nos encontramos en plena faena de vísperas —Gravina parecía haber consumido los nervios en las jornadas previas, y se mostraba con absoluta tranquilidad.

—Entró un pelotón de Dragones, fieles a la causa realista, informando que desde Marsella ha salido una columna de 4000 hombres al mando del general Carteaux, en dirección a Tolón. Su artillería es escasa pero espera levantar partidas y aumentar sus fuerzas conforme pase por diferentes pueblos. También aseguran que, desde París, se envían fuerzas de apoyo.

—Bien, no es de preocupar por ahora, que mucho tardan las fuerzas en recorrer tantas leguas. Aunque contamos con escasos hombres de momento, se encuentran dispuestos 1000 más en cada una de las escuadras para el desembarco inmediato, si se considera necesario. Y en pocos días han de llegar las tropas del Rosellón, así como los sardos y napolitanos que embarcaron en buques británicos, algunos piemonteses y los realistas franceses. En total y con el paso de un par de semanas, calculo que contaremos con más de 16 000 hombres.

Me impresionó la cifra muy por alto, aunque no lo parecían tanto otros jefes presentes. Pero Gravina continuó con decisión.

—De todas formas, estimo como prioritaria la toma de la población de Ollioules. Mañana saldrá una columna que mandará el comodoro Elphinstone^[71] con 300 hombres de tropa de marina española y 200 de la inglesa. La distancia es de dos leguas desde esta plaza —Gravina señalaba en el mapa general de grandes proporciones desplegado sobre la pared testera—, pero su importancia se debe a que se trata de posición vital para cerrar el camino de Marsella, y en esa dirección ha de llegar el peligro. Debemos conseguir tiempo y que las provincias francesas mantenidas en dudoso levantamiento antirrevolucionario, consoliden sus posiciones. Y en particular, es la ocasión ideal para que nuestras tropas del Rosellón acaben por tomar Colliure y Port Vendrés, porque los franceses retirarán fuerzas de aquel frente para retomar esta importante plaza, eso al menos suponemos.

Las demás disposiciones eran de rutina, especialmente en cuanto al establecimiento y disposición de los campamentos de las fuerzas, así como la formación de barracones para la pólvora que podían ejercer en peligro. Y lo cierto es que aquella primera noche en tierra francesa, me retiré con inmenso cansancio hacia lo que, en su día, debía haber sido una recogida biblioteca del marqués ajusticiado

por los sanguinarios. Pero ya andaba Setum con su alistada maniobra y me esperaba junto al jergón con media hogaza de pan, chorizos y una frasca de vino. Era un genio de la intendencia.

—Buen aspecto presentan los embutidos. Pero, ¿de dónde has conseguido estos manjares?

—Más vale no preguntar el origen, señor, que no siempre las vituallas acopiadas son de orden legal. Pero necesita alimentarse porque se acercan días de peligro y movimiento.

—¿Por qué dices eso?

—Se oyen demasiados rumores y no todos al gusto. Me parece que los soldados franceses que circulan entre los nuestros, no esperan con ansia el retorno del Rey. Según dicen, se apresta un ejército francés para recuperar esta plaza.

—Ya lo explicaron en el consejo. Pero solamente son 4000 hombres.

—Y más en camino. No me gusta nada como se cocina este cordero, señor, que esta plaza puede convertirse en ratonera sin orificio de salida. Y ya sabe que no me mueve el miedo sino su seguridad.

—Bien lo sé, Setum. Por si se presentara esa contingencia, los buques de la escuadra se encuentran preparados para una inminente retirada, y el necesario reembarque de las tropas.

—Sí, señor, pero cuando hay que salvar el pellejo en retorno forzoso a la madre, la confusión aumenta de grados y todos quieren alcanzar la salvación en primer lugar. De todas formas, estaré a su lado por si acaso.

—Bueno, he de reconocer que tu presencia me da seguridad, buen amigo.

Mis palabras provocaron rastros de felicidad en la cara del africano. Y no mentía una mota, que sin Setum parecía encontrarme como niño desnudo. Comí con apetito, extrañando un pan tan recientemente horneado y con delicioso sabor. Pero como decía Setum, más valía no preguntar la procedencia, que podía pertenecer al mismísimo general.

Intenté conciliar el sueño, porque no se presentaba la situación para despreciar minutos de descanso. Sin embargo, echaba en falta el cadencioso movimiento del buque en la mar, una sensación que suele atacar al marino cuando pisa en firme tras periodo prolongado en las aguas. Entraba en acciones de guerra desconocidas para mí. Pero después de todo, una vez entablado el combate a tocapienoles, poco importa que los pies se asienten en cubierta de madera o piso de tierra.

22. Operaciones en tierra

A partir de aquel día 30 de agosto, nos sumimos en humos de pólvora y metralla por alargado periodo, aunque la aceleración marinera y la necesaria velocidad de reacción acostumbrada, se ralentizara en el tiempo. Esa puede ser la mayor diferencia que pude comprobar entre las batallas de mar y tierra, porque mientras aquellas se desarrollan en cuestión de horas o minutos, con andanadas cerradas y en continua progresión, elevada mortandad y sangre corrida por cubiertas, las que tienen lugar entre campos y quebradas se alargan por días, con periodos de ida y regreso, aunque también rindan elevado tributo en vidas humanas. Al menos, como aseguraba el jefe de escuadra Gravina, en aquel escenario todos los héroes acababan con cruz prendida y tierra sobre sus cuerpos, mientras que en las tumbas de mar nunca se abren las flores.

Tal y como había ordenado Gravina, el comodoro Elphinstone hizo una salida por la mañana con 300 españoles y 200 ingleses camino de Ollioules. Pero la primera sorpresa se abrió en carnes al comprobar que las fuerzas revolucionarias esperaban emboscadas a la entrada del pueblo, una de las muchas apariciones inesperadas que se produjeron con el tiempo, que no es buena razón menospreciar al enemigo. Sin embargo, se les atacó con valor y saña hasta propiciar su huida. Fue el primer contacto armado entre los bandos en litigio, saldado con éxito para nuestras armas, ya que se tomó su artillería y las primeras banderas tricolores, cuya visión anima el corazón del guerrero. Debo anotar que en dicha encerrona brilló por encima del resto el teniente de navío Montero de Espinosa, comandante del destacamento de Infantería de Batallones, según palabras del comodoro británico.

En cuanto al rápido combate entablado en el pueblo que tanta importancia estratégica ofrecía, debo exponer una casualidad que tuvo su trascendencia con el correr del tiempo. El Jefe de la artillería republicana, Don Martin, había sido herido de gravedad, siendo designado en Marsella para sucederle en el mando, no sin cierta discusión, el joven capitán Napoleón Bonaparte, personaje desconocido hasta entonces pero que, con el correr del tiempo, cobraría un especial relieve. Y no sólo en los combates habidos en aquellos días, sino en la historia de nuestra patria, que bien lo sufrimos en carnes propias. Pero debo reconocer que su nueva concepción en el uso de la artillería, fue de capital importancia en el desarrollo de los combates.

Queda en mis recuerdos aquella palabra que tan decisiva influencia cobró con el tiempo: Ollioules. Gravina sabía de la importancia que significaba mantener aquellas gargantas, aunque no se dispuso de suficiente tropa para llevar a cabo su idea en un principio, impregnados quizás de excesivo optimismo por los primeros resultados y la resistencia británica a utilizar las fuerzas francesas realistas, en aquel forcejeo mental al que debimos someternos con sus ideas.

Por desgracia, poco a poco, pero sin pausa, fueron aumentando los efectivos

republicanos, mientras los nuestros no lo hacían en el mismo sentido. Puedo adelantarles que con el paso de las semanas, el ejército de la Convención llegó a contar con más de 74 000 hombres, aunque les parezca cantidad desmesurada. Y aunque les escaseaba la artillería en los primeros momentos, desde que Bonaparte dispuso del tren de sitio de grueso calibre llegado de Marsella, cambió la faz del conflicto. Por nuestra parte, las fuerzas aliadas, una vez recibidos los refuerzos, un abigarrado conjunto de ingleses, sardos, napolitanos, piemonteses, realistas franceses, más los españoles de los regimientos de Córdoba, de Mallorca, de Hibernia, de Málaga, el suizo de Betschart, granaderos provinciales de Mallorca, regimiento de Chinchilla, milicias de Lorca, Dragones del Rey y de Pavía, tropas del Real Cuerpo de Artillería del Ejército, batallones y brigadas de artillería de la Armada, no llegaron a sumar en su conjunto los 17 000 hombres, y con pérdidas diarias que eran difíciles de reemplazar.

El 6 de septiembre los republicanos, con el general Carteaux en persona al mando, atacaron desde las alturas del Gran y Pequeño Cervaux, que dominaban el pueblo de Ollioules. Esa había sido, precisamente, la pesadilla de Gravina, cuyo resultado debió aceptar por escasez de tropa. A partir de ese momento se produjo una continua y dura refriega, con movimiento de tropas en ambos sentidos, llegando los refuerzos propios desde Tolón a marcha de forzados. Nuestro general decidió acudir en persona, y allá que marchamos en equipaje de fortuna, para arengar a la tropa y conocer la situación al detalle. Por desgracia, poco más que ordenar el repliegue le fue posible, aunque las bajas cubrieran números abultados en ambos bandos. Pero el resultado final fue la pérdida de la estratégica posición, aunque se reforzara el fuerte de Malbousquet con 100 hombres en amparo de camino.

Conforme pasaban los días, era triste y desolador comprobar cómo los sitiadores de la mar quedaban encerrados en el interior de la ciudad de Tolón, con pocas posibilidades de recibir refuerzos, a pesar de los prometidos por los ingleses. Incluso los buques fueron ofendidos con algunas baterías republicanas emplazadas por la costa en oportunidad, un aviso quizás de sus futuros esfuerzos, porque era atrevida y osada aquella banda de asesinos. Sin embargo, en esta ocasión fueron contestados con los fuegos de la escuadra, imponente masa de artillería capaz solamente de cumplir esa misión.

Y en esa continua empresa de acción y reacción, debo reconocer que los convencionalistas comenzaron a tomar la iniciativa, a la que respondía Gravina como podía. Recuerdo que el 21 de septiembre, bajo el mando de mi general, llevamos a cabo un desembarco en la península de Caire con 530 hombres, ingleses y españoles, para ocupar la altura de L'Eguillete, donde los revolucionarios intentaban emplazar una batería para castigar de nuevo a los buques fondeados. Y pasé en la lancha con cierta tristeza a pocos metros de la fragata Sirena, que se movía engolfada en las aguas con inmensa tranquilidad. Conseguimos nuestro propósito a base de espuelas, lo que era vital para la escuadra, con escasas bajas. Pero estas medidas de audacia

emprendidas con rapidez, eran las cartas que podía jugar el Comandante en Jefe, cuya moral bajaba enteros aunque intentara evitarlo a los aires, y así lo comprendimos los que nos encontrábamos a su lado en todo momento.

No crean que mis movimientos al lado del general se limitaban a servir de correo de órdenes, y andar bajo su sombra en todo momento y lugar. En muchas ocasiones debí moverme por el campo con el sable en alto y arengando a nuestros hombres, como en el caso citado de L'Eguillete. Incluso el general Gravina, cuando observaba confusa la maniobra de fuerzas, arrimaba el hombro en persona con gritos y demostraciones, en esa sorprendente mutación que se producía en su persona, porque era de los que deseaba observar de cerca el combate para mejor comprender la situación. No creerá quien sólo lo haya observado en la cámara de su insignia, pausado y correcto de maneras, la frenética actividad que era capaz de ofrecer.

Debo entrar ahora en una fecha que fue también decisiva, por su especial significado para mi persona. El día 26 de septiembre, avanzando por las alturas del nordeste, se acercaron los franceses a los fuertes del monte Faron, atacando y siendo rechazados en cuatro ocasiones con grandes pérdidas. En los consejillos que se armaban en el cuartel general o donde se situaran las operaciones a diario y según la necesidad, recuerdo las palabras de don Federico Gravina, como si las escuchara en estos momentos.

—No podemos perder esa altura de Faron. Si caen sus fuertes y los de Pomet, quedaremos a merced de los republicanos y ya todo será cosa de ir perdiendo vida poco a poco.

—Han apretado mucho sus fuerzas, señor —entraba al quite en excusa el coronel conde del Puerto, que había mandado las columnas españolas de refuerzo—. Además, esa inesperada y extraña concentración artillera, nos hace un gran daño.

—Mucho se habla de ese joven corso, Bonaparte, que, según me refirió el capitán de navío Estrada, repite a sus hombres con orgullo que es la Artillería la que debe trabajar en beneficio de la infantería —Gravina sonreía de perfil, lo que ya entendía como maniobra para ocultar su preocupación.

—Debemos tener en cuenta que la artillería provisionada desde Marsella por los republicanos, no sólo es magnífica sino de un calibre muy superior a la nuestra, y con un tren de aprovisionamiento continuo —apostilló el brigadier Izquierdo, que mostraba un pañuelo enrojecido por herida ligera de bala en su brazo derecho.

—No nos valen otras prendas que las embarcadas en el cofre —apostilló Gravina con el semblante abierto en seriedad y un tono escasamente optimista—. Debemos defender las alturas de Faron como sea.

Esa palabra pasó a ser mi nueva y particular obsesión, imposible de olvidar con el paso de los años. Una vez perdido Ollioules, ese monte que los franceses denominan como Pharon o Faron, y los españoles Faraón, cuyas crestas dominaban el escenario bélico como madre sobre las crías, se convirtió en santo y seña de todos nuestros pensamientos.

Pero antes de continuar, he de referir un detalle que me causó extrañeza en un principio, aunque siempre lo interpretara por el lado bueno, sin buscar recovecos donde no los había. Desde las primeras acciones importantes, el jefe de Escuadra me dictaba informes personales para el Ministro Godoy y el general Lángara, y aunque lo debiera por norma y orden al segundo de ellos, quedaba en raro su carteo con quien tanto poder detentaba y con tan profusa familiaridad. Los comentarios de Pecas sobre la sangre del general volvieron a mi cabeza en revuelto, que no es fácil desterrar ciertos pensamientos. Qué cierto es el refrán español que dice en su habitual sabiduría, habla mal que siempre queda.

Pero volviendo al tema principal, la conquista de Tolón se había convertido en una ratonera, como ya me avisara Setum con su natural inteligencia, aunque no cursara en ninguna academia militar. Gravina se multiplicaba, y yo a su lado en continua marcha de reconocimiento de posiciones, fuertes y castillos, arenga continua a la tropa y presencia en los momentos de peligro, en contra de las recomendaciones de otros generales que poco asomaban la jeta entre la metralla.

Debo volver a esa montaña mágica y doliente para mí, fácil de comprender si leen el curso de esta narración, aunque peque de incidencia repetida. Ese monte Faraón, porque siempre lo llamé a la española, luce nombre propio y particular en mi vida, como otros tantos escenarios que jamás pasan página en nuestra existencia. La cresta era inaccesible por su parte norte, un sendero estrecho y escarpado al que llamaban Laidel o paso de la Carantoña, único que conduce a la cima, defendida por 60 ingleses en atrincheramientos y caballos de frisa. Sin embargo, por su parte oriental estaba defendida por el fuerte Faraón y dos reductos superiores, que los del lugar denominaban Cruz de Faraón, guarnecidos por 300 valientes españoles.

Con las primeras luces del día 1 de octubre, de especial recuerdo para mí, un elevado número de republicanos forzó a la brava el puesto de la Masca, viéndose nuestros hombres obligados a retirarse en orden a los reductos de la Cruz para, en nuevo retroceso, atrincherarse en el fuerte de Faraón. La maniobra suponía un lamentable contratiempo porque, de esta forma, perdíamos una posición más que favorable.

Gravina tuvo conocimiento de la situación, por lo que ordenó se enviaran 400 hombres con rapidez y se alistaran nuevas tropas. Desde la misma Puerta de Italia, donde nos movimos, comprobó la delicada situación que se abría en las alturas, estallando en exabruptos poco propicios a su persona. Y sin pensarlo dos veces, nos corrimos a la casa del gobernador para llevar a cabo urgente junta, a la que asistieron los jefes principales de las fuerzas aliadas, lord Mulgrave, Izquierdo, Elphinston, el conde Pignatelli, comandante de los napolitanos, el caballero Revell, que lucía el mando de los sardos, y otros jefes de artillería e ingenieros.

Gravina habló con extrema claridad, incluso rayando a veces en ligera descortesía, del peligro que suponía que los 7000 hombres aprestados por el enemigo tomaran nuestros castillos de la falda de la montaña, con lo que la plaza quedaría en

el mayor de los peligros. Se determinó llevar a cabo una inminente salida para desalojarlos de tan ventajosa posición, con dos columnas mandadas por Gravina y lord Mulgrave, que deberían atacar desde distintas direcciones. La fuerza estaría compuesta por un total de 1200 hombres de todos los cuerpos y nacionalidades, amparados en un esfuerzo común.

En nuestra columna, encabezada por don Federico Gravina, a cuyo lado me movía sin perder pulgada, se incorporaban el brigadier Izquierdo, el conde Pignatelli, los coroneles Echaburu, Torres y Villeneuve, así como los sargentos mayores de Mallorca y Extremadura. La formaban 100 hombres de Marina, otro centenar de infantes de Mallorca y napolitanos, 200 granadores napolitanos y 60 sardos. Y sin perder un segundo comenzamos a subir y ganar pequeñas alturas, con escasos esfuerzos y sin oposición en los primeros momentos. Pronto observamos piquetes enemigos dispersos que, a la vista de las columnas, abandonaron las posiciones intermedias con rapidez. Reunidas de nuevo las columnas, comprobaron su cercanía a la altura que dominaba el Faraón, donde se aprestaban en orden de batalla las fuerzas republicanas.

Decidió Gravina, con el acuerdo de Mulgrave, dividir el ataque en tres columnas. La de la izquierda, con el inglés al mando, formada por britanos y sardos, con el conde de Fora y el caballero Revell que se demostró de extraordinario valor y arrojo. La columna del centro, con españoles, napolitanos y dos compañías de fusileros piemonteses quedaba a la orden de mi general, con el brigadier Izquierdo y el conde Pignatelli. Por último, a la derecha se abrían las tropas del conde del Puerto, con batallones de Marina y franceses realistas.

El calor era agobiante por más, aunque ya no andábamos en reglamento de uniformes sino en comodidad de armas que, sin embargo, pudiera mantener los cargos a la vista con claridad. Y tras entrar en dientes con un pequeño y rápido refrigerio, a las tres de la tarde, las tropas españoles que abrían la vanguardia comenzaron el ataque con gritos tan alarmantes y fuego tan nutrido, que los republicanos no pudieron resistirlo mucho tiempo. La columna de Mulgrave atacaba en orden de batalla, mientras la nuestra subía por el flanco y el conde del Puerto, desde el fuerte, entraba de frente y por castañas.

Nuestra columna tomó la mitad de la falda donde se apostaba el enemigo entre quebradas, distribuyendo fuerzas en pequeñas alturas, mientras continuábamos la ascensión. Y aunque Gravina pareciese de complexión débil en un primer análisis, puedo asegurar que poseía una fortaleza extraordinaria, moviéndose con rapidez y extrema agilidad, como si los sudores le ofrecieran un auxilio alternativo. Una vez en la primera altura, observó Gravina que el enemigo se movía hacia la izquierda, dando aviso a lord Mulgrave para que obrara en consecuencia y cerrara las trazas.

Debíamos andar cercanos a las cuatro de la tarde, cuando nuestra columna trepaba la montaña endureciendo los lomos. Y si en los momentos anteriores las granadas y fusilería enemiga silbaban sobre nuestras cabezas en disposición de infierno volante,

ahora lo hacían en orquesta de catedral, porque sobre nuestra posición cargaron con mayor fuerza los revolucionarios, que también lucían valor de tamaño. En aquel momento y fiel a su costumbre al entrar en combate cerrado, Gravina enarbolaba su sable en alto, con la hoja centelleando en su curva bajo los rayos del sol, arengando a las fuerzas. Por mi parte, también con el sable desenvainado lo seguía a corta distancia.

Con el cansancio del esfuerzo y los desbarajustes que se organizan en ataques de cerrazón, nos encontramos metidos entre los granaderos napolitanos, que parecieron dudar ante la descarga cerrada de los enemigos. Pero no se achicaba mi general, que golpeaba con su sable las espaldas de los hombres para acelerar su valentía en puntos. Y fue en esos momentos, cuando lo vi caer al suelo como un fardo pesado.

Pueden comprender mi emoción al observar a don Federico Gravina tendido sobre los matojos, al tiempo que se tomaba el muslo con la mano y un gesto de dolor aparecía en su rostro. Llegué a su lado en pocos segundos, porque apenas me separaban dos metros de su persona.

—Está herido de fuerza, señor —gritaba para poder ser escuchado.

—No es de cuidado, Leñanza. Entró la bala en la molla del muslo y salió por detrás —palpaba la herida, cubriendo de rojo su mano y las calzas blancas—. Déme su brazo para levantarme.

Se incorporó con esfuerzo y apoyado en mi hombro intentó continuar. Pero ya llegaba el cirujano Fernández del Toro, con destino en el navío San Ildefonso, que le hizo sentar en unas tijeras, al tiempo que rasgaba la tela para observar la herida.

—Debe regresar al cuartel general, señor. Debo limpiarle esta...

—Déjese de teorías médicas —hablaba con extraordinaria decisión—. Vende el muslo a lo ancho y con fuerza, que debo continuar. Cuando acabe la acción, entraré en sus manos. Pero la bala salió y no es mucha la merma.

Ante la fortaleza de la orden, el galeno tomó rizos en su espíritu y vendó con fuerza el muslo de Gravina, por encima de las calzas rasgadas. Una vez prietas y enteladas las carnes, me señaló el general con la mano para incorporarse. Y así, apoyado sobre mi hombro continuamos en la brecha, aunque no pudiéramos seguir el ritmo de la escalada y acabáramos por detener la marcha, imposibilitado a todas luces de continuar. El vendaje y las calzas se cubrían en rojo hasta los pies, lo que aconsejaba una inmediata retirada del general, justo cuando nos encontrábamos a la altura de las casernas del fuerte Faraón. Gravina dejó a Izquierdo y Pignatelli como jefes de la columna, bien a su pesar.

Las descargas de fusilería continuaban a lo vivo, mientras los granaderos napolitanos y las brigadas españolas echaban el resto con valor. Dos jóvenes soldados cayeron cerca de mí, con heridas abiertas en el pecho que hablaban en negro sin dudas. Y precisamente pensaba en la tristeza que supone perder tan pronto la vida, cuando sentí un golpe en el brazo que me hizo voltear el cuerpo en redondo. Una bala de los malditos había abierto herida por encima del codo, en carne pura, tiñendo en

rojo la camisola con rapidez. Y sin pensarlo dos veces, comencé a vendarla con el fajín, que no ofrecía mayores consideraciones. Pero ya Setum estaba al quite.

—Deje que le arregle esa herida, señor.

—No es momento para esas lides, Setum. Debo seguir con el general.

—El general ha cedido, como debe ceder usted, señor. Las heridas deben limpiarse para que no tomen maldad.

—Tiene razón su criado, Leñanza —Gravina apareció a mi lado, instalado en una silla de manos ante la imposibilidad de mover su pierna.

Pretendía protestar porque, en verdad, la herida no era tan importante, cuando el mundo se me cerró en niebla permanente, y ya saben que no soy hombre de exagerar mis emociones. Recuerdo haber sentido un choque brutal en mi muslo derecho, cercano a la cadera, con fuerte y extendido dolor. Pero a continuación, y como producto del balazo, caí rodando como tiovivo de feria por un pequeño hueco de la ladera. Y ahí se produjo otro mal añadido porque, según supe después, mi descenso fue parado en seco por una piedra de respetable calibre, que fue a dar con fuerza contra mi frente. Y aunque me aseguraron que perdí el conocimiento al completo, recuerdo, como si navegara entre una densa niebla, los fuertes brazos de Setum transportándome con suma facilidad. Y también escuchaba la voz de Gravina, llamando al cirujano con urgencia, al tiempo que pronunciaba unas hermosas palabras que debí repetir en demasiadas ocasiones a lo largo de mi vida: En el combate, las balas perdidas siempre muerden la carne de los mejores hombres.

Pero ya mi alma volaba en susurros blancos y no se abren más recuerdos en el cerebro. Ni siquiera tuve conocimiento de que habíamos coronado las cimas con gran éxito para nuestras armas, aunque muchos valientes cayeran en la empresa.

23. Luz y dolor

La primera impresión que apareció en mi cerebro con difusa claridad cuando abrí los ojos, fue la de una vela en oscilante movimiento, al punto de imaginarme a bordo de la fragata Sirena, navegando por el mar Mediterráneo, porque incluso creí percibir el dulce movimiento a las bandas. Pero, a continuación, una sensación bien distinta se adueñó a horcajadas de la primera, y no era otra que un intenso dolor amadrinado al muslo, de donde arrancaba en oleadas de marejada gruesa hacia el resto del cuerpo. Aunque siempre conseguí tragar el tormento físico como conviene a quien profesa las armas, un ligero gemido escapó de mi garganta sin control posible. Y como respuesta automática, escuché la voz de Setum a mi lado, un sonido que me convenció de encontrarme en el mundo de los vivos.

—¿Cómo se encuentra, señor? —El tono de su voz denotaba preocupación—. Si no soporta el dolor, puedo agenciarle un poco de láudano.

Negué con la cabeza mientras conseguía enfocar la visión. Ahora veía con claridad el rostro de mi fiel africano, que tomaba mi mano derecha entre las suyas. Intentó dulcificar sus palabras.

—La bala había quedado pegada al hueso y con suerte, porque no alcanzó la articulación. Pero ya la extrajo el cirujano del general y ante mi presencia, que no le perdí ojo en ningún momento. Por fortuna, se mantenía inconsciente y no fue necesario administrarle adormidera. Sin embargo, ha perdido mucha sangre. Pero saldrá adelante, como tantas otras veces, que más perdió cuando le corté la mano en las aguas frías.

—¿No te han gustado los manejos del galeno? —Intenté una sonrisa que mudó en mueca de dolor.

—Habría preferido hacerlo yo, porque estos hombres de ciencia tan ilustrados no suelen cauterizar las heridas en orden. Pero ya lo tomaré a mi cuenta a partir de ahora.

—¿Ha despertado nuestro herido del letargo?

Era el general Gravina quien hablaba tras de mí, momento en el que comprendí que me encontraba en el cuartel general, en el antiguo salón de baile habilitado como hospital de primeras curas y, como supe después, para altas jerarquías.

—Estoy bien, señor. En un par de días podré quedar de nuevo a su lado. ¿Y su herida?

Gravina se acercó a mi lado, llevado por dos ayudantes en silleta de reyes. Me miró a los ojos con cariño, como habría hecho mi padre en ese mismo momento. Y me habló con especial devoción.

—Es usted un valiente, Leñanza. No suelo equivocarme al escoger a mis hombres, el mejor don que me concedieron al recibir las primeras aguas. Mi herida no es de preocupar y podré moverme en una silla de brazos que me están

confeccionando en estos momentos. Pero debe saber que echamos a los republicanos de las alturas del Faraón, y no por ventaja de hombres sino de coraje. En cuanto a usted, deberá ser trasladado al pabellón que el Consejo ha habilitado como hospital. Y lo hago por su pronto restablecimiento, que bien desearía seguir disfrutando de su compañía en todo momento. Pero necesitará cuidados, que su herida es profunda y puede presentar complicaciones. Por desgracia, la bala le entró cercana a la cadera.

Como triste torrentera, mi cerebro se llenó de imágenes terribles, hospitales atestados de heridos que proferían lamentos y quejidos, mientras la sangre corría por el suelo como cubierta de navío en combate. No lo deseaba por nada del mundo porque, además, podía significar la pérdida de mi fragata, un pensamiento que se amadrinó a mi cerebro con especial tristeza. Aguantando el dolor en seco y con balas de plomo, que no era ejercicio de facilidad, lancé la súplica.

—Si no puedo quedar a su lado, señor, deseo pedirle un favor que estimo de la mayor importancia.

—Puede pedirme lo que quiera, Leñanza. Si se encuentra en mi mano, puede estar seguro de que lo tendrá.

—Permítame regresar a mi fragata sin admitir que nombren relevo. No quiero perder el mando y sé que allí, entre los cuidados del cirujano y los de mi fiel amigo Setum —señalé al africano con la vista— saldré adelante, que de peores trances me ha sacado en la vida. Restableceré mis fuerzas mientras se combate en tierra, y hasta es posible que pueda regresar a su lado.

—Ya me dijo Fernández del Toro que su criado no le quitaba la vista mientras sacaba la bala, una empresa que presentó sus dificultades. Pero lo que me pide puede ser peligroso para su salud y no quiero perderle, Leñanza, que la Armada necesita de muchos hombres como usted.

—Por favor, mi general, permita mi regreso a la Sirena. Se lo ruego en sinceridad —el tono de mi voz no podía ser más lastimero y quejumbroso.

Gravina pareció dudar unos segundos, mientras volvía a ofrecer su gesto paternal. Por fin, tomó mi mano con especial afecto.

—De acuerdo. Es una locura y brinco sobre los reglamentos, todos sabemos que en la guerra saltan las normas por los aires y que, desde luego, esta conversación nunca ha existido. Además, se lo debo en fe de caballero, que fui yo quien lo saqué de su buque. Ordenaré que le preparen unas parihuelas para el transporte y tomará mi lancha hasta su fragata. Confío en su fortaleza, amigo mío, y en este hombre cuya fidelidad es digna de elogio —señalaba a Setum, que sonreía como un niño, feliz—. Pero ordene a su segundo que me haga llegar a diario noticia sobre su estado de salud, pero sin subterfugios ni bajadas de tono, si no quiere que lo pase bajo la quilla del Meregildo.

—Así se hará. Muchas gracias, señor. Puede estar seguro de que esta decisión ayudará en mucho a acelerar mi curación —cada vez me costaba más articular las palabras, entrado en aguas turbias de mente por el incesante y profundo dolor—. Por

cierto, como los heridos pueden hablar con cierta libertad, me atrevo a recomendarle un necesario descanso, que también usted lo necesita y nadie puede sustituirle.

—Nadie es imprescindible, amigo mío. Nos veremos pronto. Cuídese y no cometa locuras.

El traslado fue penoso para mis carnes, que el dolor se abría en cruces como martirio de cristianos. Pero intentaba una falsa sonrisa mientras me despedía de los compañeros del cuartel general. Y cuando ya salía en las parihuelas por la puerta principal, me aguardaba el general, sentado en su especial silleta. Me atacó en nueva despedida.

—Olvidaba su sable, Leñanza, y no es conveniente tal merma para quien manda la fragata más ligera y hermosa de la Armada.

Lo tomé de sus manos con un esfuerzo de mi parte, y ya lo adosaba al lecho portátil, cuando su brillo especial me llamó la atención.

—Pero, señor, se ha equivocado. Este no es mi sable, sino el suyo.

—Ya lo sé. Con las prisas del momento, el suyo quedó en el campo de batalla y no lo encontraron mis hombres. Pero quiero que guarde éste en recuerdo del monte Faraón y la sangrienta contienda del día primero de octubre, donde se ha portado como un valiente. Tuve su hombro a mi lado cuando caí, y esa es cuestión difícil de olvidar.

—Muchas gracias, señor. Siempre recordaré este gran honor que me concede.

—Vamos, transporten al capitán de fragata Leñanza con extremo cuidado —se dirigía a los cuatro hombres seleccionados—, que como sufra dolor recibirán crudos de mi parte y a esteras.

Por fin, abandonamos el cuartel general. Un sentimiento de orgullo se abría con inesperada fuerza en mi pecho, al punto de mitigar en parte el dolor que se mantenía extendido a raudales. Setum gritaba de continuo a los portadores para que extremaran el cuidado, blandiendo un sable apresado a los franceses como amenaza, un trofeo más para su particular colección. Cerré los ojos y aunque les parezca extraño, sentí abandonar la ya sitiada plaza de Tolón. Por una parte, padecía el sentimiento de haber fallado a mi general, mientras a proa no me esperaba gloria sino sufrimiento extendido en la faena que restaba por lidiar.

He sufrido a lo largo de mi carrera heridas de todo tipo y mutilaciones, tanto en el cuerpo como en diversas extremidades, de las cuales ya conocen una amplia gama si han leído mis aventuras desde los primeros cuadernillos. Pero por suerte, he de reconocer que tanto en las quemaduras a bordo de la flotante San Cristóbal, como en la amputación de la mano allá por las Altas Californias, la inconsciencia me limitó el sufrimiento. Sin embargo, siempre recordaré con espantoso horror los días que siguieron a mi caída en el monte Faraón, porque llegué a pensar que se trataba de un infierno adelantando a la muerte del pecador. Y ni siquiera la visión del rostro de Cristina o de mis hijos paliaba una mota el fuego encastrado en las carnes.

Aunque mucho me reconfortara regresar a la fragata Sirena e instalarme en mi cámara, un retorno al querido hogar, el dolor era tan alto de cota y permanencia, que hube de recurrir al láudano sin mayor remedio porque no era capaz de conciliar el sueño un solo segundo, y ya me saben duro de carne en esos lances. Entre punzadas de tormento y quejidos que intentaba tragar a la brava, escuchaba las discusiones entre el cirujano don Javier del Rozal y Setum, con diferentes pareceres que, en aquellos momentos, me costaba comprender.

Por lo visto, la herida no cuajaba a mejor sino al color de podredumbre, aunque el joven galeno dudaba de la necesidad de abrir nueva incisión y llegara a recomendar superiores entendederas del hospital, a lo que Setum se cerró en bandas con amenaza incluida. Pero es posible que la Divina Providencia llegara en auxilio sin quererlo de mi parte, bien lo saben los santos. Dábanos a término la primera semana a bordo, cuando en la noche caí de la cama tras un inconsciente movimiento de mi parte, producto del láudano y el dolor en terrible conjunción, de forma que vine a dar el suelo con la herida en duro y directo golpe contra uno de los tocones de armazón. La oleada de dolor fue terrible, de las que anuncian a los pobres interrogados por la Santa Inquisición, al punto de gritar como endemoniado sin remisión posible, despertando a Setum que velaba a mi lado.

El resultado fue que la herida se abrió de nuevo a batientes, con pérdida de sangre y afloración de pustulencias, lo que decidió a Setum a limpiar de nuevo y en honduras, con o sin el permiso del galeno, que pasó a ser un simple ayudante, sobrecogido por las amenazas del africano. Y como supe después, mi buen amigo y salvador en tantas ocasiones, encontró en el interior del muslo, adosado a la parte ósea golpeada, el trozo de tela correspondiente a las calzas, que la bala francesa había introducido en su vuelo de muerte. Setum aplicó gumía al rojo, costura de velas y hierbas, para acabar con vendaje suave. Y no crean que sufrí en la intervención, que entre los dolores iniciales más propios del infierno y el chorro gigante de láudano, caí en una bendita y feliz semiinconsciencia.

Dio comienzo un nuevo martirio, como aplique de marca al fuego sobre quemadura. Pasé la tercera y cuarta semana de octubre con gran inflamación de la herida, hinchada como un pellejo de vino, fiebres altas que me inducían al delirio y fuertes dolores en constante marejada, de forma que ya no sabía lo que era mantenerme en plena consciencia, sin deseos de gemir por las cofas. Pero la naturaleza es sabia y mi corpulencia siempre había respondido a favor, por lo que siete días después comenzaba a caer la fiebre, bajaban las carnes a ras y remitía el dolor. Por su parte, Setum cambiaba los vendajes a diario, echaba de sus hierbas y cantos tribales, al tiempo que me ofrecía caldo de grasa cada seis horas, obligando su bebida por las buenas o las malas.

Como tantas otras veces, el milagro, con la indudable intervención de Nuestra Señora de Valdelagua que siempre me protegió, se produjo millas avante. Y ya entraba a mediados del mes de noviembre, pasado el terrorífico octubre que siempre

recordaré amadrinado al más espantoso dolor, cuando comencé a comer y beber vino con gusto, así como salir a cubierta transportado por Setum, que me instalaba en el alcázar como príncipe florentino.

Fue una sensación dulce y fantástica aquella de volver a la existencia perdida, momento en el que se perciben los olores y aromas olvidados tiempo atrás en mágico recuerdo, el ambiente se dibuja con nuevos colores, a la vez que se cobran renovadas fuerzas y ganas de vivir. Recuerdo con inmenso placer una mañana, sobre el 20 de noviembre, en la que disfrutaba de una ligera brisa en mi silla del alcázar, aunque ya comenzaba a iniciar cortos paseos por la cubierta, gracias a los masajes que Setum ejecutaba sobre mis debilitados músculos dos veces al día.

—Ya ha pasado lo peor, señor, aunque todavía se encuentre lejos de su fortaleza habitual. Pero ya es cuestión de coser y cantar con resignación.

—Gracias a ti, Setum. Tienes razón porque todavía me siento flojo de piernas, como bebé recién destetado. Acabarás por dejar cicatrices en todo mi cuerpo.

—El cirujano también perdió el sueño muchas noches. La verdad es que hemos trabajado en equipo y me parece un buen hombre.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor? Le veo mucho más animado.

El segundo llegaba a mi altura con sonrisa abierta. Tras haberse mantenido de forma discreta durante mi larga convalecencia, comenzaba a informarme de los acontecimientos con mesura.

—Podemos decir que comienzo a ser persona de nuevo, lo que no es poco.

—Así lo comuniqué por recado al jefe de escuadra Gravina, que continúa preguntando por su estado de salud. Parece que le tiene en mucha estima, señor, aunque sólo hay que observar el sable obsequiado en su cámara para comprenderlo, que esa pieza se encuentra grabada en especial dedicatoria a su persona de nuestro Señor Don Carlos.

—Es nuestro mejor y más valiente general de mar y tierra, bien lo sabe Dios. Pero cuénteme lo que sucede en Tolón y sus cercanías, segundo.

—La primera quincena de octubre solo presentó escaramuzas de una y otra parte, especialmente intentando evitar por nuestras fuerzas que los republicanos instalasen baterías en la costa, que pudieran batir a la escuadra. Pero en la segunda quincena sufrimos repetidos ataques al fuerte de Malbousquet, donde acudió el jefe de escuadra Gravina en su silla. Y no se perdió ese punto vital por milagro. Aunque los nuestros se baten con arrojo a diario, la superioridad republicana comienza a ser demasiado importante.

—¿No llegan los refuerzos ingleses y españoles que se esperaban?

—Estaban prometidos pero no parece ese el camino, señor, que ya se habla de una posible evacuación, aunque sea palabra prohibida. En el castillo de La Malgue también mantuvimos encarnizados combates, hasta recuperar la altura que domina al cabo Brum. Allí acudió una vez más el general Gravina, y se dispuso del apoyo naval de cuatro lanchas mandadas por el capitán de fragata Marrón. Pero no cesan los

combates a diario, algunos de diversión y otros de cara, con muchas pérdidas en ambas partes, para beneficio del enemigo que repone con facilidad. Según parece, el general Lángara se niega a enviar más hombres a tierra, que ya quedan los mínimos que necesita nuestra escuadra para su funcionamiento, y los britanos racanean.

—Mal aspecto presenta el cocido. Siento no poder estar al lado del general, que ése era mi puesto.

Aquella misma tarde, cuando comenzaban a cabrillear las luces en la ciudad atrincherada, recibí a bordo la visita del capitán de navío Hinojosa, uno de los ayudantes del jefe de escuadra Gravina. Supuso un gran honor que enviara a persona de tanta confianza para enterarse de mi evolución. Lo recibí en la cámara.

—Perdone, señor, que no haya podido complimentarlo en la meseta del portalón. Aunque ya camino algunos pasos, cuesta acelerar la carrera y me avisaron cuando ya trepaba por la escala.

—Por favor, Leñanza, no es necesaria la excusa. Pero mucho me alegro de verle en persona, porque ahora creo como cierta esa recuperación acelerada que me anunciaban, y no creíamos del todo. Mucho se alegrará el general cuando se lo cuente, que así recibirá alguna noticia buena con el negro que llevamos a costas.

—¿Tan mal se encuentra la situación?

—Aunque no lo clamemos a los vientos, el camino no muestra retorno. Los republicanos aumentan sus hombres y artillería a diario, mientras nuestras tropas se encuentran agotadas y en disminución por las bajas continuas. Y como ya no confiamos en posibles refuerzos, es fácil prever el desenlace. Pero no se irán de rositas estos cafres de la Convención.

—No le comprendo.

—Por si acaso se traba a muy mala la situación y debemos reembarcar a la rápida, se está preparando el incendio del arsenal y todos los buques franceses surtos en puerto. Al menos, estos revolucionarios perderán la mitad de su Armada y el mejor arsenal. Pero, bueno, Leñanza, no vengo solamente para comentarle malas noticias.

—¿Hay alguna buena?

—En efecto.

Don Carlos Hinojosa metió la mano en el interior de su casaca, para extraer dos pliegos de oficio doblados. Me ofreció una sonrisa de complicidad que no llegaba a comprender.

—En el día de hoy, entre el correo de la Corte, que mucho es el tráfico de partes y comentarios, han llegado algunas reales órdenes. Y he traído dos conmigo que estimo pueden ser de su interés —volvió a sonreír en cerrado, avivando mi curiosidad—. La primera dice así: Real Orden de 15 de octubre de 1793= Por consideración a los muy importantes y muy distinguidos servicios que desde la llegada de la escuadra del Rey a Tolón ha contraído el jefe de escuadra don Federico Gravina y Nápoli, con el mando general de las tropas combinadas para la defensa de aquella plaza; y atendiendo particularmente al acierto y bizarría con que el día primero del presente

mes dirigió el ataque, en que fue herido, contra los enemigos, habiendo logrado desalojarlos de la posición muy ventajosa que habían tomado, causándoles muchos daños y obligándoles a una fuga precipitada, ha venido S. M. en promoverle a teniente general. Lo que de su Real orden comunico a V. E., con la inclusión de la patente respectiva, para los fines correspondientes.

Hinojosa doblaba uno de los documentos, mientras se abría en sonrisa de complicidad.

—¿Qué le parece? Ya no le queda a nuestro jefe más escalón en la Armada que el de capitán general. No está mal alcanzar este empleo a los 37 años.

—Mucho me alegro, bien lo sabe Dios, porque lo merece a cruces. Con jefes así se animan las tropas y son seguidos con el mismo ardor y valor que ellos exponen.

—Tiene razón. Pero no he acabado, Leñanza. Esa era una sobremesa tan sólo, porque sé de su sincero aprecio al general, y llevaba el documento acoplado. Bueno, la principal razón de mi visita no era comentarle el ascenso de nuestro jefe, sino leerle esta otra comunicación. Se trata de la Real Orden de 28 de octubre, que reza así: *En prueba del agrado con que S. M. vio lo expuesto por el entonces jefe de escuadra don Federico Gravina, de resultas de la acción del día primero del mes que rige, acerca de la bizarría y valor extremo tan dignamente acreditados en ella por el capitán de fragata don Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, conde de Tarfí, en la que fue herido de gravedad, se ha dignado premiarle S. M. con su inmediata promoción al empleo de capitán de navío. Lo que de su Real orden comunico a V. E. con la inclusión de la patente respectiva.*

El capitán de navío Hinojosa me entregó el pliego mientras, ya con sonrisa abierta, me alargaba su mano.

—Enhorabuena, capitán de navío Leñanza. Usted también lo ha merecido como el que más.

Volví a quedar con la mente en blanco, sin poder creer lo que escuchaba, que esas noticias se digieren poco a poco, y a mí me tomaron siempre por sorpresa y con vergonzoso pudor.

—¿Mi ascenso a capitán de navío? —Hablaba por hablar, con las primeras palabras que acudían a mi boca—. Pero si apenas llevo siete meses en el empleo de capitán de fragata.

—Otros ascendieron con mayor rapidez y no siempre con tanto merecimiento. Pero, bueno, he de regresar junto al general. Le comunicaré que se encuentra en camino de recobrar la salud al tope.

—Agradezca a don Federico en mi nombre su propuesta de promoción, que estimo exagerada. Y dígame que en tres o cuatro días podré encontrarme a su lado, que ya me muevo con soltura —intenté elevar la pierna dolorida.

—No intente forzar movimientos con esa extremidad, para demostrar lo que no es cierto ni de lejos. Descanse y reponga fuerzas, o me verá obligado a ordenar que lo amarren, en nombre del general. Además, preveo que no llegará a tiempo.

Ya comenzaba a abandonar la cámara, cuando regresó en importante recuerdo.

—Por cierto, olvidé comunicarle que su cuñado, el teniente de navío Santiago Cisneros, también ha ascendido al empleo de capitán de fragata.

—Pero si se encontraba a bordo de la Casilda. ¿Ha sido atacada?

—Nada de eso. Consiguió desembarcar y recibió el mando de una compañía de Batallones. Se lució como un valiente en los combates de Malbousquet, siendo herido.

—¿Herido? ¿Se encuentra grave? —Mi preocupación era de tamaño.

—Una herida aparatosa en el pecho, por culpa de la metralla, pero sin gravedad. Ya ha sido repatriado a su fragata, tras permanecer diez días en el hospital.

Sin más explicaciones, desapareció con rapidez, impidiéndome la salida para una correcta despedida por mi parte. Y como de costumbre, o bien la oreja de Setum se alargaba con especial elasticidad, o su brujería era de leer pensamientos.

—¿Lo ascendieron a brigadier, señor? —Su sonrisa se abría de banda a banda.

—No digas barbaridades. A propuesta del general Gravina, Su Majestad ha tenido a bien promoverme al empleo de capitán de navío.

—Pues al teniente coronel don Andrés de Torres, de esos dragones de Pavía que tanto orgullo muestran, lo ascendieron en directo de teniente coronel a brigadier, y sin tantos méritos como usted.

—Supongo que habrá sido un ascenso con dos propuestas consecutivas, Setum, aunque no sea circunstancia normal. Por cierto, me comunicó el ayudante del general, que don Santiago fue herido en tierra y ha sido ascendido a capitán de fragata.

—¿Don Santiago herido? ¿Se encuentra grave? ¿Cree que debería acercarme a su fragata, por si necesita de mis servicios?

—No es necesario. Según parece, la herida fue de mucha sangre, pero superficial y sin gravedad. Aunque ya veremos la historia que nos cuenta sobre los hechos dentro de pocos días. Bueno, la verdad es que el pequeño siempre se mueve como un jabato.

—Sí que es valiente don Santiago. Pequeño pero con raza de gigante.

—Por mi parte, me conformo con el ascenso a capitán de navío, que ya está bien y no lo esperaba. Además, te recuerdo que en ese empleo se mandan los navíos de dos puentes.

—Bueno, deberé agenciar el sistema para que le incorporen el tercer galón en las vueltas del uniforme grande. Y debe manejarse con rapidez, para que le concedan el mando del San Ildefonso, porque es uno de mis navíos preferidos.

—Se lo comunicaré a Su Majestad en la primera oportunidad.

Entre risas continuamos, con la mayor felicidad enlazada en nuestras vidas. Y así es nuestro navegar, dolor y bonanza en continua permanencia. Fue entonces cuando volví a pensar a Cristina y añorarla como en los primeros días de nuestro amor. Y para colmo de bienes, volví a dormir como un niño, mientras remataba las existencias del vino francés apartado en rigor. Aún mantenía esperanzas de poder regresar al campo de batalla.

24. Se trunca la esperanza

A pesar del orgullo y alegría proporcionados por el ascenso a capitán de navío, que nadie gusta de rechazar rebanada con miel, a partir de aquellos momentos en los que comprobaba en directo el curso de los acontecimientos, con la penosa tranquilidad y lucidez de mente que ofrece la distancia, un sabor amargo y decepcionante se abría pecho entre nosotros. Y en mí de forma especial, incapaz de borrar el desasosiego que me producía encontrarme recluido a bordo, sin posibilidad de aportar un mínimo concurso.

En la segunda quincena del mes de noviembre, se mantuvieron las escaramuzas en diversos frentes próximos a la ciudad y sus alturas, con importante incremento de morteros en apoyo de fuego por parte revolucionaria. Estas acciones obligaban al teniente general Gravina a enviar refuerzos en continuo movimiento, hacia los puntos más amenazados, en ese vaivén al que nos sometía el enemigo, tomada la iniciativa a las claras. Por nuestra parte, se consiguió aumentar en beneficio propio las lanchas obuseras acondicionadas, escasas en número, incluso una gran chata^[72] del arsenal francés que llamaban La Marsonín, de 150 pies de eslora y 43 de manga, en la que se armaron 15 cañones de a 36 en los costados, así como dos de serviolas y guardatimones. Debido a su escaso calado, podía acercarse hasta besar las playas y, de esta forma, defender los ataques en corto.

Sin embargo, el día 28 volvió el enemigo a centrar su ataque en el peligroso sector de Malbousquet. Desde la posición de Arenne, situada a 650 toesas del fuerte, abrieron los convencionalistas un duro castigo artillero con seis piezas de a 24, y la intención abierta de emplazar seis morteros de gran calibre para bombardear la ciudad, un peligro de alto bordo a todas vistas, que podía desnudar demasiadas voluntades. Era necesario reaccionar con rapidez, y así se hizo.

Previo consejo, el general O'Hara, gobernador inglés que había sustituido en el cargo a lord Mulgrave, y que mantenía tensas relaciones con Gravina a costa de la mutua jurisdicción, proyectó una salida contra los emplazamientos republicanos que cursó la aprobación de nuestro general. Y allí se lanzaron 700 españoles, igual número de napolitanos y otro tanto de ingleses y sardos. Mandaban las columnas el conde Pignatelli, el mariscal de campo Valdés y el general Dundas. Pero tras un comienzo arrollador, hasta alcanzar las posiciones enemigas, la columna inglesa, adelantada en exceso, fue envuelta en desorden, lo que obligó a la retirada tras clavar los cañones. Las tropas de la Convención tomaron un buen número de prisioneros, entre los que se contaba el propio general O'Hara, herido, por lo que fue sustituido en el cargo de gobernador por el general Dundas, muy compenetrado con la labor de Gravina.

Pero también peligraba el sector de Balaguier, meta perseguida por los republicanos con ahínco desde los primeros días, hacia donde envió Gravina al

mariscal de campo Izquierdo, recién ascendido, en ese continuo intento de que no quedara la escuadra bajo fuego enemigo. Y a todo esto corría nuestro general de un puesto a otro en silla de manos, con su herida reabierto de nuevo y sin aceptar el consejo de mantenerse con el necesario descanso.

Pocos días después, el 2 de diciembre, causó cierta sorpresa la visita de parlamentarios republicanos, que no llegaban, como se estimó en principio, en solicitud de parlamento para un posible armisticio, sino para interesarse por el estado y trato al que eran sometidos sus correligionarios apresados. El general en jefe de las tropas revolucionarias, Dugommier, remitió carta personal a Gravina desde el cuartel general de Ollioules, fechada el día 11 brumario del segundo año de la República única e indivisible, cómico sistema de cambiar los calendarios establecidos por los republicanos, en la que anunciaba haber ordenado a los ciudadanos Lomba y Barrier ir a parlamentar a Tolón para informarse del estado del representante del pueblo y de otros hermanos prisioneros, verlos e informarse de la manera en que son tratados por los ingleses, españoles o cualquier otro enemigo coaligado. Se autorizó la visita con lo que, a su vez, pudimos recibir noticias de nuestras fuerzas prisioneras en su poder, con lo que fue posible saber que el general O'Hara seguía bien de su herida, así como el coronel Echaburu.

Remataba la primera semana de diciembre, cuando recibí una más que agradable sorpresa, la visita de Pecas sin aviso previo. Y fue inmenso el gozo al intentar abrazarlo, empresa imposible por el aparatoso vendaje que portaba en pecho y brazo izquierdo, aunque su aspecto físico general era inmejorable.

—Enhorabuena por tu ascenso, gigantón de San Juan de Berbio. Ya veo que no hay forma de limar el empleo en el que me adelantas —mostraba su satisfacción, mientras repasaba mi cuerpo con su mirada—. ¿Te encuentras mejor? Te veo demacrado y magro de carnes. No vine antes porque no me autorizó el comandante, aconsejado por el galeno.

—También yo me alegro por tu promoción a capitán de fragata, amigo mío. Aparejas un conjunto de vendajes como los que aparecen en los grabados de anatomía. Supongo que se trata de acertada medida para impresionar al público general.

—Sigues igual y con mente torcida, maldito culebrón de guindolas —reía con ganas, moviendo extremidades sanas y dañadas en forma pareja—. Pero, ahora en serio, ¿te mueves con facilidad?

—Todavía arrastro un poco la pierna y me siento flojo de remos. Pero avanzo día a día. Una vez más, debo la vida a Setum, que le echó valor en el momento más importante y me abrió como cerdo en canal.

—¿Y la herida del brazo?

—Esa no cuenta para la hoja de servicios. La verdad es que con los dolores en la pierna, ni me acordaba del balazo en el brazo, que ya ha cicatrizado. Pero, dime en serio, ¿cómo te encuentras?

—Ya le debes cuatro o cinco vidas a tu brujo africano. Por mi parte, he de declarar en sinceros que mi salud es buena. Todavía ando con alguna herida a medio cicatrizar en el pecho y brazo, pero no es de temer.

—No marchan bien los acontecimientos, Pecas, que estos asesinos revolucionarios acabarán por echarnos de la garita a varetazos.

—Estoy seguro de ello, y así piensan en el fondo los que no quieren ver la realidad. No sólo andan los muchachos de la Convención con superioridad en hombres y artillería, sino que la concentran con movimientos rápidos e inesperados para machacarnos en diferentes puntos. Sé de buena fuente que Godoy aplaudía las acciones en los primeros días, para anunciar batallones de apoyo poco después. Más tarde pasó a ofrecer un solo batallón del Rosellón y cuarenta millones de escudos. Pero al fin y a la postre, no han llegado más que cuatro compañías y unos pocos cuartos. Qué fácil se dirige la guerra desde un sillón en la Corte.

—Así es, para nuestra desgracia. Entonces, ¿crees que reembarcarán las fuerzas?

—Sin duda alguna es cosa de días. Y eso que tu querido general Gravina contraataca donde puede, que no le faltan arrestos a este hombre aunque ande en brazos ajenos. Pero deberían establecer un plan para llevar a cabo el embarque con fiabilidad y rapidez. Como los muchachos de la Convención acometan a muerte en las posiciones que dominan la rada, se comprometerá la retirada.

—Tanto sacrificio y sangre derramada para nada —el tono de mi voz no podía ofrecer mayor tristeza—. Aunque ya mostramos en nuestra piel recuerdos de parecidas situaciones.

—Bueno, no seas tan derrotista. Por una parte, aliviamos de firme el frente del Rosellón durante varios meses, un adecuado beneficio. Y de otro lado, acabaremos con su arsenal y la escuadra que mantenían en el Mediterráneo, lo que no es poca ganancia, especialmente para los ingleses porque era su principal fin.

—Ya escuché esos comentarios y son de razón. Pero también a nosotros proporciona ganancia, que nuestras escuadras quedan libres en estas aguas.

—Si abandonamos este frente y los revolucionarios deciden enviar y concentrar sus tropas en el Rosellón, no me gustaría estar en el cuerpo del general Ricardos. Preveo un desastre.

—También lo había pensado. Si los franceses quedan unidos y levantan ejércitos ordenados, con sus fábricas de artillería en plena producción, son capaces de llegar a Madrid.

—Bueno, dejemos estos tristes pensamientos, que no llegué a esta hermosa fragata con ese propósito, sino a beber una frasca de buen vino. Aunque sea difícil de creer, no queda una gota a bordo de la Casilda.

—Pues hace pocos días rematé aquellas botellas francesas acopiadas en secreto. Pero todavía disponemos de sustituto, que los toneles del vino de Pozoamargo eran de aljibe. Aunque debo recordarte tu enérgico rechazo, al punto de asegurar que preferías beber agua de charca estancada.

—Bueno —Pecas ablandó el gesto—. Es un vino duro de boca y tocado del ala, pero entrados en periodos de dolor y sacrificio, lo beberemos. Por cierto, una vez ascendido a capitán de navío, deberás abandonar este mando.

—Nada de eso, maldito bujarrón. Muchos capitanes de fragata ascienden y continúan con el mando, como sucede en la Casilda. Al menos, lo intentaré.

—Ya lo sé, Gigante. Era una broma —Pecas me tomó por el brazo con su habitual cariño—. Estoy seguro que lo conseguirás, con tu estrella en la frente. Cómo pasa el tiempo. Parece que fue el día de ayer, cuando nos presentamos voluntarios para marinar las cañoneras de don Antonio Barceló.

—Tienes razón. Y andamos con suerte, con heridas que sanan pronto y ascensos, que otros muchos quedaron en el camino.

—Bueno, probemos una vez más ese caldo de Pozoamargo, que me baila la lengua en la boca.

Mi buen compañero permaneció a bordo el resto de la tarde y parte de la noche, trasegando vino manchego como agua por trancañil, hasta acabar por alabar sus encantos. Sin embargo, comimos poco y mal, algunos trozos de cecina y salazón que Setum aparejó con sabiduría. Pero ya los alimentos escaseaban a tumba abierta, y hasta la galleta marinera sabía a gloria. Al despedirlo, quedamos en un futuro encuentro, a expensas del desarrollo que tomaran los acontecimientos.

A mediados del mes de diciembre se generalizaron los combates en Balaguier, con gran despliegue artillero enemigo. Ante la imposibilidad de mantener las posiciones, los generales Gravina y Lángara dispusieron la retirada hacia la playa, donde las lanchas al mando del mayor general don Ignacio María de Álava procederían a la evacuación del sector. Ahora los ataques republicanos incrementaban su ritmo a piel de tambor, especialmente en el sector de Malbousquet, las posiciones de cabo Brun y el fuerte de San Antonio, para finalizar con un duro ataque sobre el sector de Faraón, cuyas alturas acabaron por dominar, aunque fuera a costa de un elevado número de bajas. Ésta fue una noticia de especial preocupación en los generales coligados, así como para mí, que pensaba el poco beneficio final del esfuerzo acometido aquel primer día de octubre.

Y para colmo de males, el general Gravina ya no se movía entre puestos, porque desfallecido y con la herida en mal estado, quedaba rendido en el lecho, aunque se hacía informar al punto de toda noticia y continuaba al mando de las tropas, decidiendo las acciones que debían llevarse a cabo.

Ante el negro cariz que tomaban los acontecimientos, tuvo lugar una importante Junta de Generales, presidida por el almirante Hood y el teniente general Lángara. Y una vez analizada la situación con detalle, que no amparaba bienes a luces, con la pérdida de Faraón y Ballaguier como focos centrales, se acordó la evacuación de la plaza en forma definitiva. Y no era el peor aspecto reconocer la derrota de la empresa, sino que el reembarque de las fuerzas debía llevarse a cabo con la mayor

rapidez, antes de que empeorasen la mar y el viento que no marcaban indicios a las claras.

Gravina, desde el lecho, contestó en franca oposición, proponiendo un contraataque para expulsar al enemigo del paso de la Masca y del Monje, así como de las alturas de San Antonio y Artigues, para establecer un puesto sobre Cepet que protegiera la rada. Es posible que el general se encontrara mal informado, porque los datos a su disposición eran tan sólo los ofrecidos por su fiel mariscal de campo Izquierdo y los diferentes partes de campaña, poco indicadores de la realidad en ocasiones.

Como era de esperar, el plan de Gravina no fue aceptado por el elevado riesgo que conllevaba, y la aparejada posibilidad de impedir la necesaria evacuación. Por encima de todo, era de tener en cuenta que el enemigo disponía ya de 70 000 hombres en el frente del Oeste y 14 000 en el oriental, mientras los nuestros apenas alcanzaban los 13 000, con más de tres mil heridos o enfermos, y la necesidad de desarmar a los nacionales por ofrecer serios indicios de actitud sospechosa y negativa. Y no debemos olvidar que los nombrados como útiles para las armas, se encontraban fatigados en extremo por las continuas aguas, vigilancia permanente, incesante fuego del enemigo situado ya a menos de 400 toesas y, lo peor, sin posibilidad de relevo en ningún puesto.

En la mañana del día 18 comenzaron a embarcar los heridos, cuyo número se elevaba ya por encima de los 3000 hombres. La retirada definitiva de las tropas para su embarque se llevó a cabo en la noche del 18 al 19, utilizando una poterna que daba boca a la orilla, desechado el plan inicial a causa de los fuegos que los republicanos ofrecían desde las alturas del Faraón. Pero los habitantes de Tolón, realistas declarados o simples colaboradores a la fuerza, que temían graves represalias como las sangrientas habidas en Marsella, embarcaron en cualquier lancha a disposición, e incluso se arrojaron al agua para ganar a nado las unidades españolas. Todo ello con un tiempo de infierno, lluvias torrenciales y vientos a la mala, que invitaban a suspender toda operación.

Aunque las retiradas no generan orgullo propio en ningún caso, debo declarar que la evacuación se llevó a cabo con inmenso valor, porque las fuerzas napolitanas y españolas debieron contener los ataques hasta encontrarse el embarque en su punto. En estas acciones destacaron el teniente de navío don José Montemayor y el teniente de fragata don Ramón de Ansoátegui, que clavaron los cañones restantes en persona. Las últimas fuerzas en embarcar fueron la guarnición inglesa de la Malgue y los regimientos de Córdoba y Mallorca.

Tal y como estaba previsto desde el principio en los planes de una posible retirada, tanto el arsenal al completo, como los buques que no podían salir a la mar en voluntario apresamiento, se encontraban preparados para su inmediato incendio. Esta peligrosa labor la llevó a cabo por parte inglesa el capitán de navío Sydney Smith, mientras el general Gravina había designado a los tenientes de navío Cotella y

Riquelme, así como una lancha obusera al mando del teniente de fragata Trujillo. Los españoles decidieron no someter a las llamas los buques en acuartelamiento de tropas, aunque sí el dedicado a prisión, previo desalojo.

Aunque la hora prevista para dar fuego general era la de las diez de la noche, por haber recibido señal errónea se llevó a cabo una hora antes, con lo que el teniente de navío Riquelme se jugó el pellejo al incendiar con camisas de fuego dos fragatas cargadas con 4000 quintales de pólvora, bajo los disparos de fusilería del pueblo claramente sublevado. Y fue espectáculo inolvidable observar cómo se elevaban las llamas al cielo, hasta convertir la noche en día, un espectáculo que sólo se observa una vez en la vida, mientras se sucedían las explosiones y los republicanos bombardeaban la ciudad a ritmo de altura.

Una vez embarcadas las tropas y el incendio en definitiva progresión, se ordenó salir a los buques de la escuadra. Y no fue tarea sencilla, puedo jurarlo por todas las rabizas del harén, porque se estableció una brisa del sur en fuerza, con agua abierta en diluvio universal, que no obraba a favor ni una pulgada. Sin embargo, con mucho esfuerzo de brazas y pito, bajo el fuego ligero de algunas posiciones republicanas, entramos en bordos de aguja para abandonar la rada. Por fortuna, la posición de la Sirena era ventajosa y los hombres de mar atizaron la badana con brazos de morrión, con lo que ganamos seguridad en pocas horas.

Por primera vez en muchas semanas, conseguí mantenerme largo tiempo en pie durante la maniobra, en el alcázar, aunque debiera apoyar mi brazo en el hombro de Setum algunos momentos. Pero sacamos los buques con un orden extraordinario, que ni siquiera se rozó un maldito peñol, y no era la maniobra de tanta embarcación en espacio reducido ración de carne roja. Como escribió aquel gran hombre, el teniente general don Federico Gravina y Nápoli, en su diario de campaña, que llegué a leer con minuciosidad:

No puedo menos de manifestar el particular mérito que se hallaron en esta salida, verificando ésta en el modo más glorioso a las naciones coligadas, practicándola a la vista de dos ejércitos enemigos de fuerzas tan superiores al nuestro, dueños ya de todos los castillos que en aquella tarde habíamos abandonado, al frente de un pueblo conmocionado y sublevado, arruinados por nuestras acciones la mayor parte de los fuertes y puestos, clavando toda su artillería, como también la de su muralla, arruinando efectos y pertrechos, incendiando su arsenal, volando los almacenes de pólvora, destruyendo los del trigo, después de haber salvado los enfermos, heridos, desertores y multitud de buenos y leales toloneses.

Aunque algunos dudarán de la necesaria imparcialidad, por mi declarada admiración al personaje, puedo asegurarles que no exageraba el general una mota. Y no constan en este resumen los buques incendiados, porque en total se quemaron hasta la guinda veintidós navíos, ocho fragatas, una corbeta, siete urcas afragatadas, siete bergantines y otros buques menores, que no se dejó madera a flote sin chamuscar.

Aligerados de alma y ya entrada la mañana, con el viento entablado del sudeste y refrescando por horas, el general Lángara ordenó aproar a la escuadra hacia las cercanas islas de Hyeres, donde fondeamos al abrigo. El navío San Francisco de Paula fue designado para llevar los últimos informes de la retirada a Barcelona, mientras el Soberano recibía órdenes de mantenerse en bloqueo sobre la costa de Marsella. Sin embargo, a este último no le sopló la suerte en favor, porque entrado un mistral de orden mayor, se vio obligado a correr el temporal hasta tomar la isla de Malta.

Con el fondeo dábamos fin a un extraordinario intento, atacar a la Convención francesa en su propia casa, para restablecer la normalidad monárquica y acabar con los ríos de sangre que asolaban a quien había sido nuestro aliado durante un siglo. Pero era muy fuerte la Francia, bajo cualquier signo, especialmente en sus tropas de tierra, y no auguraba en mi interior un mediano futuro a los que la guerrearán en el continente, si conseguían aplacar los levantamientos realistas, operación que marcaba en esa dirección.

Descansamos en el fondeadero durante dos días, lo que muchos hombres necesitaban de largo. Y mientras la escuadra inglesa del almirante Hood se mantenía en el bloqueo de Tolón y Marsella, después de destacar algunos buques con tropas y enfermos hacia Italia, un ejemplo de su orgullo y profesionalidad, la nuestra levó sus anclas en demanda del puerto de Mahón, donde fondeamos el 26 de diciembre. En el recogido puerto menorquín procedimos a desembarcar los enfermos de mayor cuidado, así como 119 toloneses que tomaban el camino del exilio hacia Italia. Sin embargo, otros 198 se mantuvieron a bordo en nuestra navegación hacia Cartagena, cuyo destino preferían, plaza donde entramos en la paz del Señor el último día de 1793, con la excepción del navío San Julián, enviado a la bahía de Rosas, donde su comandante, Bruno de Heceta, debía tomar el mando del apostadero.

En cuanto fondeamos en el puerto de Cartagena, una entrada avisada por la fragata Palas en la víspera, bajó a tierra el general Valdés para disponer los hospitales. La tropa sana pasó a los cuarteles y toda ésta llegó en el estado más lastimoso por haber consumido su vestuario, su calzado, haber perdido algún armamento en las últimas acciones, como la mayor parte de los oficiales sus equipajes, por haber preferido generosamente el embarco de los enfermos y el de los realistas que se habían acogido bajo la protección del Rey, dispensada con tanta munificencia por S. M.

Se cerraba un año de guerra contra los republicanos franceses, que mucho había significado para las armas de España, con sus éxitos y fracasos. Y de forma especial cerraba un periodo de especial beneficio para mi carrera como oficial de la Armada, con dos ascensos por méritos, cobrados en rápida secuencia. Pero así son las cosas de la mar y la guerra, porque lo mismo entras en cuaresma de muerte que en gloria terrena.

25. Se cierra una etapa

Una vez en tranquilidad de jarcias y aguas, fondeados frente a las murallas de Cartagena, me acometió la impaciencia y el nerviosismo, aunque les pueda parecer extraño. Por una parte, temía que alguna pluma interesada intentara desbancarme del mando de la Sirena, con la excusa de mi ascenso. Y por otro lado, deseaba saludar a la familia, instalada a tan escasa distancia.

Resuelto a tomar el toro por los cuernos, como norma habitual en mi conducta, y armado de valor porque todavía mi pierna andaba en remolque de galeras, dirigí la boga de la lancha hacia el Meregildo, en solicitud de audiencia ante el teniente general Gravina, luciendo mis nuevos galones de capitán de navío en las vueltas. Y ya me comentaban en negativa sin remisión los ayudantes, cuando divisó mi estampa el mariscal de campo Izquierdo, con quien había mantenido diario contacto en Tolón, que acudió a interesarse por mi estado de salud. Y fue una campanada de suerte, porque me llevó a presencia del general sin más dilaciones, aunque no debiera recibir visitas de momento.

Encontré al teniente general en su cámara, sentado en un sillón mientras mantenía su pierna en alto sobre un taburete forrado de terciopelo rojo. Lo encontré con mala cara, un color aceitunado en sus nejjillas desacostumbrado en él, y con sensible pérdida de carnes en todo el cuerpo. Y ya al escuchar su voz aprecié un profundo cansancio de cuerpo y espíritu, aunque es posible que la desazón emocional por la derrota pesara más en negativo que otra cosa.

—Me alegro de verle en pie, Leñanza. Ya supe que corría de salud a mejor, y su lento restablecimiento.

—Bien que sentí no poder volver a su lado, señor, y acompañarle en los momentos difíciles que se le abrieron. Arrastro la pierna como cojo de taberna, pero estaré a tope en pocos días.

—No acelere acontecimientos porque, de momento, nos mantendremos en descanso durante alargadas semanas. Son muchos los heridos a reemplazar, así como manifiesta sin rebozo la escasez de bastimentos a disposición en el arsenal. Como puede suponer, esta guerra cuesta más de lo que se dispone.

—¿Cómo se encuentra de su herida, señor?

—Parece que tiende a cerrar, aunque remolonea en exceso según el cirujano y todavía me asalta la fiebre a discreción. Bien es cierto que las derrotas aumentan las carnes abiertas, aunque se haya echado el alma en la empresa —mostró una tenue sonrisa—. Creo que marcharé a tierra a restablecerme.

—No hable de derrota, señor. Hemos destruido un extraordinario arsenal hasta sus cimientos y una escuadra al completo, lo que no se consigue en varios combates navales victoriosos.

—Pero la última batalla es la que anuncia el resultado general, Leñanza, aunque

sea injusto. Y esta campaña pasará como derrota a la Historia, aunque la ganancia haya sido extrema e incomparable en el siglo, no lo dude.

No me decidía a entrar de lleno al trapo, por si acaso no era el momento oportuno. Pero las ocasiones a favor pasan por nuestra puerta de tarde en tarde, y no debía desaprovechar la que el destino me brindaba.

—Perdone que le ataque con problemas personales en estos momentos, señor, pero me preocupa..., me preocupa el futuro. Quiero decir que me gustaría continuar en el mando de la Sirena, aunque haya ascendido a...

—Puede estar tranquilo —cortó mis palabras con el movimiento de su mano—. No es momento para andar en mudanzas de mandos, sino en restablecer dotaciones y armamento. Además, muchos capitanes de navío mandan fragatas en estos días. Retírese a esa hacienda que mantiene cerca de aquí y repóngase de la herida en condición. Nada cura mejor al hombre de mar que el aire del campo y los alimentos de salud. La escuadra se mantendrá formada, aunque sin disposición de momento, salvo contingencias que, en estos días de duro invierno, no son de esperar. Nadie tomará su mando, puede estar seguro.

Recibí aquellas palabras como un regalo concedido por los dioses. Y así lo expresé.

—Muchas gracias, señor. Ya sabe que me tiene a su disposición.

—Ya lo sé, Leñanza, ya lo sé. Y lo llamaré si necesito de sus servicios, no lo dude.

De esta forma, con la mente clara y la pierna en mejor estado, que las buenas noticias afectan también a las heridas del cuerpo, regresé a mi fragata. Pocos días después me alcanzó la noticia de que el general Gravina, con la herida en estado de preocupación, había partido hacia Murcia para convalecer de sus dolores en casa de un amigo.

Por mi parte, tras presentarme ante la Mayoría General y comprobar que ya las garras de Gravina habían merodeado por los pasillos, partí hacia Santa Rosalía durante un breve periodo de convalecencia, enmascarado en descanso de operaciones, pero listo para regresar al buque bajo mi mando en toque de llamada.

El día 5 de enero partimos Pecas y yo hacia la hacienda, un glorioso trayecto repetido en el tiempo. Y para recordar aquel primero que disfrutamos en el mes de diciembre de 1781, nos detuvimos en la Venta Miñambres, cercana a los famosos Baños de Mula, donde almorzamos cual reyes en ejercicio, bebimos vino de la tierra con especial gozo y reímos como jóvenes guardiamarinas, relatando hechos vividos en común que, aunque repetidos en muchas ocasiones, nos acariciaban la mente con imborrables recuerdos.

De esta forma, al embocar la entrada de Santa Rosalía, cerraba un nuevo capítulo de mi vida, o así lo sentía yo bien dentro. Volvía a la hacienda en aquella continua mutación de mar y campo, los dos ejes mágicos e inseparables en los que se envergaba mi existencia. Pero otros frentes se abrirían pronto por el horizonte y en

tono de andanada mayor, pueden estar seguros.



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] Se entiende por trapo el velamen del buque. <<

[2] Ancla. <<

[3] La villa de la Real Isla de León pasó a denominarse en 1810, por decreto de las Cortes allí establecidas, como San Fernando, en reconocimiento a los esfuerzos de sus habitantes a favor de la independencia. <<

[4] Se refiere a los galones en las bocamangas o puños —vueltas—, que distinguían a los jefes de escuadra. <<

[5] Mientras los alféreces de fragata lucían una charretera en el hombro izquierdo y los alféreces de navío en el derecho, los tenientes de fragata y de navío portaban una en cada hombro. Era a partir del siguiente empleo, capitán de fragata, cuando incorporaban galones en las vueltas. <<

[6] Se entiende por fondear, anclar o surgir, echar o dejar caer al fondo el ancla con su correspondiente cable entalingado, para que aquélla agarre y la embarcación quede sujeta al fondo. <<

[7] Muelle del arsenal donde se desarmaban los buques en períodos de paz. <<

[8] Se entiende por carenar, componer, recorrer y calafatear la obra viva de un buque, bien en un dique seco, contra una chata o a la tumba, dando sus costados sobre la playa. <<

[9] Se refiere al Secretario de Marina e Indias don Antonio Valdés y Fernández Bazán.

<<

[10] Se denominaba puente, a las andanas o baterías donde se instalaba la artillería. El prototipo de buque de línea contaba con dos puentes y un porte aproximado de 74 cañones. De tres puentes se construyeron 12 en España, con 112 cañones, aunque el Santísima Trinidad, tras embonar y correrse su batería de cubierta, llegó a montar 140 cañones, siendo considerado como el único cuatro puentes y, sin duda, el más armado y poderoso del mundo. <<

[11] Hermano de Luis XVI, reinó posteriormente como Carlos X. <<

[12] Plantilla con la cual los carpinteros fabrican todas las cuadernas, desde la cuadra a la mura, teniendo en sus extremos las marcas de lo que deben aumentar o disminuir a cada una de ellas. <<

[13] Gran cabria elevada sobre el andén de los arsenales, donde está empotrada por su pie, y sujeta con multitud de maromas o vientos. Se utilizaba como grúa, para embarcar grandes pesos a bordo de los buques, especialmente palos. <<

[14] Palo grueso que sale de la proa hacia fuera, con mayor o menor inclinación, siendo uno de los principales de la arboladura. <<

[15] Se entiende como costear el viento, la acción de ceñir, navegar de bolina o bolinear, es decir, navegar contra la dirección del viento con el menor ángulo posible.

<<

[16] Al ascender un guardiamarina al empleo de alférez de fragata, se incorporaba en la hombrera izquierda de su uniforme una charretera. <<

[17] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[18] Cuando se pasaba lista de noche en la mar a la brigada de guardia, el último número, normalmente el marinero más desastrado, remolón y holgazán, finalizaba la oración dando un sonoro ¡viva la Virgen! De ahí el adjetivo que se aplica, todavía hoy, a las personas informales o que no se preocupan por nada. <<

[19] Látigo de cuero o cáñamo embreado con el que se ejecutaban las penas de azotes. Al usado en las galeras por los cómitres, se le denominaba antiguamente corbacho.

<<

[20] En la Armada se denomina tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reserva para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de galeras, constituye la dotación. <<

[21] Se entendía por porte en los buques de guerra, el número de sus cañones, mientras en los de carga y mercantes, sus toneladas de arqueo. <<

[22] Navegar de bolina o ceñir el viento. <<

[23] Velocidad en la navegación. <<

[24] Cañón corto, de poco peso y mucho calibre, montado sobre corredera. Su alcance era menor, pero con terribles descargas a corta distancia. <<

[25] Nombre que recibe el pito del nostramo o contraamaestre. <<

[26] Nombre que se da al viento nordeste en el Mediterráneo, porque viene de la parte de Grecia. También se le llama griego, greco y galerno. <<

[27] Máquina de armazón fuerte y sólida madera, cilíndrica y cónica, que gira sobre un eje vertical por medio de barras o palancas. Envolviendo en su cuerpo maromas o cables, se utiliza para llevar a cabo grandes esfuerzos, como levar las anclas, izar pesos, cobrar de estachas, etc. <<

[28] Nombre que se daba a una clase de contra maestres, inferior a la de primeros y segundos. <<

[29] Marinero destinado de guardia en los topes de las palos, para descubrir los objetos que aparezcan por el horizonte a mayor distancia. También recibía el nombre de vigiador, mientras que en las galeras se les llamaba atalaya o descubierta. <<

[30] Embarcación de dos palos, mayor y trinquete, con su bauprés. Utiliza velas cuadras, con sus estayes y foques, y por mayor una gran cangreja. También recibía los nombres de bregantín y carabelón. <<

[31] Se entiende por antejo o largomira, lo que en tierra se define por catalejo. <<

[32] Acortar distancia. <<

[33] Viento intermedio entre el levante y el nordeste. <<

[34] Mediodía. Momento en el que el sol se sitúa en su máxima altura, cuya lectura proporciona al navegante con facilidad y rapidez la latitud en que se encuentra el buque. <<

[35] Se llamaba cañón de mira al último de popa y proa de la batería corrida en cada banda, útiles para disparar en caza o retirada. Algunas unidades mayores solían montar dos cañones a proa, una a cada lado del bauprés en el castillo, que se llamaban miras o cazadores. <<

[36] Al navegar un buque apresado, se izaban en la misma driza, uno tras otro, los pabellones del aprehensor y aprehendido. <<

[37] Aunque el alcance de los cañones en tiro de elevación podía alcanzar las dos mil yardas, la distancia efectiva superaba en poco las seiscientas. <<

[38] Se entiende por meter, echar, coger o ponerse en facha, bracear unas velas en contra de otras para mantener el buque sin avanzar. <<

[39] Bastardos. <<

[40] Ciñendo al máximo. <<

[41] Gigante había adquirido una hacienda en Extremadura a la que bautizó El Bergantín, particularidad que aparece con detalle en los volúmenes 3 y 4 de esta colección de novela histórica. <<

[42] Calma chicha. <<

[43] Los reglamentos establecen las dotaciones para tiempos de paz, pero en ellos se expresa con claridad que, en tiempos de guerras, se aumentará el número de individuos en la misma cantidad al número de cañones emplazados en sus baterías principales, divididos por mitad entre tropa de infantería y grumetes. <<

[44] Eran los aguardientes de uso terminantemente prohibido a bordo de los buques de la Armada y castigado con las penas más severas, dada su facilidad de provocar incendios debido a su alta graduación alcohólica. <<

[45] Estrecho que separa las islas de Córcega y Cerdeña. <<

[46] Denominación usual española para designar la ciudad o golfo de Cagliari. <<

[47] Paraje marítimo donde hay fondo a propósito para que los buques aguanten con seguridad al ancla. <<

[48] Entre ellos el capitán Napoleón Bonaparte. <<

[49] Secretario (ministro) de Marina e Indias. <<

[50] Camino que debe hacerse en la mar, y el que en efecto se hace, ya sea por uno o diversos rumbos, para trasladarse de un puerto a otro. <<

[51] Se denomina *cabo de división* a los comandantes de buque subordinados en escuadra. <<

[52] Aunque se entiende por *chanza*, en general, a cualquier espacio entre dos portas de una batería, también se denomina así al señalado en el entrepuentes para alojamiento de algunas clases de oficiales de mar y sargentos, o establecimiento de la cirugía. <<

[53] Se entiende por cuarta cada uno de los 32 rumbos o vientos en que se divide la rosa náutica. Por lo tanto, el rumbo nombrado sería una cuarta al sur del este, es decir, entre el 90° y el 101° aproximadamente. <<

[54] *Viento fresco*, también llamado como *viento de todas las velas*. <<

[55] Viento del noroeste. <<

[56] Podemos considerar equivalente el significado de *carta* al de mapa en su acepción general aunque, en concreto, la *carta hidrográfica* o *de marear* deba representar una porción de mar y costa, con indicación de bajos, sondas (profundidades) y todos los datos que el navegante necesita para conducirse en la mar con suficiente seguridad.

<<

[57] Medida de longitud equivalente a dos varas o 1,67 metros. <<

[58] Se entiende por *arribar*, dar al timón la posición para que el buque gire hacia sotavento. También se denomina como *dar andar* o *descargar*. Cuando, por el contrario, se intenta hacer proa hacia barlovento (la banda por donde sopla el viento), la acción se denomina *orzar*. <<

[59] Bala redonda y lisa que se utilizaba como armamento normal en los cañones. También existían otras modalidades como la *bala encadenada*, *enramada*, *estrellada*, *roja* y *palanqueta*. <<

[60] Una vez disparado, el cañón retrocedía con fuerza, debiendo ser repuesto en su posición, con la boca por fuera de la porta, gracias a los aparejos incorporados. A esta acción se la llamaba *meter en cañón en batería*. <<

[61] Se llama *ancla de la esperanza* a la tercera en el orden de contarlas, pero la principal y de mayor peso de las cuatro que se llevan trincadas a proa por la parte exterior del costado, teniendo ésta lugar en la banda de estribor. También recibe los nombres de *ancla de horma, de forma o formaleza*. <<

[62] Los cañones se disparaban por aplique de mecha al oído, hasta la aparición de las llaves de chispa, que se accionaban por cabo fino y tranca de mano que recibía el nombre de tirafrictor. <<

[63] Se entiende por razón la relación eslora-manga, que ofrece la línea general del casco. <<

[64] Cañón corto, de poco peso y superior calibre, montado sobre corredera, especialmente útil para el combate a corta distancia con cargas de metralla. <<

[65] Barco pequeño y de escaso calado que, normalmente, sirve de explorador a otro de mayor entidad en su conserva. Normalmente eran muy veleros y aparejados de latina. También recibe la denominación de *mosca*. <<

[66] Se entiende por ayustar, unir dos cabos o cables por nudo o costura (empalmar). En el caso de emplear nudo, se denomina ayustar con gorupo. <<

[67] Se denomina al *viento por el anca* cuando abre dos o tres cuartas de la popa. <<

[68] Nueva armazón de arboladura y aparejo en forma provisional, embastada con masteleros o cualquier madero a disposición. <<

[69] Se refiere a la necesidad de incorporar con una o más balas, según el calibre, los sacos cerrados de los muertos que se entregan al mar. <<

[70] Se entiende por *guiñada* el desvío de la proa, en cualquier embarcación, hacia uno u otro lado del rumbo que debe seguir. <<

[71] Pasaría a la Historia con el nombre de Lord Keith. <<

[72] Embarcación de fondo llano, con poco calado y capaz de recibir grandes pesos, utilizada normalmente en los arsenales para transporte y movimiento. <<